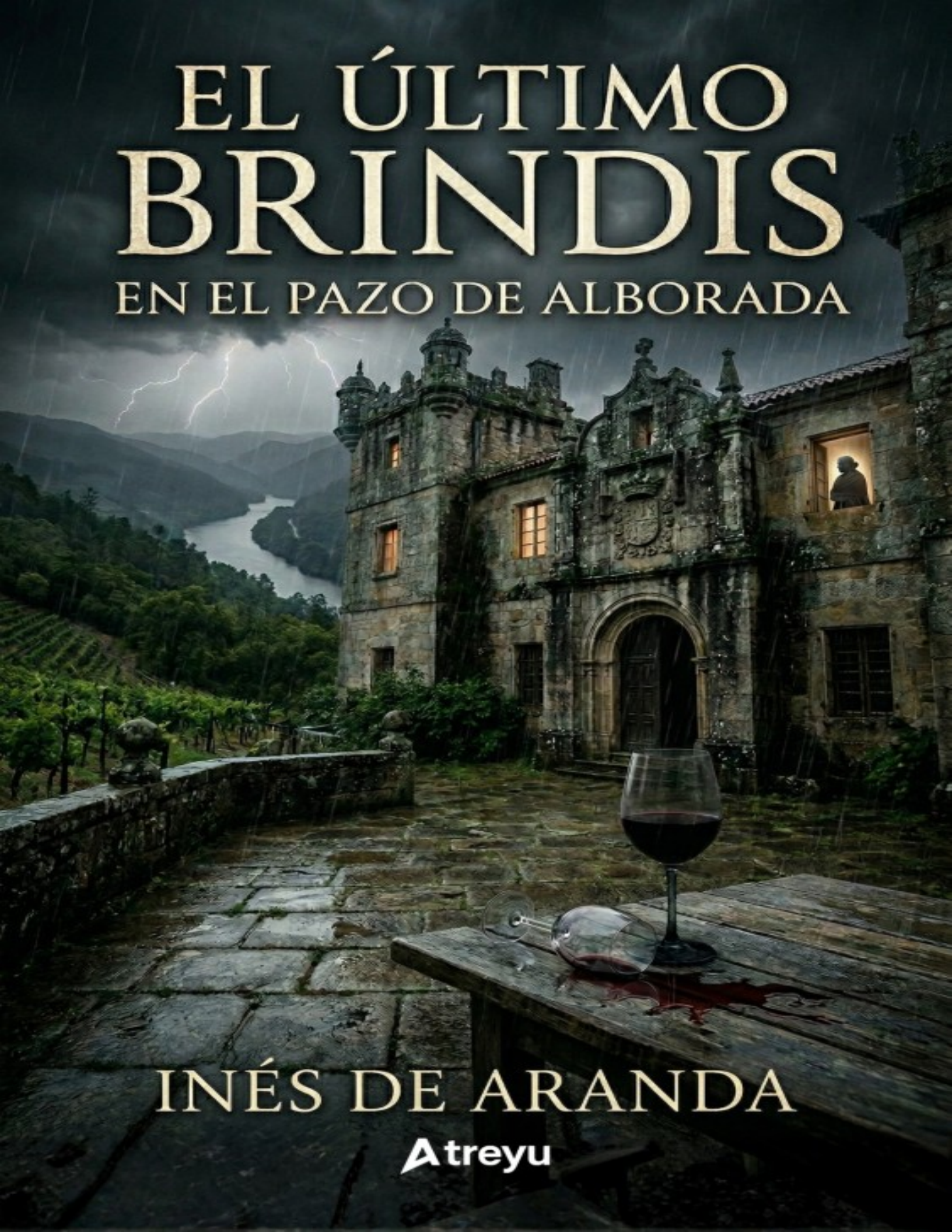
EL ÚLTIMO BRINDIS

EN EL PAZO DE ALBORADA



INÉS DE ARANDA

Atreyu

EL ÚLTIMO BRINDIS EN EL PAZO DE ALBORADA

Inés de Aranda

Atreyu Servicios Digitales

Atreyu

Derechos de autor © 2026 Francisco Javier González Rolo

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

CONTENIDO

Página del título
Derechos de autor
El último Brindis en el Pazo de Alborada
Prólogo: Susurros de Granito
Capítulo 1: El Reencuentro Sombrío
Capítulo 2: Ecos de Vieja Herencia
Capítulo 3: La Última Voluntad
Capítulo 4: Promesas Rotas
Capítulo 5: El Secreto del Capitán
Capítulo 6: El Último Brindis
Capítulo 7: Primeras Sombras
Capítulo 8: La Archivista Toma el Mando
Capítulo 9: Un Botón Roto
Capítulo 10: Mentiras de Ceniza
Capítulo 11: El Fantasma del Maletín
Capítulo 12: Réplicas y Desesperación
Capítulo 13: El Secreto del Jardín
Capítulo 14: Una Noche en África
Capítulo 15: La Furia del Hijo
Capítulo 16: La Verdadera Madre
Capítulo 17: Una Copa Olvidada

Capítulo 18: El Diario de la Monja
Capítulo 19: Intruso en la Sombra
Capítulo 20: La Falsa Oración
Capítulo 21: El Truco de la Jeringuilla
Capítulo 22: La Mano Invisible
Capítulo 23: La Sombra de África
Capítulo 24: El Error de la Fe
Capítulo 25: El Retrato Olvidado
Capítulo 26: El Último Secreto
Capítulo 27: Sombras sin Luz
Capítulo 28: El Puzzle Resuelto
Capítulo 29: La Mesa de la Verdad
Capítulo 30: El Hilo del Veneno
Capítulo 31: Motivos Quebrados
Capítulo 32: La Trampa Oculta
Capítulo 33: La Máscara Caída
Capítulo 34: Una Justicia Amarga
Capítulo 35: Cicatrices en el Sil
Epílogo: La Memoria del Pazo

EL ÚLTIMO BRINDIS EN EL PAZO DE ALBORADA

Inés de Aranda

PRÓLOGO: SUSURROS DE GRANITO

El carruaje avanzó con un gemido prolongado sobre el camino de grava, el traqueteo de las ruedas una melodía fúnebre bajo el cielo plomizo. Doña Sagrario se aferró al asa de cuero, sus pequeños ojos ámbar escudriñando el perfil del Pazo de Alborada, que se materializaba entre la bruma como una silueta ancestral. No era una edificación, sino una mole de granito, imponente y silenciosa, que parecía guardar el aliento pesado de siglos de ambiciones y secretos.

Cada piedra gastada, cada teja musgosa, hablaba de un tiempo detenido, de una melancolía tan arraigada que se filtraba en el aire gélido, ahora dulzón con el perfume decadente de las camelias centenarias que flanqueaban el sendero. Aquella mansión no prometía consuelo, sino la pesada carga de lo inmutable. El vehículo se detuvo con un chirrido final.

Desde la puerta principal, una figura emergió al umbral de piedra, envuelta en la penumbra. Lola, la ama de llaves, observó la llegada con una expresión que Sagrario interpretó como una mezcla de resignación y curiosidad mal disimulada. El rostro de la mujer, marcado por incontables años de servicio, era un mapa de discretas lealtades. Sus ojos, profundos como pozos de agua estancada, recorrieron el equipaje modesto de la archivista antes de posarse en

el menudo rostro de esta. No había calidez en su saludo, sino una eficiencia casi mecánica.

—Bienvenida al pazo, Doña Sagrario —la voz era grave, apenas un murmullo que el viento se llevó, como si las palabras mismas temiesen resonar en aquel lugar. Tendió una mano callosa para tomar la maleta, un gesto que Sagrario detuvo con delicadeza.

—Gracias, Lola. He traído poco, como corresponde a mi oficio — respondió Sagrario. Su voz, aunque suave, poseía una claridad que no admitía réplicas. Los dedos finos y largos de la archivista, ya manchados de tinta antigua por el mero roce con el cuaderno, se ajustaron las gafas de carey. Subió los escalones desgastados, sintiendo el frío milenario del granito bajo sus suelas. Una densidad expectante la envolvió. El interior del pazo era un eco de crujidos de madera, el lamento lejano del río Sil, y un persistente olor a cera añeja y humedad que se adhería a la piel. Lola la guio por pasillos donde la luz apenas osaba entrar, serpenteando entre tapices desvaídos y retratos polvorientos. Los ojos de los antepasados Ulloa parecían seguir sus pasos, juiciosos, desde sus marcos dorados. Cada estancia sugería una narración silente, una verdad velada por la oscuridad y el tiempo. Sagrario no solo veía el polvo; percibía también las capas de una narrativa que pugnaba por ser descifrada.

La biblioteca era un santuario. No uno de paz, sino de conocimiento latente, de historias contenidas entre tapas de cuero. Doña Sagrario sintió el alivio conocido al cruzar el umbral, exhalando la tensión acumulada del viaje. El aire allí era denso, impregnado con el aroma inconfundible del papel envejecido y del pergamino, que parecía haber absorbido la esencia de sus dueños. Se sumaba el olor a la cera con que se protegían los volúmenes, y a la madera oscura de las estanterías, pulida por el paso de siglos y el roce de manos desaparecidas.

Aquel olor, para Sagrario, era un consuelo más profundo que cualquier palabra de bienvenida. Deslizó sus dedos sobre los lomos dorados, una caricia respetuosa a la memoria de aquellos que

habían habitado el pazo y cuya sabiduría —o locura— se custodiaba en las páginas.

Lola se detuvo en el centro de la estancia, sus manos grandes y fuertes entrelazadas delante del delantal, como si esperara una orden.

—Aquí dormirá usted, Doña Sagrario —indicó, señalando un pequeño recodo con una cama de dosel, más allá de la chimenea. Una mesilla de roble y una silla de respaldo alto completaban el mobiliario, todo ello dispuesto con una pulcritud que contrastaba con la sensación general de abandono del resto del pazo.

—Perfecto —Sagrario asintió, la mirada ya absorbida por las estanterías que la rodeaban. Dejó la maleta junto a la cama y se acercó a una mesa amplia, situada bajo el ventanal principal. Sobre ella, apilados en montones caóticos, se encontraban los legajos de los Ulloa: documentos polvorientos, testamentos ajados, cartas con caligrafías floridas, diarios encuadernados en piel. Una vida entera, encapsulada en la celulosa. Abrió un modesto portafolios de cuero y sacó sus herramientas: plumas de tinta negra, un frasco de índigo, lupas de distintos aumentos, y el infaltable cuaderno de tapas duras. El mero acto de desplegar sus instrumentos era un ritual, una promesa de orden en el caos que intuía.

Con un delicado movimiento, Sagrario tomó el primer volumen. Era un registro de propiedades del siglo XVII. Los ojos ámbar, pequeños pero penetrantes, bailaron sobre los caracteres góticos, descifrando el complejo entramado de tierras, dotes y deudas. A medida que avanzaba en la lectura, no solo veía nombres y cifras, sino que percibía el pulso de una estirpe. Una historia de expansión inicial, de fortunas ganadas, pero también de una lenta y casi imperceptible declinación.

Los registros se volvían más escuetos con cada generación, las herencias más disputadas, las deudas más pronunciadas. Los Ulloa habían sido señores de estas tierras, pero el granito del pazo parecía devorar la riqueza con la misma lentitud implacable con la que la

humedad consumía los muros. Sagrario imaginó a aquellos ancestros, envueltos en sus propios dramas, susurrando querellas en estos mismos salones.

El pazo, pensó, era un monumento a una ambición que el tiempo había vuelto estéril, una promesa de grandeza que se había marchitado con cada siglo. En sus manos, aquellos papeles no eran meros documentos: eran los huesos de una dinastía.

Mientras Sagrario se hundía en el laberinto genealógico, el silencio de la biblioteca se rompió por el siseo distante de una puerta al abrirse, seguido por el tintineo de unos pasos firmes sobre la piedra. Levantó la vista, ajustándose las gafas, y en el umbral apareció Don Gonzalo de Ulloa. Su figura, antaño imponente, conservaba la rigidez de un viejo roble, pero el peso de los años había encorvado ligeramente los hombros, sin restar un ápice a la autoridad que emanaba de su presencia.

Sus ojos azul gélido, acostumbrados a imponerse, recorrieron el despacho con una mirada escrutadora, antes de fijarse en la archivista. Sagrario notó la cicatriz fina y blanquecina en su sien derecha, una marca de juventud que no desentonaba con su nariz aguileña y su mentón prominente. El patrón de la casa era un hombre habituado a dominar, y el aire de la habitación se saturó de su energía contenida.

Don Gonzalo vestía un chaqué de tweed bien cortado, a pesar de la hora, lo que denotaba un apego férreo a las formas y una constante búsqueda de control. No saludó, sino que emitió un gruñido bajo, más una declaración de su presencia que una cortesía. Se aproximó a su escritorio personal, un mueble de caoba maciza atestado de papeles recientes. Con movimientos precisos y algo nerviosos, comenzó a revisar una pila de documentos, la mandíbula cuadrada apretada.

Sagrario lo observó con la discreción que solo una vida entre archivos enseña, notando la tensión que vibraba en cada uno de sus

gestos. Había una impaciencia manifiesta en el aire que lo rodeaba, una especie de ansia por la llegada del día siguiente.

—¿Ha encontrado todo a su gusto, Doña Sagrario? —preguntó de pronto, la voz áspera, sin levantar la vista de unos pergaminos que examinaba con un ceño fruncido. La pregunta era retórica; no buscaba una respuesta, sino una confirmación de su propio orden.

—Perfectamente, Don Gonzalo —replicó ella, el tono neutro, pero los ojos ámbar no dejaron de analizar cada tic, cada respiración del anciano.

Él desestimó la respuesta con un movimiento desdeñoso de la mano.

—Mañana llegarán los demás —dijo, la inflexión en su voz denotando un cansancio que parecía luchar contra su habitual autoridad. Se apoyó en el respaldo de la silla, y la mirada, por un instante, pareció perderse en el vacío, como si viera algo más allá de los muros—. He hecho cambios importantes. Modificaciones sustanciales a mi última voluntad. No será del agrado de todos, me figuro. Pero es lo justo. Siempre he creído en la justicia, Doña Sagrario, aunque la entendida por los demás sea otra cosa. —El labio se curvó en una sonrisa fugaz, casi imperceptible, que no alcanzó sus ojos. Era una mueca de desafío, no de alegría. En sus palabras, Sagrario leyó la sutil amenaza de un detonador velado. El pazo no solo guardaba secretos, los creaba. El ambiente se volvió más denso, cargado de una expectativa malsana, la calma que precede a la colisión. Don Gonzalo era el arquitecto de aquel drama inminente, un hombre que se deleitaba en el control, incluso desde el borde de su propia desaparición.

Sagrario asintió, una arruga apenas perceptible en la frente, sin dar voz a la conjetura que se gestaba en la mente: aquel «justo» de Don Gonzalo no auguraba más que rencor y desavenencias. La atención de la archivista se desvió hacia un retrato colgado en la pared opuesta, justo encima de un arcón de roble tallado. La efigie representaba a un ancestro de los Ulloa, un caballero de gesto adusto, vestido con armadura pulcra y empenachada.

La mano del caballero descansaba sobre la empuñadura de una espada. Los ojos, pintados con una maestría que el tiempo había empañado, parecían contener la misma mirada azul gélida que la de Don Gonzalo, aunque en el retrato se adivinaba una determinación más estoica, menos cruel.

La archivista dejó la pluma a un lado y se permitió una pausa, una licencia que rara vez se concedía en la rigurosa jornada. Los retratos, para ella, no eran meros lienzos, sino ventanas al alma de las estirpes, documentos pictóricos tan valiosos como los pergaminos más antiguos. Observó los blasones que se entrelazaban en el fondo de la pintura, escudos y símbolos que narraban victorias, alianzas, y, acaso, alguna que otra infamia velada.

Los siglos habían depositado una pátina de polvo sobre la superficie, un velo que Sagrario sentía que también cubría las verdades fundamentales de aquella casa.

«El poder y el tiempo corroen las estirpes», pensó, la mente tejiendo hilos invisibles entre el pasado y el presente. Aquel caballero, fundador de la casa, probablemente había levantado la fortuna con hierro y sangre, con una brutalidad que los siglos habían santificado en honor. Y ahora, generaciones después, el último Ulloa se preparaba para detonar una nueva disputa, un eco de las viejas rencillas, con la salvedad de que esta vez los conflictos no serían sobre tierras o títulos, sino sobre los restos de una herencia dilapidada. El ciclo de la ambición y el resentimiento era implacable. La abuela de Sagrario, una mujer sabia en el arte de leer las entrañas del hombre, solía decir que «las manchas del pecado rara vez se borran por completo, solo se ocultan». Y en el Pazo de Alborada, Sagrario intuía que no solo se habían ocultado, sino que se habían convertido en parte de la propia estructura del edificio: en el moho que crecía en las juntas de las piedras, en el aire denso y viciado. La casa misma parecía guardar los suspiros ahogados de los habitantes, los secretos inconfesables que se negaban a morir. Aguardaban el momento oportuno para salir a la luz, como las humedades que se abren paso en una pared tras una larga sequía.

Era una historia de declive silencioso y persistente. La contemplación del retrato no era solo un descanso para los ojos, sino una profunda confirmación de que su trabajo aquí no sería meramente catalogar papeles, sino desentrañar la intrincada red de vidas entrelazadas por la codicia y la manipulación. La historia seguía viva, y estaba a punto de rugir de nuevo.

Don Gonzalo se retiró de su despacho con la misma brusquedad con la que había aparecido, dejando tras de sí un vacío que, curiosamente, intensificó la tensión en la estancia. Sagrario se sumergió de nuevo en los legajos, el roce de los dedos sobre el papel ajado un bálsamo para la mente, pero la interrupción había plantado una punzada de inquietud que no se desvanecía. Poco después, Lola regresó a la biblioteca, los pasos ligeros apenas audibles sobre las alfombras descoloridas.

Llevaba una bandeja de plata con una taza de infusión humeante y una pequeña fuente con galletas de mantequilla, un gesto de atención que contrastaba con la habitual parquedad de la mujer. Los ojos marrón oscuro, grandes y expresivos, lanzaron una rápida mirada hacia el escritorio de Don Gonzalo, como si esperaran encontrarlo aún allí.

—Doña Sagrario, la noche se nos echa encima —la voz de Lola, más cercana esta vez, reveló un matiz de preocupación—. ¿Necesitará algo más?

—No, gracias, Lola. Esto es más que suficiente —Sagrario apretó los labios en una pequeña sonrisa, los ojos ámbar observando cada microgesto de la ama de llaves. Notó cómo las manos grandes y fuertes de Lola, con uñas cortas y limpias, temblaban ligeramente al colocar la bandeja, un detalle minúsculo que la veterana archivista no dejó pasar. Aquel temblor no era de cansancio, sino de ansiedad contenida.

Lola suspiró, un sonido apenas perceptible que se perdió en la inmensidad de la sala. Se detuvo un instante, como si sopesara las palabras, los ojos fijos en el suelo de madera.

—La familia llegará mañana temprano —confirmó, el tono de la voz bajando aún más, casi a un susurro—. Para la lectura del testamento. Don Gonzalo ha estado… desasosegado con todo esto. Y el tiempo no ayuda. Se espera una tormenta de las que marcan época, dicen en el pueblo. De las que se llevan los puentes y aíslan los caminos. —Lola alzó la vista, y esta vez la inquietud en los ojos era patente, proyectando una sombra sobre el rostro con un lunar prominente en la mejilla izquierda. El pazo, en la imaginación de Sagrario, ya estaba sellado por las fuerzas de la naturaleza. Era una advertencia, un presagio, una confirmación de la claustrofobia que Sagrario ya sentía. El comentario, pronunciado con la sencillez de un hecho irremediable, era una confirmación tácita: la casa se preparaba para encerrar no solo a sus habitantes, sino también los secretos que la asfixiaban. Los demás, los herederos y allegados, quedarían atrapados en una burbuja de aire viciado, donde las viejas rencillas hervirían sin escape. La tormenta física sería el reflejo de la tormenta interna que Don Gonzalo había desatado.

Sagrario observó cómo Lola se alejaba de nuevo, los hombros ligeramente encorvados por el trabajo, perdiéndose en los pasillos oscuros. El ama de llaves parecía llevar el peso de la casa entera sobre las espaldas, y las palabras de Lola habían resonado con la solemnidad de un oráculo rural. La archivista sorbió un poco de la infusión, el sabor a hierbas amargas en la lengua. La tensión palpable en el ambiente, la inquietud de Lola, el desafío tácito de Don Gonzalo… todo se aglutinaba, tejiendo una premonición.

La noche cayó sobre el Pazo de Alborada con una celeridad inusual, tiñendo el cielo de un índigo profundo que pronto se volvió un negro absoluto. Doña Sagrario había encendido las lámparas de aceite en la biblioteca, proyectando círculos dorados de luz sobre los legajos. El resto de la estancia se sumía en sombras danzarinas, alargando las siluetas de los volúmenes y el mobiliario antiguo hasta convertirlos en formas fantasmales.

Desde el asiento junto al ventanal, observó cómo las primeras gotas gruesas golpeaban los cristales con un sonido sordo y pesado, como

pequeñas piedras arrojadas por una mano invisible. No era el rocío suave de una llovizna, sino el aviso de una fuerza desatada.

El viento comenzó a ulular, al principio un susurro distante que se colaba por las rendijas de las viejas ventanas. Pero pronto se transformó en un gemido lastimero, ascendiendo en intensidad hasta convertirse en un rugido sordo que hacía vibrar los cristales. Los árboles centenarios del exterior se mecían con furia, las ramas desnudas arañando la piedra del pazo como zarpas desesperadas. Sagrario se apretó los brazos, sintiendo un escalofrío que no era solo por el frío que se filtraba de la noche, sino por el presagio de la inminencia.

No era solo la tormenta física, cuyo fragor ya dominaba el ambiente exterior. Había una corriente subyacente de infortunios que estaba a punto de romper en el pazo. La calma que había reinado en su propia llegada era una farsa, una máscara del silencio, una ilusión que el rugido del viento y el golpe de la lluvia estaban destrozando sin piedad. Aquel lugar, enclavado en la Ribeira Sacra, bajo un cielo que ahora era un fresco de furia, se convertiría en un teatro cerrado para la colisión de voluntades.

Y ella, la pequeña archivista con sus gafas de carey, estaba allí, no para organizar el pasado, sino para ser testigo de cómo el presente se desmoronaba. La luz parpadeó, amenazando con dejarla a oscuras. Sabía que la quietud anterior era una mentira. La verdadera tormenta apenas comenzaba, y el pazo, como un barco varado en un mar embravecido, estaba a punto de ser engullido.

CAPÍTULO 1: EL REENCUENTRO SOMBRÍO

La mañana se alzó sobre la Ribeira Sacra teñida de un gris plomizo, como si la noche se hubiera negado a ceder su velo. El viento, lejos de amainar, redoblaba sus lamentos contra las piedras milenarias del Pazo de Alborada. La lluvia, sin tregua, martilleaba los ventanales con una insistencia casi rabiosa. La carretera, había confirmado Lola a primera hora, con la resignación de quien ya lo sabía, había cedido al desprendimiento de tierras. El pazo, una mole de granito encallada en la ladera, se erigía ahora como una fortaleza inexpugnable, sitiada por un mar de tierra y agua.

Fue entonces, en medio de aquel diluvio implacable, cuando las siluetas de los primeros coches comenzaron a emerger de la bruma. Se recortaban con dificultad contra el aguacero que desdibujaba el paisaje. Cada motor que se apagaba en el patio empedrado marcaba la llegada de una nueva pieza al ajedrez macabro que Don Gonzalo había orquestado. Los paraguas, inútiles contra la furia del temporal, se cerraban con un chasquido al abrigo del portalón, mientras los pasos presurosos dejaban regueros de agua y barro en el ancestral suelo.

Doña Sagrario, aposentada como una centinela discreta en un rincón del Salón de los Blasones, sintió en el estómago cómo la premonición de la víspera cobraba cuerpo con cada crujido de la

puerta principal. Aquellos eran los herederos y allegados, los nudos de la maraña que Don Gonzalo había tramado. Sus semblantes, aún marcados por el viaje y la incomodidad de la tormenta, ya revelaban un sinfín de historias no contadas, de resentimientos agazapados o de ambiciones descarnadas.

Desde su atalaya, Doña Sagrario percibió la primera escaramuza. Jacobo de Ulloa, el primogénito, irrumpió en el salón, su gabardina de paño oscuro, empapada y salpicada de barro, se aferraba a su figura esbelta, traicionando la elegancia que intentaba proyectar. Los ojos verdes, velados por el cansancio y una irritación apenas perceptible, barrieron la estancia, deteniéndose apenas en la figura menuda de Doña Sagrario, a quien apenas reconoció.

Una bocanada de aire frío y húmedo entró con él, trayendo consigo el aroma a tierra mojada y a las camelias del jardín, cuyos pétalos, antes primorosos, ahora se desprendían por el ímpetu del viento.

Tras Jacobo, con pasos más mesurados, apareció Valentina, la joven esposa del patriarca. Su cabello rojo cobrizo, antes espléndido, caía lacio y húmedo sobre los hombros de un vestido de viaje de seda gris que, a pesar de las circunstancias, conservaba una costosa sobriedad. Sus ojos verde esmeralda, grandes y expresivos, se posaron en Jacobo con una fijeza que Sagrario identificó al instante: una punzada de franco desprecio.

Jacobo, por su parte, le devolvió una mirada cargada de un disgusto que le crispó las facciones, como si la mera presencia de Valentina fuera una afrenta personal. Sus manos, siempre inquietas, se frotaron la barbilla en un gesto automático, y Sagrario notó el ligero temblor que le invadía el rostro, la piel tirante sobre los pómulos. Aquella animosidad no era una chispa fugaz, sino un brasero encubierto, alimentado por años de agravios y una disputa sucesoria que aún no había comenzado.

La joven, ajena a la sutileza, levantó el mentón con una elegancia forzada, como un animal salvaje que muestra los dientes antes de la contienda. El ambiente, ya cargado por la tormenta, se densificó con

aquella primera confrontación silenciosa, un preludio apenas audible de lo que estaba por venir.

Un aire gélido, casi sacrílego, pareció entrar con Sor Ángela. Su hábito oscuro, empapado por la lluvia, no atenuaba su alta y delgada figura, sino que la hacía parecer una sombra más alargada en el umbral del Salón de los Blasones. El velo, húmedo, se adhería a su rostro, pero no ocultaba la palidez de sus mejillas ni la tensión de sus manos, cuyos nudillos prominentes se entrelazaban como si intentaran contener una fuerza indomable.

Sus ojos grises, fríos y distantes, apenas se detuvieron en Jacobo o Valentina, como si ambos fueran meros elementos del mobiliario, indignos de su atención. Su mirada buscó directamente a Don Gonzalo, quien se había apostado junto a la chimenea crepitante, observando el espectáculo con una sonrisa apenas perceptible. El saludo de Sor Ángela fue un murmullo apenas audible, una formalidad desprovista de calor, casi reverencial en su frialdad, pero sin rastro de afecto.

Se acercó a su tío con pasos cortos y decididos; un ligero roce de sus dedos enguantados sobre la mano de él fue la única muestra de contacto antes de retirarse a un sillón apartado, en el rincón más oscuro de la sala. El asiento, un mueble de terciopelo desgastado por el tiempo, parecía tragársela, como si quisiera pasar inadvertida, fundirse con las sombras que danzaban por la estancia. Sagrario notó la ausencia de contacto visual con el resto de la familia, la forma en que su cuerpo se retraía sobre sí mismo, como una ostra cerrándose al mundo ante una amenaza inminente.

No era solo cautela; era una barrera, una fortaleza erigida con viejas heridas que el tiempo no había logrado cicatrizar. Aquella mujer, con la fe por consuelo y el hábito por escudo, exudaba una contenida ira, una furia silenciosa que Sagrario reconocería en cualquier archivo: la de quien ha sido agraviado por el poder y la sangre, la de quien ha sido forzado a una vida que no eligió.

Doña Sagrario, mientras tomaba nota de cada gesto, cada silencio, sintió el peso de aquella habitación. El aire, denso y cargado, era un archivo invisible donde flotaban décadas de desavenencias, de secretos inconfesables, tan antiguos como las vigas que sostenían el techo. Los rostros tensos de Jacobo, Valentina y Sor Ángela, cada uno un mapa de ambición y rencor, confirmaban lo que sus años dedicados a la paleografía y la genealogía le habían enseñado.

El dinero y el poder eran ácidos corrosivos, capaces de distorsionar los lazos de sangre hasta hacerlos irreconocibles, transformando el amor en cálculo y la lealtad en moneda de cambio. Un linaje como el de los Ulloa, que se jactaba de una historia inmaculada a través de sus blasones de piedra y sus retratos polvorientos, no era más que una fachada, una elaborada mentira para los ojos del mundo.

Detrás de cada título nobiliario, de cada escudo de armas, Sagrario imaginaba un compendio de agravios, una intrincada contabilidad de injusticias y favores que nunca terminaban de saldarse, sino que se transmitían de generación en generación como una herencia maldita. Los ojos ámbar de la archivista se posaron en Don Gonzalo. El patriarca, con su blanca cabellera y su mirada azul gélida, observaba a los presentes con una satisfacción apenas disimulada.

Saboreaba el veneno que había inoculado en la savia de su propia estirpe. Se preguntaba cómo el patriarca Ulloa había tendido aquella compleja red con hilos de oro y hiel. Ahora disfrutaba de la angustia de sus prisioneros, los obligaba a danzar en un escenario que él mismo había diseñado con mano maestra. Sagrario pensó en el orgullo de Don Gonzalo, una fuerza tan potente como el vendaval que azotaba el pazo, un orgullo que lo había impulsado a manipular, a controlar, a ser el autor de la tragedia familiar. Cada rostro era un códice de agravios potenciales, una biblioteca viviente de motivos ocultos, esperando su momento para ser abiertos.

El estruendo de un coche que se detenía en el patio, más potente que los anteriores, y el grave portazo que le siguió, anunció una nueva presencia. Esta vez no fue un heredero, sino un invitado

inesperado, una pieza ajena a la partida familiar. El Capitán Montero entró en el Salón de los Blasones. Su uniforme militar de gala, aunque oscurecido por la lluvia y el tiempo, mantenía la rectitud de su porte, una impronta de disciplina que el granito del pazo no podía opacar.

Su cabello gris oscuro, corto y peinado hacia atrás, no ocultaba las entradas pronunciadas, y sus ojos marrón oscuro, casi negros, portaban la expresión grave y distante de quien ha visto demasiado, de quien ha vivido guerras y silencios. Era un hombre que cargaba con un pasado forjado en el fragor de la batalla. Su sola presencia alteró el equilibrio ya precario de la estancia, añadiendo una tensión diferente, más antigua, a la que ya flotaba en el aire.

Valentina frunció el ceño con una mínima, casi imperceptible, mueca de sorpresa, sus ojos esmeralda clavados en el recién llegado. Jacobo apretó los labios, y Sor Ángela, por primera vez, levantó la mirada de sus manos entrelazadas, observando al militar con una intensidad que Sagrario no había visto antes en ella.

La llegada del Capitán Montero, su paso firme y medido a pesar de la edad, no se parecía a la de un simple convidado. Había algo en su severidad, en su silencio, que insinuaba secretos más allá de las disputas familiares, quizás incluso los cimientos de la propia fortuna Ulloa. Don Gonzalo, al verlo, mostró por primera vez una sonrisa genuina, una expresión de camaradería que no había dedicado a ninguno de sus parientes.

Extendió una mano al Capitán, quien la estrechó con un vigor que Sagrario encontró notable, una conexión que parecía forjada en un crisol distinto al de la sangre. El militar se acercó al patriarca, y sus labios se movieron en un aparte inaudible, un murmullo que se perdió entre el rugido de la tormenta y el crepitar de la chimenea. Sagrario, con los ojos de ámbar fijos en ellos, se preguntó qué viejo pacto, qué deuda olvidada, qué secreto inconfesable unía a esos dos hombres, y qué había provocado que la presencia de Montero fuese tan inesperada como el temporal que los había aislado.

Don Gonzalo, al ver que todos los engranajes de su intrincada maquinaria estaban por fin en su lugar, se irguió frente a la chimenea. Su voz profunda y autoritaria cortó la densa atmósfera del salón con la precisión de un bisturí.

—Ya que todos habéis tenido la deferencia de honrar este humilde hogar, a pesar del temporal que nos azota… —comenzó, su mirada azul gélida recorriendo cada rostro, demorándose en la impaciencia mal disimulada de Jacobo, la fija cautela de Valentina y la serena frialdad de Sor Ángela—. Tengo una pequeña sorpresa. La lectura del testamento no tendrá lugar mañana, como os había dicho.

Hizo una pausa, saboreando el silencio que se instaló en la estancia, roto solo por el lamento del viento y el crujido de la leña.

—Se hará esta misma noche.

Un murmullo de consternación se elevó de inmediato, como un enjambre de avispas perturbado. Jacobo abrió la boca para protestar, sus ojos verdes encendidos de una indignación que no pudo disimular, la sangre subiéndole al cuello. Valentina, con un ligero temblor en los labios, intercambió una mirada de alarma con él, una momentánea alianza en la sorpresa. Sor Ángela, por su parte, se aferró aún más a su rosario, sus nudillos blanqueándose bajo el velo, como si buscara consuelo en la madera pulida.

El Capitán Montero, impasible, mantuvo la mirada en el fuego, pero Sagrario notó el ligero endurecimiento de su mandíbula, una señal de tensión contenida. Aquella decisión súbita, pronunciada con la crueldad calculada de un estratega que disfrutaba viendo a sus peones retorcerse, era el primer golpe del martillo, el aviso de que la partida de Don Gonzalo había entrado en su fase más decisiva. El pazo, ya confinado por la tormenta, se había convertido en una trampa de granito, y Don Gonzalo acababa de prender la mecha de su última intriga, una que prometía una explosión antes del amanecer.

CAPÍTULO 2: ECOS DE VIEJA HERENCIA

El aire en el comedor era un sudario pesado, más denso incluso que la bruma que asfixiaba los ventanales. La gran mesa de caoba, pulida hasta el brillo, se extendía como una losa ceremonial, adornada con candelabros de plata y copas de cristal que tintineaban con cada ráfaga de viento que sacudía el Pazo de Alborada. Un guiso gallego, espeso y aromático, liberaba sus vapores sobre la porcelana antigua, intentando inútilmente caldear un ambiente congelado por la presencia de Don Gonzalo.

El patriarca, en la cabecera, se erguía como un pontífice sombrío, sus ojos azul gélido recorriendo los rostros sentados a la mesa. Sagrario, en un extremo, notaba el frío del mármol bajo sus zapatos, una sensación que se extendía por la espalda como un presagio. La luz mortecina de las velas proyectaba sombras danzarinas sobre los comensales, transformando sus facciones en caricaturas momentáneas de sus peores temores.

El silencio era una telaraña pegajosa, solo roto por el suave chasquido de los cubiertos contra los platos y el insistente lamento del viento, que se colaba por las rendijas como un espíritu errante. Doña Sagrario sorbió su caldo, intentando descifrar la partitura muda de los odios que se gestaban bajo aquella aparente calma. Cada uno de los presentes, desde Jacobo a Sor Ángela, pasando por Valentina y el Capitán Montero, parecía un pergamino en blanco donde Don

Gonzalo se deleitaba escribiendo la sentencia de su desdicha. Él, el autor, el juez, y verdugo de su propia estirpe.

Don Gonzalo rompió la frágil tregua, su voz profunda elevándose apenas por encima del tintineo de una cucharilla de postre que Lola, la ama de llaves, acababa de dejar. Los ojos de ámbar de Sagrario observaron cómo la mano de Lola temblaba ligeramente al retirar un plato de pescado. El patriarca carraspeó con deliberada lentitud.

—Jacobo, hijo mío —pronunció, con un tono azucarado que Sagrario encontró más venenoso que la más aguda de las admoniciones—. Me he enterado de que tus… *inversiones*… no han sido tan fructíferas como esperabas. Una lástima. El pazo, ya lo sabes, necesita manos firmes y cabezas claras. No agujeros por donde se escurra la fortuna familiar como agua entre los dedos.

Un sonrojo encendió las mejillas de Jacobo, extendiéndose hasta la raíz de su cabello castaño oscuro. Sus ojos verdes, ya de por sí huidizos, se fijaron en un punto indefinido de la mesa, evitando la mirada paternal. La mano que sostenía la copa de vino se crispó, los nudillos blanqueándose contra el cristal tallado. No dijo nada, pero la tensión que emanaba de él era casi palpable. Sagrario percibió un brillo malévolo en la mirada azul gélida de Don Gonzalo, una satisfacción gutural que no se molestó en disimular. Disfrutaba de su obra, de la humillación ajena. El patriarca continuó, con un dejo de falso pesar:

—Espero que el notario sepa cómo atar esos cabos sueltos, ¿no crees? Los Ulloa siempre hemos sido sinónimo de solvencia, de honor. No de… ligerezas.

Las palabras de Don Gonzalo se clavaron en Jacobo como saetas, perforando no solo su orgullo, sino también su débil fachada de caballero despreocupado. El primogénito tomó un sorbo largo de vino, tan hondo que la manzana de Adán le saltó en la garganta. La mesa volvió al silencio, pero esta vez, estaba cargada de un aliento contenido, como la calma antes de un trueno. Sagrario observó cómo Jacobo, con los ojos aún fijos en el plato vacío, comenzó a

tamborilear con los dedos inquietos sobre el borde de la mesa, un pequeño tic que delataba la tormenta desatada en su interior.

Aquel padre había puesto en evidencia, ante testigos mudos, la herida más profunda de su hijo, una humillación que no solo afectaba su bolsillo, sino también su nombre.

La aguja de la tensión no tardó en picar a otra víctima. Valentina, con su cabellera rojo cobrizo brillando bajo la luz vacilante de las velas, deslizó una mirada oblicua hacia Sor Ángela. La monja, erguida e inmaculada en su hábito oscuro, estaba en el extremo opuesto de la mesa, su rosario de cuentas pulidas enroscado en una mano.

—Es una pena que algunos valores familiares se hayan perdido con el tiempo —comentó Valentina, su voz dulce como la miel, pero con un filo apenas perceptible. Los ojos verdes esmeralda, que horas antes habían mostrado sorpresa al ver al Capitán Montero, ahora eran pozos de una desconfianza evidente. Se dirigía a Sor Ángela, aunque su mirada se paseaba por el guiso como si las palabras no tuvieran destinatario directo.

Sor Ángela, que había permanecido con la cabeza baja, como un busto de mármol de fe inquebrantable, alzó los ojos grises. La intensidad con la que observó a Valentina era un escalofrío.

—La pureza de alma, mi querida Valentina, no se hereda con los blasones ni se compra con alianzas. Se forja con disciplina y renuncias —replicó la monja, su voz serena, pero con una resonancia de acero. Sus nudillos, ya blanqueados por el rosario, se apretaron aún más, como si la madera le ofreciera un ancla en aquella tempestad verbal.

Valentina sonrió, una curva elegante y calculada de sus labios carnosos.

—Renuncias, Sor Ángela, o quizá… huidas. A veces, la devoción es solo una capa de pintura sobre una pared agrietada. La hipocresía es

un lujo que solo los que no tienen nada que perder pueden permitirse.

La insinuación era clara, y Sagrario, con sus ojos ámbar moviéndose de una a otra, entendió que el conflicto entre ambas no era solo por la herencia, sino por una antipatía más antigua y personal, una guerra fría que había estallado con la misma ferocidad que la tormenta exterior. Jacobo, a pesar de su propio malestar, levantó una ceja, disfrutando del intercambio envenenado. Don Gonzalo, al ver el fuego que había atizado, sonrió, sus labios finos estirándose en una mueca de deleite.

Ni siquiera el estruendo de un rayo cercano logró apagar la chispa de animosidad entre la nuera y la sobrina, dos mujeres ligadas al patriarca por lazos muy distintos, pero unidas por un resentimiento igual de profundo.

Doña Sagrario, mientras tomaba un sorbo de su humeante caldo gallego, casi sintió el regusto amargo de la hiel en su propia lengua. Los trozos de patata y grelos le parecieron plomo en el estómago. Observaba a Don Gonzalo, la cicatriz fina y blanquecina en su sien derecha, vestigio de una herida de juventud, parecía ahora un mapa de sus antiguas batallas. La archivista siempre había creído que el pecado dejaba una marca indeleble, y en Don Gonzalo, esas marcas no eran solo físicas.

Eran arrugas alrededor de sus ojos, la forma en que sus labios se contraían al saborear el dolor ajeno. Se preguntó cómo un hombre podía cultivar tanta crueldad, cómo se alimentaba su espíritu de la desazón de los suyos. No era un simple autoritarismo; era un deleite perverso en la humillación, una sed insaciable de control. Aquella cena no era un banquete, sino un juicio, y él, el verdugo que repartía las condenas con cada palabra mordaz.

La mente de Sagrario, entrenada en desentrañar la verdad oculta entre líneas y documentos antiguos, intentaba ahora descifrar el códice vivo de los resentimientos. ¿Qué tipo de resentimiento, se preguntó, podría gestar un hombre así a lo largo de los años en los

corazones de quienes le rodeaban? ¿Y qué fuerza se acumulaba en esas almas pisoteadas? La respuesta, lo sabía, se escondía en los pliegues más oscuros del alma humana, en aquellos rincones que la luz de las velas no alcanzaba a iluminar.

Pensó en las telarañas que cubrían los viejos pergaminos, y en cómo los secretos de aquella familia eran similares: ocultos, olvidados, pero aún pegajosos y vivos, esperando solo la ocasión propicia para revelarse.

El Capitán Montero, que hasta entonces había sido una estatua de silenciosa disciplina, su mandíbula cuadrada e inmutable, dejó la cuchara en el plato con un sonido nítido. Todos los ojos se volvieron hacia él. Su mirada marrón oscuro, casi negra, se posó en Don Gonzalo, pero su voz, grave y mesurada, pareció dirigirse a la mesa entera, al pazo, quizás incluso al vendaval que aullaba fuera.

—El honor —dijo, la palabra resonando con la solemnidad de un toque de corneta—, la lealtad. Son conceptos que, a menudo, se confunden con la obediencia o el temor. Pero el honor verdadero, Don Gonzalo, exige una verdad que no siempre es cómoda. A veces, exige el pago de deudas que no se pueden saldar con oro.

Las palabras cayeron en el ambiente ya enrarecido como gotas de plomo. Don Gonzalo, por primera vez, perdió su sonrisa socarrona. Un ligero tic apareció en el lado derecho de su mandíbula, y sus ojos se clavaron en el Capitán con una intensidad que era tanto sorpresa como desafío. Jacobo, que había estado a punto de levantar su copa, la dejó de nuevo con un pequeño golpe. Valentina, el tatuaje floral de su muñeca derecha casi invisible bajo la manga, se enderezó ligeramente, sus ojos esmeralda parpadeando en la penumbra.

Sor Ángela, que parecía ajena a todo, detuvo el movimiento de su rosario. Sagrario notó el endurecimiento en la postura del Capitán Montero, una rigidez militar que superaba la mera cortesía. Aquel hombre no hablaba por hablar; sus palabras eran dagas envueltas en velos, una advertencia, una cuenta pendiente que se presentaba

con la misma furia de la tormenta. Había algo en su tono que implicaba una traición antigua, un pacto quebrado o un deber no cumplido.

Aquel breve intercambio, cargado de subtexto, reveló una capa más profunda en la relación entre el patriarca y el militar, una conexión que iba más allá de la amistad, de la camaradería, una deuda de honor que parecía remontarse a los cimientos mismos de la fortuna Ulloa.

Don Gonzalo, recuperándose con una rapidez que Sagrario encontró admirable, aunque profundamente inquietante, forzó una sonrisa, aunque sus ojos no la siguieron. Parecía que las palabras del Capitán Montero le habían clavado una espina. Levantó su copa, el cristal tintineando contra la plata, y la elevó hacia el techo, donde los blasones ancestrales de los Ulloa parecían flotar en la penumbra.

—¡Por la armonía familiar! —exclamó con una grandilocuencia que Sagrario detectó como puramente irónica, un sarcasmo cruel. Su mirada azul gélida recorrió a cada uno de sus "invitados", deteniéndose un instante en el rostro enrojecido de Jacobo, en la tensión de Valentina, en la inmutable quietud de Sor Ángela y en la grave compostura del Capitán Montero. El ama de llaves, Lola, que acababa de entrar con el postre, detuvo su paso, sus ojos marrones oscuros reflejando una preocupación ancestral, como si la escena se hubiera repetido infinidad de veces.

El tintineo del cristal se extendió por la mesa, un sonido frágil y ominoso. Nadie se atrevió a protestar abiertamente, aunque el gesto de beber era un trago de veneno. Las gargantas de Jacobo y Valentina se tensaron al tragar. Sor Ángela apenas humedeció sus labios.

—Y para que esta armonía no se demore más de lo necesario —continuó Don Gonzalo, bajando la copa, el brillo de sus ojos una promesa de malicia—, una vez terminemos con el postre, procederemos sin dilación a la lectura de mi última voluntad. No hay razón para posponer la verdad.

El aire en el comedor, ya pesado por el guiso y la cera, se tornó irrespirable, denso con la expectativa y el temor. La tormenta exterior arreció, el viento gimiendo con una voz más aguda, como si el pazo mismo presintiera la inminente tempestad que se desataría entre sus muros. Sagrario vio los destellos en los ojos de los presentes, una mezcla de codicia, miedo y desesperación. Don Gonzalo había encendido la mecha, y ahora todos se preparaban para la explosión. La noche apenas comenzaba, y el viejo patriarca, desde su silla, disfrutaba del espectáculo.

CAPÍTULO 3: LA ÚLTIMA VOLUNTAD

El trayecto del comedor al despacho de Don Gonzalo no fue un simple paso, sino una inmersión en una densidad opresiva, un lugar aún más anclado en la penumbra del pazo. Los crujidos de la madera bajo los pies de los presentes se ahogaban en el breve corredor, mientras el viento, lejos de amainar, se retorcía con una rabia creciente contra los recios muros de granito. Doña Sagrario, las gafas de carey al borde de la nariz, observó a los demás.

Cada uno, una silueta tensa, avanzaba con la rigidez de quienes intuyen el final de una función, sus hilos a punto de ser cortados. El despacho se abrió entonces, una boca de oscuridad que los engulló. El aire, espeso y viciado, los recibió con el aroma inconfundible del cuero añejo, del tabaco rancio y de aquella acidez peculiar que Sagrario, con su olfato de archivera, identificó con la tinta oxidada de los legajos antiguos.

Una única luminaria de aceite, posada sobre la pesada mesa de caoba que dominaba la estancia, proyectaba un círculo de luz trémula. Danzaba sobre los rostros expectantes, cada sombra alargándose y encogiéndose con cada parpadeo. Las paredes, enteras, se hallaban cubiertas por estanterías abarrotadas de tomos con lomos gastados y cubiertas de polvo, parecían absorber la escasa claridad, engulléndola en la mudez de su saber acumulado.

Don Gonzalo, con una mueca que apenas se esforzaba por ser sonrisa, tomó asiento a la cabecera. Sus ojos, ahora un par de esquirlas de hielo, destellaban con una energía singular bajo la luz mortecina.

A su alrededor, cada silla fue ocupada con una lentitud casi ritual. Jacobo se dejó caer en la suya, las manos inquietas sobre los muslos, un mechón de cabello castaño cayéndole sobre la frente con una desidia que delataba noches sin sueño. Sor Ángela, inmóvil, ya con el rosario entre los dedos, parecía tallada en piedra; aun así, Sagrario notó un temblor casi imperceptible en la comisura de sus labios finos.

Valentina, con la mirada esmeralda fijada en el patriarca, cruzó las piernas, la seda de su vestido susurrando un desafío mudo. El Capitán Montero, erguido, mantenía una distancia respetuosa, su expresión grave, los ojos oscuros escrutando los rostros de los demás como un estratega evaluando una batalla inminente. Lola, la única de pie, se aferraba al marco de la puerta. Sus hombros encorvados, sus ojos, grandes y expresivos, no reflejaban temor, sino una familiaridad con la crueldad que aquella casa solía ofrecer.

El despacho, una fortaleza de sombras y secretos, había cerrado su cerco sobre ellos. La respiración contenida de los presentes rivalizaba ahora con el sordo latido de la tormenta, que hacía vibrar los cristales. Aquella noche, al amparo de la furia desatada de la naturaleza, Don Gonzalo de Ulloa dictaría su juicio final. Nadie, en aquella mesa, podría escapar a la sentencia.

Don Gonzalo carraspeó, un sonido seco que laceró el aire cargado de tensión. Sus dedos, largos y huesudos, deslizaron un grueso pliego de papel sellado sobre la caoba pulida hasta el centro de la mesa, como una pieza de ajedrez que desataría el caos. Una chispa de regocijo perverso encendió sus miradas, dos puntos de hielo observando los rostros. Cada uno era un lienzo donde se tejían la codicia, el temor y una desesperación apenas velada.

Abrió el documento con una lentitud exasperante, permitiendo que el susurro del papel se extendiera por la sala, un presagio audible. La luminaria de aceite proyectaba sombras danzarinas, alargando las facciones de los presentes, transformándolas en caricaturas grotescas del deseo y la angustia. Con voz pausada, recreándose en cada palabra, Don Gonzalo comenzó a leer. Su dicción era impecable, cada sílaba cincelada con la intención precisa de un verdugo que afina su hacha.

Primero, las cláusulas de caridad, destinadas a instituciones lejanas, gestos vacíos de un hombre que jamás había derrochado benevolencia en vida. Luego, pequeñas sumas para empleados leales, todos menos Lola. Su nombre, inexplicablemente, no figuraba. Sagrario vio el temblor que apenas se adivinaba en los labios del ama de llaves, los puños que se apretaban, el ceño que se fruncía sobre sus ojos oscuros, una inquietud que trascendía la mera sorpresa. Cuando llegó el turno de Jacobo, la voz de Don Gonzalo adquirió un matiz más agudo, una inflexión que prometía el inicio de una tortura calculada.

—A mi primogénito, Jacobo de Ulloa y Castro —leyó, la palabra «primogénito» pronunciada con un sarcasmo punzante que solo Sagrario y, quizás, Montero parecieron captar en toda su extensión —, reconociendo su... *particular* estilo de vida y sus *compromisos* financieros, le lego, por única vez, la cantidad de quinientos euros. Suficiente, espero, para cubrir sus *menores* caprichos y así recordarle la virtud de la sobriedad. El resto de sus deudas, mi querido hijo, quedan a cargo de su propia... *inventiva*.

Los quinientos euros eran una bofetada helada, una burla cruel que no cubriría ni una fracción de las deudas de juego de Jacobo. El primogénito empalideció, sus ojos verdes, ya enrojecidos, se abrieron con una mezcla de incredulidad y un furor apenas contenido. La sangre le subió a las mejillas, tiñéndolas de un carmesí que contrastaba con la palidez lívida de sus labios. Sus manos, que un instante antes se frotaban la barbilla con nerviosismo, ahora se

cerraron en puños apretados bajo la mesa, las uñas marcando la carne.

Un jadeo ahogado escapó de su garganta, sofocado al instante por la mirada dura de su padre. Don Gonzalo sonrió, una auténtica sonrisa esta vez, la que solo brota de la satisfacción inmensa por el dolor infligido, por la humillación pública del hijo al que siempre había considerado una decepción. El orgullo de Jacobo, ya maltrecho, se resquebrajó. Su postura elegante se encorvó ligeramente, como si el peso de aquellas palabras lo aplastara contra la silla.

El despacho, en aquel instante, se convirtió en un eco de su humillación, un lugar donde el honor familiar se desvanecía en cenizas. Una rabia densa se cernía sobre el joven, casi tangible, y Sagrario notó el sudor frío perlado en su frente.

El aire, denso ya, vibró con la humillación de Jacobo, un eco que Valentina pareció absorber con su propia angustia. Don Gonzalo, sin pausa, continuó leyendo con una cadencia que ahora destilaba la malicia de un réprobo. Su mirada, ya no solo gélida sino cargada de una victoria fría, se desvió hacia su esposa. Sagrario percibió una anticipación en aquellos ojos, el deleite del cazador que saborea el miedo de su presa.

—En cuanto a mi esposa, Valentina de Ulloa —la mención del apellido sonó más a una concesión que a un reconocimiento—, habida cuenta de su... *esmerada* compañía y del corto tiempo de nuestra unión, y con el fin de asegurar su futuro sin menoscabar la integridad del patrimonio familiar, le dejo el usufructo vitalicio de la pequeña propiedad de Valdoviño y una renta anual que le permita mantener un nivel de vida… *modesto*. Sin embargo, el pazo de Alborada, sus tierras y todo bien mueble e inmueble, permanece bajo la administración de la línea principal de los Ulloa.

El color abandonó el rostro de Valentina con una rapidez asombrosa, dejando una máscara de marfil sobre sus mejillas. El usufructo de Valdoviño era una migaja, una ofrenda insultante comparada con la

vasta fortuna que ella, ingenua, había creído suya por derecho matrimonial. El brillo esmeralda de sus ojos, tan vivaz hacía un instante, se opacó, reemplazado por una furia tan intensa que parecía hacer vibrar la lámpara sobre la mesa.

Su mandíbula se tensó hasta la rigidez, y Sagrario vio el pequeño tatuaje floral en su muñeca derecha, normalmente oculto, que ahora parecía pulsar bajo la piel pálida. Una vena en su cuello se marcó de forma brusca, latiendo con la indignación reprimida. No había sorpresa, solo una confirmación brutal de su peor temor: Don Gonzalo nunca había confiado en ella, nunca la había considerado más que una concubina elegante, una cazafortunas que no merecía ni un solo rastro de la verdadera herencia Ulloa.

La palabra «modesto» resonó como un latigazo, un recordatorio cruel de su origen humilde, de los años de lucha que ella había intentado dejar atrás con el matrimonio. Un gruñido bajo, casi inaudible, escapó de su garganta, pero Valentina lo tragó con un esfuerzo visible, consciente de las miradas escrutadoras. La promesa de seguridad, el estatus anhelado, todo se disipaba como volutas de humo. El orgullo herido y la frustración abierta se arremolinaban en sus ojos, una marea de bilis que amenazaba con desbordarse.

Doña Sagrario, sentada en un rincón apartado de la mesa, la pluma sin usar aún en sus dedos manchados de tinta, observaba la escena con la metódica frialdad de quien desentraña un antiguo pergamino. Sus ojos ámbar, pequeños y penetrantes, no se perdían detalle. El desprecio de Don Gonzalo no le sorprendía; la crueldad de su testamento, sin embargo, alcanzaba nuevas cotas. Era un veneno administrado con la precisión de un maestro de la agonía, una forma de seguir ejerciendo control, de seguir humillando, incluso desde la tumba que un día lo acogería.

La archivera pensó en las complejas relaciones de poder que había estudiado en viejas dinastías, los juegos de influencias, las puñaladas por la espalda disfrazadas de edictos. Aquel hombre, Don

Gonzalo, era un vestigio de esa vieja escuela, un tirano que había construido su propio panteón de resentimientos.

Su mano se posó sin querer sobre un fajo de papeles que contenían los registros de un pleito sobre lindes de siglos pasados. «El pecado, como la humedad, siempre deja mancha», la frase de su abuela resonó en su mente con una nitidez escalofriante. Y aquí, en el Pazo de Alborada, las manchas de los pecados del patriarca eran tan densas como la bruma que ahora asfixiaba los viñedos de la Ribeira Sacra.

Este testamento no buscaba justicia, lo sabía Sagrario. Buscaba venganza, una última burla para aquellos que, por sangre o por ambición, habían osado orbitar alrededor de su sol. Jacobo se había desplomado en la miseria pública, su futuro aniquilado por un papel. Valentina, la «cazafortunas», había sido despojada de su presa con un golpe maestro. La crueldad no era un accidente en Don Gonzalo; era un arte refinado.

Su inteligencia no estaba al servicio de la construcción, sino de la demolición. Un hombre así, pensó Sagrario, acumulaba enemigos con la misma facilidad que los robles centenarios acumulaban musgo. ¿Qué tipo de criatura era capaz de infligir tanto dolor, no solo a los vivos, sino a la memoria de su propia estirpe? Se preguntó si alguno de ellos, empujado al límite por aquella humillación, sería capaz de romper los velos de la civilidad. La respuesta, lo intuía, aguardaba agazapada en la oscuridad del pazo, más allá del tenue halo de la luminaria.

El siguiente nombre, pronunciado con un tono que dejaba entrever una diversión maliciosa, hizo que Sor Ángela, hasta entonces una estatua de fría contención, se estremeciera. Sus ojos grises, normalmente distantes, adquirieron una intensidad súbita, casi febril, al clavarse en el rostro del patriarca.

—Y a mi querida sobrina, Sor Ángela de Ulloa —leyó Don Gonzalo, saboreando cada palabra, una pequeña arruga de placer marcando la comisura de sus labios finos—, en reconocimiento a su

inquebrantable devoción y su *ejemplar* vida de retiro, le lego una modesta renta vitalicia, supeditada, claro está, a que mantenga su celibato y su buen nombre, evitando cualquier... *escándalo* que pueda mancillar la dignidad de nuestro linaje.

La respiración de Sor Ángela quedó suspendida en el aire, una pausa prolongada que se sintió tan densa como el granito de los muros del pazo. Sus nudillos, ya blanquecinos por la presión del rosario, se volvieron aún más lívidos. El color se esfumó de su rostro, dejando una palidez extrema que resaltaba las ojeras bajo sus ojos grises. La monja apretó las manos con tal fuerza que los granos de madera del rosario se clavaron en la piel, sin que ella pareciera sentir el dolor.

Aquellas palabras, «celibato» y «escándalo», eran dagas invisibles, recordatorios crueles del secreto que Don Gonzalo había usado para forzarla al convento años atrás. Era su forma de decir que, incluso muerto, su tío seguiría siendo su carcelero, su verdugo moral. El chantaje, lejos de terminar con su muerte, se reafirmaba, proyectando una sombra perpetua sobre su existencia. Su postura, antes rígida y tensa, se volvió casi quebradiza, como si una grieta profunda se hubiera abierto en su armadura de piedad.

Los hombros se le encorvaron apenas, y Sagrario notó el ligero temblor en su barbilla, una debilidad que la monja intentaba ocultar con todas sus fuerzas. Las miradas de Jacobo y Valentina se posaron en ella por un instante, un destello de curiosidad malsana, una sombra de viejo chismorreo que se asomaba en la penumbra. El Capitán Montero, en cambio, desvió la vista hacia el fuego de la chimenea, su mandíbula cuadrada, su expresión más grave que nunca, como si el honor herido de la monja le recordara sus propias deudas no saldadas.

El despacho se impregnó de un silencio pesado, solo roto por el creciente batir del viento que arañaba las ventanas, un coro furioso para la agonía silente de Sor Ángela. Su fe, su único refugio, acababa de ser profanada públicamente por última vez.

Don Gonzalo bajó el pergamino, un leve arrugar del papel, y sus ojos, ahora un azul más incisivo que gélido, recorrieron los rostros desfigurados por la furia, la desesperación y la humillación. Una sonrisa de triunfo, fría y desprovista de cualquier calidez, se extendió por sus labios. La luz de la luminaria pareció intensificarse en aquel instante, bañando su rostro con un brillo antinatural, casi funesto.

No era el final de su tiranía, sino una póstuma exhibición de poder. Él, Don Gonzalo, había diseñado su propia obra maestra de venganza, una que trascendería la vida misma. Miró a Jacobo, quien apenas contenía un temblor; a Valentina, con los ojos llenos de lágrimas no derramadas; y a Sor Ángela, que parecía haberse petrificado. El Capitán Montero, impasible, fue el único que sostuvo la mirada, un duelo silencioso de voluntades que Don Gonzalo pareció disfrutar hasta el último segundo.

—Y así —concluyó, su voz ahora un susurro satisfecho—, mi última voluntad queda expresada. Que cada cual acepte su parte con la dignidad que le corresponde.

El pazo, en ese preciso instante, se estremeció con un nuevo embate de la tormenta. El vendaval, que antes había golpeado las ventanas con insistencia, ahora parecía arrancar las tejas del tejado, un lamento ahogado que se elevaba por encima de todo. La luminaria sobre la mesa parpadeó violentamente, los hilos de luz danzando de manera errática. Las sombras se alargaron y encogieron en un frenético baile.

Doña Sagrario sintió el frío de la piedra calar hasta sus huesos, un presagio de la oscuridad que se cernía sobre ellos. Miró los rostros de los «herederos», sus ojos ardiendo ahora con una mezcla volátil de conmoción y una rabia apenas contenida. La tormenta exterior era solo un eco de la que acababa de desatarse en el corazón de aquella familia. El testamento de Don Gonzalo no era un punto final, sino el detonante de una nueva y más brutal contienda, una que apenas comenzaba a gestarse en los corazones heridos de los

presentes. La anciana archivista se apretó las manos, consciente de que la verdadera herencia del patriarca sería la venganza.

CAPÍTULO 4: PROMESAS ROTAS

La última palabra de Don Gonzalo se disolvió en el estruendo de la tormenta, que ahora se abatía sobre el Pazo de Alborada con una ferocidad inusitada. El despacho, un instante antes teatro de una humillación formal, se convirtió en un caldero donde las pasiones, contenidas a duras penas, bullían al límite. El fuego de la chimenea, único punto de luz cálida en la estancia, proyectaba sombras danzarinas sobre los retratos de los ancestros, que desde sus marcos dorados parecían sonreír con la misma burla gélida de Don Gonzalo. El pergamino, aún en las manos del patriarca, se había convertido en una brasa encendida, una afrenta que calaba hasta lo más hondo del alma.

Jacobo, el primogénito, rompió el silencio con una bocanada de aire que sonó a estrangulamiento. Sus ojos verdes, que hasta entonces habían permanecido fijos en el suelo, se alzaron, inyectados en sangre, para clavarse en el rostro complacido de su padre. El mechón castaño, habitualmente rebelde, ahora le caía sobre la frente, empapado en sudor frío. Una vena le palpitaba en la sien con una furia contenida, a punto de reventar.

Sus manos, que siempre jugueteaban inquietas, se apretaron en puños tan fuertes que los nudillos blanquearon. El mentón le tembló, un signo de debilidad que Don Gonzalo despreciaba, pero de pronto,

un caudal de palabras se desató de sus labios, rasposo y cargado de amargura.

—¿Quinientos euros, padre? ¿Quinientos míseros euros? —escupió Jacobo, la voz cargada de un veneno que apenas podía contener. Se adelantó un paso, luego otro, hasta que la mesa pulida se interpuso como una barrera entre él y su progenitor. El aire vibró con la intensidad de su ira. —¡Después de toda una vida, después de cargar con el apellido, con la casa, con... con todo! ¿Es esa su piedad? ¿Esa es la *herencia* que me lega? ¡Un chiste cruel, una limosna que ni siquiera alcanzará para pagar la décima parte de las deudas que me asfixian! —El aliento le olía a licor de la cena, una fragancia dulce y agria que el miedo y la indignación habían acentuado.

Don Gonzalo, inmóvil en su silla, apenas pestañeó, sus labios finos esbozando una sonrisa casi imperceptible. Disfrutaba, saboreaba cada sílaba de la desesperación de su hijo.

—¿Deudas, dices? —replicó el patriarca, su voz un murmullo helado que contrastaba con el estruendo de la lluvia. —Ya te lo advertí, Jacobo. Tus vicios, tus... *distracciones*, tenían un precio. Y ese precio se paga en la vida, no solo en la muerte. Los prestamistas de Madrid, esas sombras que te persiguen por los callejones de la capital, no son mi problema. Son el fruto de tu irresponsabilidad. Mi dinero no es para sanear tus desvaríos, sino para perpetuar un legado que tú no has sabido honrar. —Don Gonzalo hizo una pausa, sus ojos azules, penetrantes, se clavaron en los verdes de Jacobo con una frialdad gélida. —Y me dices que te he condenado a la ruina, pero la ruina, hijo, ya la llevabas en la sangre. Mis quinientos euros, si acaso, son una bendición disfrazada, un último acto de caridad para que no mueras de inanición bajo un puente.

Jacobo retrocedió un paso, el pecho inflándose con una respiración jadeante. Su rostro, antes arrogante, se había descompuesto en una mueca de dolor y frustración. Aquella conversación no era nueva, pero la declaración pública del testamento había abierto una herida

que no cicatrizaría. Doña Sagrario, observando desde un rincón discreto, apretó los dedos finos sobre su cuaderno de notas. Había detectado la verdadera punzada en la respuesta de Jacobo: no era solo el dinero, sino el desprecio, la anulación de su valor como primogénito.

La archivista había visto a hombres arruinados por deudas de juego, pero el golpe de Don Gonzalo iba más allá del bolsillo. Se dirigía al orgullo, al linaje, a la identidad. Un abismo de desesperación se había abierto bajo los pies de Jacobo, y Don Gonzalo, desde la cima, lo empujaba con saña. El silencio volvió a caer, denso y cargado con el olor de la cera quemada de la luminaria y la bilis amarga de la humillación.

Valentina, la segunda esposa, rompió la atmósfera con una frialdad que heló la respiración de todos. Su figura esbelta, envuelta en un vestido de terciopelo oscuro, se despegó del respaldo de la silla, proyectando una silueta desafiante. Sus ojos verdes esmeralda, que minutos antes habían brillado con lágrimas no derramadas, ahora destellaban con una determinación acerada. Se alisó el cabello rojo cobrizo con un gesto calculado, su labio carnoso se curvó en una sonrisa helada que poco tenía de dulzura.

Dio un par de pasos hacia Don Gonzalo, sus tacones resonando secos en el suelo de madera, un sonido que se impuso por un instante al repiqueteo incesante de la lluvia contra los cristales. Aquella mujer, hasta entonces percibida como una belleza ornamental, se revelaba como una fuerza implacable.

—Me equivoqué al pensar que su crueldad tenía límites, Gonzalo —pronunció Valentina, su voz un susurro grave, cada palabra afilada como una cuchilla—. Creí que la vejez, si no la bondad, suavizaría el acero de su alma. Pero veo que la podredumbre es más profunda de lo que imaginaba. Un usufructo. Una renta modesta. ¿Es así como paga los años de mi vida, mi compañía, mi... *devoción*? —La última palabra se tiñó de un sarcasmo tan evidente que una ráfaga de

incomodidad recorrió el despacho. No era una súplica, sino una amenaza envuelta en seda.

Don Gonzalo lanzó una carcajada seca, un sonido áspero que hizo encogerse a Lola junto al umbral, pero que apenas inmutó a Valentina. El patriarca se regodeaba en aquel desafío, deleitándose en la furia de su esposa.

—¿Devoción? —se mofó el viejo, sus ojos azules gélidos— ¿Acaso he de recordarte tu origen, Valentina? ¿Tu afán por ascender, por las joyas, por el confort que nunca conociste? Mi patrimonio no es un fondo de caridad para ambiciones ajenas. Te he dado una posición, un apellido. Lo que te he quitado, en comparación, es una nimiedad. Siempre supiste que no te entregaría mi fortuna sin luchar, ¿verdad? Y ahora que he ganado, ¿vienes a amenazar?

Valentina no parpadeó, su mirada fija en el patriarca. La ira ardía en sus pupilas esmeralda, una llama que prometía una retribución lenta y meticulosa.

—Impugnaré este testamento —afirmó, la voz firme, sin atisbo de duda—. Por todos los medios legales a mi alcance. Los Ulloa no son los únicos que saben cómo usar los papeles. Se lo juro por mi vida, Gonzalo. Cada cláusula, cada punto, será cuestionado. Mis abogados encontrarán el resquicio, la falla, el vicio oculto en esta farsa. No me quedaré de brazos cruzados, viendo cómo me despoja de lo que me corresponde por derecho. Usted cree que su voluntad es ley, pero la ley tiene sus propios vericuetos, sus propios laberintos. Y yo sé cómo encontrarlos.

Don Gonzalo se reclinó en su silla, la risa burlona ahora más abierta, sus hombros sacudiéndose con un regocijo malsano. No la tomaba en serio, parecía pensar, o disfrutaba de su bravata como parte de su macabra obra. Sagrario, en su rincón, notó el destello peligroso en los ojos de Valentina. Aquella mujer no solo hablaba de derecho, hablaba de supervivencia. De orgullo. Y una mujer acorralada, pensó la archivista, era capaz de las mayores astucias.

Los demás presentes observaban el duelo verbal en silencio, sus propios resentimientos eclipsados por la magnitud de la confrontación. Sor Ángela, con sus manos apretadas sobre el rosario, esbozó una mueca casi imperceptible, una mezcla de desprecio y secreta satisfacción al ver a la esposa del patriarca en tan apurada situación. Jacobo, por su parte, miraba a Valentina con una extraña mezcla de admiración forzada y vieja antipatía. La tormenta exterior seguía siendo un eco lejano, mientras la verdadera tempestad se desataba en aquel despacho.

La risa burlona de Don Gonzalo, hiriente y prolongada, se clavó como una daga en el tenso silencio que siguió a la amenaza de Valentina. El sonido, agudo y cruel, pareció rebotar en las paredes de madera, acentuando el gélido ambiente. Sor Ángela, hasta ese momento una figura estática, un bulto de tela oscura en la penumbra del despacho, se estremeció. Sus nudillos, ya lívidos por la presión del rosario, se contrajeron aún más, clavando los granos de madera en la palma de su mano. La cicatriz tenue de su muñeca izquierda, apenas visible bajo el hábito, pareció palpitar con un dolor fantasma, un eco de viejas heridas.

Con un movimiento brusco, que desprendía más furia que devoción, se puso en pie. No pronunció una palabra, ni siquiera dirigió una mirada a Don Gonzalo, lo que, en su silencio, resultaba más elocuente que cualquier insulto. Sus ojos grises, fríos y distantes, apenas se detuvieron un instante en el rostro desafiante de Valentina, o en la desesperación de Jacobo. Una sombra de viejo rencor, tan antigua como la misma piedra del pazo, pareció cruzar su mirada antes de volverse hacia la puerta.

Su paso era rígido, casi autómata, pero Sagrario, con su aguda capacidad de observación, notó un temblor casi imperceptible en la línea de sus hombros. La monja se movía con la rigidez de una rama a punto de quebrarse. Sus manos, entrelazadas sobre el rosario, no buscaban consuelo en la plegaria; más bien, lo estrujaban con una violencia contenida, como si intentara sofocar una rabia ardiente. La expresión de su rostro, antes de que el velo la ocultara por completo

al girarse, era una máscara de palidez extrema, pero Sagrario vislumbró el rictus de una mandíbula apretada, el músculo saltando bajo la piel tensa.

No era la paz del espíritu la que la impulsaba, sino una necesidad imperiosa de huir, de alejarse de la presencia asfixiante de su tío y de la humillación que aún vibraba en el aire.

Se dirigió hacia la puerta del despacho, que daba a un corredor oscuro, apenas iluminado por una lámpara de aceite lejana. Sus pasos se alejaban con una prisa desacostumbrada para una monja, y el susurro de su hábito al rozar la madera fue el único sonido que se escuchó antes de que la puerta se cerrara con un golpe suave, pero final. Un silencio denso y cargado de incomodidad se instaló en la estancia, pesado como una mortaja.

La ausencia de Sor Ángela, antes tan presente en su inmovilidad, ahora era un hueco tangible, lleno de un resentimiento mudo y una cólera contenida que la archivista percibió con claridad. Su partida, lejos de calmar el ambiente, había añadido una capa más de tensión, una pregunta sin respuesta que flotaba en el aire. Sagrario notó cómo Don Gonzalo, por primera vez, había desviado su mirada, observando la puerta por donde la monja había desaparecido, con una expresión menos de triunfo y más de una satisfacción compleja, teñida de un conocimiento oscuro.

Doña Sagrario, en su discreto rincón, sentía la tensión casi cortarse con los dedos finos de sus manos. El aire se había vuelto tan denso que respirar parecía un esfuerzo. Los ecos del enfrentamiento, la rabia de Jacobo, la frialdad calculadora de Valentina, y la silenciosa, pero estruendosa partida de Sor Ángela, reverberaban en cada fibra del viejo pazo. La archivista había presenciado la explosión de un barril de pólvora, una detonación que, aunque no había tenido lugar con fuego y estruendo, era igualmente destructiva.

Había visto a cada uno de ellos, los autoproclamados herederos de la estirpe Ulloa, empujados al límite de su cordura por la última burla del patriarca.

El pecado, como la humedad, siempre deja mancha. Y en aquel despacho, la mancha se había extendido hasta cubrir cada alma presente. Lola, junto al umbral, se había encogido aún más, sus ojos oscuros llenos de una aprensión que la anciana comprendía. El Capitán Montero, impasible, observaba las llamas de la chimenea, su rostro de piedra impenetrable, pero Sagrario adivinaba en la tensión de su mandíbula cuadrada una marea de pensamientos inconfesables.

Cada uno de ellos tenía ahora un motivo claro, un detonante. Jacobo, desheredado, con sus deudas acumulándose como una losa, enfrentado no solo a la ruina, sino a la anulación de su identidad. Su desesperación era un pozo sin fondo, una rabia ardiente que lo consumía por dentro. Valentina, la "cazafortunas", excluida de la fortuna principal, lucharía con uñas y dientes por lo que creía suyo. Su ambición, herida de muerte, se transformaría en un arma afilada.

Y Sor Ángela, la monja, públicamente humillada, su pasado oscuro expuesto de nuevo, su fe profanada por la malicia de su tío. La rabia, contenida durante años bajo el hábito, burbujeaba ahora como un veneno lento, buscando una salida. No era la piedad lo que la guiaba, sino una sed de justicia que podría torcerse en venganza.

Doña Sagrario pensó en Don Gonzalo, que había sembrado aquella cosecha de hiel con una paciencia cruel y un deleite manifiesto. Su victoria moral era completa. Había despojado, humillado y acorralado a cada miembro de su familia. Los había reducido a meros peones en su juego final, un juego que trascendía la muerte misma. La anciana cerró los ojos por un instante, el rostro arrugado por una profunda inquietud.

Los secretos, los resentimientos, las promesas rotas, todo se había acumulado como una tormenta interna, más poderosa que la que se desataba afuera. Una retribución, a veces, era un plato que se servía con la frialdad del granito. Y en el pazo de Alborada, la temperatura acababa de descender de forma alarmante. Aquella noche, sabía la archivista, la balanza de la justicia vital comenzaría a oscilar.

Don Gonzalo, lejos de amilanarse ante las emociones desatadas que había provocado, se regodeaba en el sufrimiento de su familia. Su rostro, iluminado por la luz parpadeante de la luminaria, era una máscara de triunfo puro. La cicatriz fina en su sien derecha, recuerdo de una herida de juventud, parecía blanquearse aún más con la intensidad de su placer. Sus ojos azul incisivo, lejos de mostrar compasión, brillaban con una satisfacción malsana.

Recogió el pliego del testamento de la mesa con una lentitud exasperante, plegándolo con un crujido seco que reverberó en el silencio tenso. Aquel gesto, tan trivial, era un último acto de desprecio, un recordatorio de que él, y solo él, ejercía el control absoluto.

—¡Oh, Jacobo! —exclamó Don Gonzalo, su voz ahora un ronroneo burlón, casi un arrullo. —Siempre la debilidad. Siempre el lamento. Desde niño, incapaz de sostener una responsabilidad, de ganar una mísera partida de cartas sin lloriquear por el naipe que no le salía. Ahora que la fortuna no te sonríe, ¿qué vas a hacer? ¿Pedir limosna en las puertas de la casa que no supiste proteger? Quizás sea hora de que te acostumbres a la austeridad, a ese pequeño rincón que te espera en la calle. Un hombre de tu alcurnia, rogando. Qué patético espectáculo. —Sus palabras eran dagas envenenadas, clavándose en el corazón ya desgarrado de su hijo. Jacobo, mudo, solo pudo apretar los dientes, su cuerpo temblaba con una rabia impotente que Sagrario percibió como un fino pulso tembloroso en el aire.

Luego, la mirada de Don Gonzalo se posó en Valentina, que aún mantenía su postura desafiante, aunque su labio inferior temblaba levemente.

—Y tú, mi querida Valentina —continuó el patriarca, su voz teñida de una falsa dulzura—. La ambición es una cualidad, lo admito. Pero la ambición desmedida, sin cimientos, es un vicio que te ha cegado. ¿Impugnar el testamento? ¿Crees que no he previsto cada contingencia, cada artimaña legal? Este documento es una fortaleza inexpugnable, hija mía. Cada palabra ha sido sopesada por los

mejores juristas, blindada contra tus pequeños tejemanejes. ¿Crees que tu belleza, tu juventud, te darán poder contra la ley de un Ulloa? Ingenua. Siempre lo fuiste, bajo esa capa de astucia. Volverás a tus orígenes, mi dulce esposa, con la misma nada que tenías antes de que mi nombre te alzara. O no, quizás con algo menos. —La sonrisa de Don Gonzalo se ensanchó, una expresión cruel, plena de gozo por la humillación ajena. Valentina cerró los ojos un instante, una fina capa de sudor perlaba su frente, y Sagrario notó el tic nervioso en la comisura de sus labios. Era el dolor, la frustración, la impotencia.

El patriarca se regodeaba, sus palabras como latigazos que resonaban en la estancia. Su mentón prominente se elevó con altivez, su mirada recorriendo a los presentes, disfrutando de cada gota de amargura que había cosechado. La tormenta seguía aullando afuera, pero dentro, el silencio se había vuelto un grito, una promesa de retribución que se gestaba en los corazones heridos. Don Gonzalo había jugado su última mano, y lo había hecho con una crueldad que traspasaba la comprensión de Doña Sagrario. Aquella noche, el pazo no solo encerraba a una familia, sino que incubaba una tormenta de pasiones.

El Capitán Montero, que hasta el momento había permanecido como una estatua inamovible, observando la escena con sus ojos marrón oscuro, casi negros, despegó su corpulenta figura del marco de la chimenea. Su mandíbula cuadrada, fuerte y resuelta, apenas se movía, pero su expresión era más grave que nunca, distante, como si cada palabra pronunciada por Don Gonzalo se grabara en las viejas cicatrices de su alma. Con pasos lentos y deliberados, que resonaban con un peso inusual en el silencio que Don Gonzalo había impuesto, se acercó al patriarca.

Los ojos de Sagrario, pequeños y penetrantes, no perdieron detalle. Había algo en la cadencia de Montero, en la lentitud de sus movimientos, que sugería una autoridad silenciosa, una fuerza contenida que contrastaba con la locuacidad cruel de Don Gonzalo.

El capitán se inclinó ligeramente, su cabeza gris oscura, peinada hacia atrás, cerca del oído de Don Gonzalo. Murmuró algo en voz baja, tan quedo que el susurro apenas superó el crepitar del fuego y el distante aullido del viento. Sagrario aguzó el oído, pero solo captó una vaga resonancia, una especie de zumbido sordo. No se distinguía una sola palabra, ni siquiera una sílaba. Sin embargo, el efecto en Don Gonzalo fue perturbador.

La sonrisa de triunfo se borró de sus labios con una rapidez alarmante. Sus ojos azules gélidos se abrieron ligeramente, y una sombra, una expresión de inquietud o quizás de sorpresa mal disimulada, cruzó su rostro. El pergamino del testamento, que aún sostenía, se apretó con más fuerza en su mano, los nudillos blanqueando. El patriarca se enderezó, su mirada ahora fija en Montero, una pregunta sin voz en sus pupilas.

El capitán, impasible, mantuvo la mirada en la de Don Gonzalo por un segundo que se estiró en el tiempo, un duelo silencioso y enigmático que Sagrario no pudo descifrar.

El capitán, sin esperar respuesta o comentario, se retiró con la misma lentitud, volviendo a su posición junto a la chimenea. Su figura, recortada contra el resplandor de las llamas, recuperó su impasibilidad. Don Gonzalo, visiblemente alterado por la breve conversación, tardó unos instantes en recuperar la compostura. El brillo de triunfo había sido reemplazado por una chispa de irritación, un atisbo de vulnerabilidad que Sagrario no había visto en él hasta entonces.

El pazo se había sumido en un silencio gélido, solo roto por el batir furioso de la tormenta contra los ventanales. El patriarca, finalmente, se irguió, su mandíbula cuadrada y fuerte.

—Bien —dijo Don Gonzalo, su voz, aunque restaurada en su autoridad, con un matiz apenas perceptible de tensión. —La medianoche se acerca, y con ella, la antigua tradición familiar. El brindis. No olvidemos las formas, por muy... *alterado* que esté el ánimo de algunos. Lola —llamó, su voz cargada de un imperativo

que hizo a la ama de llaves sobresaltarse junto al umbral—. Prepara el licor de café. Es hora de sellar este día. Es hora de brindar por la memoria, y por el futuro.

La ama de llaves asintió con la cabeza, sus ojos oscuros llenos de una aprensión sombría. Se movió con una lentitud resignada hacia la puerta que daba a los pasillos de servicio. El anuncio del brindis flotó en el aire, pesado como una condena. Un brindis. ¿Por qué, pensó Sagrario, justo ahora, después de la sangre derramada en vida, después de la humillación pública, Don Gonzalo insistía en una ceremonia tan íntima?

La archivista sintió un escalofrío que no provenía del frío del pazo. Aquel brindis no sería un acto de celebración, sino un presagio, una última pieza en el macabro juego del patriarca. La balanza de la justicia vital, que ella había imaginado oscilando, parecía ahora inclinarse peligrosamente. La noche, apenas comenzada, prometía mucho más que el simple fin de un día.

CAPÍTULO 5: EL SECRETO DEL CAPITÁN

El aroma de incienso rancio aún se aferraba a la biblioteca, una ofrenda desdibujada en el aire denso y frío del Pazo de Alborada. Doña Sagrario, con sus gafas de carey resbalando por la nariz, deslizaba los dedos por los lomos de los viejos legajos, la fina película de polvo que cubría los volúmenes, una costra de tiempo y olvido. El «Libro de las Compras y Arrendamientos de 1888» no revelaba los secretos que perseguía, sino solo el eco de una letanía administrativa.

Nada tenía que ver con la intriga desatada apenas unos instantes antes en el despacho de Don Gonzalo. Los gritos, las amenazas apenas veladas de los herederos, resonaban todavía en los oídos de la archivista, más persistentes que el bramido de la tormenta, que sacudía el granito del pazo con redoblada furia. Sagrario había visto la cólera en los ojos de Jacobo, la furia contenida de Valentina, la rabia gélida de Sor Ángela. Cada uno, una pieza en un tablero donde la última jugada de Don Gonzalo había sido un golpe maestro de una crueldad calculada.

Un pasillo adyacente a la biblioteca conducía directamente al despacho del patriarca, una conexión que la compleja distribución de la casa había previsto para el acceso rápido a los fondos documentales. Doña Sagrario había decidido que, antes del brindis de medianoche, que se anunciaba como una farsa tanto como una

sentencia, debía buscar en los anaqueles algo más que registros de aperos. Caminaba con la lentitud que le permitía su edad, sus pasos cortos y firmes sobre las tablas que crujían con una voz antigua, un concierto de quejas del pazo mismo.

La luz, ya escasa, parpadeaba de una bombilla solitaria que colgaba del techo, bañando el corredor en un halo amarillento y mortecino, insuficiente para desterrar las sombras que se alargaban como dedos por las paredes. Justo al pasar frente al despacho, un hilo de voz, apenas audible sobre el estruendo de un rayo que sacudió el suelo bajo sus pies, la detuvo. No era un grito, sino una conversación contenida, pero con un filo acerado que alertó sus ojos pequeños y ámbar.

Las voces pertenecían a Don Gonzalo y al Capitán Montero. Eran susurros, sí, pero su resonancia de conflicto era tan intensa que Sagrario se pegó al muro, oculta en la penumbra que ofrecía el lomo de una estantería voluminosa. El aire se había vuelto más denso, cargado no solo de la humedad exterior, sino de una tensión que picaba en la garganta.

—…esa carta… —alcanzó a distinguir Sagrario, la palabra deshilachada por el bramido del viento, pero inequívoca. Era la voz de Montero, más ronca que de costumbre, con un tinte de desesperación que la anciana archivista jamás le había escuchado. El capitán, siempre tan rígido en su disciplina, parecía ahora un muro resquebrajado, su impasibilidad habitual desdibujada por una urgencia que desentonaba con su figura marmórea. Sus palabras eran un gemido apenas audible, una súplica oculta. —…África… ¿entiendes? —Esta vez, el susurro del militar fue más claro, teñido de una urgencia que lo despojaba de su habitual impasibilidad. El corazón de Sagrario, ajeno a los latidos de la ira y la codicia que había presenciado antes, empezó a latir con un ritmo más vivo. Aquel era un nuevo tipo de inquietud, más antigua, más arraigada que los dramas recientes. La mención del continente africano, abrupta y casi discordante, abrió una grieta en la fachada de lo que ella creía conocer del pazo y sus habitantes. Había algo en la

cadencia de Montero, en la respiración apenas contenida, que revelaba un peso, una historia jamás contada en los pergaminos ni en los blasones que observaban desde los salones. El capitán estaba pidiendo algo, exigiendo algo, y Don Gonzalo, aunque invisible tras la puerta de madera maciza, respondía con un silencio denso, cargado de una resistencia tangible, casi palpable, que se filtraba por las rendijas. La archivista se preguntó qué había en el pasado que pudiera doblegar la férrea voluntad de Montero. Un secreto, sin duda, que sobrepasaba las miserias de una simple herencia.

Montero, ajeno a la presencia de Sagrario, insistía con una intensidad que la sorprendió. Su voz, que hasta entonces había sido un instrumento de órdenes concisas o silencios respetuosos, se transformó en un ruego, un lamento ahogado que pugnaba por salir de su garganta. Sagrario imaginó su rostro, la mandíbula cuadrada apretada, los ojos marrón oscuro, casi negros, fijos en los de Don Gonzalo, implorando una piedad que el patriarca rara vez concedía.

La anciana archivista, con la espalda pegada al frío granito de la pared, sentía el peso de aquella súplica como si fuera propia. La piel se le erizó, no por la baja temperatura del corredor, sino por la cruda emoción que se desprendía de la voz del Capitán. ¿Qué clase de deuda, qué clase de horror, podía arrancar tal vulnerabilidad a un hombre que había sobrevivido a batallas y a la cruel disciplina militar?

—Tienes que hacer lo correcto, Gonzalo —siseó el Capitán, cada sílaba un esfuerzo, cada palabra una losa, como si pronunciarlas le quemara la lengua. El tono de Montero no era de súplica servil, sino de una exigencia desesperada, una última tentativa por enderezar un entuerto. Sagrario notó el matiz, la dignidad herida que aún resonaba en la voz del militar. —Antes de que sea demasiado tarde. Antes de que… —La frase se cortó, ahogada en el rugido de la tormenta que arremetía con violencia contra los ventanales del despacho, haciendo crujir la madera y tintinear los cristales con furia. Un torbellino helado de aire se filtró bajo la puerta, haciendo bailar las motas de polvo en el haz de luz que se colaba por el ojo de

la cerradura. Sagrario, con los dedos finos y largos que el tiempo había manchado de tinta y tiempo, se apretaba la cartera de cuero contra el pecho, como si los documentos que contenía pudieran protegerla de la verdad que se filtraba a través de la madera. Montero no suplicaba por dinero, ni por un trato favorable en el testamento; su voz vibraba con la desesperación del que atisba un abismo, con la angustia de un hombre que cargaba con una deuda de honor impagable, una que no podía ser saldada con oro ni plata. La archivista lo había asumido como la personificación de la lealtad inquebrantable y eco mudo del pasado militar de Don Gonzalo. Ahora lo veía como un hombre al borde de un precipicio, su lealtad tensa, al límite, a punto de romperse bajo el peso de una carga invisible. Aquel hombre acostumbrado a la disciplina férrea no pedía, exigía justicia, o al menos, una reparación.

—¿Lo correcto? —La voz de Don Gonzalo, arrastrada, despectiva, cortó el aire como un látigo, desprovista de cualquier atisbo de compasión. La risa que siguió no tuvo rastro de alegría, solo la acidez de la burla, de la superioridad más cruel y una sombra de resentimiento antiguo. —Tu "correcto" lleva décadas de retraso, Montero. ¿Dónde estabas tú cuando el barro de Guinea nos cubría hasta las rodillas? ¿Dónde tu moralidad cuando aquella tierra nos pedía sangre y nosotros… la sacamos? —Cada palabra era un puñal, y Sagrario sintió un escalofrío que no provenía del gélido pazo, sino de la brutalidad que aquellas sílabas encerraban. La mención de Guinea, la resonancia de "sangre", le helaron la piel. No era el miedo a la sangre física, sino el horror de la sangre metafórica, de la traición antigua, de un acto atroz que había manchado la fortuna de los Ulloa desde su origen. La archivista se llevó una mano a la boca, sintiendo el amargo sabor del descubrimiento. —Tu silencio, Capitán, nos ha sostenido a ambos. Nos ha dado esta casa, esta fortuna… ¿y ahora vienes a sermonearme con una carta y fantasmas de África? —La voz de Don Gonzalo se elevó, impregnada de una ira fría e implacable, teñida con la amenaza de un secreto compartido. —Las consecuencias de la verdad, mi viejo amigo, nos sepultarían a los dos. ¿O acaso crees que solo yo tengo las manos manchadas? —La

risa volvió, más estridente, más vacía que antes, seguida de un silencio que Sagrario encontró aún más perturbador que las palabras. Un pecado original. La intuición se abatió sobre la anciana archivista como una revelación fulminante. Aquella fortuna, la base misma del poder de los Ulloa, no se había construido sobre tierras y viñedos, sino sobre algo mucho más oscuro, una herencia de sangre y mentira que ahora amenazaba con devorarlos a todos. El fulgor de la avaricia, el resentimiento de los herederos, todo se desvaneció ante la magnitud de aquel descubrimiento. Esto era más que un simple crimen pasional; era la purga de una historia manchada.

Con una cautela que le era propia, Sagrario se retiró unos pasos del umbral, procurando que el crujido de las tablas bajo sus zapatos no delatara su presencia. El pecho le oprimía, no por el esfuerzo físico, sino por el peso de lo escuchado, por la imagen vívida de aquellos dos hombres, jóvenes entonces, manchándose las manos en una tierra lejana. Sus ojos pequeños y ámbar se clavaron en la pared opuesta del pasillo, donde un tapiz deshilachado representaba una escena de caza medieval, una violencia más honesta, más limpia que la que se tejía en el interior de aquel despacho.

Había tropezado con un secreto mucho más antiguo que las rencillas por la herencia, con un origen turbio y una traición primigenia. Aquello podría explicar no solo la fortuna de los Ulloa, sino también la extraña lealtad del Capitán Montero. Aquel militar no estaba atado a Don Gonzalo por la amistad, sino por una complicidad en un pecado de décadas atrás, una mancha imborrable que los unía más allá de la vida y la muerte.

La anciana archivista se sintió pequeña ante la inmensidad de la podredumbre que se escondía bajo los cimientos de aquel pazo. La verdad, como un río subterráneo, siempre encontraba una grieta por la que filtrarse.

El Capitán Montero, el rostro pétreo, abrió la puerta del despacho con un empujón que hizo chirriar los goznes de manera prolongada, un lamento metálico en la noche. Su mirada estaba perdida en la

distancia, en un lugar donde la luz amarillenta de la bombilla no llegaba, un horizonte teñido de culpa y recuerdos de una tierra lejana. Las cicatrices en su ceja izquierda, casi imperceptibles, parecían ahora más marcadas, más profundas, como mapas de viejas batallas y remordimientos.

Pasó junto a Sagrario sin verla, su figura corpulenta moviéndose con la rigidez de un autómata. Sus hombros cuadrados, antes un símbolo de fortaleza inquebrantable, ahora se veían encorvados bajo un peso invisible, el fardo de un secreto que lo consumía. La tormenta en el exterior arreció en ese instante. Un trueno ensordecedor, un rugido del cielo, sacudió los cimientos del pazo, haciendo vibrar los cristales de los ventanales con una fuerza inusitada.

El rugido de un desprendimiento de tierras, apenas perceptible bajo el estruendo de la naturaleza desatada, se sumó al coro de presagios. Era un sonido grave y definitivo, como la última pieza de un engranaje que encajaba en su sitio, sellando un destino. El pazo entero pareció suspirar, un temblor antiguo recorriendo sus entrañas de piedra.

El Capitán desapareció por el pasillo principal, una sombra más en la penumbra, su silueta diluyéndose en la oscuridad que se tragaba cada rincón del pazo. Sagrario lo observó irse, su mente ordenando las piezas, conectando la traición de África con el silencio de Montero, con la obstinación de Don Gonzalo. Un momento después, una figura más pequeña, con el pañuelo de cuadros en la cabeza, apareció al final del corredor que llevaba a los pasillos de servicio.

Era Lola, el ama de llaves, el rostro pálido, casi translúcido bajo la luz amarillenta y parpadeante, sus manos fuertes aferradas a la jamba de la puerta, como si el viento pudiera arrastrarla. Sus ojos, normalmente llenos de una resignada astucia y una profunda sabiduría, estaban ahora abiertos por un terror genuino, brillando con la humedad del miedo.

—Doña Sagrario —murmuró Lola, la voz un hilo tembloroso, apenas audible sobre el viento que silbaba por las rendijas y sobre el repiqueteo incesante de la lluvia contra los cristales. —El camino… ha cedido del todo. Un nuevo desprendimiento, mucho mayor que el anterior. No hay paso. Nadie puede entrar. Nadie puede salir.

Las últimas palabras de Lola, desnudas de cualquier retórica o adorno, cayeron sobre Sagrario con el peso de una losa, con la frialdad de una sentencia. No había salida. No había entrada. El pazo, ya una jaula de secretos y odios, se había convertido en una tumba sellada, una fortaleza inexpugnable donde los vivos estaban tan atrapados como los muertos. La balanza de la justicia, que la archivista había sentido oscilar desde su llegada, había caído ahora con un golpe seco, irrevocablemente.

La tormenta había hecho su trabajo. El Pazo de Alborada, aquella mole de granito, era ahora un misterio sin escapatoria posible, un círculo cerrado donde la verdad, inevitablemente, tendría que surgir. Pero no sin un precio, y quizás, no sin más sangre. El brindis de medianoche se acercaba, y con él, la certeza de que el verdadero juego apenas comenzaba.

CAPÍTULO 6: EL ÚLTIMO BRINDIS

La medianoche se deslizaba sobre el Pazo de Alborada con la lentitud viscosa de la melaza. Doña Sagrario, sintiendo la dureza del granito bajo las suelas de sus zapatos, se movía por el pasillo principal con la cautela de un fantasma. El aire, denso y cargado con el presagio de la tormenta, arrastraba el olor a madera húmeda y a cera quemada, mezclándose con el dulzor penetrante del licor de café que se filtraba desde el Salón de los Blasones.

Cada crujido de las tablas del suelo, cada gemido del viento contra los ventanales, sonaba como un redoble de tambor, marcando el inevitable avance hacia el "brindis" de Don Gonzalo. La anciana archivista, con los puños apretados, llevaba el peso de los secretos recién escuchados, las intrigas de África y la traición que cimentaba la fortuna de los Ulloa. Aquel brindis no sería una celebración, sino la escenificación final de una venganza que todos los presentes, de una u otra forma, parecían anhelar.

Cuando Sagrario llegó al umbral del Salón de los Blasones, el espectáculo que se desplegaba ante sus ojos era una macabra pintura barroca. Las sombras, alargadas y danzarinas por el fuego errático de la chimenea y las pocas velas que resistían el ambiente, se aferraban a los pesados tapices, deformando los rostros de los ancestros en muecas grotescas. En el centro de la estancia, alrededor de una mesa redonda cubierta con un mantel de lino

inmaculado, se agrupaban los herederos y el Capitán Montero, siluetas tensas en la penumbra.

Valentina, con su cabello cobrizo encendido por el titilar de una vela cercana, se apretaba los brazos, sus ojos verdes clavados en Don Gonzalo con una mezcla de desafío y temor. Jacobo, a su lado, tamborileaba los dedos sobre la madera pulida, su rostro desencajado, la mirada furtiva como la de un roedor acorralado. Sor Ángela, inmóvil como una estatua, las manos entrelazadas sobre su rosario, parecía invocar la fortaleza del granito mismo para contener la furia que le ardía bajo el velo.

El Capitán Montero permanecía de pie, su mandíbula fuerte apretada, observando el fuego con una impasibilidad que no lograba ocultar el temblor casi imperceptible en la comisura de sus labios. Lola, con el rostro más pálido de lo habitual, se afanaba en disponer las copas de cristal sobre una bandeja de plata, sus movimientos lentos y pesados, como si cada paso le costara un esfuerzo monumental. El rugido de la tormenta, que ahora se había tornado en un lamento constante, envolvía la escena, añadiendo una capa de fatalidad ineludible.

Nadie hablaba, la tensión era tan densa que casi podía saborearse, agria y metálica, en la boca. Sagrario se adentró en la sala, sus pasos apenas audibles, sintiéndose como un testigo mudo de un drama milenario que ahora llegaba a su violenta conclusión.

Don Gonzalo de Ulloa se erguía en la cabecera de la mesa, un soberano en su propio reino de sombras. Su mirada azul gélida, cargada de una superioridad que el paso de los años no había mermado, se paseó por los rostros de su familia, deleitándose en su incomodidad, en el nudo de resentimiento que había cultivado con tanto esmero. Una sonrisa finísima, casi invisible en la penumbra, apenas le levantó una comisura de los labios.

Con un gesto pausado, de quien conoce el valor de la espera, tomó una botella de licor de café de Galicia de un botellero de caoba cercano. El vidrio oscuro, sellado con un precinto de cera bermellón,

atrapaba la luz de las velas, reflejando pequeños puntos de fuego danzarines. Con parsimonia, Don Gonzalo levantó la botella a la altura de sus ojos, permitiendo que todos vieran el sello intacto, la garantía de su pureza y su origen intocable. El leve crujido de la cera al romperse resonó en el salón con una nitidez casi ofensiva, ahogando por un instante el gemido del viento exterior.

Lola, que sostenía la bandeja con las copas, dio un respingo, sus ojos fijos en el acto del patriarca. El licor, de un color ámbar oscuro, denso y brillante, vertía su aroma dulce y profundo en el ambiente, contrastando brutalmente con la atmósfera opresiva. Don Gonzalo sirvió generosamente, llenando las copas una a una, sus manos firmes, metódicas. El tintineo del cristal contra el cristal era el único sonido que se atrevía a romper la expectación.

Cuando la última copa estuvo llena, el patriarca levantó la suya, el líquido moviéndose perezosamente en el cáliz, como un oscuro presagio. Su voz, clara y monocorde, rompió el silencio con una frialdad calculada que hizo que la piel de Sagrario se erizara.

—Por la familia Ulloa —dijo, sus ojos fijos en Jacobo, el desheredado —. Y por la herencia que cada uno ha sabido ganarse. O perder.

La frase, cargada de una ironía mordaz y cruel, se suspendió en el aire, un dardo envenenado que no necesitaba estricnina para herir. Nadie se atrevió a mover un músculo. Todos sostenían sus copas, el licor pesado en sus manos, mientras la mirada desafiante de Don Gonzalo exigía una respuesta, una acción que confirmara su dominio hasta el último aliento. El viento volvió a aullar, esta vez con la fuerza de un coro infernal, y las llamas de la chimenea se retorcieron como lenguas de fuego en un baile salvaje y lúgubre.

Era un ritual perverso, un brindis que olía más a despedida que a celebración, una ofrenda oscura en el altar de viejos rencores. Doña Sagrario, observando la escena, sintió que el tiempo se había compactado, que cada segundo era una eternidad cargada de un peso insoportable, sabedora de que aquel licor sería más amargo que la hiel.

Don Gonzalo alzó su copa con una lentitud teatral, disfrutando del instante. Sus ojos gélidos brillaron con un triunfo sombrío, casi satisfecho por la tensión que paralizaba a los presentes. Sus labios, finos y secos, apenas se humedecieron con el primer sorbo del licor de café. El patriarca tragó con una satisfacción evidente, su mirada burlona recorriendo los rostros de sus herederos, como si saboreara cada gramo de su amargura.

Pero aquella expresión de placer duró apenas un pestañeo.

De pronto, la mueca de suficiencia se disolvió, su rostro se contorsionó en una máscara de dolor atroz, una agonía que le retorció cada músculo. Sus ojos, antes llenos de desafío, se abrieron desmesuradamente, inyectados en sangre, reflejando un terror que traspasaba el velo de su soberbia. Las manos, que un instante antes sostenían la copa con aplomo, se crisparon sobre el mantel, los nudillos blanqueándose mientras sus dedos se plegaban como garras, arañando la tela con una fuerza desesperada.

Un estertor ronco y ahogado, un sonido gutural que vibró en el aire helado, escapó de su garganta, una lucha agónica por respirar que llenó el salón. El licor, aún en la copa, se agitó, proyectando sombras danzarinas sobre el mantel inmaculado. Sagrario, inmovilizada por el horror, sintió un nudo helado en la boca del estómago, su corazón latiéndole desbocado contra las costillas, como un pájaro atrapado.

Sus pupilas ámbar se dilataron, registrando cada minúsculo detalle de la tragedia que se desplegaba, buscando una lógica donde solo había caos, un porqué en la rapidez fulminante del desastre.

El Capitán Montero, el rostro repentinamente demudado, dio un paso al frente, pero se detuvo, clavado al suelo por una invisble fuerza. Valentina, con un gemido que sonó a terror puro, dejó caer su copa, que se estrelló contra el suelo con un estrépito cristalino que se perdió bajo el creciente estertor de Don Gonzalo. El dulzor del licor de café se mezcló ahora con el rancio olor del miedo. La chimenea chisporroteó, como si la leña misma se negase a ser testigo de semejante horror.

El tiempo se estiró, se retorció, cada segundo un martirio para Sagrario, cuya mente, a pesar del pánico, funcionaba con la precisión fría de un mecanismo de relojería. El desprecintado, el sorbo, la fulminante reacción. Era imposible. El veneno no podía haber estado en la botella desde el principio, porque él mismo la había abierto. Su mente, habituada a los laberintos de la lógica y la genealogía, chocaba contra una pared inquebrantable de imposibilidad. ¿Cómo? ¿Cómo había sido posible?

Don Gonzalo, sacudido por espasmos incontrolables, se desplomó al suelo con un estruendo sordo, el impacto del cuerpo contra las pesadas alfombras resonando en el salón como un repique de campanas fúnebres. Su cabeza se golpeó contra el mármol del hogar, un ruido hueco y definitivo. Las convulsiones, violentas e incesantes, le sacudían el cuerpo como si una fuerza invisible lo zarandeara, sus miembros se contorsionaban en ángulos antinaturales, sus puños se cerraban y abrían en el aire, como si intentara aferrarse a una vida que se le escapaba entre los dedos. Los gritos de horror de Valentina, agudos y desgarradores, rompieron el silencio opresivo del salón, liberando la tensión que los había ahogado.

—¡Padre! —vociferó Jacobo, su voz estrangulada, teñida de un pánico genuino que superaba incluso su habitual resentimiento, aunque en sus ojos verdes aún brillaba una chispa salvaje.

Lola, con un gemido de angustia, se apresuró a intentar ayudarlo. Se arrodilló junto al patriarca, sus manos fuertes y expertas buscando un pulso en el cuello que ya se adivinaba inerte, el pañuelo de cuadros resbalándose de su cabeza en el frenesí. Las demás figuras, conmovidas por el terror, permanecían inmóviles, siluetas estáticas en la periferia de la agonía. Sor Ángela, con el rosario apretado contra el pecho, murmuraba una oración apenas audible, sus ojos grises fijos en la escena con una mezcla de horror y, quizás, una secreta, inconfesable satisfacción.

El Capitán Montero, su rostro una máscara de piedra, apretaba los labios, sus ojos oscuros clavados en Don Gonzalo, como si le viera revivir un fantasma del pasado. Pero era en vano. La vida, con la misma premura con la que se había desvanecido la mueca de suficiencia de Don Gonzalo, abandonó su cuerpo, dejando solo una carcasa inerte, un amasijo de músculos contraídos. La respiración jadeante cesó, las convulsiones se aplacaron, dejando al patriarca tendido en una pose grotesca, los ojos aún abiertos, fijos en el techo, donde los blasones familiares observaban con su eterna indiferencia. Un silencio denso y sepulcral se cernió sobre la sala, solo roto por el rugido incesante de la tormenta, que parecía celebrar la muerte del tirano.

Sagrario, con la frialdad de quien ha visto demasiadas muertes en los archivos, se acercó a la mesa, sus ojos pequeños y ámbar barrían la escena, registrando cada detalle que los demás, obnubilados por el horror, pasaban por alto. El olor dulzón del licor, el hedor rancio del miedo, la oscuridad creciente de las sombras. Un pequeño matraz de cristal, del tamaño de un pulgar, brilló fugazmente en la penumbra.

Estaba casi vacío, sus paredes interiores aún húmedas con un resto de líquido incoloro. Don Gonzalo lo había ocultado al caer, la mano crispada que había arañado el mantel, ahora cerrada sobre el pequeño objeto, un último secreto que se llevaba a la tumba. Sagrario se agachó con una ligereza sorprendente para su edad, su movimiento pasó desapercibido por los demás, que seguían fijos en el cuerpo sin vida.

Con una destreza aprendida en años de manejar documentos frágiles, la anciana extrajo el matraz de la palma de la víctima, ocultándolo rápidamente en el bolsillo interior de su chaquetilla de tweed. Nadie más pareció haberlo visto, ningún otro ojo lo había registrado. El misterio se extendía, se profundizaba, más denso que la propia tormenta. La sangre se le heló en las venas, pero no por el miedo, sino por el desafío de un enigma recién nacido.

Sabía que la balanza de la justicia había caído, y ahora era ella quien debía recoger las piezas, una a una, antes de que el asesino desapareciera entre las sombras.

CAPÍTULO 7: PRIMERAS SOMBRAS

El repiqueteo incesante de la lluvia contra los ventanales enrejados, hasta entonces un goteo monótono, se había transformado en un tamborileo violento, furioso, como si el cielo mismo clamara por la tragedia consumada. En el Salón de los Blasones, donde un instante antes el brindis había sido una promesa de falso sosiego, reinaba ahora un silencio tan denso que raspaba la garganta. El cuerpo de Don Gonzalo, tendido sobre las alfombras persas, apenas cubierto por un tapiz arrancado con prisa, parecía más una efigie de cera que un hombre recién despojado de su aliento. Sus ojos, antes azul gélido, ahora fijos en la nada, conservaban una expresión de asombro que la muerte no había logrado borrar.

Valentina, sus gemidos estrangulados en la garganta, se había desplomado sobre un sillón de terciopelo, las manos cubriendo el rostro. De entre sus dedos finos brotaban lágrimas gruesas, abriéndose camino. Su cuerpo, sacudido por espasmos silenciosos, se encogía como si intentara desaparecer. Jacobo, pálido y con los labios temblorosos, mantenía la mirada clavada en la silueta bajo el tapiz, con el terror y una incredulidad punzante grabados en sus ojos verdes.

Un hilo de saliva le resbalaba por la comisura de la boca, sin que pareciera advertirlo. Sor Ángela, inmóvil en un rincón, apretaba el

rosario con tal fuerza que sus nudillos se tornaban blancos. Sus rezos, antes murmullos apenas audibles, se habían diluido en el silencio opresivo de la sala, dejando solo la imagen de una fe que era tanto consuelo como una armadura impuesta. El Capitán Montero, de pie junto a la chimenea, los hombros rígidos como una pieza de granito, parecía haber envejecido décadas en un par de minutos.

Su rostro, surcado por arrugas más profundas, era una máscara de disciplina y pesar, pero sus ojos marrones, aunque sombríos, barrían la estancia con una urgencia que no escapó a la mirada de Doña Sagrario. Lola, arrodillada aún junto al cuerpo, se aferraba a la mano inerte de Don Gonzalo, su pañuelo de cuadros yaciendo olvidado a sus pies, una mancha de color ajeno en el frío suelo de mármol. Sus hombros se sacudían en un llanto mudo, un lamento tan antiguo como el pazo mismo.

Sagrario, en medio de aquel cuadro de horror y quietud, notaba el frío acerado que emanaba de cada uno de ellos, una capa de desconfianza que ya comenzaba a formarse, más allá del dolor compartido.

Jacobo, con la barbilla aún temblorosa, se irguió de golpe. La palidez de su rostro solo acentuaba el brillo salvaje de sus ojos.

—¡Hay que llamar a la Guardia Civil! —su voz, más aguda de lo habitual, se quebró a mitad de la frase, dejando un rastro de histeria en el aire—. ¡Esto… esto no puede quedar así!

Corrió hacia el viejo teléfono de baquelita, un objeto anclado en otra era que apenas funcionaba más allá de las llamadas internas al servicio. Descolgó el auricular con manos que no dejaban de temblar y lo llevó a su oído, esperando el familiar zumbido de la línea. Solo recibió un silencio cavernoso, hueco, más perturbador que cualquier estruendo de la tormenta. Pulsó los números con una insistencia desesperada; el rito se repitió, pero la ausencia de cualquier señal, de un eco que prometiera conexión con el exterior, se erigía en una losa definitiva. Su respiración se volvió errática, un fuelle desinflado.

—No… no hay línea —su voz, apenas un hilo, susurró. La desesperación marcaba cada palabra. El aparato, mudo y frío, le resbaló de los dedos para quedar colgando, balanceándose débilmente como un péndulo de muerte.

El Capitán Montero, que lo había observado con una expresión de resignada gravedad, dio un paso hacia él.

—El aluvión —dijo, su voz ronca y pesada, llena de la experiencia de un hombre que había visto demasiados desastres—. Un nuevo desprendimiento de tierras ha cortado el acceso principal. Lo escuché antes de que el patriarca… antes del brindis. Los cables telefónicos que suben por la cañada estarán seccionados. Estamos aislados. Completamente.

Las palabras de Montero se abatieron con un peso inusitado sobre la ya frágil calma. Un grito ahogado brotó de Valentina, esta vez con una claridad desgarradora, mientras el gemido de Lola se intensificaba, una melodía de angustia que llenaba el espacio. Doña Sagrario, aunque la noticia del aislamiento no era del todo nueva para ella, sintió el peso de esa realidad aplastarle el pecho. El pazo no era ya un refugio, sino una celda sellada.

El asesino, si no era uno de ellos, no podría entrar. Pero, lo que era más terrible, tampoco podría salir. La lógica de la reclusión, tan gratificante para una investigadora, se mezclaba con la helada certeza del peligro inminente. La archivista, con sus ojos ámbar pequeños pero agudos, notó cómo el aire se cargaba no solo de dolor, sino de una desconfianza perceptible, un miasma que se extendía de un rostro a otro, de un silencio a otro. La jaula estaba cerrada. Y el cazador, o la cazadora, seguía entre ellos.

Doña Sagrario, con la mente fija en el pequeño matraz de cristal que ya había guardado en su chaquetilla, se acercó al cuerpo de Don Gonzalo, cuya silueta bajo el tapiz se había hundido ligeramente, como si la tierra misma lo reclamara. Con la excusa de ajustar la manta que cubría al finado, sus dedos finos y largos rozaron la tela, confirmando que el objeto seguía oculto, un peso discreto en el

bolsillo interior. Nadie, en aquella marea de emociones violentas, pareció reparar en su movimiento.

Los ojos de los presentes, obnubilados por la angustia, se posaban en el cuerpo, en el rostro cadavérico, pero no en aquel detalle minúsculo y, sin embargo, tan decisivo. Era su pista.

La archivista, con una frialdad que asombraría a cualquiera que la viese en su cotidiano de papeles y tinta, sintió una calculada punzada de satisfacción. La verdad, sabía, siempre dejaba sus migajas, y ella estaba allí para recogerlas. La peculiar superficie lisa del cristal, la forma diminuta del objeto que ahora era su secreto, la mantenía anclada a la realidad, a la necesidad de desentrañar el misterio más allá del pánico generalizado. El matraz, liso y casi invisible, palpitaba en el bolsillo con la clave de un enigma.

Con el matraz a buen recaudo en su bolsillo, un peso ligero pero cargado de interrogantes, Sagrario se retiró a un rincón apartado del Salón de los Blasones. El silencio, roto solo por los ecos del llanto y el bramido exterior, le ofreció un breve respiro para la reflexión. Extrajo el pequeño objeto con cautela, sus dedos finos explorando su superficie pulcra. A la luz incierta de una vela parpadeante, la archivista lo giró, lo examinó con la misma atención que dedicaría a un manuscrito medieval.

Era un aplicador de líquidos finos, minúsculo, apenas más grande que su pulgar, con una especie de aguja roma o una punta muy estrecha en un extremo, casi un capilar de cristal. Sus paredes, transparentes, apenas conservaban un velo de humedad, una película casi imperceptible de lo que, intuyó, había sido la estricnina.

La mente de Sagrario, habituada a trazar líneas entre hechos dispares, trabajó con una agilidad incisiva. No era una jeringuilla, pero su función era similar: administrar una cantidad precisa de líquido sin dejar rastro obvio. Esto no solo reforzaba la hipótesis del envenenamiento, sino que dibujaba un nuevo abanico de posibilidades y eliminaba otras. Si el veneno hubiera estado en la

botella de licor *antes* de desprecintarla, no se habría necesitado este objeto.

Don Gonzalo lo tenía, lo había ocultado en su mano al caer. Aquello sugería una acción inmediata, un método que el asesino utilizó *justo en el momento del brindis*, o quizás incluso *después* de que Don Gonzalo desprecintara la botella y se sirviera la copa. ¿Un toque sutil? ¿Una gota sobre el borde de la copa, o quizás en el mismo licor, en el preciso instante de servirlo o de beberlo? La imagen de Don Gonzalo desprecintando la botella, con toda la sala como testigo, revivió en su mente.

Era la clave. El veneno había entrado en el licor *después* del desprecintado, no antes. Aquel minúsculo matraz era la prueba muda de una verdad mucho más sofisticada y sutil de lo que cualquiera de los presentes, atrapados en el horror y la confusión, podría haber imaginado. La archivista entrecerró sus ojos ámbar. Se abría una nueva vía de pensamiento ante ella, un laberinto donde ya no era solo observadora, sino la detective obligada a hilar los finos hilos de la verdad.

Las miradas, antes fijas en el espanto recién desatado, comenzaron a desviarse, a cruzarse, a posarse en el otro con un peso insoportable de sospecha. La histeria, contenida a duras penas, buscaba un chivo expiatorio, una lógica simple para un horror tan complejo. Jacobo, aún con el teléfono mudo colgando a su lado, sus ojos verdes enrojecidos por la falta de sueño y la conmoción, se giró hacia Valentina. Su rostro, surcado por las lágrimas y el agotamiento, no le impidió articular la primera acusación hiriente.

—Tú. Siempre tú —murmuró Jacobo, su voz áspera, cargada de viejos resentimientos—. Eras la principal beneficiaria de su muerte. ¡La que más tenía que ganar con la desaparición de un testamento que te dejaba sin nada!

Valentina, sacudida por la acusación, levantó la cabeza, sus ojos verdes esmeralda, antes ahogados en llanto, ahora brillando con una

furia desatada. Su labio inferior temblaba, pero no por el miedo, sino por la rabia.

—¿Ganar? ¡Yo he perdido todo! —espetó, la voz ronca por el dolor y la cólera—. ¡Tú, en cambio, has recuperado tu patético título, aunque sea con quinientos míseros euros! ¿Y tus deudas? ¿Cómo ibas a saldarlas si no era con esta… esta fortuna manchada?

La tensión se solidificó en el aire, una pared invisible entre ambos. Sor Ángela, que hasta entonces había permanecido inmersa en sus oraciones, levantó la vista. Sus ojos grises, fríos y sin rastro de piedad, se detuvieron un instante en el rostro de Jacobo y luego en el de Valentina, antes de volver a su rosario. Un gesto sutil, casi imperceptible, pero cargado de juicio, de una condena silenciosa que exacerbaba la desconfianza hacia ella.

Sus labios se movían, pero sus oraciones eran ininteligibles, lo que la hacía parecer aún más distante, más ajena, y por ende, más sospechosa. Montero, con su rostro pétreo, observaba a los tres, un tic nervioso en la mandíbula, pero sin intervenir; su silencio era tan elocuente como las acusaciones. Lola, ajena a la disputa, seguía llorando, su mundo reducido a la mano fría de Don Gonzalo. La archivista, en su rincón, lo absorbía todo.

No eran solo las palabras, sino el peso de los secretos antiguos, las humillaciones silenciadas, los rencores cultivados en años de convivencia forzada lo que explotaba ahora. Cada uno tenía un motivo que lo envolvía en un manto de culpabilidad, una historia de agravios que la muerte de Don Gonzalo, lejos de borrar, había encendido con mayor virulencia.

Sagrario sintió el peso del matraz en el bolsillo de su chaquetilla, un pequeño cristal que guardaba una verdad terrible. La sala, antes un mausoleo de dolor, se había transformado en un caldero hirviente de recriminaciones. No encontraría las respuestas en aquel intercambio de dardos envenenados, sino en el silencio, en los objetos olvidados, en los gestos ocultos. Las palabras eran máscaras, los gritos, cortinas de humo.

Con la determinación de quien había escudriñado intrigas de siglos en pergaminos amarillentos, la archivista se retiró sigilosamente del salón. Su destino era la biblioteca, aquel refugio de sabiduría y polvo donde los ecos del pasado parecían más nítidos. Necesitaba luz, silencio y tiempo para descifrar el acertijo. El matraz ahora familiar palpitaba con su mudo secreto en el bolsillo. ¿Quién, en el pazo, podría tener acceso a un objeto así, o el conocimiento necesario para usarlo con tal precisión mortal?

La botella había sido desprecintada, el licor servido. Un detalle ínfimo en la vasta coreografía del crimen. Sagrario cerró la puerta de la biblioteca tras de sí, dejando el alarido de la tormenta y el eco de las acusaciones en el exterior. La verdad, pensó, aguardaba en la más pequeña de las hebras, en la gota de veneno que nadie más había advertido.

CAPÍTULO 8: LA ARCHIVISTA TOMA EL MANDO

La primera luz del amanecer, tenue y desvaída, se filtraba entre los visillos de la biblioteca, tejiendo caprichosas formas de polvo en el aire inmóvil. Fuera, el clamor de la tormenta se había reducido a un murmullo distante, un gemido de viento que recordaba la noche infernal. Aún así, el Pazo de Alborada persistía en su aislamiento, impenetrable como una losa de granito. Doña Sagrario, absorta en el examen del pequeño matraz de cristal casi vacío, no notó la sombra temblorosa que se detuvo en el umbral.

Solo cuando un leve raspado de los nudillos contra la madera la hizo alzar la vista, la vio. Era Lola, el ama de llaves, con el rostro surcado por la vigilia y una angustia que le había petrificado los gestos. Un pañuelo de cuadros, aún suelto sobre los hombros, no cubría su cabello desordenado; sus ojos, enrojecidos e hinchados, buscaban en Sagrario una brizna de esperanza.

—Doña Sagrario —la voz de Lola era un hilo apenas audible, tensa por el llanto reciente—. El pazo… la Guardia Civil… Las líneas están muertas. No hay manera. Estamos solos.

La anciana archivista deslizó el matraz a un lado de su mesa, cubriéndolo discretamente con una pila de legajos antiguos. La expresión de Lola era de tal desamparo que cualquier otro habría

ofrecido palabras de consuelo. Sagrario, en cambio, percibió la necesidad subyacente, la urgencia de una mente que, ante el caos, busca un punto de anclaje.

—Lo sé, Lola —respondió, con un tono sereno, casi clínico—. Ya lo comprobó el señor Jacobo.

El ama de llaves, lejos de tranquilizarse, apretó las manos hasta que sus nudillos blanquecinos resaltaron sobre la tela del delantal.

—Pero, ¿qué hacemos? —su mirada viajó por la biblioteca, un santuario de orden que contrastaba cruelmente con el desorden de su mundo. Buscaba el consuelo de lo establecido, de lo que siempre había sido—. No podemos… dejarlo así. Hay que… poner orden. Hay que entender. Usted es la única. La única que no… que no está metida en estas cosas. En estas intrigas.

Sagrario la observó, sus ojos ámbar escrutando más allá de las palabras. Lola no pedía consuelo, sino dirección. Demandaba una autoridad, cualquier autoridad, que no fuera presa del pánico ni de la culpa. La archivista no tenía lazos de sangre con los Ulloa; su presencia era la de una observadora neutral, la única capaz de ver la realidad sin el velo del afecto o el rencor. El peso de aquella confianza improvisada cayó sobre ella como un manto invisible.

Una vida dedicada a descifrar la letra muerta, y ahora se le pedía descifrar la letra de la vida y la muerte misma. La embargó una punzada seca de responsabilidad, pero también, inconfesable, la excitación de un enigma que la arrancaba de la grisura de la jubilación.

La luz que se filtraba en la biblioteca, antes un simple difuminado matinal, parecía ahora cortar el espacio con una claridad nueva. Sagrario se ajustó las gafas de carey, el gesto meditado de quien se prepara para una tarea de envergadura. El cuerpo de Don Gonzalo, aún yerto en el Salón de los Blasones, no era para ella un objeto de horror. Más bien, lo veía como un libro cerrado que clamaba por ser descifrado.

Había visto la rigidez espantosa de las extremidades, el rictus fijo del rostro, los dedos agarrotados. La imagen se reproducía en su mente con la precisión de un plano de arquitectura antigua. Aquella parálisis súbita, los espasmos que la habían antecedido, todo ello dibujaba una secuencia que, para un ojo avezado, no admitía dudas.

Dejó los legajos a un lado y, con una resolución impropia de su aparente fragilidad, se dirigió al Salón de los Blasones. La estancia conservaba aún el eco gélido de la noche, una neblina densa de miedo y desasosiego que se aferraba a los damascos y a los retratos. Los demás sospechosos —Jacobo, Valentina, Sor Ángela y el Capitán Montero— permanecían inmóviles, como estatuas de sal, cada uno en su esquina de la sala, con la mirada perdida o clavada en el vacío. Lola, con su pañuelo todavía en la mano, se arrodilló una vez más junto al cuerpo cubierto de Don Gonzalo, un lamento mudo en sus labios.

Sagrario no permitió que el horror generalizado la distrajera. Se inclinó sobre la figura inerte. Observó el vaso de licor de café, caído en el suelo junto a la mano del difunto. Los restos del líquido oscuro se habían extendido sobre la alfombra, una mancha que parecía un presagio. Pero no era eso lo que buscaba. Su mirada se posó en los labios entreabiertos de Don Gonzalo, en la palidez verdosa de la piel, en la tensión inusual de los músculos del cuello.

Luego, sus dedos, finos y largos, se deslizaron con cautela por la mandíbula del difunto, sintiendo una rigidez cadavérica que se había instalado de forma prematura y exacerbada. Era el rigor mortis, sí, pero con una virulencia específica, casi antinatural.

—Estricnina —murmuró para sí misma, la palabra un susurro apenas audible que el viento, colándose por las rendijas de las ventanas, pareció llevarse consigo—. Sin duda. Los síntomas cuadran. El modo de actuar. Una muerte rápida, sí, pero agónica. Convulsiones y rigidez.

No era una afirmación hecha al azar. Años de lectura de crónicas y tratados médicos antiguos, muchos de ellos depositados en los

archivos del pazo, le habían proporcionado un conocimiento enciclopédico sobre venenos y sus efectos. La estricnina era un veneno de acción fulminante, que atacaba el sistema nervioso, provocando espasmos incontrolables y una rigidez muscular que culminaba en una muerte por asfixia o agotamiento extremo.

El rictus del patriarca, sus dedos aún ligeramente encorvados, la expresión de terror en su rostro antes de que la vida lo abandonara; todo encajaba en aquel terrible patrón. El diagnóstico, aunque informal y sin el rigor de la ciencia forense moderna, le dio una primera pieza sólida en el tablero del ajedrez mortal. La humedad había dejado su mancha, y ahora, Sagrario tenía una dirección para seguirla.

Los demás la observaron en silencio, como si susurrara hechizos. Sus figuras, dispersas por el amplio salón, se erigían como siluetas inciertas contra la luz gris que penetraba por los ventanales. El miedo, sin embargo, parecía haberles concedido una tregua, cediendo el paso a una desesperación más fría. Sagrario se irguió, sus pequeños ojos ámbar recorriendo cada rostro, deteniéndose apenas un instante en la desesperación de Jacobo, la contención de Sor Ángela, el terror aún visible en Valentina, y la pétrea resignación del Capitán Montero. Eran, pensó, un elenco de personajes de una tragedia griega, cada uno con su máscara, su secreto y, muy probablemente, su propio motivo.

—Ante la ausencia de la Guardia Civil —anunció Sagrario, su voz, aunque baja, se proyectó con una autoridad insospechada en el vasto salón—, y puesto que estamos completamente aislados… alguien debe tomar las riendas. Y ya que soy la única aquí sin lazos de sangre con el finado, sin una herencia en juego, me corresponde a mí.

Sus palabras se suspendieron en el aire, densas como la propia niebla gallega. El silencio que siguió fue casi más elocuente que cualquier objeción. Jacobo fue el primero en reaccionar, un temblor le recorrió las manos, sus ojos verdes fijos en la anciana con una

mezcla de sorpresa y, quizá, ofensa. Valentina, que se había sentado en un sofá de terciopelo raído, alzó la barbilla, su mirada esmeralda destellando incredulidad.

Sor Ángela, con el rosario aún aferrado, cerró los ojos un instante, como si rezara por paciencia. Solo Montero, con su rostro curtido, la observó con una gravedad que no denotaba sorpresa, sino una especie de reconocimiento sombrío.

—¿Usted? —inquirió Jacobo, su voz áspera, con un poso de burla apenas velado—. Doña Sagrario, con todo el respeto… es usted una archivista. No una…

—No soy detective, es cierto —le interrumpió la anciana, sus ojos penetrantes no se desviaron un ápice—. Pero he pasado toda mi vida desentrañando mentiras escritas en pergaminos. Los patrones de la perfidia humana, señor Jacobo, rara vez cambian, ya sea en un manuscrito de hace quinientos años o en la muerte de su padre. Y aquí, como la humedad, el pecado siempre deja una mancha. Mi investigación se basará en la lógica y la observación, no en la tecnología. Buscaré esas manchas.

Una leve sonrisa, más una contracción de los labios que un gesto de alegría, se dibujó en el rostro de Sagrario. La frase, de su abuela, era su credo, su guía. La desconfianza y el escepticismo eran evidentes en los rostros de los presentes, una barrera que ella había anticipado. Pero debajo de aquello, Sagrario vislumbró el nerviosismo, la comprensión de que, por primera vez, alguien ajeno a su cerrado círculo los sometería a escrutinio.

La archivista sabía que la batalla no sería contra un adversario externo, sino contra los fantasmas internos, las verdades ocultas y las falsas apariencias de aquellos que compartían el mismo techo. La idea de que una anciana de baja estatura pudiera desentrañar la intrincada red de sus secretos, en lugar de un rudo guardia civil, los hacía subestimarla. Y en esa subestimación, Sagrario encontró su mayor ventaja.

La paradoja la envolvió. Toda una existencia dedicada a la historia inerte, a los ecos mudos de vidas lejanas, y de pronto, se hallaba sumergida en una historia que respiraba y sangraba en tiempo presente. El pulso del pazo, que antes había sentido como el tic-tac de un reloj detenido, ahora latía con la frenética urgencia de una presa acorralada. Su mente, habituada a las delicadas telarañas de los palimpsestos y la tinta desvaída, veía ahora en los rostros de aquellos hombres y mujeres los mismos patrones de falsedad y ocultamiento que había encontrado en los documentos más corruptos. Una palabra mal dicha, un gesto fuera de lugar, un silencio demasiado largo; cada uno era un trazo en un pergamino aún por escribir.

La lógica, esa fría y desapasionada herramienta de los paleógrafos, sería su única arma. Las palabras, esas máscaras que los hombres y mujeres empleaban para ocultar su verdadera faz, serían despojadas de su ropaje hasta revelar la verdad desnuda. Sagrario apretó el pequeño matraz en su bolsillo, un secreto compartido que la anclaba a la escena del crimen. El objeto, minúsculo y discreto, era la prueba de que el veneno había sido administrado con una precisión casi quirúrgica.

Fue aplicado después de que Don Gonzalo desprecintara la botella, con todos los ojos de la sala fijos en él. Aquello eliminaba cualquier posibilidad de que el licor ya contuviera veneno *antes* del desprecintado. La trama se enmarañaba; el asesino no solo era astuto, sino que poseía una audacia temible, o quizás, un conocimiento íntimo de los movimientos de su víctima. La verdad estaba en los pequeños detalles, en lo que nadie había querido o podido ver.

El primer «interrogatorio» informal comenzó con una pregunta simple, casi inocua.

—¿Alguno de ustedes, además del propio Don Gonzalo, ha tenido alguna vez que tratar con venenos o sustancias similares? ¿Conocen sus efectos?

El silencio volvió a adueñarse de la sala, más pesado que antes. Jacobo se revolvió, incómodo. Sor Ángela, con los ojos cerrados, movió apenas los labios. Montero, observando la punta de sus botas, permaneció impasible. Fue Valentina quien rompió el tenso silencio, su voz baja y algo temblorosa, aunque con una sorprendente seguridad al exponer la información.

—Yo… yo fui enfermera antes de casarme con Don Gonzalo —admitió, levantando la vista, sus ojos verdes esmeralda fijos en Sagrario—. No era una enfermera de hospital, sino más bien ayudante de un médico rural. Tenía que… que tratar con muchas cosas. Preparar remedios, algunos bastante potentes. Y sí, claro. Conozco los síntomas de algunos venenos. La estricnina… es terrible. Causa una rigidez muscular muy característica, y espasmos. Un terror… indescriptible.

La información, arrojada con una inesperada espontaneidad, resonó en el salón. Jacobo la miró con una incredulidad apenas disimulada. Sor Ángela abrió los ojos, sus grises pupilas se detuvieron en Valentina con una mezcla de juicio y sorpresa. El Capitán Montero, que hasta entonces había parecido ajeno, levantó la cabeza y observó a la viuda con una intensidad gélida. Sagrario, sin embargo, no mostró reacción alguna en su rostro.

Solo un leve asentimiento, imperceptible para la mayoría. La viuda era, de lejos, la más vulnerable a la acusación de haber deseado la muerte del patriarca, pero también la que, ahora más que nunca, poseía el conocimiento necesario. Aquella revelación sobre su pasado de enfermera no era una confesión, sino una pieza del puzle que, en la mente de Sagrario, encajaba con precisión alarmante. La archivista no necesitaba preguntar más al respecto por ahora. Esa información, tan vital como el matraz que ocultaba, quedaría guardada en los archivos de su propia memoria.

—Comprendo —dijo Sagrario, su voz sin inflexiones—. Bien. Para empezar… todos deberán anotar, con la mayor precisión posible, sus movimientos exactos desde el momento en que se sirvió el brindis.

Cada paso, cada palabra intercambiada, cada ausencia. No quiero omisiones. El más mínimo detalle podría ser la clave.

Antes de que cualquiera pudiera articular una protesta, antes de que las miradas de incredulidad o desafío pudieran tomar forma, Sagrario se dio la vuelta. Con una elegancia sorprendente para su menuda estatura, dejó el salón y se dirigió a la biblioteca, cerrando la pesada puerta tras de sí con un golpe sordo que resonó en el silencio, más elocuente que cualquier palabra. Dejó a los sospechosos en su caldero de desconfianza, con la semilla de la inquietud recién plantada.

La primera noche de su inesperada investigación había comenzado oficialmente. El pequeño matraz de cristal, ese que nadie más había visto, permanecía a salvo en el bolsillo de su chaquetilla, un testigo mudo de una verdad que prometía ser tan antigua y retorcida como el propio Pazo de Alborada. La pregunta ahora, más apremiante que nunca, era cómo reaccionarían a su intrusión en sus vidas, y qué verdades ocultarían bajo su fachada de dolor o preocupación.

CAPÍTULO 9: UN BOTÓN ROTO

El repiqueteo inconstante de la lluvia contra los ventanales enrejados, hasta entonces un goteo monótono, había trocado su furia en una llovizna pertinaz, casi una caricia lánguida sobre el granito. Doña Sagrario, con sus gafas de carey apoyadas en la punta de la nariz, abandonó el refugio de la biblioteca, su santuario de silencio y pergaminos. Los pasillos del Pazo de Alborada, vastos y fríos, se extendían ante ella, un laberinto de sombras donde el eco de sus pasos menudos era el único sonido, aparte del murmullo insistente del viento que se filtraba por las rendijas.

El aire se sentía más denso en el Salón de los Blasones, cargado aún con el eco del horror de la víspera, un rastro metálico que Sagrario asociaba inconscientemente con la quietud de la muerte. Allí, bajo la vigilancia pétrea de los ancestros retratados, aguardaban los protagonistas de este drama; los posibles verdugos, las posibles víctimas. Su mente, una intrincada red de hilos desvaídos y fechas centenarias, ahora tejía una tela con los retazos crudos de la realidad más inmediata: un hombre asesinado, una familia disfuncional y un pazo sellado. El tiempo, lejos de ser un aliado en la catalogación de legajos, se había convertido en un enemigo que apuraba sus pasos.

Su primer objetivo fue Sor Ángela. La monja, con su hábito inmaculado y su rostro exangüe, parecía una figura esculpida en

alabastro, apartada del mundo mundano. Se sentaba en un sillón de brocado, con su rosario de cuentas de azabache apretado entre los nudillos prominentes. La luz grisácea de la mañana apenas rozaba su rostro, acentuando las sombras bajo sus ojos grises, fijos en el cuerpo cubierto de Don Gonzalo. Sagrario la observó, su mirada ámbar, de una perspicacia impropia de su aparente fragilidad, escrutando cada detalle.

—Sor Ángela —su voz, pausada y sin estridencias, rompió el cristalino silencio que pendía sobre ellos—, si fuera tan amable de relatar sus movimientos desde el momento en que Don Gonzalo se sirvió el licor.

La monja levantó la vista, sus ojos se detuvieron en Sagrario sin un ápice de calidez.

—Estuve en la capilla privada —declaró, su voz monocorde, casi un recitado—, como cada noche desde que llegué al pazo. Recé por el alma de Don Gonzalo… y por la de aquellos que se encuentran en pecado. Permanecí allí, ininterrumpidamente, hasta que los gritos me alertaron de la tragedia.

Su coartada sonó tan pulcra, tan inquebrantable como el granito del pazo. El ritmo pausado de sus palabras, su actitud de contención, la hacían parecer más una autómata que una mujer. Pero Sagrario no buscaba emociones, sino fisuras. ¿Ininterrumpidamente? La capilla era un remanso de piedad, un refugio inexpugnable. Pero la verdad, como la marea, siempre encontraba una grieta por donde colarse. Un leve asentimiento de cabeza fue la única respuesta de la archivista. Por el momento, la monja había cumplido su parte. Pero el juego, pensó Sagrario, apenas comenzaba.

Doña Sagrario, con el pretexto de una observación más cercana del escenario del crimen, se movía por el Salón de los Blasones con una lentitud que rozaba la imperceptibilidad. Sus ojos ámbar, enmarcados por las gafas de carey, no se posaban en los retratos de los Ulloa ni en los blasones que daban nombre a la estancia, sino que danzaban sobre las rugosas texturas de la alfombra persa, el

pulido incierto de las maderas nobles, las migas de una vida que se había deshecho en ese mismo lugar. Los demás, inmersos en sus propios pensamientos y recelos, no advertían su metódico escrutinio, su danza callada entre los restos de una tragedia.

Se aproximó al sillón de nogal donde Don Gonzalo se había desplomado, ahora vacío, pero que parecía retener la impronta de su último ocupante. La tela del tapiz que cubría el cuerpo, un brocado pesado y descolorido, se había deslizado ligeramente. La vista de Sagrario, acostumbrada a desentrañar los secretos de documentos casi ilegibles, se detuvo en un pequeño nudo en el tejido, justo donde el paño se había enganchado con la manga de la chaqueta del difunto.

Con la misma delicadeza con la que un paleógrafo desdoblaba un códice frágil, Sagrario manipuló el tapiz, desenganchándolo con un movimiento suave. Allí, enredado en las hebras de seda del brocado, brilló un diminuto objeto blanco. Lo recogió con sus dedos finos y largos, aún con las marcas de tinta antigua.

Era un botón.

Un botón de hueso, de unos dos centímetros de diámetro, liso, sin adornos, con cuatro orificios por los que, antaño, habría pasado el hilo. Lo que lo hacía particularmente notable era su sencillez austera, tan propia de una vestimenta religiosa. La seda deshilachada que aún se aferraba a dos de los agujeros era de un negro profundo, mate, del color del hábito de una monja. Un botón desprendido. Un detalle ínfimo, pero tan fuera de lugar como un lirio en un campo de espinas.

Lo hizo girar entre sus dedos, el hueso pulido y frío contra su piel, una pieza muda que gritaba una contradicción en el silencio del salón. La pista, aunque incipiente, se sentía como una verdad manifiesta.

Con la misma presteza con la que un pájaro oculta una semilla, Sagrario deslizó el botón en la palma de su mano izquierda, cerrando

los dedos alrededor de él. Su rostro permaneció impasible, sin inflexiones para el observador casual. No obstante, una chispa, un fulgor casi imperceptible, brilló en el fondo de sus ojos ámbar mientras su mirada se desviaba, sin querer, hacia la figura inmóvil de Sor Ángela.

La monja seguía sentada, su postura erguida, casi rígida, como si el mármol del pazo la hubiese absorbido. Su hábito, de lana gruesa y color carbón, se ceñía a su silueta sin una sola arruga, sin un solo desgarro visible. Sus ojos, grises y distantes, ahora estaban fijos en el cuerpo cubierto de Don Gonzalo, con una expresión que podía ser piedad, juicio o incluso un velado resentimiento. Pero lo que más llamó la atención de Sagrario, una punzada fría que se le ancló en el pecho, fue la impecable hilera de botones que descendía por el centro de su sotana. Todos estaban en su sitio, firmes, perfectamente cosidos, sin un solo hilo suelto. Ni uno solo parecía faltar.

La contradicción era flagrante. Aquel botón de hueso en su mano era una prueba silenciosa, pero irrefutable, de que algo, o alguien, no cuadraba con la impoluta imagen de Sor Ángela. La afirmación de la monja de haber permanecido en la capilla, ininterrumpidamente, durante el tiempo exacto del crimen, ahora se resquebrajaba bajo el peso de una realidad tangible. Sagrario sintió la tensión apretarse en su mandíbula, pero la contuvo.

El juego no era de confrontación directa, sino de observación y paciencia. Aquel botón era el primer nudo de una madeja que prometía ser larga y dolorosa de desenredar. Una primera punzada de sospecha, dulce y amarga a la vez.

La mente de Sagrario era un archivo viviente, un laberinto de corredores y estancias donde cada detalle se guardaba, se clasificaba y, eventualmente, se conectaba. El botón en su mano, una minúscula pieza de hueso, vibraba con un significado que trascendía su tamaño. Pensó en las palabras de su abuela, "el

pecado, como la humedad, siempre deja mancha", y vio la verdad reflejada en aquel pequeño objeto.

La verdad oficial, la narrativa pulcra de la piedad y la oración ininterrumpida de Sor Ángela, era como el enlucido fresco sobre una pared corroída. Bastaba un pequeño golpe, una mínima fisura, para que la humedad subyacente, el moho de los secretos, se manifestara.

El botón era esa fisura. No era una mera contradicción en la ropa de la monja; era una grieta en su coartada, una sombra en su testimonio. Sagrario conocía bien la naturaleza humana, una biblioteca de volúmenes desordenados y páginas arrancadas. La gente mentía no solo con la boca, sino con el cuerpo, con los objetos que dejaban a su paso, con la aparente perfección que intentaban proyectar. La monja, con su fe recitada y su distancia fría, se había presentado como una figura inmutable, inalcanzable para la mancha del mundo. Pero el botón era una prueba manifiesta de que incluso los hábitos más ceñidos podían rasgarse, que la disciplina más férrea podía quebrarse.

Aquel botón, entonces, no solo desmentía una coartada; abría una ventana a la desesperación que había llevado a Sor Ángela a un convento, a la humillación constante que había sufrido. Sagrario recordó los antiguos legajos del pazo, donde se mencionaba, de forma velada, un escándalo familiar que había forzado a una joven Ulloa a tomar los hábitos en un convento de clausura conocido por sus austeros hábitos de lana negra, como el que vestía Sor Ángela, y sus botones de hueso, fabricados por las propias monjas. La conexión era débil, un susurro del pasado, pero ahora el botón otorgaba peso a la sombra del chantaje que había planeado sobre la monja durante décadas.

El "cómo" del envenenamiento seguía siendo un enigma, pero el "quién" empezaba a adquirir contornos más definidos, o al menos, a señalar una dirección inesperada. Aquel botón representaba la primera grieta en la fachada del misterio, una invitación a mirar más

allá de la superficie. Este no era un simple objeto; era un testigo mudo, una acusación silenciosa que aguardaba ser pronunciada. El pecado, pensó, siempre encontraba la forma de dejar su marca, incluso en la más piadosa de las vestimentas.

Jacobo, convocado a la improvisada mesa de interrogatorios —un viejo pupitre de caoba arrastrado desde algún rincón del pazo—, se sentó con una languidez que lindaba en la insolencia. Sus ojos verdes, siempre huidizos, se posaban en cualquier punto del salón menos en el rostro impávido de Sagrario. Su cabello castaño oscuro, lacio, caía en un mechón rebelde sobre su frente, acentuando su aire de desaliño. Había encendido un cigarrillo, las manos inquietas, y el humo azulado se enroscaba hacia el techo artesonado, añadiendo una nueva capa al denso aire de la estancia.

—¿Y bien, Doña Sagrario? ¿Qué desea saber? —su voz era grave, con un matiz de impaciencia contenida—. Supongo que no es necesario repetir el lamentable estado de mi padre… y la forma en que su testamento lo dejó todo.

Sagrario tomó nota de su falta de duelo, de la priorización inmediata de la herencia. Era un detalle significativo, pero esperado en alguien tan transparentemente egoísta como Jacobo.

—Deseo que me relate sus movimientos exactos, señor de Ulloa, desde el momento en que Don Gonzalo se sirvió el licor de café. Cada paso, cada palabra. No omita ningún detalle.

Jacobo se removió, sus dedos manchados de nicotina jugueteando con el borde del cenicero de plata.

—¡Bah! ¿Movimientos exactos? ¿Acaso cree que fui yo quien… quien hizo semejante barbaridad? —su voz se elevó, teñida de un resentimiento apenas velado. Su mirada, por un instante, se cruzó con la de Sagrario, para luego desviarse hacia el suelo—. ¡Es absurdo! Estaba justo aquí, como todos. Observando el circo, sí. El circo de las humillaciones de mi padre. Lo vieron todos. No me moví. Ni un ápice.

El joven Ulloa divagó. Habló de sus deudas, de la "injusticia" de su padre, de la necesidad de "poner orden" en sus asuntos económicos. La figura de Don Gonzalo, para él, ya no era la de un padre asesinado, sino la de un obstáculo finalmente removido. Su voz, aunque intentaba sonar indignada, delataba un alivio subyacente, casi imperceptible, que Sagrario no dejó pasar. Anotó la contradicción: el resentimiento, la aparente inocencia, el interés monetario. No era una confesión, pero sí una confirmación de su carácter. El reloj de la investigación, pensó Sagrario, no se detenía.

El crepúsculo se cernía sobre el Pazo de Alborada, envolviendo el granito en un manto de sombras violáceas. El viento, que había amainado momentáneamente, volvió a aullar contra las almenas, un lamento fantasmal que se filtraba por las rendijas de las ventanas. Doña Sagrario, con el pequeño botón de hueso aún apretado en la mano, regresó a la biblioteca, su santuario de silencio y reflexión.

Lo depositó sobre la pulida superficie de su escritorio, junto a su cuaderno de notas. El botón, tan insignificante, parecía ahora una pieza clave en un mecanismo invisible. La coartada inmaculada de Sor Ángela, su devoción supuestamente ininterrumpida, se había desmoronado con la misma facilidad con la que una hoja seca se desprende de un árbol. Pero, ¿por qué? ¿Por qué la monja mentiría sobre algo tan trivial como su ubicación, a menos que su presencia en el Salón de los Blasones no fuera tan piadosa como había afirmado?

Sagrario se frotó las sienes, sus gafas de carey ahora apoyadas en la punta de la nariz. La pista era prometedora, sí, pero también extraña. Un botón desprendido. Un detalle demasiado pequeño, casi fortuito, para una monja tan obsesionada con la perfección. ¿Era una negligencia? ¿O una trampa, una huella dejada a propósito para desviar la atención, o para culpar a otra persona? La imagen impecable del hábito de Sor Ángela la asaltó de nuevo.

No faltaba ningún botón. Aquella contradicción martilleaba en la mente de Sagrario. La archivista cerró el cuaderno con un golpe

seco, la decisión tomada. La capilla, pensó, guardaba más secretos que cualquier confesionario. Y ella iba a descubrirlos.

CAPÍTULO 10: MENTIRAS DE CENIZA

El crepúsculo del segundo día se cernía sobre el Pazo de Alborada con la lentitud de una losa de granito. El viento, lejos de amainar, había cobrado una ferocidad renovada, aullando por las chimeneas y haciendo crujir la vetusta carpintería del edificio. Doña Sagrario, con el botón de hueso del hábito de Sor Ángela en el bolsillo de su chaquetilla de tweed, se detuvo en el umbral de las estancias privadas de la monja, una sección del pazo donde el aire siempre se sentía más denso, cargado de un incienso rancio y el dulzón aroma de la cera quemada.

Los ecos de la tarde, las sombras danzarinas que el fuego de una chimenea lejana proyectaba sobre el pasillo, no eran más que un telón inestable para la verdad, siempre escurridiza. No podía permitirse ninguna dilación. El asesino seguía oculto entre ellos, moviéndose como una sombra más del pazo, y cada minuto perdido era una oportunidad para que el rastro se desvaneciera por completo, engullido por el silencio o la mentira.

Un leve crujido de las tablas del suelo, apenas audible bajo el lamento del viento, la alertó. Alguien estaba dentro. Sagrario esperó, inmóvil, sus ojos ámbar, pequeños y penetrantes, clavados en la puerta de madera noble. Se abrió un resquicio y Sor Ángela asomó la cabeza, sus ojos grises, antes distantes y velados por una piedad

inquebrantable, ahora mostraban una incipiente llamarada de irritación, como brasas bajo una capa de ceniza.

Las manos, con los nudillos prominentes y la piel tensa, se aferraban a su rosario de cuentas de madera con una fuerza inusual, como si quisiera exprimir de ellas alguna forma de consuelo, o quizá, de contención. Había un temblor casi imperceptible en la comisura de sus labios, una máscara de piedad que la archivista percibió como una auténtica grieta, un pliegue de debilidad en su fachada de acero. Un perfume metálico, casi dulce, le subió a las fosas nasales, un olor que Sagrario conocía bien por sus años entre manuscritos antiguos y bibliotecas polvorientas: el residuo inconfundible del papel combustionado.

No era el aroma a leña quemada ni a cera, sino el rastro de un secreto recién destruido. Un papel, pensó, que había ardido hacía poco, lo suficiente como para dejar su huella en el aire inmóvil que la monja, con su gesto irritado, intentaba disipar. La monja, la devota Sor Ángela, no había pasado la tarde en la inmaculada capilla como había afirmado. Había estado aquí, destruyendo aquello que no quería que nadie leyese. La coartada se deshacía como ceniza al viento, dejando al descubierto una verdad abrasadora.

—Doña Sagrario —su voz, más áspera que de costumbre, apenas era un susurro entrecortado que se esforzaba por imponer autoridad —. Le ruego que respete mi recogimiento. Hay sitios en el pazo donde la injerencia no es bienvenida. Mi espíritu busca la paz, no la perturbación.

Sagrario, manteniendo su habitual compostura, ajustó las gafas en la punta de la nariz. Su tono, siempre mesurado, ocultaba una determinación de acero. Entró en la habitación, notando la chimenea, una boca negra y fría en la pared, de la que aún emanaba una tenue brizna de hollín, como un aliento viciado. La archivista no mencionó el olor, no aún. En su lugar, extrajo el botón de hueso de su bolsillo, extendiéndolo en la palma de su mano, un

pequeño y mudo testigo que contrastaba con la opulencia decadente de la estancia.

—El recogimiento es una virtud, Sor Ángela, pero la verdad no admite velos. He encontrado esto en el Salón de los Blasones. Un botón idéntico a los de su hábito, desprendido. Usted afirmó estar en la capilla en el momento del crimen. Si este botón estaba en el Salón, su coartada… se desdibuja, como una acuarela bajo la lluvia.

La monja palideció, sus ojos grises se clavaron en el botón, luego en los de Sagrario, y finalmente en la chimenea humeante, como si la acusación hubiese tomado forma en el rastro de hollín que aún flotaba en el aire. Un espasmo involuntario recorrió su rostro, un atisbo de miedo, o tal vez de furia contenida, que no logró sofocar. Su garganta pareció cerrarse. Tragó saliva con dificultad, el nudo en su cuello evidente, un esfuerzo doloroso que sus nudillos blanquecinos sobre el rosario no podían disimular.

—Es… imposible —la voz de Sor Ángela se deshilachó, casi un gemido ahogado, una rendija en su coraza de autocontrol—. Mi hábito está inmaculado. Siempre. Nunca un botón suelto, Doña Sagrario. Jamás.

—Sin embargo, el botón estaba allí —continuó Sagrario con implacable cortesía, su mirada fija en el rastro de humo tenue que se disipaba en el aire, una prueba de una verdad recién consumida —. Y aquí, el efluvio del papel quemado no engaña a un olfato entrenado en la vejez de los archivos. ¿Qué documentos eran tan importantes como para destruirlos, Sor Ángela? ¿Acaso tienen que ver con el escándalo familiar que, según los antiguos legajos del pazo, la obligó a tomar los hábitos? ¿Con Don Gonzalo y el chantaje que pesaba sobre usted, una carga más pesada que cualquier rosario?

La mandíbula de la monja se tensó. El rosario, apretado hasta blanquearle los nudillos, era su único asidero, su ancla en la tormenta de la verdad que Sagrario desataba. Su mirada, antes

huidiza, ahora se fijó en Sagrario con una intensidad gélida, una barrera infranqueable, construida con años de disciplina y silencio.

—Mi vida en el convento es asunto del Altísimo y mío. Ninguno de mis actos es pecaminoso. Y mi privacidad religiosa… es sacrosanta. No tengo nada que revelar sobre asuntos que no conciernen a la muerte de mi tío. —Su voz cobró una autoridad gélida, un muro de piedra entre ella y la verdad, forjado con años de disciplina y sufrimiento—. Le exijo que cese en su inquisición personal. Mi fe y mi voto de silencio me impiden seguir con esta conversación.

Sor Ángela dio un paso atrás, cerrando la puerta con una decisión que reverberó por el pasillo, un portazo que sellaba no solo la estancia, sino también sus labios. La archivista no se movió, contemplando el umbral cerrado. La negativa no era una señal de inocencia, sino la confirmación de un secreto custodiado con feroz celo, un tesoro oscuro que la monja protegía a toda costa. El miedo, manifiesto en sus ojos y sus manos temblorosas, era la verdadera respuesta, más elocuente que cualquier palabra.

Aquellas cartas quemadas, cualesquiera que fuesen, eran la ceniza de una mentira mayor, la prueba de un pasado que la monja creía sepultado y que ahora Sagrario había vuelto a sacar a la luz, como un paleógrafo desentierra un pergamino olvidado.

Sagrario bajó las escaleras que conducían a la biblioteca, su mente una intrincada red de conexiones y posibilidades. El aislamiento del pazo significaba que el círculo de sospechosos no se había expandido ni un ápice; todos estaban aún bajo el mismo techo, atrapados en la misma red de resentimientos y verdades a medias. El salón de los Blasones, donde el cuerpo de Don Gonzalo yacía cubierto, se sentía ahora como el epicentro de un terremoto, sus réplicas extendiéndose por cada rincón del ancestral edificio.

Los murmullos del viento al pasar por las ventanas enrejadas no eran más que un lamento constante, acompañando sus pasos por los intrincados pasillos alfombrados con tapices descoloridos.

Lola, el ama de llaves, apareció de pronto, sus ojos marrones, grandes y expresivos, delatando una fatiga que le empañaba la mirada. Llevaba un pañuelo de cuadros ajado atado con desgana a la cabeza, como si el simple gesto de anudarlo le hubiese supuesto un esfuerzo titánico. La pobre mujer no había pegado ojo en toda la noche, y el miedo se le había adherido a la piel como una segunda epidermis, tensándole los músculos de la mandíbula.

Lola había sido un testigo mudo de las excentricidades de los Ulloa durante décadas, una auténtica memoria viviente del pazo, y su lealtad, aunque compleja, podía ser una fuente inestimable de verdades o, de ser manipulada, de peligros.

—Doña Sagrario… —su voz era apenas un hilo, un susurro roto por el cansancio, por el peso de las horas sin descanso—. La señora Valentina pregunta si puede bajar algo de la cocina. Dice que tiene la cabeza dándole vueltas.

Sagrario, con su mirada penetrante, percibió la preocupación genuina en los gestos de Lola. La archivista decidió aprovechar el momento, introduciendo su siguiente pregunta con la discreción que solo la experiencia podía dar. No era un interrogatorio directo, sino una conversación aparentemente banal, la forma más efectiva de desatar lenguas atadas por el miedo.

—Por supuesto, Lola. Pero, dígame, ¿cómo se encuentra la señorita Valentina después de semejante sobresalto? Parece muy afectada. Con sus conocimientos, uno pensaría que mantendría la calma. —Sagrario hizo una pausa, su tono casual, casi distraído, mientras acariciaba el lomo de un tomo de botánica—. No hace mucho, la escuché mencionar que había sido enfermera, ¿no es así?

Los hombros de Lola se encogieron, un gesto de resignación que arrastró consigo el peso de años de servicio.

—Ay, sí, Doña Sagrario. Mucho antes de casarse con Don Gonzalo. Estuvo en el hospital de la capital una buena temporada. Una mujer de mundo, con sus estudios… —Lola agitó una mano en el aire,

como si las palabras no bastaran para expresar su impresión—. Aprendió de todo, me decía. No solo a curar toses, sino de esas medicinas fuertes que recetan los galenos. De las que uno no puede comprar así como así, sin una buena receta y sin saber cómo manejarlas. Siempre decía que era mejor tener el conocimiento que necesitarlo, por lo que pudiera pasar.

Un escalofrío que nada tenía que ver con el frío del pazo recorrió la espalda de Sagrario. La confirmación de Lola era tan clara como una campana de iglesia repicando en la quietud de la tarde. Valentina no solo poseía conocimientos médicos avanzados, sino que su pasado como enfermera le había concedido un acceso potencial a "sustancias restringidas", a "medicinas fuertes". La estricnina era, precisamente, una de esas sustancias, un veneno que, administrado con pericia, podía pasar desapercibido hasta que era demasiado tarde.

La archivista no dijo nada, solo asintió con una lentitud apenas perceptible. El detalle, sembrado con la naturalidad de una anécdota, había caído en terreno fértil, germinando en su mente con una velocidad alarmante.

El pequeño matraz de cristal, ese que nadie más había visto y que Sagrario guardaba en el bolsillo de su chaquetilla, cobró una nueva y siniestra dimensión en su mente. La estricnina, los síntomas que había observado en Don Gonzalo, la habilidad de Valentina. La conexión era innegable, tan nítida como una letra capitular en un códice medieval. La viuda, tan frágil en apariencia, tan vapuleada por las palabras de Jacobo, no era una simple “cazafortunas” sin recursos.

Era una mujer astuta, inteligente y, ahora lo sabía, peligrosa. La archivista repasó mentalmente la escena del brindis. Don Gonzalo, en su afán de control, había desprecintado él mismo la botella de licor. El matraz no era una jeringuilla. No, aquello había sido un método más sutil, una danza de la muerte ejecutada con una precisión casi invisible. ¿Quién sino una enfermera, alguien

familiarizado con la administración de dosis minúsculas, con la manipulación de líquidos de forma imperceptible, podría haber introducido el veneno?

El conocimiento de Valentina sobre farmacología, su experiencia con "sustancias restringidas", la convertían en una sospechosa principal, una pieza fundamental en el tablero del ajedrez mortal. La sonrisa forzada que Valentina había mostrado a los demás, la forma en que su voz se había mantenido fría y controlada, adquiría ahora un significado más oscuro. El botón de Sor Ángela, que antes había brillado como una pista irrefutable, ahora parecía una cortina de humo, una astuta maniobra para desviar la atención.

El asesino no solo era cruel, sino también ingenioso, capaz de tejer una telaraña de mentiras que atrapaba a cualquiera que se atreviera a desenmascararlo.

Unas horas después, Sagrario encontró a Valentina en el salón, bajo el pálido resplandor de una lámpara de pie. Su cabello rojo cobrizo, largo y ondulado, caía sobre sus hombros con un brillo natural, contrastando con el pálido de su piel y la expresión tensa de su rostro. Los ojos verdes esmeralda, grandes y expresivos, no eludieron los de Sagrario, sino que se fijaron en ella con una mezcla de desafío y una cautela casi felina.

La archivista, observando su figura esbelta y elegante, notó el pequeño tatuaje floral, casi invisible, en la parte interna de su muñeca derecha, un detalle que enmascaraba su verdadera determinación. No era una mujer que se dejara doblegar fácilmente.

—Señorita Valentina —comenzó Sagrario, su voz grave pero sin reproche alguno, una invitación a la confianza que la anciana sabía manejar con maestría—, Lola me ha confirmado su pasado como enfermera. Es un detalle importante, considerando la naturaleza del envenenamiento de Don Gonzalo. Entiendo que eso la familiarizaría con… ciertas sustancias.

Valentina dejó la taza de hierbas humeantes sobre la mesita de madera, su movimiento tan suave que apenas emitió un sonido, como si temiera romper el frágil equilibrio de la estancia. Sus labios carnosos y bien definidos se curvaron en una sonrisa forzada, una mueca más que una expresión de alegría. El labio inferior tembló, apenas perceptible, traicionando un nerviosismo que su voz intentaba ocultar.

—Es cierto, Doña Sagrario —su voz era fría, controlada, cada palabra medida con precisión, como si leyera un guion memorizado—. Mi profesión me expuso a muchas cosas, sí. Conocí la farmacología, los principios activos, los efectos de diferentes compuestos. Las enfermeras somos los ojos y las manos de los médicos en muchas ocasiones. Pero de ahí a sugerir que… —La sonrisa se esfumó, y su mirada se endureció con un brillo acerado—, de ahí a sugerir que yo pudiera tener estricnina, o que supiera cómo usarla para un fin tan vil, hay un abismo. No la poseo. Y, de haberla tenido, nunca habría osado usarla.

La negación fue rotunda, pero Sagrario, con su agudeza de paleógrafa entrenada en detectar falsificaciones en papiros milenarios, notó un ligero temblor en las manos de Valentina, apenas perceptible, cuando esta recogió la taza, apretando los dedos alrededor de la cerámica. Aquel gesto traicionaba una tensión que su voz había logrado enmascarar con maestría. La verdad era un camaleón, y Valentina era una de sus más hábiles imitadoras.

No mentía sobre su conocimiento, pero sí sobre su inocencia. Sagrario archivó el detalle, una nueva pieza en el rompecabezas. La viuda no era tan transparente como el cristal que adornaba las viejas ventanas del pazo.

El último rayo de luz se desvaneció tras los ventanales del pazo, sumiendo el salón en una penumbra aún más profunda, rota solo por el parpadeo de la lámpara. La voz ahogada de Lola rompió la quietud, cargada de una desesperación apenas contenida. La ama de llaves irrumpió en el salón, sus ojos marrones muy abiertos, sus

manos grandes y fuertes crispadas en el delantal, el pañuelo de cuadros ahora completamente deshecho, colgando de su cuello.

—¡Doña Sagrario! ¡La señora Valentina! —respiraba con dificultad, el pecho subiéndole y bajándole con violencia, como un fuelle desbocado—. El maletín notarial de Don Gonzalo… ¡Ha desaparecido de su despacho!

Un aliento helado recorrió el espinazo de Sagrario. El maletín, la copia oficial del testamento, los otros documentos que guardaban la historia de los Ulloa. Alguien había actuado de nuevo, sin sangre, sin rastro, pero con una audacia que revelaba la presencia constante del asesino entre ellos. El caos aumentaba, y cada minuto que pasaba, la red de secretos se volvía más espesa, más enredada. La archivista se volvió hacia el oscuro umbral del pasillo, su mente ya en movimiento, anticipando el siguiente movimiento de un adversario invisible.

El maletín no era solo un objeto; era un mapa hacia la verdad. Y ahora, alguien lo había robado, desatando una nueva oleada de incógnitas. ¿Qué secretos tan terribles guardaban esas cartas quemadas? ¿Y la negación de Valentina sobre la estricnina es una verdad o una mentira conveniente?

CAPÍTULO 11: EL FANTASMA DEL MALETÍN

El eco de las últimas palabras de Lola, estranguladas por el pánico, aún se aferraba al aire denso del gran salón. Doña Sagrario recorrió con la mirada los rostros conturbados: Jacobo, con sus ojos verdes que saltaban como liebres asustadas, la yema de su pulgar rozando el lunar junto al labio; Valentina, erguida, una estatua de desafío, su cabello cobrizo llameando bajo la luz mortecina de la lámpara; y el Capitán Montero, rígido, una figura de granito en un rincón. La noticia de la desaparición del maletín notarial de Don Gonzalo —ese objeto que contenía la copia oficial del testamento y otros documentos esenciales para la intrincada historia de la estirpe Ulloa— se había abatido sobre ellos. Un segundo golpe, más sigiloso que la muerte del patriarca, pero con la misma capacidad de desarmar voluntades.

Un murmullo de indignación, bajo y ponzoñoso, se propagó por la estancia, encendiéndose como yesca. Jacobo fue el primero en romper el silencio, su voz aguda hendiendo la penumbra.

—¿Desaparecido? ¡Eso es inconcebible! ¿Quién, en estas circunstancias, tendría la osadía…? Esto, por supuesto, es obra de uno de nosotros. —Sus ojos se clavaron en Valentina, un reproche tácito que se tornaba en abierta acusación—. ¿No es peculiar que lo que se desvanece sea precisamente el documento que tanta prisa tenías en impugnar?

Valentina, la barbilla en alto, ni siquiera parpadeó. Parecía una fiera herida, pero aún sin doblegarse, lamiéndose las garras invisibles.

—Mis intenciones con ese testamento eran legítimas, Jacobo. Muy distintas de las tuyas con las deudas que tu padre tan a menudo te recordaba. Quizá el ladrón buscaba algo más que el testamento. Acaso pretendía borrar las huellas de tus fraudes.

La tirantez entre ellos se podía cortar con un cuchillo, espesa como la niebla que ya se filtraba por los ventanales. Sus palabras eran estiletes envenenados, lanzados sin piedad. Lola, el rostro surcado por el cansancio y una profunda inquietud que le arrugaba el entrecejo, se llevó las manos, grandes y fuertes, a la boca, intentando ahogar un sollozo.

—¡Por favor! —Su voz, apenas un hilo suplicante, se abrió paso a duras penas—. ¡Basta ya! ¿No hay suficiente dolor en esta casa?

El Capitán Montero, que hasta entonces había permanecido con los brazos cruzados, una sombra inmóvil en un rincón, se irguió. Su postura militar se tensó aún más, y sus ojos marrón oscuro exploraron los rostros con una frialdad que delataba su honda exasperación.

—Calma —ordenó, su voz grave, profunda—. La Guardia Civil llegará… si es que alguna vez puede. Mientras tanto, estos… dimes y diretes… no nos llevan a ninguna parte. Solo logran que el culpable se solace en su impunidad.

Doña Sagrario, observándolos a todos, notó cómo cada uno, a su manera, desviaba la mirada o se aferraba a una coartada invisible. El maletín no era solo un objeto; era una pieza crucial, un nuevo nudo en la red que se cerraba sobre ellos. El ladrón, impoluto de sangre, había desatado una verdadera tormenta de recelos. La archivista cerró sus ojos pequeños, de un ámbar tan oscuro como la miel añeja, por un instante; el brillo de sus gafas de carey atrapó el último reflejo de la lámpara.

Era una partida peligrosa, y el tablero acababa de revelar nuevas casillas de engaño y traición. La noche, más allá de los muros del pazo, se expandía, tan densa e implacable como la tierra recién removida, prometiendo abismos aún más insondables que la sombra del propio Don Gonzalo.

El despacho de Don Gonzalo era un reflejo desordenado de su mente: legajos apilados sin concierto, mapas desplegados sobre un pesado escritorio de caoba y un penetrante olor a tabaco de pipa rancio, mezclado con el dulzor seco de la madera antigua. Los tres sospechosos se habían dispersado por la casa, incapaces de permanecer juntos; su desconfianza era más palpable que el aire cargado de polvo. Lola, con la resignación de quien ha presenciado incontables tragedias, acompañó a Doña Sagrario.

La anciana archivista, con sus finos dedos manchados de tinta antigua, pasó revista a cada rincón, buscando cualquier indicio, una hebra suelta, un detalle discordante que revelara la identidad del ladrón. Su mirada, aguda y penetrante, no dejaba escapar el más mínimo matiz.

—¿Estás segura de que el maletín estaba aquí, Lola? —preguntó Sagrario, la voz apenas un susurro que no alteró el silencio reverente del despacho. Su vista se detuvo en un almanaque, marcando el día con la meticulosidad de un escriba.

Lola asintió, las manos robustas jugueteando con el pañuelo de cuadros que se había desprendido de su cabeza.

—Sí, Doña Sagrario. Don Gonzalo lo tenía siempre aquí, sobre su escritorio. Lo usaba para sus papeles… y para guardar algunas cosas que consideraba… importantes. Nadie tocaba sus cosas. Era muy celoso con sus documentos.

La mirada de Sagrario, inquisitiva y minuciosa, recorrió el escritorio, manchado por la marca circular de una copa olvidada. El hueco donde el maletín debía estar era un vacío punzante, no solo la

ausencia de un objeto, sino la elocuencia de un espacio desprovisto. Al inclinarse, su baja estatura apenas suficiente para ver la parte trasera del mueble, sus dedos se deslizaron sobre la superficie, un gesto casi cariñoso, buscando rugosidades, rasguños, cualquier indicio. Había algo, casi imperceptible, una aspereza en la madera.

—¿Sabes qué contenía exactamente ese maletín? Más allá del testamento, claro.

Lola dudó, su mirada se perdió en el intrincado diseño de la alfombra persa. Su lealtad a la familia Ulloa, cultivada durante décadas, chocaba con el imperativo de la verdad.

—Don Gonzalo solía guardar documentos de las propiedades, las viñas, los terrenos… Y una cajita pequeña. De metal, muy antigua. Decía que ahí estaban los papeles de su madre, de su juventud. Cosas de valor sentimental, supongo.

Una pequeña caja de seguridad. Valor sentimental. La información se deslizó en la mente de Sagrario como una pieza que encajaba en un rompecabezas más grande. No era solo la herencia lo que estaba en juego. El asesino, o el ladrón —si eran dos personas distintas—, buscaba algo más que el mero control económico. Buscaba la historia, los cimientos de la estirpe. La archivista, absorta, abrió el cajón superior del escritorio; su interior desordenado reveló plumas con la tinta seca, un cenicero lleno de cenizas frías y una carta sin abrir.

Su olfato, aguzado por años de descifrar el pasado, percibió un leve rastro de humedad en el aire, no el de la lluvia, sino un efluvio térreo, sutil, casi imperceptible, que no cuadraba con la atmósfera seca y cerrada del despacho.

Sus dedos finos y largos, hábiles en la detección de cualquier anomalía, rozaron el canto inferior del cajón. Una fina capa de polvo se desprendió, revelando una ligera marca, una rozadura apenas visible en la madera pulida. Alguien había forzado el cajón, no con violencia desmedida, sino con una delicadeza furtiva. El ladrón no

era un simple vándalo; era alguien que conocía las entrañas del pazo y sus silencios.

La archivista se incorporó, un nudo frío en el estómago. La desaparición del maletín no era un acto impulsivo, sino una maniobra calculada, un movimiento astuto de un adversario que jugaba con las reglas de su propio y mortífero ajedrez. Y la pequeña caja con papeles sentimentales, pensó Sagrario, era un tesoro mucho más peligroso que cualquier fortuna.

El olor a tierra mojada se intensificó, sutilmente, a medida que Sagrario se adentraba en los corredores apartados del pazo, siguiendo un presentimiento que vibraba en sus huesos. Lola la seguía con pasos pesados, la silueta robusta de sus hombros encorvados por el cansancio. La luz de las velas, estratégicamente colocadas por Lola para ahuyentar las sombras, parpadeaba sobre los tapices descoloridos, danzando y creando figuras fantasmales que parecían observar su avance.

El pazo, en su inmensidad, revelaba sus susurros más íntimos en la quietud de la noche. Allí, el silencio era casi absoluto, roto solo por el lejano gemido del viento que aún se colaba por las rendijas y el ocasional crujido de la madera antigua.

Doña Sagrario, con sus gafas de carey apoyadas en la punta de la nariz, se detuvo ante una de las ventanas traseras, apenas visible tras una espesa cortina de terciopelo verde musgo que olía a encierro y a humedad estancada. La ventana, enrejada y estrecha, daba a un pequeño jardín interior cubierto de hiedra silvestre, un rincón olvidado que rara vez recibía la luz del sol. La cerradura, antigua y oxidada, parecía intacta a primera vista.

Sin embargo, al pasar sus dedos por el alféizar, percibió una aspereza inusual. Un rastro de suciedad, un resto terroso que no correspondía al polvo habitual del pazo.

La archivista se inclinó, su mirada escudriñando el suelo de piedra. Ahí estaban: unas huellas de barro fresco, apenas esbozadas, como si la tierra se hubiera aferrado a la piedra con la intención de dejar un mensaje. Las marcas eran pequeñas, delicadas, y no correspondían a las grandes botas del Capitán Montero, ni a los zapatos de charol de Jacobo. Tampoco parecían pertenecer a la pisada más menuda de Valentina, ni a los amplios pies de Lola.

Eran unas huellas esbeltas, casi sigilosas, que insinuaban un paso furtivo. El barro, oscuro y pegajoso, era idéntico al que la tormenta había dejado en los senderos exteriores, un barro que se adhería a las suelas y no se desprendía con facilidad.

Lola, que había estado observando a Sagrario con la curiosidad de quien ve a un zahorí encontrar agua, exhaló un aliento tembloroso.

—Dios mío… ¿Alguien ha entrado? ¿O ha salido?

Sagrario no respondió de inmediato. Sus dedos rozaron la cerradura de nuevo, esta vez con una intención más profunda. El metal, frío y rugoso, no ofreció resistencia. La ventana, que de lejos parecía herméticamente cerrada, estaba en realidad ligeramente desencajada, apenas un milímetro, suficiente para que una mano experta, o una persona de pequeña estatura y gran destreza, pudiera haberla abierto desde el exterior.

El olor a humedad de aquel rincón cobró un nuevo sentido. No era solo la vejez del pazo; era el rastro de la noche, de la tierra, de un intruso que había usado la tormenta como cómplice.

La archivista se irguió, el corazón latiéndole con una cadencia más rápida. El asesino no solo estaba entre ellos; tenía una vía de escape, o de acceso, o quizá incluso una ruta para moverse sin ser visto dentro del laberinto de piedra y secreto. La lluvia, que aún tamborileaba en el exterior con una cadencia lánguida, había enmascarado el sonido, y el desprendimiento de tierras había cortado el mundo exterior, pero ¿y el interior?

La posibilidad de una entrada o salida secreta al pazo, una que ignoraban, era un pensamiento que le revolvía las entrañas. La astucia del criminal alcanzaba nuevas cotas, una maniobra que desdibujaba las líneas entre el adentro y el afuera, entre la clausura forzada y la libertad clandestina.

Doña Sagrario frotó el barro entre sus dedos, un gesto reflexivo que la conectaba con la tierra húmeda, con la naturaleza salvaje que rodeaba el Pazo de Alborada. Las huellas, tenues pero inequívocas, la desaparición del maletín y el inconfundible efluvio a humedad y tierra en el despacho de Don Gonzalo, se entrelazaban en su mente como los hilos de un antiguo tapiz. El asesino, pensó, no era un simple verdugo cegado por la ira, sino un estratega, un jugador de ajedrez que movía sus piezas con precisión y una frialdad que helaba la sangre. Su inteligencia superaba con creces la brutalidad del envenenamiento.

La archivista repasó mentalmente la secuencia de los acontecimientos: la botella de licor de café, desprecintada y servida ante los ojos de todos; el matraz de cristal, minúsculo, apenas perceptible, la herramienta del envenenamiento que había logrado ocultar. Luego, el pánico de la muerte, el aislamiento forzoso del pazo. Y ahora, el robo del maletín, orquestado con una maestría que sugería no solo conocimiento del edificio, sino también una capacidad para anticipar los movimientos ajenos, para aprovechar el caos en su beneficio.

El ladrón, si era el mismo asesino, no había actuado al azar. Todo en sus movimientos revelaba una planificación meticulosa, una mente que operaba con una lógica distorsionada pero implacable.

La ventana trasera, ligeramente desencajada, era la clave. Las huellas de barro, el rastro tangible de una entrada o salida furtiva. La tormenta, que había convertido los caminos en trampas de lodo y había cortado las comunicaciones, también había sido un velo protector, ocultando las acciones del criminal. El pazo, esa vasta

extensión de piedra y misterio, no era tan impenetrable como parecía desde el exterior.

Debía haber un pasadizo, una grieta, un rincón olvidado que solo unos pocos —o quizás solo el asesino— conocían. Una ruta para eludir los ojos curiosos, para moverse como una sombra entre las sombras.

Los papeles sentimentales de la pequeña caja de seguridad, mencionados por Lola, se revelaban ahora como el verdadero tesoro. No el testamento que repartía la fortuna, sino los documentos que quizás revelaran la verdad de los orígenes de la estirpe, de sus secretos más oscuros. Don Gonzalo, con su afán de manipular el destino ajeno, había guardado en ese maletín no solo las cadenas de sus herederos, sino también las suyas propias.

Y el asesino, al llevarse esos papeles, buscaba no solo la riqueza, sino el control de la narrativa, la posibilidad de reescribir la historia, de borrar las manchas más profundas.

La noche se había vuelto una madeja de hilos invisibles, cada uno de ellos atado a un misterio distinto. El botón de Sor Ángela, las cartas quemadas en su chimenea; la negación de Valentina sobre la estricnina y su conocimiento médico; la carta de África que unía a Don Gonzalo y al Capitán Montero. Y ahora, el maletín robado, las huellas de barro, la sospecha de un acceso secreto. Sagrario sintió una punzada de excitación intelectual, mezclada con una creciente preocupación.

El adversario estaba construyendo un laberinto de engaños, pero cada hebra era un indicio que, con persistencia, podría desentrañar. La oscuridad del pazo de Alborada era más profunda de lo que había imaginado.

Jacobo de Ulloa apareció en el pasillo, su figura esbelta y elegante tensa bajo la tenue luz de la vela que sostenía. Sus ojos verdes, a menudo huidizos, escudriñaban la penumbra con una ansiedad

apenas contenida. Sagrario, que aún examinaba la ventana con las huellas, notó el rastro de nerviosismo que se adhería a él como un sudor frío. El rictus de irritación en la comisura de sus labios, cerca del lunar oscuro que apenas se adivinaba, y la forma en que su mechón rebelde de cabello castaño oscuro caía sobre su frente, eran, a su juicio, signos de un desasosiego que iba más allá de la preocupación por la muerte de su padre.

—¿Han encontrado algo? —su voz era áspera, casi exigente, su aliento, con un leve dejo a licor, revelaba la tensión de la noche—. Esta situación es insostenible, Doña Sagrario. ¿Dónde está ese maletín? Debe aparecer. Es… la clave.

Sagrario, con la paciencia de un entomólogo que examina una nueva especie, observó sus manos, que no dejaban de frotarse la barbilla, un gesto de impaciencia que revelaba más que sus palabras.

—Estamos investigando, Jacobo. ¿Usted tiene alguna idea de por qué alguien querría específicamente el maletín de su padre? Más allá del testamento, me refiero. Lola dice que guardaba también documentos de propiedades y una pequeña caja de seguridad con papeles de valor sentimental.

La mención de la caja de seguridad provocó una reacción casi imperceptible en Jacobo: una contracción de los músculos faciales, un leve temblor en las manos. Su mirada se desvió hacia la ventana, luego hacia el suelo, evitando la penetrante mirada de Sagrario. Su interés en el maletín, en ese momento, se había enfocado con inusitada intensidad en esos papeles de valor sentimental.

—¿Papeles sentimentales? ¡Tonterías! Mi padre no era hombre de sentimentalismos baratos. Si acaso, serían… pagarés. Deudas. Mi padre siempre fue un tirano con las finanzas, siempre buscando la forma de controlarnos a todos. Quizá fueran papeles que incriminaban a alguien. Un chantaje, quizá. Él era experto en eso.

La negación fue demasiado vehemente, la desviación demasiado obvia. Jacobo hablaba de chantajes y deudas con una familiaridad

que a Sagrario no le pasó desapercibida. Su falta de duelo por Don Gonzalo era evidente, pero su preocupación por el maletín era más profunda, más personal, que la mera herencia. Había algo más. Algo que creía que el maletín contenía, algo que lo involucraba directamente. La archivista recordó la exposición de sus deudas de juego, su desesperación por el testamento que lo humillaba.

—¿Ha estado usted en este pasillo esta noche, Jacobo? ¿Ha visto algo inusual? Las huellas de barro…

Jacobo retrocedió un paso, su rostro pálido bajo la luz incierta.

—¿Yo? ¡Claro que no! He estado en mi habitación, intentando… relajarme. El vino no me ha sentado bien. ¿Huellas de barro? ¿Aquí? Imposible. Esta parte del pazo apenas se utiliza.

Su voz se quebró ligeramente al pronunciar la última palabra, traicionando una tensión que intentaba sofocar. La negación fue demasiado rápida, demasiado forzada. Sagrario observó la forma en que Jacobo se llevó la mano al cuello, como si le oprimiera una corbata invisible. Había una verdad oculta en sus palabras, una que el maletín robado, y ahora las huellas de barro, estaban empezando a desvelar. La red se hacía más pequeña, más apretada. Y Jacobo, el heredero, no era tan inocente como quería aparentar.

Sagrario observó a Jacobo alejarse con pasos inciertos, su vela proyectando una sombra danzante y desgarbada sobre la pared. Su negación, el tono alterado de su voz al hablar de las huellas, su desproporcionada insistencia en el contenido del maletín, todo ello resonaba en la mente de la archivista como una melodía disonante. El interés de Jacobo no era el del heredero común preocupado por una herencia menguada; era la ansiedad de quien teme que un secreto muy personal, muy comprometedor, esté a punto de ser descubierto.

La anciana pasó la yema de su dedo por el marco de la ventana desencajada, sintiendo la rugosidad del musgo y el rastro de la

humedad. La astucia del asesino no se limitaba a la administración del veneno, sino que se extendía a la planificación posterior, a la eliminación de pruebas y a la manipulación de la situación. Si las huellas de barro eran de un intruso, ¿cómo había llegado este al pazo sin ser visto, en medio de una tormenta que había aislado completamente el lugar?

La respuesta era inquietante: debía existir un acceso oculto, una ruta secreta conocida por pocos, o quizás por uno solo de los presentes. El pazo de Alborada, con sus siglos de historia, sus pasadizos y sus cimientos de granito, bien podría esconder tales vericuetos.

Sagrario imaginó el pazo como un laberinto, no solo de corredores y habitaciones, sino de historias entretejidas, de pasados enterrados bajo capas de polvo y silencio. El asesino no solo conocía el corazón oscuro de la familia Ulloa, sino también las venas ocultas del edificio, sus puntos débiles, sus rutas clandestinas. Este movimiento del maletín no era un simple robo; era una declaración, una maniobra que revelaba un plan más vasto, una intención de controlar el relato, de borrar las huellas de un crimen aún más antiguo, quizá, que la propia muerte de Don Gonzalo.

La caja con papeles sentimentales, en manos del ladrón, se convertía en una bomba de relojería, una pieza capaz de desvelar verdades que nadie en el pazo quería que salieran a la luz.

Sus dedos, finos y largos, se posaron en su chaquetilla de tweed, sobre el bolsillo donde el pequeño matraz de cristal, ese testigo mudo del envenenamiento, reposaba. Las huellas de barro y la ventana entreabierta daban una nueva dimensión al enigma, vinculando el crimen con una intrusión, un movimiento furtivo desde el exterior, o hacia él.

La archivista se irguió, su silueta diminuta firme bajo el parpadeo de la vela. El pazo de Alborada guardaba más de lo que mostraba. Y ella, con su metódica curiosidad, iba a desenterrarlo. El siguiente paso era determinante: encontrar ese acceso secreto. ¿Qué otros

secretos esconde el pazo de Alborada, y quién más, aparte del asesino, conoce sus rincones oscuros? La respuesta, sabía, no solo señalaría al ladrón, sino que desvelaría la verdadera naturaleza de la estirpe Ulloa.

CAPÍTULO 12: RÉPLICAS Y DESESPERACIÓN

La luz de la mañana, que se filtraba escasa por las altas ventanas del Pazo de Alborada, no lograba disipar la penumbra que persistía en los pasillos traseros, donde la humedad de la noche se aferraba aún a los muros de granito. El viento, aunque menos furioso, todavía gemía entre las rendijas, trayendo el persistente aroma a tierra mojada. Doña Sagrario, con sus gafas de carey reposando sobre la punta de la nariz, volvió al lugar donde las huellas de barro habían despertado una nueva hebra en el enmarañado tapiz del crimen.

Se agachó, con los dedos finos y largos que tantas veces habían desentrañado el misterio de caligrafías antiguas, a rozar el suelo terroso. No eran las grandes pisadas de un hombre que se abre paso a la fuerza en medio del diluvio. Más bien, la tierra parecía haberse adherido a unas suelas con la ligereza de quien transita por el jardín de su propia casa.

La archivista se irguió, el crujido apenas audible de sus propias rodillas recordándole la implacable marcha del tiempo. La ventana, ligeramente desencajada la noche anterior, mostraba rastros de una reciente manipulación. Con un pañuelo, que extrajo de su chaquetilla de tweed, limpió con cautela un pequeño montículo de tierra oscura que se había acumulado en el alféizar interior. La textura era inconfundible, una mezcla de arcilla y humus, con diminutas

partículas de musgo, idéntica a la tierra de las macetas del invernadero, o la que enriquecía los parterres del jardín botánico que se extendía al sur del pazo.

No era barro de camino forestal ni de la vereda que llevaba al río Sil. Era tierra cultivada, mimada, propia de un jardín que Don Gonzalo, en sus escasos ratos de ocio, solía supervisar con la misma tiranía con la que regía a su familia.

La deducción era tan simple como un silogismo: el ladrón no había irrumpido desde el exterior, desafiando la tormenta y el aislamiento del pazo. El ladrón había estado dentro, o al menos había conocido un pasaje lo suficientemente íntimo para moverse con libertad por el perímetro de la finca, para luego acceder al interior a través de aquella ventana. La red de posibilidades se encogía con cada paso que daba, cada observación minuciosa.

Ya no se trataba de un acceso secreto al pazo, sino de una ruta conocida, quizás familiar, para el asesino. ¿Quién más, además de los habitantes de Alborada, conocería con tanta precisión los rincones menos transitados del jardín y las ventanas que cedían con un empujón? La anciana archivista se sintió como una paleógrafa descifrando un palimpsesto, cada capa de mentira cubriendo una verdad aún más antigua.

El asesino no era un fantasma, sino una sombra que conocía cada rincón de aquel viejo edificio, y que no temía ensuciarse las manos con la misma tierra que pisaba.

La fragancia persistente de lirios en descomposición se mezclaba con el olor a humedad y a madera vieja que impregnaba el aire de las galerías menos utilizadas del pazo. Doña Sagrario, con sus pasos menudos pero firmes, se había adentrado en una zona de la casa que parecía haber quedado congelada en el tiempo, un museo de objetos cubiertos por sábanas de lino, donde los retratos de antepasados observaban con ojos velados desde sus marcos dorados y polvorientos. Los murmullos del pazo, crujidos de vigas y el roce del viento, eran los únicos sonidos que rompían el silencio.

De pronto, un leve raspado de suelas contra el granito anunció una presencia. Era Lola, que apareció al final del pasillo, el pañuelo de cuadros, que se había desprendido la noche anterior, ahora bien anudado a la cabeza, como si intentara contener una carga de pensamientos desordenados. Su rostro, surcado por arrugas profundas, se veía aún más demacrado bajo la pálida luz matinal. Sus ojos, antes observadores y pacientes, reflejaban una angustia creciente, un miedo tan denso que casi se podía palpar.

—Doña Sagrario —susurró Lola, su voz áspera como papel de lija, los hombros encorvados por una carga invisible—. Hay algo más. Algo que no sé si debería…

Sus manos, grandes y fuertes por el trabajo, se aferraron a su delantal, retorciendo la tela con nerviosismo. La decisión de hablar pugnaba con años de silencio y lealtad. Lola, la memoria viva del pazo, era también su guardiana más fiel, la depositaria de todos los secretos familiares que dormían bajo las alfombras persas y los tapices descoloridos. La archivista la observó con una fijeza que no invitaba a la impaciencia, sino a la confianza.

—Hable, Lola —invitó Sagrario con voz suave, sabiendo que la prisa solo lograría que el ama de llaves se encerrara más en sí misma—. El pecado, como la humedad, siempre deja su marca. Y en este pazo, las manchas son ya demasiado grandes para ser ignoradas.

Lola exhaló un suspiro profundo, un sonido que parecía arrastrar el peso de décadas de contención. Bajó la mirada, sus ojos esquivando los pequeños y penetrantes de Sagrario, como si temiera que la verdad se leyera en ellos.

—Es por… es por el joven Jacobo —comenzó Lola, cada palabra una tortura—. Hace tiempo que anda mal. Con las deudas… las cartas que llegaban, la mala vida. Pero lo último… eso es lo que me quita el sueño. Él… él ha estado vendiendo cosas. Piezas antiguas del pazo. Lo que a su padre le hubiera arrancado el alma.

Un temblor recorrió el cuerpo de Lola, y Sagrario notó el sudor frío que perlaba su frente. La revelación no era solo un chismorreo; era una confesión dolorosa para quien había visto crecer a Jacobo.

—¿Vendiendo qué, exactamente? ¿Y cómo lo sabe? —preguntó Sagrario, su voz ahora más tensa, la mente ya tejiendo nuevas conexiones.

—Cuadros pequeños. Esculturas de bronce. Joyas antiguas de la abuela Elvira. Cosas que apenas se miran, que están en estas galerías, cubiertas. Pero yo lo sé todo. Los inventarios antiguos de Don Gonzalo, los conozco de memoria. Y un día, al hacer limpieza, noté… el peso. El frío de las manos. Eran… eran réplicas. Copias. Hechas sin arte, sin el alma de las originales. Él las sustituía y se llevaba las buenas. Para pagar el juego, decía. Para mantener el tipo. Pero era una deshonra. Una traición al apellido.

Lola se secó una lágrima furtiva con el dorso de la mano. La indignación, mezclada con una pena genuina, vibraba en cada una de sus palabras. La noticia caía como una losa sobre Sagrario. Jacobo, el heredero, no solo era un jugador endeudado, sino un ladrón, un falsificador. Su desesperación era más profunda, más corrupta de lo que había imaginado.

La pequeña escultura de bronce, un fauno con flauta, yacía sobre un pesado damasco descolorido, recién descubierta de su funda de lino. Doña Sagrario la alzó con sumo cuidado, sus dedos finos y largos acariciando la superficie. El metal, frío y pesado, delataba al tacto una pátina uniforme, sin la rica complejidad de siglos que solo el tiempo sabe imprimir. La anciana archivista deslizó sus gafas de carey por la nariz, acercando la pieza a la escasa luz que penetraba por un ventanal.

El fauno, que debía haber poseído una expresividad alegre, ahora mostraba una rigidez casi mortuoria en sus facciones, la flauta lisa y sin el pulido que el uso secular confería a los objetos de arte.

—Una falsificación —dictaminó Sagrario con un soplo apenas perceptible, el eco de su voz disolviéndose en el silencio polvoriento de la galería. La observación no era un juicio, sino una conclusión inexorable, fundada en años de escrutar la autenticidad en manuscritos y grabados antiguos. Había algo en la imperfección de las líneas, en la falta de esa alma que el artista imprime y que el tiempo ennoblece, que la delataba. El fauno era un impostor, una réplica burda destinada a engañar a ojos menos expertos. Una punzada de tristeza, más honda de lo que cabría esperar, atenazó el pecho de Sagrario. No por la pérdida de la pieza original, cuyo valor le era indiferente, sino por la decadencia del linaje que representaba, por la deshonra que esta acción implicaba para una estirpe que se jactaba de su inmaculado blasón.

Lola asintió, sus ojos marrones, grandes y expresivos, anegados en una melancolía que hundía sus raíces en el más profundo afecto y la más amarga decepción.

—La original era… era una maravilla. La piel de bronce, gastada en los cuernos por las manos de los niños que la tocaban al pasar. Los ojos, vivos, casi pícaros. Esta… esta es un muñeco. Sin vida.

La voz de la ama de llaves se quebró, y el pañuelo de cuadros se acercó a sus labios, como si intentara sofocar un gemido que brotaba del alma misma del pazo. Para Lola, aquellos objetos no eran meras posesiones; eran los testigos silenciosos de la historia de la familia, los compañeros inertes de una vida de servicio, y verlos ultrajados de tal manera era un sacrilegio. Sagrario cerró los ojos un instante, sintiendo el frío del bronce falso en la palma de su mano.

La decepción de Lola era palpable, un lamento mudo por la ruina que se extendía más allá de las paredes del pazo, que alcanzaba el mismo corazón de sus habitantes.

La archivista colocó el fauno con delicadeza sobre el damasco, sus pensamientos tejiendo una red invisible de motivos y verdades. La magnitud de la desesperación de Jacobo, para llegar a deshonrar así el legado familiar, era abrumadora. No se trataba solo de vender una

posesión; era la venta de la historia, la sustitución de la verdad por una mentira de bronce, la traición a todo lo que el apellido Ulloa había representado, por muy autoritario y orgulloso que fuera Don Gonzalo.

Aquello iba más allá de un simple vicio; era la muestra de una ruina moral profunda, una corrupción que roía los cimientos de su propia identidad. La imagen del maletín notarial, desaparecido, se superpuso en su mente con la del fauno falsificado. ¿Qué buscaría Jacobo en esos papeles "sentimentales" que Lola había mencionado? ¿Pruebas de que su engaño había sido descubierto? ¿Documentos que pudieran incriminarle, quizá acuerdos de venta ilegítimos o contratos que revelaran su fraude?

Una idea, fría y precisa como la hoja de un bisturí, se abrió paso en la mente de Sagrario. ¿Había descubierto Don Gonzalo el fraude de su hijo? ¿Fue esa la razón, el verdadero motivo, para modificar el testamento de forma tan humillante para Jacobo? El interés del heredero por el maletín robado, aquel nerviosismo apenas contenido al hablar de los papeles sentimentales, adquiría una nueva y oscura dimensión.

De repente, el móvil de Jacobo se transformaba de un mero afán por la herencia, de una supervivencia económica por sus deudas de juego, en un acto desesperado por preservar su reputación, por borrar las huellas de su propia deshonra, quizás incluso de una implicación penal. La anciana archivista se frotó la frente, el nudo de los pensamientos tan apretado que le dolía la sien. El asesinato, el robo, la falsificación…

todo se entrelazaba en un macabro ballet de avaricia y desesperación. La línea que separaba al hijo irresponsable del criminal se había diluido hasta casi desaparecer. Sagrario imaginó a Don Gonzalo, el patriarca, descubierto el engaño de su primogénito, su orgullo herido hasta la médula, su ira volcándose en un testamento que sería su último y más cruel castigo. La muerte del

viejo Ulloa, entonces, no sería solo una venganza por el dinero, sino por el honor mancillado.

El eco de los pasos de Jacobo retumbó por el pasillo principal, anunciando su aproximación antes de que su figura, desgarbada y tensa, apareciera al final de la galería. La humedad del pazo parecía haberse adherido a su semblante, confiriéndole un brillo febril. Sus ojos verdes, a menudo huidizos, se posaron en Sagrario y Lola con una mezcla de recelo y una ansiedad mal disimulada. Había algo en su postura, en la forma en que se aferraba al marco de una puerta, que delataba un nerviosismo constante, como si cada fibra de su ser estuviera a punto de ceder.

La atmósfera, ya densa por la revelación de Lola, se tensó aún más con su presencia. El aire se hizo pesado, cargado con el peso de la verdad a medias.

—Doña Sagrario —saludó Jacobo, su voz áspera, intentando un tono de formalidad que no le sentaba—. ¿Sigue usted indagando por los rincones del pazo? ¿No cree que deberíamos dejar estas pesquisas para las autoridades cuando, si Dios quiere, consigan llegar?

Su mirada se desvió de inmediato hacia Lola, un reproche tácito en el gesto, como si la mera presencia de la ama de llaves fuera una ofensa. Un tic nervioso sacudió su mandíbula. Había un velo de sudor en su frente, a pesar del frío ambiente. Aquella evasión era casi una declaración, una demostración de que la noche anterior había dejado más que un simple malestar estomacal.

—Las autoridades no llegarán pronto, Jacobo —respondió Sagrario con calma, sus ojos ámbar fijos en él, penetrantes como un par de agujas—. Y el tiempo apremia. Cada minuto que pasa, las pistas se enfrían, se corrompen. Anoche, le pregunté por su paradero. Y por las huellas de barro…

Jacobo dio un paso atrás, como si las palabras de Sagrario fueran proyectiles invisibles. Sus manos inquietas, que a menudo se frotaban la barbilla, ahora se entrelazaban con fuerza, los nudillos

blanqueados. Su mirada huidiza rebotaba de las paredes a los retratos cubiertos, evitando a toda costa la de la archivista.

—Ya le dije, estuve en mi habitación, intentando descansar. El vino… No me sentó bien. Y las huellas… ¿qué huellas? ¿Acaso cree que fui yo quien… se arrastró por el barro? ¡Es absurdo! —Su voz se elevó en un crescendo de indignación forzada, un intento desesperado por desviar el rumbo de la conversación. Intentó recuperar el control, la postura altiva del señorito que no debe explicaciones—. Deberíamos estar hablando del testamento. De esa infamia. De cómo podemos impugnarlo. Valentina y yo…

—El testamento es una cuestión legal, Jacobo. La muerte de su padre, un crimen. Y los crímenes tienen causas. Y consecuencias —interrumpió Sagrario, su voz grave, su mirada no cediendo un ápice —. A veces, las causas son tan antiguas como el pazo. Y tan íntimas como los secretos que uno guarda en su propio jardín.

Jacobo palideció, la sangre pareciendo abandonar su rostro de golpe. Su mirada, que antes rehuía la de Sagrario, ahora se clavó en ella por un instante, cargada de una mezcla de terror y fiera incomprensión. El nombre del jardín, dicho con aquella voz pausada, casi casual, había resonado en la galería como un golpe certero. Un sudor frío perló su frente y sus labios se apretaron hasta formar una línea blanca.

—¿El… el jardín? No comprendo de qué habla… —tartamudeó, aunque su voz no lograba convencer ni a un sordo. El brillo de sus ojos, hasta entonces esquivos, se fijó en el rostro inmutable de la archivista. Su lengua, pesada, se atascaba en las palabras, traicionando un pánico creciente.

Sagrario inclinó ligeramente la cabeza, sus ojos ámbar estrechándose. Su mirada recorrió las sábanas que cubrían las piezas del patrimonio, deteniéndose apenas un instante en el fauno de bronce, el impostor.

—Hablo de la tierra, Jacobo. De la misma tierra que encontramos en el alféizar de una ventana trasera. La misma tierra que, sospecho, usted ha pisado más de lo que querría admitir. Y hablo de piezas. De piezas de este pazo que, bajo sábanas y el olvido, han cambiado de dueño y de esencia. Réplicas burdas, sin la dignidad del original, ocupando un lugar que no les corresponde.

Las palabras cayeron sobre Jacobo como un mazazo. El color se esfumó de su rostro por completo, dejando una palidez cadavérica que rivalizaba con la de su padre. Su boca se abrió y se cerró varias veces, sin que de ella brotara sonido alguno. La acusación no solo era de un robo; era de una deshonra que desmoronaba su fachada, exponiendo la podredumbre que se escondía bajo su elegante exterior. Su orgullo, más allá de la mera desesperación económica, había recibido un golpe mortal.

Lola, testigo silenciosa, miraba la escena con una pena honda, confirmando con su silencio la verdad de las palabras de Sagrario. Jacobo era un mentiroso, un ladrón. Y ahora, un sospechoso que se tambaleaba al borde de un abismo que él mismo había cavado. El aire se hizo casi irrespirable, cargado con el peso de la vergüenza y el miedo. ¿Acaso este fraude, esta traición a la historia de su propia familia, era motivo suficiente para matar a su padre? ¿O el maletín robado contenía las pruebas de su engaño, que quería borrar para siempre?

CAPÍTULO 13: EL SECRETO DEL JARDÍN

El viejo chubasquero de Don Gonzalo, pesado y de ruda lana, envolvía a doña Sagrario como un caparazón informe. Las mangas, dobladas varias veces, se negaban a ceder a la escasa longitud de sus brazos menudos, y el dobladillo le arrastraba la falda. El aroma a tabaco rancio y a una vetusta grandeza que exhalaba la prenda apenas lograba disimular el acre olor a tierra mojada que empapaba el aire. La tarde del tercer día se diluía en una penumbra acerada; el cielo, un manto de nubes bajas y aborregadas, prometía una nueva descarga.

Los canalones del Pazo de Alborada goteaban sin tregua, escupiendo un hilo constante de agua sobre el granito y las losas cubiertas de musgo, un murmullo persistente, única música en la vasta soledad del jardín trasero.

Sagrario calzó sus gafas de carey sobre la nariz, buscando la profundidad de cada huella, y avanzó con metódica lentitud. Las pisadas en el barro, examinadas con Lola la mañana anterior, conformaban una senda indescifrable para un ojo inexperto. Sin embargo, para ella, cada marca en el lodo era una palabra en un lenguaje que apenas empezaba a descifrar. No perseguía la huella específica de una bota, sino la dirección, el propósito de aquel rastro furtivo.

Su paso era cauteloso, casi reverente sobre la tierra empapada, mientras el frío se le calaba en los huesos, recordándole la fragilidad de la vida frente a la indiferencia de la piedra. El camino serpenteaba entre arbustos de boj que se alzaban como muros verdes y viejas estatuas de piedra; sus rostros, desdibujados por el tiempo, parecían observar su búsqueda con muda condena. Los dedos, finos y largos, manchados por la tinta invisible de un pasado que la obsesionaba, rozaban ahora la humedad de las hojas y la corteza rugosa de los árboles.

El viento, que antes gemía por las chimeneas, aquí era apenas un susurro que movía las últimas camelias, cargando su dulzón perfume con la acidez de la tierra. Siguió la sinuosa pista a través de la densa maleza, la mente convertida en una madeja de hilos que buscaban una punta, un sentido. Aquel jardín, antes un remanso de orden, se había transformado en un laberinto de secretos. El barro, fango pegajoso y ancestral, era el único testigo que podía hablar.

La oscuridad se cernía con la lentitud de una losa, tiñiendo de azul profundo los contornos de los árboles. Su pequeña figura era engullida por la vasta indiferencia del paisaje.

El rastro de barro, irregular y furtivo, cesó abruptamente. Las huellas no se desvanecían; el suelo se transformaba, sin transición, en una alfombra de vegetación trepadora, tan tupida que cualquier marca se perdía en su maraña verde. Sagrario se detuvo, su mirada ámbar escudriñando el muro de granito que se alzaba ante ella, una pared añeja, casi olvidada, oculta tras una cortina de maleza y musgo.

A escasos metros, las esbeltas siluetas de los ventanales góticos de la capilla privada se adivinaban entre la penumbra, proyectando una quietud casi sepulcral. Era un lugar apartado, un rincón del pazo donde el sol rara vez se atrevía a posarse y el silencio se sentía más profundo que en cualquier otra parte. La archivista se agachó, el chubasquero chirriando a cada movimiento, y palpó la última huella visible: una marca profunda, casi desesperada, como si quien la dejó

hubiera tropezado o acelerado el paso justo antes de desaparecer tras el velo vegetal.

—Aquí. Aquí se pierde —murmuró Sagrario, enderezándose con dificultad. Sus ojos buscaron a Lola, que la había seguido con un temor apenas contenido. El ama de llaves, con el pañuelo de cuadros ajustado bajo la barbilla, se acercó con pasos vacilantes. Sus ojos marrones, grandes y expresivos, se clavaron en la imponente pared. La humedad del aire se pegaba a la piel, un frío que calaba hasta los huesos, y el persistente goteo de los canalones de plomo acentuaba la soledad del lugar.

—Este muro… —comenzó Lola, con la voz apenas un susurro ahogado por el miedo y el respeto que le inspiraba aquel rincón del pazo—. Siempre se dijo que esconde algo. Hay una leyenda, doña Sagrario, la de un pasaje secreto. Antiguas historias de los Ulloa, de tiempos de guerras y revueltas. Se decía que conectaba la capilla con el exterior, con el bosque, más allá del camino principal. Para esconderse, para escapar… para que nadie los viera entrar o salir. Don Gonzalo siempre lo desmintió, claro. Decía que eran tonterías de criados, fábulas para niños. Pero mi abuela, que trabajó aquí toda su vida, aseguraba haberlo oído de boca de los viejos guardeses. Que la familia lo usaba para… para asuntos que no debían ver la luz. Secretos. Siempre hubo muchos secretos aquí.

Lola se aferró al pañuelo con manos temblorosas, la mirada rebotando entre la anciana y el muro cubierto de vegetación, como si temiera que el propio granito pudiese escuchar su confidencia. La niebla, alzada ya por los viñedos de la Ribeira Sacra, comenzaba a envolver el jardín, diluyendo las formas de los árboles y las estatuas, añadiendo una capa más de misterio a la tarde ya sombría. El aroma a tierra húmeda y a piedra antigua se hacía más denso, casi una presencia palpable.

Sagrario notó el vaho escapando de sus propios labios al exhalar, la frialdad del aire clavándose en la garganta. La leyenda, el secreto familiar, ahora vibraba con una oscuridad más honda, más peligrosa.

No era una simple historia; era una llave a una intriga y, quizá, a la verdad del envenenamiento. El silencio entre ellas, solo roto por el incesante goteo del agua, se estiró como una cuerda tensa, cargado con el peso de la revelación de Lola.

Doña Sagrario se aproximó al muro, sus dedos finos y largos, con las puntas ya manchadas de tierra, palpando la superficie rugosa del granito, apartando las enredaderas que se adherían como una piel. Cada hoja, cada ramita, se sentía como un velo ocultando una verdad incómoda. Sus ojos ámbar, pequeños y penetrantes, recorrían cada fisura, cada irregularidad, buscando una discontinuidad en la aparente uniformidad de la piedra.

El tacto frío y húmedo del muro era constante; no revelaba grieta obvia alguna, ningún resquicio donde pudiese haber existido una puerta, un acceso oculto. Lola, a su lado, había enmudecido, su respiración apenas perceptible, los ojos fijos en la espalda de la archivista, como si esperara que la pared se abriera por arte de magia ante la metódica curiosidad de Sagrario. El aire, denso por la humedad, parecía susurrar historias de siglos, de pasos furtivos y silencios cómplices. Sagrario sentía el peso de esa historia bajo sus dedos, una capa tras otra de piedra y musgo, cada una con su propio relato.

—¿Y nadie, nunca, intentó buscarlo? —preguntó Sagrario sin apartar la mirada del muro, con la voz grave y pensativa. La imagen de Sor Ángela en el salón, el botón de su hábito desprendido y el olor a papel quemado en su chimenea, acudieron a su mente como un mosaico de inconsistencias. La monja, con su fe inquebrantable y su pasado hermético, ahora parecía aún más atada a los secretos del pazo. La posibilidad de un pasaje secreto en la capilla, su supuesto refugio espiritual, añadía una capa de hipocresía que Sagrario encontraba profundamente inquietante.

Lola negó con la cabeza, un leve temblor en los hombros.

—Don Gonzalo… Don Gonzalo nunca lo permitió. Y a nadie le convenía ir contra él. Este rincón del jardín, doña Sagrario, era su

lugar. Venía aquí a veces, a pensar, a mirar la vegetación que cubría el muro, o eso decía. Pero yo… yo siempre sentí que le guardaba un respeto especial a esta pared. Como si supiera algo.

La anciana se frotó la barbilla, el gesto habitual cuando su mente enhebraba hilos. Los susurros de Lola sobre «escapes» y «escondites» reverberaban en su memoria, tejiendo una red más densa. Las huellas de barro, la ventana desencajada, el maletín desaparecido: todo apuntaba a una misma posibilidad. El asesino, quizá, no había estado encerrado con ellos desde el principio. La lógica del crimen perfecto, el «whodunnit» en una habitación sellada, se desmoronaba ante la idea de un pasaje secreto.

Un acceso que permitiría a cualquiera entrar y salir sin ser visto, incluso en mitad de la tormenta. Si este pasaje existía, la lista de sospechosos se expandía o, al menos, las coartadas se volvían aún más frágiles. La certidumbre de un perímetro sellado, hasta entonces su única constante, se disolvía como el azúcar en el licor.

—Un pasaje secreto… —repitió Sagrario, la voz baja, casi inaudible —. Eso cambiaría todo. La estricnina, el brindis. Si el asesino pudo salir, o hacer que alguien más lo hiciera. O si el maletín…

La idea, fría y afilada como una cuchilla, le taladró la mente. Si Sor Ángela, con su coartada de la capilla, conocía este pasaje… su implicación podría ser mucho más compleja, mucho más premeditada de lo que había imaginado. El temor de Lola, el respeto de Don Gonzalo por el muro, la insistencia de la monja en su piedad: todo confluía en aquel punto, en la intersección entre la tierra mojada, el granito cubierto de enredaderas y la solemne fachada de la capilla.

La imagen de la monja, siempre erguida, con sus ojos grises, fríos y distantes, se revelaba ahora bajo una luz distinta. ¿Era su piedad una armadura, como había pensado, o una máscara que ocultaba una historia más mundana, más terrenal? Las cartas quemadas en su chimenea, el botón hallado en el salón. Piezas de un

rompecabezas que ahora amenazaba con desbordar los límites del pazo, extendiéndose hasta un exterior que creían vedado.

Sagrario cerró los ojos un instante, el viento gélido acariciando sus mejillas. El pazo no solo guardaba secretos; los utilizaba. Y el más peligroso de todos, el que podía anular la lógica de su investigación, era aquel acceso oculto.

Sagrario se volvió hacia Lola, su decisión tan pétrea como el muro.

—Lola, acompáñeme a la capilla. Hay algo que debo preguntarle a Sor Ángela. Y quizá, algo más que deba observar.

El ama de llaves asintió, el rostro una máscara de preocupación. El camino de regreso hacia el cuerpo principal del pazo se hizo más silencioso, cada pisada en el barro, un eco de la verdad que comenzaba a desvelarse. Sagrario sabía que se adentraba en un territorio donde la fe y el pecado se entrelazaban con la astucia y la traición, y donde la piedra misma guardaba los más oscuros susurros. El aire se hizo más denso a medida que se acercaban, cargado con el olor a cera e incienso, anticipando la confrontación que se avecinaba.

La pesada puerta de madera de la capilla privada se abrió con un gemido grave, revelando el aire frío y pesado del interior. El incienso rancio se mezclaba con el olor dulzón de la cera y la tenue humedad que siempre impregnaba los muros del pazo. Los ventanales góticos, cubiertos de vidrieras que filtraban la luz en tonos morados y azules, apenas iluminaban el altar, donde una figura de la Virgen de piedra, con el Niño Jesús en brazos, parecía observar a los recién llegados con impasible expresión.

Sor Ángela, arrodillada en uno de los reclinatorios de madera oscura, el rosario de cuentas gruesas entre los dedos, alzó la cabeza al sentir la presencia de Sagrario y Lola. Sus ojos grises, antes distantes, ahora revelaban una punzada de sorpresa, un atisbo de contrariedad. Se levantó con la misma rigidez autómata de siempre, su hábito negro un perfil austero contra la penumbra.

—Doña Sagrario —saludó la monja, su voz mesurada, pero con un matiz de tensión que no pasó desapercibido para la archivista—. ¿Ha venido a encontrar consuelo? Me temo que esta casa ahora solo ofrece desasosiego.

Sagrario avanzó unos pasos, el sonido de sus pequeños tacones resonando en el silencio abovedado de la capilla. Su mirada se dirigió a la estatua de la Virgen del altar, aquella que Lola había señalado años atrás como especialmente significativa para la familia Ulloa. La piedra, de un tono grisáceo pulido por el tiempo, parecía más pesada de lo habitual. Algo en su colocación le llamó la atención a Sagrario, un sutil desajuste en la base, casi imperceptible, como si la hubieran movido recientemente o no encajara a la perfección.

—No vengo a buscar consuelo, Sor Ángela. Vengo a buscar respuestas —replicó Sagrario, la voz calmada, pero con una firmeza que contrastaba con su menuda figura—. Hemos estado investigando las huellas de barro cerca del jardín trasero. Lola me ha recordado una antigua leyenda sobre esta capilla. Una sobre un pasaje oculto que, se dice, conecta con el exterior.

El efecto de sus palabras fue inmediato y sutil, pero inconfundible. La monja, que hasta entonces había mantenido una postura de imperturbable compostura, se irguió aún más, una tensión perceptible en sus hombros. Las manos, que antes sostenían el rosario, ahora se entrelazaban con fuerza, los nudillos blanqueados bajo la tela oscura de su hábito. Sus ojos grises se desviaron por un instante hacia la estatua de la Virgen en el altar, la misma que Sagrario acababa de observar, como si buscase en ella una justificación o una huida. La atmósfera de la capilla, ya de por sí cargada, se volvió más densa, la quietud quebrada por la expectativa.

—Tonterías de criados, doña Sagrario. Cuentos viejos para asustar a los niños —espetó Sor Ángela, la voz más aguda de lo habitual, una nota discordante en el silencio de la capilla. La negación era tajante, pero el nerviosismo que emanaba de ella era casi un murmullo

audible. Un velo de sudor apenas perceptible perló su frente, y un tic nervioso sacudió la comisura de sus labios—. No existe tal pasaje. Esta capilla es un lugar de oración, de recogimiento. Nada más.

Sagrario clavó sus ojos ámbar en ella, penetrantes, inquebrantables.

—Con el debido respeto, Sor Ángela, las leyendas a menudo tienen una base. Las huellas de barro terminan muy cerca de aquí. Si existiera un acceso así, el asesino podría haber entrado o salido del pazo sin que nadie lo advirtiera. O, quizá, para esconder algo.

El rostro de Sor Ángela se demudó por completo. La palidez que ya la caracterizaba se acentuó, y su respiración se hizo más superficial. Clavó los ojos grises en la estatua de la Virgen, una mirada de fiera posesión, como si el propio granito pudiese delatarla. El rosario, que había estado apretado entre sus dedos, resbaló un poco, provocando un leve repiqueteo contra la madera del reclinatorio. La negación de la monja era absoluta, pero el lenguaje de su cuerpo gritaba una verdad que intentaba ocultar.

Aquella reacción, pensó Sagrario, no era la de una persona inocente ante una fábula, sino la de quien ve amenazado un secreto vital. El olor a cera quemada, que hasta entonces había parecido inofensivo, se tornó súbitamente más opresivo, casi sofocante, como el aire antes de una tormenta.

Lola, que había permanecido en silencio en el umbral, con su pañuelo de cuadros aferrado al pecho, dio un paso adelante, la voz temblorosa, apenas un hilillo.

—Don Gonzalo… él… en sus últimos años, mandó reforzar algunas paredes de la capilla, doña Sagrario. Decía que era por seguridad, por la humedad. Que no quería que se derrumbase con el tiempo. Pero… siempre me pareció extraño. Fue justo este muro, el que da al jardín, y el que está detrás de la Virgen. Gastó mucho dinero en ello. Mucho.

Las palabras de Lola cayeron sobre el silencio de la capilla como piedras. El rostro de Sor Ángela se transformó, una mezcla de fiera

indignación y pánico incontrolable. Su boca se abrió, pero ningún sonido coherente salió de sus labios, solo un ahogado jadeo. Sagrario, en cambio, sintió una claridad súbita. Reforzar. ¿Por seguridad, o para ocultar mejor? Miró el rostro rígido de Sor Ángela, luego la estatua de la Virgen ligeramente desajustada, y finalmente, la pesada puerta que conducía al exterior del pazo, ahora un nudo de incógnitas.

La capilla de Sor Ángela no era solo un lugar de fe; era un cofre de secretos. Y el pasado de la monja, aquel que ardía en su chimenea, estaba intrínsecamente ligado a la piedra y al silencio de aquel lugar. La duda era ahora un mordisco frío en el corazón de Sagrario: ¿se usó el pasaje para el crimen, o para el robo? La verdad, lo sabía, estaba enterrada tan profundamente como los cimientos de la estirpe Ulloa.

CAPÍTULO 14: UNA NOCHE EN ÁFRICA

El frío de la capilla, a pesar de los esfuerzos del día, aún se aferraba a los huesos. Doña Sagrario, tras la revelación de Lola y la turbación de Sor Ángela, se entregó a una pausa necesaria, sus ojos ámbar repasando cada baldosa, cada línea de mortero, cada resquicio de la penumbra. El sutil desajuste en la base de la Virgen taladraba su mente, un eco apagado en la quietud. «Reforzar». Aquella palabra de Lola, dicha con un temblor que iba más allá del mero frío, resonaba con la tenacidad de una verdad encubierta. La capilla no era solo un refugio de fe, sino una caja de seguridad de piedra. Las respuestas de Montero la aguardaban.

El camino hacia la biblioteca, por los pasillos que se retorcían como arterias viejas del pazo, se presentaba con la solemnidad de un rito. La lluvia amainaba por fin, sustituida por el persistente murmullo del viento que se colaba por las rendijas y traía consigo el rancio aroma del granito mojado. El pazo respiraba con una cadencia más lenta, pero cada crujido en la madera, cada soplo del aire helado, parecía un suspiro cargado de siglos.

Sagrario había optado por el paso lento, dejando que sus pensamientos maduraran, que las piezas de su mosaico mental se acoplaran sin forzarlas. La biblioteca, con sus estanterías repletas de olvido y la chimenea siempre encendida, prometía un calor que el alma requería más que el cuerpo. Las huellas del barro, el matraz, el

botón… y ahora, la monja y su secreto en la capilla. Todo aquello, pensó, se entrelazaba en una trama invisible.

Cuando sus dedos, manchados de tinta antigua y memoria, rozaron la fría manija de bronce de la puerta de la biblioteca, el sonido de la leña crepitando fue el primer indicio de un refugio. El aire olía a papel viejo, a cuero, a un resabio de humo que no lograba opacar la promesa de conocimiento. Dentro, una silueta inmóvil se erguía ante la chimenea, la espalda recta, la cabeza gacha. Era el Capitán Montero.

Sus hombros, anchos bajo el tejido de un traje demasiado pulcro para la noche de vigilia, parecían cargar con un peso invisible, una losa más antigua que cualquier lápida. Al sentir la presencia de Sagrario, se irguió por completo. Sus ojos marrón oscuro, que hasta entonces habían contemplado el fuego con una intensidad casi febril, se posaron en ella. La chispa habitual de picardía que a veces le animaba la mirada había desaparecido por completo, reemplazada por una gravedad áspera.

—Doña Sagrario —su voz, áspera como el roce de dos piedras, se quebró un instante—. Necesito hablar con usted. Algo que don Gonzalo me obligó a guardar.

El Capitán Montero se sentó en un sillón de cuero frente a la chimenea, su figura corpulenta proyectando sombras danzarinas sobre el suelo de madera noble. El fuego, que lamía los leños con avaricia, era la única fuente de luz en el amplio aposento. Sus llamas danzaban en los ojos oscuros del militar, revelando una tensión mal contenida. Sus manos, anchas y fuertes, se entrelazaban sobre sus rodillas, los nudillos blanquecinos por la presión.

El silencio se alargó, denso como la niebla que se insinuaba en las ventanas, y Sagrario, con su paciencia de archivista, esperó. Sabía que los secretos más dolorosos solo se desvelaban a su propio ritmo. Montero finalmente rompió el mutismo, su mirada fija en las brasas.

—La fortuna de los Ulloa… —comenzó, su voz apenas un susurro rasposo—. No se cimentó en el honor, doña Sagrario. No como ellos quieren que la historia la cuente. No fue la audacia en los negocios ni la sagacidad en la diplomacia. Fue una traición. Una cobardía infame.

Un temblor seco recorrió a Sagrario, un frío que nacía en las entrañas, ajeno a la temperatura de la sala. Era el peso de una verdad que se revelaba más oscura que cualquier leyenda. Sus ojos ámbar se fijaron en Montero, quien seguía sin mirarla, absorto en su propio tormento.

—Don Gonzalo y yo servimos juntos en África, en una campaña en mil novecientos setenta —continuó el Capitán. La mención del año añadió una capa de concreción al horror. En un repliegue, en medio del caos, sus hombres quedaron atrás. Rodeados. Yo intenté hacer que Gonzalo regresara por ellos. Rogué. Amenacé. Pero no se detuvo. Mientras nuestros soldados caían, él se aseguró de salvaguardar un botín. Piezas de arte, oro… de un yacimiento que habíamos descubierto. Dejarlos atrás fue una decisión deliberada para evitar que el botín se perdiera, para asegurarse de que nadie más supiera de su existencia.

Un silencio se apoderó de la biblioteca, roto solo por el crepitar de la madera. La traición. Aquello rebasaba cualquier delito financiero, cualquier disputa por una herencia. La revelación no era solo un chisme familiar; era una gangrena en el alma del Capitán, una mancha imborrable en el linaje de los Ulloa. Era la sangre de los inocentes, convertida en el cimiento de una fortuna.

—Cuando regresamos, la fortuna de los Ulloa empezó a crecer de una forma… inusual — Montero prosiguió, su voz cargada de un asco que le subía por la garganta—. Los documentos que daban fe de la existencia de aquel botín, la prueba de la traición, los custodiaba yo. Don Gonzalo, en su astucia, se aseguró de que nadie más pudiera encontrarlos. Solo él y yo sabíamos la verdad. Y, para asegurarse mi silencio, me chantajeó.

El Capitán levantó la mirada. Sagrario vio el brillo húmedo de un remordimiento antiguo en sus ojos. Una expresión de desgarro en su rostro pétreo.

—Me amenazó, doña Sagrario. Con destruir no solo mi reputación, sino la de mi familia, la de mis hijos. Aseguró que mi propia carrera, mi honor militar, se hundirían. Prometió que revelaría verdades terribles, inventadas si era necesario, sobre mi implicación. Mis hombres ya estaban muertos. Yo no tenía más que mi honor. Con aquella carta, me ató. Me condenó a una lealtad forzada. A ser testigo de su opulencia manchada de sangre. Décadas, doña Sagrario, décadas viviendo bajo su sombra, sabiendo de dónde venía cada pieza de ese pazo, cada moneda de su fortuna.

Montero tragó con dificultad, como si se le hubiera atragantado la verdad. Sagrario imaginó el infierno de ese hombre, atrapado en una jaula de oro y silencio. Su código militar, hecho añicos; su honor, pisoteado por un compañero sin escrúpulos. La humillación que había sentido Sor Ángela por su propio chantaje, la desesperación de Jacobo por sus deudas, la ambición de Valentina… todo palidecía ante la magnitud de la traición de don Gonzalo.

Aquello no era solo una cuestión de dinero; era una fisura en el alma, un pecado que se arrastraba por las generaciones, corroyendo los cimientos mismos de la familia Ulloa.

Sagrario sintió un peso inmenso sobre sus hombros, como si la historia completa del pazo, cargada de esa infamia, se hubiera volcado sobre ella. La mancha de la que hablaba su abuela no era solo una metáfora; era una realidad viscosa que empapaba cada rincón de Alborada. Un hombre capaz de abandonar a sus hombres en el campo de batalla por un botín, de chantajear a un camarada de por vida… Un hombre así era un depredador.

Un ser que no titubearía ante la crueldad más refinada. La muerte de don Gonzalo, bajo esta nueva luz, adquiría un nuevo sentido, más allá de las rencillas por el testamento. Era una justicia postergada, un ajuste de cuentas histórico. La archivista cerró los ojos un

instante, intentando asimilar la magnitud de esa maldad ancestral. El crimen, pensó, ya no era solo un misterio de herederos y pasiones mezquinas; era el eco de una historia de sangre y traición.

La perspectiva del asesino se transformaba. ¿Quién de los presentes había conocido esta verdad? ¿Y quién había decidido que había llegado el momento de saldar esa deuda?

—La noche del crimen… —reanudó Montero, su voz ahora un murmullo denso, casi un lamento—, intenté hablar con él. Antes del brindis. Quise convencerle de que rectificara, de que, al menos antes de morir, hiciera un acto de verdadera honradez. Rogué que reconociera la verdad. Que el nuevo testamento sirviera para limpiar, siquiera un poco, la mancha de aquella fortuna.

El Capitán se levantó, su silueta erguida, la tensión de años de silencio liberándose en el aire pesado. Caminó hasta la ventana, desde donde se veía el jardín empapado, ahora más definido bajo la luna que se abría paso entre las nubes. El aire olía a tierra y a humo de chimenea, y la humedad de la noche se colaba por las rendijas.

—Le dije que era su última oportunidad —continuó Montero, sin girarse, su mirada perdida en el oscuro paisaje—. Que el peso de la verdad era insoportable. Le rogué que hiciera lo correcto, que desvelara el origen de su riqueza. Pero don Gonzalo se rió, doña Sagrario. Se burló de mí. Dijo que su legado estaba asegurado y que yo seguiría siendo su perro fiel hasta el fin de mis días. Se negó rotundamente. Fue inútil.

Sagrario observó la espalda del Capitán, la rigidez de su postura, la pesadumbre que lo envolvía. Había intentado una última vez que el patriarca confesara, que se redimiera. Y había fracasado. El rechazo de don Gonzalo había sellado su propio destino. La muerte no solo había liberado a Montero de su chantaje, sino que había cumplido, de forma brutal, la justicia que él no pudo obtener.

—La prueba de esa traición —Montero se giró al fin, sus ojos oscuros, casi negros, perforando la penumbra—, la carta original de

África, la tengo guardada en un lugar seguro fuera de este pazo. Un cofre en una caja de ahorros en Santiago, a nombre de mi abogado. Don Gonzalo la había falsificado, la había dado por perdida. Pero yo hice una copia. Siempre tuve una copia por si su maldad llegaba demasiado lejos. Tengo una aquí, en mi habitación, escondida. La guardé por si algún día… por si algún día alguien me pedía explicaciones. O por si se atrevía a tocar a mi familia.

Sagrario contuvo el aliento. Una carta. Un documento que revelaba el verdadero origen de la fortuna Ulloa. La pieza que unía el pasado con el presente, el móvil que trascendía el dinero. Una prueba irrefutable. Antes de que pudiera articular palabra, antes de que pudiera preguntar por esa copia, el Capitán Montero se interrumpió. Su mirada se desvió con un giro brusco hacia la puerta. Los pequeños ojos ámbar de la archivista siguieron la dirección de los suyos, justo cuando una silueta familiar, temblorosa y envuelta en su pañuelo de cuadros, apareció en el umbral. Lola. Su rostro, surcado por la angustia, era un espectro de fatalidad.

—Doña Sagrario… Capitán… —dijo Lola, la voz apenas un hilillo, estrangulada por el miedo—. Es Jacobo. Algo terrible le ha pasado.

CAPÍTULO 15: LA FURIA DEL HIJO

El grito de Lola, que había irrumpido en el umbral de la biblioteca, se ahogó en su propia garganta, una súbita mudez forzada por el terror. Las palabras: «Es Jacobo. Algo terrible le ha pasado», quedaron suspendidas en el aire, un vapor gélido que se interpuso entre Doña Sagrario y el Capitán Montero. La archivista, aún bajo el eco de la confesión del militar, sintió cómo el frío se le subía por la espalda.

Antes de que el Capitán pudiera articular una pregunta, Lola, con la cara pálida y los ojos desorbitados, se giró hacia la biblioteca, su pañuelo de cuadros aferrado con tanta fuerza que sus nudillos blanquearon.

La madrugada del cuarto día comenzaba a teñir las altas ventanas de un gris acerado, pero en el interior del pazo la penumbra persistía, apenas mitigada por las llamas que danzaban en la chimenea. Sagrario se levantó, y su figura menuda adquirió una firmeza inusual. Montero la observó, inmóvil, como una vieja estatua militar, con los rasgos aún contraídos por el remordimiento. En su mirada se posaba esa resignación profunda del hombre que descarga un peso ancestral, sabedor de que la liberación, a menudo, exige su precio. La archivista sabía que debía dejarlo a solas para que procesara su confesión, pero también que no podía descuidar la única salida.

Un estruendo sordo, como el de un objeto pesado arrastrado por el suelo de piedra, retumbó desde el pasillo principal. Las voces amortiguadas de Lola y un gruñido gutural se fusionaron con el crujido añejo de la madera. Lola, tras dar un paso hacia el interior de la biblioteca, se detuvo en seco, y sus ojos se clavaron en ellos, suplicantes. Antes de que Sagrario o Montero pudieran reaccionar, la puerta de roble macizo de la biblioteca se abrió de golpe con un estrépito que hizo vibrar los anaqueles.

Jacobo irrumpió en la estancia. Su figura, desgreñada y tambaleante, parecía la de un espectro surgido de las profundidades del pazo. La chaqueta arrugada, la camisa desabrochada y un mechón rebelde de cabello castaño pegado con sudor a su frente daban testimonio mudo de una noche de excesos y tormento. Llevaba en una mano una botella de licor de pera casi vacía, y el olor acre y dulzón del alcohol rancio llenaba el aire, mezclándose con el polvo y la humedad ancestral de los pergaminos.

Sus ojos verdes, normalmente huidizos y ensombrecidos por los excesos, ahora brillaban con un resentimiento salvaje, y se fijaron en Sagrario con la agudeza de una hoja. La rabia le había enrojecido el rostro, y una espuma blanquecina se acumulaba en las comisuras de sus labios.

—¡Vieja entrometida! —rugió Jacobo, su voz pastosa, cargada de bilis, rebotando en los muros con un eco que parecía burlarse de su propia impotencia—. ¡Usted lo ha arruinado todo! ¡Con sus ojos de mosca y su nariz en todos los asuntos! ¡Ha sacado a la luz mi desgracia, ha expuesto mi humillación ante todos!

Levantó la botella con un gesto torpe, casi derramando el contenido. Sus manos, antes inquietas, se sacudían ahora con un temblor que delataba la furia que pugnaba por liberarse. La vergüenza, hasta entonces una corriente subterránea, había irrumpido en una marea de cólera desbordada. Su protesta revelaba algo visceral, algo que trascendía el mero arrepentimiento por el fraude de las réplicas. Era

el dolor crudo de un hombre despojado, no solo de su herencia, sino de su último vestigio de dignidad.

Lola se encogió, temblorosa como una rata acorralada, y susurró el nombre de Jacobo con un lamento ahogado. Montero, con un movimiento apenas perceptible, llevó una mano al costado, donde solía llevar su arma de reglamento, pero se contuvo, observando la escena con una gravedad pétrea. Sagrario, en cambio, avanzó un paso, sus gafas brillando levemente bajo la luz de las velas. La calma de la archivista era una bofetada al frenesí del joven.

—Señor Ulloa —dijo Sagrario, con una voz que, a pesar de su volumen moderado, penetró el furor de Jacobo—. Me limito a seguir las pistas que su propia irresponsabilidad dejó. Las huellas de barro, las réplicas… ¿Creía acaso que pasarían desapercibidas?

Jacobo se irguió con dificultad, tambaleándose. La botella se deslizó de sus dedos, cayendo con un sonido sordo sobre una alfombra raída. El cristal no se rompió, pero el licor, oscuro y denso, se esparció en una mancha opaca. La mirada del primogénito se había convertido en un lodazal de abatimiento y odio. Su pecho se agitaba con violencia, y sus pulmones parecían incapaces de tomar suficiente aire.

—¡Me da igual! —bramó, agitando un puño inestable hacia Sagrario —. ¡Me desheredó! ¡Me lo quitó todo! ¡El último testamento me dejó con las manos vacías! ¿Qué esperaba que hiciera? ¿Que muriera de hambre en el pazo de mi familia, de mi estirpe?

Las palabras de Jacobo, aunque confusas por el alcohol, esbozaron con trazos crudos su desheredación y el móvil que esta le había proporcionado. El primogénito, el que llevaba el apellido, había sido despojado de todo. La necesidad de vender las réplicas, la angustia que lo consumía, todo cobraba ahora un sentido atroz. El peso de una vida bajo la sombra de Don Gonzalo, bajo un control asfixiante, había terminado por quebrarlo, y Jacobo, en su debilidad, había optado por el engaño.

La humillación de su padre, su control póstumo, se manifestaban en cada queja de Jacobo, en cada gesto desesperado. Era un hombre que lo había perdido todo, o al menos, todo lo que creía merecer por derecho de nacimiento. La biblioteca, con sus altos techos y sus paredes cubiertas de tomos antiguos, parecía encogerse bajo el peso de su rabia y su pena. El aire vibraba con la tensión de sus palabras, un recordatorio constante de la fragilidad de su posición.

El Capitán Montero, en un rincón, apretaba los labios, sus ojos oscuros fijos en el joven, quizás reconociendo en él una versión distorsionada de la propia humillación que había soportado durante décadas.

Sagrario, a pesar de la furia que la envolvía, no retrocedió. Su mente, una máquina precisa, procesaba cada palabra, cada temblor en la voz. La desheredación no era una sorpresa. Lo que sí la era, por la intensidad de la reacción de Jacobo, era la abrumadora profundidad de su humillación, la vergüenza de saberse expuesto. La archivista no permitía que la marejada de emociones de Jacobo la arrastrara. Mantuvo su mirada fija, implacable.

—¿Y qué tenía que ver el maletín notarial con todo esto, Jacobo? —preguntó Sagrario, su voz un susurro apenas audible, pero cargado de una autoridad que no requería gritos. Los ojos pequeños y ámbar de la archivista se posaron en Jacobo, buscando un resquicio en su descontrol.

Los músculos de la mandíbula de Jacobo se tensaron, y sus ojos se desviaron hacia un punto indefinido en el suelo, donde se mezclaba el polvo con una fina capa de humedad. Su postura, que antes era de agresión, se convirtió en una mezcla de derrota y cautela. La pregunta sobre el maletín, robado misteriosamente, lo había golpeado en un punto sensible, un nervio expuesto.

—¿El maletín…? —murmuró, con un hilo de voz, el alcohol pareciendo evaporarse de su cerebro por un instante. Su pulgar rozó el pequeño lunar en la comisura de sus labios, un tic nervioso que

denotaba una zozobra repentina. —Yo… yo no sé nada del maletín. No sé de qué habla.

La evasión fue tan transparente como una vidriera sin plomo. Jacobo, que momentos antes había descargado su ira sobre Sagrario, ahora se retraía, y el pánico se le pintaba en el rostro. La archivista no necesitaba más pruebas. El nerviosismo de Jacobo ante la mención del maletín y los papeles financieros que contenía resonó como una prueba silenciosa de su culpabilidad. Su padre lo había desheredado por completo.

Y ese maletín era el único hilo que lo conectaba a una esperanza de recuperar algo, de aferrarse a un último resquicio de poder o, al menos, de información. La posibilidad de que Jacobo hubiera robado el maletín para buscar algún documento que revocara su desheredación o que le diera ventaja en el reparto de la fortuna Ulloa, se solidificaba en la mente de Sagrario.

—¿Su padre sabía de la venta de las réplicas, Jacobo? —preguntó Sagrario, la calma de su tono en agudo contraste con la tormenta que sacudía al joven. El primogénito se quedó mudo, su cuerpo entero tensándose, la respiración entrecortada.

Jacobo parpadeó, y el verde de sus ojos se nubló con un miedo más profundo que la simple vergüenza. El mechón de pelo volvió a caer sobre su frente, y lo apartó con un gesto brusco, tembloroso. Su mirada recorrió el espacio desolado de la biblioteca, como si los tomos de historia o los retratos de ancestros impasibles pudieran ofrecerle una coartada o un refugio. Sus dedos temblaban visiblemente, y esta vez no era solo el efecto del alcohol. Era un temor genuino, frío, de que aquella pregunta le trajera una condena definitiva, la última pieza de su ruina.

—No… no lo sé —balbuceó, la voz apenas un hilo, sus ojos eludiendo la mirada penetrante de Sagrario. Un sudor frío le perlaba la frente, y la postura se le encorvó aún más, como si el peso de la acusación lo aplastara. El silencio que siguió a su negación reveló más que cualquier confesión.

Sagrario observó el intercambio, asimilando cada microgesto. El tartamudeo, la evasión de la mirada, la rigidez repentina. Todo señalaba a una verdad incómoda: Don Gonzalo, en su afán de control y humillación, probablemente había descubierto el fraude de su hijo. Esa exposición pública, esa deshonra, no era solo una cuestión de dinero. Era una herida en el orgullo del patriarca, una traición a la estirpe, a la memoria de la familia.

Una traición aún más grave si se considera la fuente manchada de la fortuna Ulloa, revelada por Montero. Aquella era la última afrenta, el detonante final que había sellado el destino de Jacobo en el testamento. El crimen, pensó Sagrario, ya no era solo un misterio de herederos y pasiones mezquinas, sino el eco de una historia de sangre y traición. Jacobo, con su historial de deudas y su carácter débil, encajaba en el perfil de alguien capaz de un acto impulsivo y torpe como el robo del maletín. El veneno, sin embargo, requería una premeditación más fría. Pero la aflicción podía ser un maestro cruel, y la desesperación, un catalizador letal.

Mientras Sagrario se perdía en sus cavilaciones, la figura menuda de Lola se acercó, sus pasos amortiguados por las alfombras rotas. La anciana ama de llaves se mantuvo cerca de la archivista, como una sombra protectora, sus ojos fijos en Jacobo, que se había derrumbado de nuevo en el suelo, sollozando con la cabeza entre las rodillas, los hombros sacudidos por una pena que iba más allá de la simple furia. En la mirada de Lola se mezclaban la pena, la rabia y, sobre todo, un miedo manifiesto, más profundo que el que había exhibido antes. Su pañuelo de cuadros, que antes apretaba con fuerza, ahora lo frotaba contra sus manos, como si quisiera borrar una mancha invisible.

—Doña Sagrario… —susurró Lola, la voz apenas un hálito, la mano vieja y temblorosa rozando la manga de tweed de la archivista—. Con permiso… Hay algo que debe saber. Algo que Don Gonzalo… lo decía a veces. Cuando estaba muy, muy enfadado con Jacobo. Una vez, en un arrebato de ira, en la cocina, lo escuché. Dijo…

Lola dudó, su rostro se contrajo, como si la palabra que estaba a punto de pronunciar fuera una blasfemia, un peso insoportable que había guardado durante años. Se inclinó aún más, su aliento cálido contra el oído de Sagrario, un hálito de conspiración y tragedia que ahuyentaba el olor a licor y a polvo. Jacobo, ajeno a la confidencia, seguía sollozando, el cuerpo entero una crisálida de aflicción. Montero, distante, no pareció advertir la intimidad del momento, su mirada fija en el espacio, perdido en sus propios recuerdos.

—Dijo que… Jacobo no era un verdadero Ulloa.

La frase, soltada con la ligereza de una pluma pero el peso de un yunque, impactó a Sagrario con una resonancia inesperada. Los ojos de la archivista se abrieron de golpe, el ámbar brilló en ellos, y una incredulidad instantánea se mezcló con una súbita y helada comprensión. No era solo una humillación. No era solo el fraude de las réplicas. Era una cuestión de identidad, de sangre. Una verdad que podía despojar a Jacobo de su apellido, de su linaje, de su derecho a existir en la historia de esa estirpe.

El pazo, la fortuna, todo el entramado de Don Gonzalo, se desmoronaba aún más con esa sola revelación. Un comentario cruel, una mentira para herir, o una verdad devastadora que cambiaría la faz de la investigación. Sagrario miró a Jacobo, aún sollozando, ignorante de la revelación que acababa de alterar el aire de la biblioteca, y luego a Lola, cuyo rostro revelaba el pavor de haber soltado un secreto monstruoso, una verdad tan antigua y corrosiva como la humedad que calaba los cimientos del pazo. El silencio que siguió a la confesión de Lola no fue el de la calma, sino el de la devastación.

CAPÍTULO 16: LA VERDADERA MADRE

La luz del nuevo día se abría paso con dificultad entre los visillos grasientos de la cocina del Pazo de Alborada. La penumbra matutina aún se aferraba a los rincones, pero el aroma a café recién molido y a pan de maíz, horneándose en el horno de leña, ofrecía un tenue consuelo cotidiano que intentaba repeler los fantasmas de la noche. Doña Sagrario, las gafas de carey bien caladas en la punta de la nariz, se sentó frente a Lola, ante la vieja mesa de madera que había sido testigo mudo de incontables amaneceres y secretos susurrados.

El pañuelo de cuadros de la ama de llaves, arrugado y húmedo por las lágrimas recientes, yacía junto a su mano, tan inerte como un trapo olvidado. Jacobo, en el silencio del piso de arriba, o quizá aún derrumbado en la biblioteca, permanecía ajeno. El Capitán Montero, pensó Sagrario, estaría también en alguna estancia cercana, quizá envuelto en la quietud de sus propios remordimientos. La cocina, aquel refugio de calor y confidencias, se había convertido en un tribunal silencioso.

—Lola —comenzó Sagrario, su voz más honda que la piedra que sustentaba el pazo, sin dejar atisbo de la impaciencia que le mordía las entrañas—. Lo que me dijiste anoche… sobre Jacobo, sobre Don Gonzalo… No era un arrebato de ira, ¿verdad? Ni una simple crueldad, de las muchas de su patrón. La verdad, por dura que se

muestre, termina por horadar la superficie y revelarse, como el moho en las paredes viejas. Su prolongado y doloroso silencio la enreda en una tela de araña que bien podría estrangularla. Dígame, sin vacilaciones, con esa honestidad que solo el dolor arranca: ¿es Jacobo de Ulloa… su hijo?

La pregunta, lanzada sin ambages, golpeó a Lola como un mazazo seco. La anciana ama de llaves se encogió sobre sí misma, su cuerpo robusto temblaba ahora, frágil como una brizna a merced de la corriente. Las arrugas de su rostro se acentuaron, profundas, y el dolor insoportable de décadas de tormento oculto pareció condensarse en un solo instante. Sus grandes ojos, habitualmente resignados, se abrieron, hondos y vacíos, pozos donde naufragaba la desolación.

Levantó una mano gruesa y marcada por el trabajo, llevándosela a los labios, intentando sofocar un gemido que se le escapaba de la garganta. La taza de café que tenía delante se agitó ligeramente, y un hilo oscuro se derramó sobre el mantel de cuadros, trazando una mancha que parecía un presagio. Sus hombros se sacudieron, una y otra vez, con la misma insistencia de una marea que se retira arrastrando lo último que queda.

Los sollozos, ya incontrolables, brotaron, secos al principio, luego un torrente cálido que humedeció aún más el pañuelo que apretaba en el puño. Era el lamento contenido de una vida entera, la herida abierta de una madre obligada a negarse a sí misma bajo el peso de la vergüenza y el chantaje. No había rabia en aquella efusión, solo una pena inmensurable, la verdad irrefutable. Finalmente, levantó la cabeza.

La voz se le quebró al asentar con un movimiento mínimo, las lágrimas surcándole las mejillas. El lunar en su mejilla izquierda vibraba con cada espasmo de dolor.

—Sí, doña Sagrario —murmuró, su voz un hilo que apenas se oía por encima del crepitar de la leña en el horno—. Jacobo… es mi hijo. Mío y de Antonio. El jardinero.

Aquel nombre, «Antonio», salió de sus labios con una melancolía que teñía el aire, un eco lejano de otros tiempos. Lola, con la voz entrecortada por los sollozos, comenzó a desgranar la historia. Cada palabra era un pellizco en su corazón, que parecía no querer cicatrizar. Contó cómo Antonio, un joven apuesto y fuerte, había llegado al pazo décadas atrás. Sus manos eran ásperas de trabajar la tierra, su corazón, cargado de una inocencia que ella, entonces una joven sirvienta, no había conocido jamás.

El amor, clandestino, floreció entre los setos de camelias y los viñedos que serpenteaban por las laderas del Sil. Era un amor prohibido por las rígidas normas de la casa, por la insalvable diferencia de clases. Pero aquel amor, efímero como la flor de invierno, había dejado su rastro: una semilla. Don Gonzalo, cuya autoridad se extendía hasta el último rincón de su patrimonio y sus vidas, no tardó en descubrir lo ocurrido con su ama de llaves.

La furia del patriarca fue devastadora. Antonio fue despedido sin miramientos, su reputación mancillada, su futuro aniquilado por la implacable mano del señor de Ulloa. Le prohibió regresar a las tierras de la Ribeira Sacra, y su rastro se perdió, llevándose consigo la esperanza de Lola. A Lola, embarazada y humillada, Don Gonzalo la obligó a una promesa terrible: callar para siempre la verdadera paternidad de Jacobo.

El niño debía nacer y crecer en el pazo bajo la sombra de Don Gonzalo como su padre biológico. Así se salvaguardaría la reputación de la estirpe y se evitaría el escándalo que habría manchado el blasón de los Ulloa. A cambio, Lola podría seguir criando a su hijo, viéndolo crecer aunque no pudiera llamarlo «suyo» a la luz del día, una condena más cruel que cualquier destierro.

La voz de Lola se quebraba al evocar la tiranía de Don Gonzalo. Narró cómo, durante décadas, el patriarca había utilizado aquella verdad como un látigo invisible, asegurándose su lealtad, manipulando cada aspecto de su vida. Cada gesto de rebeldía, cada atisbo de cansancio en Lola era sofocado. La amenaza velada de que

la verdad saliera a la luz, de que Jacobo se enterara de su origen plebeyo y de la mancha que, según Don Gonzalo, eso significaba para su «linaje», pendía siempre sobre ella.

Aquella revelación no era solo un arma de control sobre Lola, sino también la cadena que mantenía a Jacobo en un cautiverio dorado. Siempre bajo el yugo de su supuesto padre, nunca realmente aceptado, siempre con un velo de desconfianza sobre él. Don Gonzalo, en sus arranques de ira, le había recordado a Jacobo, sin piedad, que «no era un verdadero Ulloa». Un comentario cruel que ahora Sagrario comprendía con una claridad escalofriante.

Aquello no era una mera humillación, sino la cruda verdad que el patriarca guardaba con celo. Una verdad que despojaría a Jacobo no solo de su herencia material, sino también de su identidad, de su derecho a pertenecer. Con el testamento recién leído, aquel acto de desheredación total no era solo un castigo por las deudas y los fraudes. Era una última, y cruel, estocada para borrar cualquier rastro de la sangre de Lola y Antonio del árbol genealógico de los Ulloa.

Una honda compasión se anudó en el pecho de Doña Sagrario. Los ojos ámbar de la archivista se posaron sobre el rostro contorsionado de Lola. Un eco de tristeza, agudo, le recorrió el pecho. Las palabras de la ama de llaves trazaban un retrato de Don Gonzalo, un hombre cuya maldad se extendía mucho más allá de la arrogancia o la avaricia. Su crueldad, una arteria secreta del pazo, se había manifestado en la manipulación de vidas ajenas, tejiendo una red de mentiras tan intrincada como las enredaderas de hiedra que abrazaban los muros de piedra.

La idea de un hombre que forjara una condena tan silenciosa y prolongada sobre la verdadera madre de su primogénito, solo para mantener una fachada, resultaba escalofriante. Aquella revelación no solo cambiaba por completo el perfil de Jacobo, transformándolo de un heredero irresponsable en la víctima de una identidad robada. También otorgaba a Lola un móvil de una contundencia atroz. No

era un móvil de dinero ni de poder, sino la demanda de una justicia que había permanecido ciega, gestada en el dolor de una madre despojada de su hijo.

Una venganza callada, madurada durante décadas, por la humillación, el chantaje y la desheredación final del único fruto de su vientre. La archivista cerró los ojos un instante, intentando procesar la magnitud de aquella verdad, la dimensión de la podredumbre que se escondía bajo los blasones y los títulos. El corazón le latía con un ritmo distinto, una mezcla de pesar y de una determinación inquebrantable.

Aquel secreto, custodiado con tanto dolor, no solo revelaba la verdadera naturaleza de Don Gonzalo, sino que abría de par en par una nueva y formidable sospecha. Lola, la fiel ama de llaves, la guardiana de todos los secretos del pazo, había sufrido una afrenta personal que superaba cualquier otra.

Un silencio abrupto cortó la narración de Lola. Sus ojos, enrojecidos, se fijaron en Sagrario con una intensidad renovada, una chispa de aprehensión danzando en sus profundidades. Se secó las últimas lágrimas con el dorso de la mano, y su mirada se desvió, furtiva, hacia la encimera de mármol de la cocina, donde los restos de la preparación de la cena de la noche anterior aún eran visibles. El trapo con el que había frotado los cristales de las copas, las migas de pan esparcidas, y el recuerdo del licor de café que se había servido a Don Gonzalo.

—La noche del brindis… —comenzó Lola, su voz ahora un susurro teñido de culpa—, yo estaba aquí, doña Sagrario. Fui yo quien preparó el licor de café. Lo serví… puse las copas, las desprecinté… Pero hubo un momento…

Se interrumpió, mordiéndose el labio con una fuerza que hizo que sus nudillos se tornaran blancos. Sus ojos se clavaron en el rostro de Sagrario, buscando, quizá, una absolución que no podía ofrecer.

—¿Un momento? —impulsó Sagrario, la calma forzada en su voz. El pulso le latía con una fuerza inesperada.

—Sí. El Capitán Montero me pidió hielo. Para su vaso de agua. Y yo… yo lo llevé a su cuarto. Fueron solo unos instantes, doña Sagrario, lo juro. La botella de licor… la dejé sobre la encimera. Sola. Desatendida, sí. Nadie más estaba en la cocina. Ni un alma. Cuando volví, Don Gonzalo ya se la había llevado para el brindis.

La confesión de Lola, vertida con una mezcla de pavor y alivio, llenó el aire de la cocina. La atmósfera se volvió densa al instante. A Doña Sagrario se le heló la sangre en las venas. La historia de amor prohibido y chantaje brutal transformó la situación. Aquel motivo empujaba a Lola, la madre despojada, la sirvienta sumisa, a una desesperación inmensurable; era tan poderoso como el rencor o la avaricia.

Pero aquella revelación, desgarradora y llena de compasión por Jacobo, ahora se teñía con la sombra de una oportunidad. La botella, desatendida, vulnerable, antes del brindis. Aquel espacio de tiempo, por breve que fuese, era el resquicio que el asesino habría necesitado. Era una brecha, hasta entonces, oculta tras la piedad de una lealtad forzada o la sumisión de una criada. ¿Fue Lola la asesina, actuando para vengar a su hijo, o era su coartada la clave del «cómo» del crimen?

CAPÍTULO 17: UNA COPA OLVIDADA

La humedad, vieja compañera de doña Sagrario en los muros de granito de la cocina, se sentía ahora más intensa, como si la revelación de Lola hubiese rasgado el aire, abriendo una herida purulenta en el corazón del pazo. La archivista, los ojos ámbar fijos en los restos desparramados de la cena sobre la encimera de mármol, aún sentía el eco de la confesión de la ama de llaves martilleando en sus sienes. Lola, la fiel guardiana de la estirpe Ulloa; Lola, la madre despojada de su hijo; Lola, la mujer a quien la venganza se había ofrecido con una copa alzada, o, más bien, con una botella de licor de café olvidada. Aquella idea, como una hiedra venenosa, se enroscaba en su lógica inquebrantable.

Don Gonzalo, a su manera cruel, había forjado una condena silenciosa y prolongada sobre la verdadera madre de su primogénito, reduciéndola a la sumisión, a la vergüenza perpetua. Y ahora, aquel mismo hombre yacía muerto en el Salón de los Blasones, con estricnina en sus entrañas. La amargura del veneno se mezclaba con el regusto amargo de la vida de Lola. La cuestión, sin embargo, no era si la ama de llaves tenía el motivo, una razón tan poderosa como el rencor o la avaricia.

La verdadera pregunta ahora era si tenía el veneno, y dónde lo había guardado, y cómo lo había administrado. Sagrario repasó el matraz de cristal casi vacío que había encontrado en la biblioteca, oculto con

celo entre los pergaminos de herencia. Aquel pequeño receptáculo se había convertido en un espectro, una pieza sin encaje aparente que ahora, de pronto, reclamaba su lugar en el puzzle. La archivista cerró los ojos un instante, inhalando el persistente aroma a café rancio que Lola había dejado la noche del crimen, y que aún se aferraba a los trapos y al aire inmóvil de la estancia.

Los dedos finos de Sagrario tamborilearon sobre la mesa, un ritmo suave y constante. El miedo de Lola, su honda pena por Jacobo, le había parecido auténtico, pero su culpa al confesar el descuido de la botella la hacía dudar. Aquella brecha de tiempo, mientras la ama de llaves llevaba hielo al Capitán Montero, era la pieza que faltaba para unir el veneno con su víctima. Si Lola no había sido la mano que lo vertió, ¿quién lo hizo entonces?

¿Quién habría sabido que la botella quedaría desatendida? ¿O fue simplemente una oportunidad que el asesino no dejó escapar? Demasiadas incógnitas. Demasiada ceguera.

Sagrario abrió los ojos. La respuesta no estaba en la cocina, por más que la pesadez del ambiente la asfixiara con sus secretos. No estaba en la confesión de Lola, sino en lo que la ama de llaves aún no se atrevía a decir, o en lo que ni siquiera sabía que era importante. Había un espacio en el pazo, un lugar olvidado por todos, un remanso de labor secundaria, donde las manos de las mujeres pasaban desapercibidas.

Era un reducto de orden en medio del caos, ajeno a los asuntos de los hombres y, por ello mismo, a menudo ajeno a la vigilancia. El cuarto de costura. Un lugar que Lola había mencionado al pasar, como un rincón donde las mujeres del pazo solían hacer sus remiendos y arreglos. Un sitio que nadie se molestaría en revisar, por inofensivo que pareciera. Y Sagrario sabía que a menudo, lo inofensivo era lo más peligroso. Sus ojos, antes llenos de compasión por Lola, se endurecieron. La verdad no siempre era cómoda. A veces, resultaba tan cortante como una aguja.

El día languidecía en un gris plomizo, un manto pesado que se ceñía sobre el Pazo de Alborada y lo sumía en una penumbra perpetua. El aire, denso y cargado de un frío que no terminaba de disiparse, traía de cuando en cuando el quejido del viento entre las galerías, como un lamento ancestral. Sagrario dejó la cocina, donde los ecos de la confesión de Lola aún flotaban, y se adentró en los pasillos secundarios del pazo.

Eran sendas menos transitadas, más oscuras, impregnadas de un aroma a cera rancia y a polvo acumulado. Cada paso era un eco sobre las baldosas gastadas, una nota discordante en el silencio. Apoyó la mano en el pomo de latón frío de la puerta del cuarto de costura, un pequeño apéndice casi invisible en la arteria principal del pazo, al que nadie prestaba verdadera atención.

Al abrir, una bocanada de aire estancado y el dulzón olor a tela vieja, a almidón y a un leve perfume de lavanda la envolvió. La habitación era un microcosmos de desorden controlado, una ventana a la vida doméstica del pazo que contrastaba con la grandilocuencia del Salón de los Blasones o la solemnidad de la biblioteca. Unas cuantas madejas de hilo de diversos colores se extendían sobre una vieja mesa de madera barnizada.

Cojines sin terminar, con la aguja aún clavada, reposaban en una cesta de mimbre junto a un diván tapizado en damasco descolorido. Trozos de encaje, retales de seda, botones sueltos de nácar y hueso... un universo de minúsculos detalles, cada uno con su propia historia silente. La luz, filtrada por una ventana pequeña y empañada que daba al patio interior, apenas iluminaba el rincón más alejado, donde una vitrina de cristal con viejas muñecas de porcelana y dedales de plata parecía observar el mundo con ojos inexpresivos.

Doña Sagrario se ajustó sus gafas de carey, los ojos ámbar escudriñando cada palmo de la estancia. No había estricnina a simple vista. Ni veneno. Ni nada que delatara una intención maligna. Solo los ecos de una vida pausada, dedicada a los remiendos. Su

mirada se posó en un viejo costurero de madera, decorado con intrincados motivos florales, que reposaba en un estante superior, entre rollos de tela y un álbum de fotografías de época. Demasiado obvio. El asesino, si había usado este lugar, no habría dejado su herramienta a la vista.

Los dedos de Sagrario, habituados a la minucia, comenzaron su revisión sistemática. Rebuscó entre los cajones de la mesa de costura, donde encontró carretes de hilo enredados, agujas oxidadas y patrones de papel amarillentos de vestidos olvidados. Nada. Su instinto, sin embargo, la empujaba hacia las estanterías, donde los objetos parecían haber sido depositados con prisa, sin el orden que una estancia dedicada a la precisión debería tener.

Alcanzó un grueso tomo de patrones de ganchillo, tan pesado que casi se le resbaló de las manos menudas. Al moverlo, un sonido metálico, leve pero distintivo, llegó a sus oídos. Un tintineo suave, como el de un objeto pequeño que rueda.

Detrás del libro, en un hueco apenas visible, como una herida diminuta en la madera, sus dedos tropezaron con algo. Era un pequeño frasco de cristal, apenas del tamaño de su pulgar, de un vidrio oscuro que apenas dejaba entrever su interior. Completamente vacío. Lo sostuvo a la luz tenue que entraba por la ventana. Las letras, diminutas y grabadas en el cristal, confirmaron sus peores sospechas: «Estricnina.

Uso exclusivo veterinario. Veneno». La caligrafía era precisa, industrial. Su corazón, aunque ya curtido en el horror, le dio un latido sordo. La boca se le secó. El frasco, en su mente, se unía al matraz que había encontrado en la biblioteca, como si ambos estuvieran destinados a desvelar un secreto, la prueba del veneno y su aplicador, enlazados por la madeja del crimen. Lo había hallado. La estricnina. En el lugar más insospechado, esperando ser descubierta por quien tuviera la paciencia de buscarla.

El aliento de doña Sagrario se contuvo en la garganta. La estricnina. Vacía. Oculta. La mano que sostenía el pequeño frasco de vidrio

oscuro temblaba con una fuerza que no controlaba. Aquella diminuta botella era la pieza maestra que desvelaba el crimen, la prueba irrefutable de que don Gonzalo había sido envenenado de forma deliberada. El matraz que había guardado en la biblioteca, un aplicador de cristal del tamaño de un dedal, de pronto, adquirió un significado escalofriante.

El asesino no solo tenía el veneno, sino también la herramienta precisa para administrarlo, un detalle que eliminaba la posibilidad de un accidente fortuito o una administración torpe.

Lola, que había seguido a la archivista en silencio hasta el umbral del cuarto de costura, se llevó una mano a la boca, sus ojos marrón oscuro desorbitados al ver el frasco en la mano de Sagrario. Su pañuelo de cuadros, que solía aferrar para consuelo, parecía ahora una bandera blanca. Un jadeo ahogado escapó de sus labios.

—¿Qué… qué es eso, doña Sagrario? —preguntó Lola, la voz apenas un hilo, su rostro pálido como la cera. El miedo que la había paralizado tras su confesión anterior regresaba con una virulencia renovada.

Sagrario, sin levantar la vista del frasco, extendió la mano hacia Lola.

—Estricnina. El veneno que mató a don Gonzalo —dijo la archivista, la voz ronca. Observó la reacción de la ama de llaves, el estremecimiento que le recorrió el cuerpo, la forma en que sus ojos se desviaron hacia la estantería, luego hacia la mesa, buscando una vía de escape en el desorden de la habitación.

Lola retrocedió un paso, tropezando con una cesta de costura. Sus ojos vagaron por el cuarto, como si lo viera por primera vez bajo una luz maligna.

—Pero… ¿aquí? En el cuarto de costura… —murmuró, la voz rota. Una lágrima solitaria rodó por su mejilla surcada. No era el llanto de la pena, sino el del puro terror.

—¿Quién usa este cuarto, Lola? —preguntó Sagrario, el tono calmado, pero con la frialdad de una cuchilla. Sabía que la ama de llaves era la memoria viva del pazo, y que sus palabras serían decisivas.

Lola se aferró a la jamba de la puerta, como si el marco fuera lo único que la anclaba a la realidad. Un nudo de angustia parecía haberla estrangulado, su respiración entrecortada.

—Pues… pues yo, claro. Y… y Valentina, doña Sagrario. Ella suele venir a remendar sus vestidos, que son de sedas muy finas y se rompen con nada. Y Sor Ángela también. Cuando se le descose algún hábito o necesita un botón nuevo, ella… ella siempre viene aquí. No le gusta que la vean con la aguja en el convento, dice que es… que es muy de laicismo mundano o no sé qué —dijo Lola, las palabras saliendo atropelladas, como un torrente de angustia.

El mundo de Sagrario se estrechó. Valentina. Sor Ángela. Dos mujeres con motivos diametralmente opuestos, pero ambas con un lazo que las ataba a aquel frasco. La viuda, conocedora de venenos, con un móvil de ambición y desheredación. La monja, prisionera de un chantaje, con un motivo de liberación y venganza. Ambas con acceso a la estricnina. El hallazgo no simplificaba el misterio; lo hacía más complejo, más retorcido, como un nudo inextricable que solo la lógica más afilada podría desatar.

La archivista miró a Lola, cuyo rostro revelaba el pavor de haber implicado a las dos mujeres. Un sudor frío le perlaba la frente. El aire del cuarto de costura, antes inofensivo, se había vuelto denso, cargado de una toxicidad invisible.

El hallazgo de la estricnina en aquel cuarto anodino, la confirmación de Lola sobre el acceso de Valentina y Sor Ángela al mismo, no despejaba el panorama, sino que lo envolvía con una niebla más espesa. Doña Sagrario, con el pequeño frasco de veneno aún en la palma de su mano, sintió el peso de la incertidumbre. El asesino tenía el veneno, lo había obtenido, y lo había ocultado en un lugar que las dos mujeres usaban con asiduidad. ¿Coincidencia? En el

pazo de Alborada, la casualidad era una palabra hueca, una mentira que el pecado se esforzaba por encubrir.

Sus ojos ámbar, que habían desentrañado siglos de legajos y secretos, ahora conectaban los puntos. El matraz de cristal, del tamaño justo para contener una dosis letal, no era solo un aplicador, sino una declaración. El asesino no había improvisado. Había planificado. Con conocimiento, con intención. La estricnina, invisible en el licor de café, pero mortal, era la prueba de una mente calculadora. Y ahora, el cuarto de costura, tan íntimo y femenino, se transformaba en el escenario de una verdad retorcida.

Valentina, con su pasado de enfermera, conocía los venenos. Su desheredación y su ambición eran motivos suficientes para que sus esmeralda ojos buscasen la venganza. Ella había negado poseer estricnina, pero la negación, en este enmarañado de secretos, era solo una capa más. Y Sor Ángela, la monja cuya vida había sido una prisión por un chantaje sin nombre, cuya fe era una armadura y una tortura.

¿La liberación de don Gonzalo justificaría el asesinato? Su nerviosismo al ser interrogada sobre el botón, su pánico al hablar del pasaje secreto de la capilla, todo clamaba una verdad oculta. La capilla, el cuarto de costura, el frasco. La madeja se hacía más intrincada.

Sagrario pasó la lengua por sus labios secos. La botella de licor de café, desatendida, esperaba a que la mano asesina la tocara. ¿Quién de las dos mujeres, con motivos y con acceso, había aprovechado la oportunidad? El frío subió por su espalda. El pazo parecía respirar con ella, expectante. No era una cuestión de quién tenía *motivo* para la estricnina, sino de quién tenía el *conocimiento* y el *acceso* para usarla de esa manera precisa.

Y, fundamentalmente, la *oportunidad*. Lola, con su confesión de haber dejado la botella sola, se había puesto en una posición muy peligrosa. Y ahora, con esta nueva pista, la figura del verdadero

asesino se dibujaba con contornos más definidos, pero con una sombra doble.

La archivista sintió la punzada de la frustración. Cada nueva pieza en este laberinto abría, paradójicamente, más preguntas. La compasión que había sentido por Lola, al conocer la verdad de Jacobo, no la abandonaba. Pero la lógica era implacable. La misma mano que había escondido el frasco, había preparado el veneno. Y esa mano, ¿era la de la viuda ambiciosa o la de la monja atormentada? La respuesta se perdía en los recovecos del tiempo, como un hilo descosido en la compleja trama de los Ulloa.

Sagrario giró el frasco, dejando que la poca luz del día reflejara en su oscuro cristal. La verdad era tan esquiva como la luz en los pasillos del pazo.

La puerta del cuarto de costura se abrió de golpe, la madera vieja gimiendo en protesta. Valentina apareció en el umbral, su cabello rojo cobrizo encendido por el escaso resplandor que aún se filtraba del exterior, sus ojos verdes esmeralda fijos en el frasco que Sagrario aún sostenía. Su presencia era un golpe seco, un susurro gélido en el ya frío ambiente.

—¿Qué se supone que es eso, doña Sagrario? —dijo Valentina, la voz dura, cada palabra esculpida con una precisión que no admitía réplica. Su mirada se deslizó de Sagrario a Lola, que aún se aferraba al marco de la puerta, pálida y encogida.

Doña Sagrario levantó el frasco, mostrándolo con una frialdad profesional.

—Estricnina. Vacía. Encontrada en el estante superior de este cuarto.

El rostro de Valentina no se alteró, ni un solo músculo de su mandíbula fuerte tembló. Sus ojos, en cambio, se endurecieron hasta convertirse en dos gemas implacables. Un matiz de desprecio asomó en su boca bien definida, dirigida hacia Lola, que encogió los hombros como si una ráfaga helada la hubiera atravesado.

—¿Y qué? ¿Me acusa ahora de haberla puesto yo? —inquirió Valentina, con una ceja arqueada en un desafío sutil, pero inamovible. Su porte era el de una reina, incluso en el desorden de un cuarto de costura.

—Lola asegura que usted usa este cuarto con frecuencia —respondió Sagrario, observando cada microgesto, cada indicio de fisura en la coraza de la viuda.

Valentina soltó una risa corta, sin alegría, que resonó en el cuarto como el tintineo de un cristal roto.

—Claro que lo uso. ¿Acaso debería remendar mis vestidos en el salón? Soy la esposa de don Gonzalo, no una sirvienta. Pero eso no significa que guarde venenos aquí. Cualquiera pudo haberlo puesto, doña Sagrario. Cualquiera. —Su mirada, cargada de una intención manifiesta, se clavó en Lola, y de Lola, con una lentitud deliberada, se trasladó hacia el pasillo, en dirección a la capilla donde se sabía que Sor Ángela pasaba la mayor parte de su tiempo.

La implicación era clara, un veneno sutil. La calma de Valentina era más inquietante que cualquier grito, su negación, una fortaleza inexpugnable. No había pánico, solo una certeza calculadora. Su control era absoluto, su habilidad para desviar la culpa, una herramienta tan afilada como su inteligencia. Se encogió de hombros, los perfectos hombros apenas cubiertos por un chal de seda, y miró a Sagrario con una frialdad que helaba el ánimo.

—Si no hay nada más que acusar, tengo cosas más importantes que hacer que discutir sobre frascos vacíos —dijo Valentina, y se giró con una elegancia felina, saliendo del cuarto de costura con un susurro de tela.

Su ausencia dejó un vacío. El aliento de Lola, sin embargo, se había acelerado de forma perceptible. Sus ojos se abrieron en una mezcla de miedo y una determinación que Sagrario no había visto antes. La mirada desafiante de Valentina, la fría implicación sobre Sor Ángela, había quebrado el último dique de la ama de llaves.

—Doña Sagrario… —La voz de Lola era ahora un susurro ronco, casi inaudible, pero cargado de la urgencia de una confesión inminente. Se acercó a la archivista, susurrando, sus manos temblorosas aferradas a su pañuelo de cuadros—. La noche del crimen… cuando fui a la cocina a preparar el licor, antes de ir a llevar el hielo al Capitán Montero… la vi.

Un escalofrío seco recorrió la espalda de Sagrario. El aire se hizo pesado, denso.

—¿A quién, Lola? —impulsó la archivista, el corazón martilleando.

—A Sor Ángela. Salía de este cuarto —dijo Lola, el sudor frío perlado en su frente—. Llevaba algo… algo bajo el brazo, pero no pude ver el qué. Se dirigía a la capilla. Justo antes de que yo entrara a la cocina a descorchar el licor.

El mundo pareció detenerse, congelado en el instante de esa revelación. Sor Ángela. El cuarto de costura. Antes del brindis. Antes de que la botella quedara desatendida. La imagen era vívida, aterradora. La monja, con su hábito oscuro, su rostro siempre velado, saliendo del cuarto de la estricnina. ¿Qué era lo que llevaba bajo el brazo? ¿El veneno, acaso?

Sagrario sintió un golpe seco en el pecho. La compasión por Lola se evaporó, reemplazada por una alarma helada. La coartada de Sor Ángela se resquebrajaba en mil pedazos. ¿Era posible que la beata, la mujer de fe inquebrantable, hubiera cometido el crimen, no solo para liberarse de su opresor, sino para vengar un pasado que se negaba a morir? ¿O era este un golpe de un asesino más astuto, usando a la monja, usándola a ella, como un peón en su tablero de ajedrez?

El cuarto de costura, antes tan inofensivo, se había convertido en un epicentro de sospechas, un eco de la maldad que impregnaba el Pazo de Alborada. Y la figura de Sor Ángela, al salir de sus puertas, se había teñido de una oscuridad insospechable.

CAPÍTULO 18: EL DIARIO DE LA MONJA

El aliento de Lola, gélido y cargado de una verdad insoportable, se quebró en el aire del cuarto de costura. La imagen de Sor Ángela, saliendo de aquel lugar con algo oculto bajo el brazo antes del brindis fatal, se talló con una nitidez casi dolorosa en la memoria de doña Sagrario. La archivista no podía esperar. No había tiempo para la reflexión pausada que tanto amaba en sus legajos. La verdad, a veces, exigía la prisa de una persecución. Guardó el frasco de estricnina vacío en el bolsillo de su chaquetilla, el cristal frío contra la palma, y se giró hacia el ama de llaves.

—Lola —dijo Sagrario, su voz baja, urgente, pero desprovista de reproche—. Quédese aquí. No salga, no hable con nadie de esto.

Los ojos oscuros de Lola, desorbitados por el eco de su propia confesión, apenas parpadearon. Asintió, un temblor casi imperceptible en la cabeza, mientras sus manos seguían aferradas al pañuelo de cuadros, la tela ya empapada de sudor, un refugio inútil contra el temblor que le sacudía el cuerpo. El cuarto de costura, con sus ovillos de lana y sus retales de tela, se había transformado en un nido de intrigas, un epicentro donde los hilos de la mentira se anudaban y deshacían con una facilidad alarmante.

Doña Sagrario observó a la mujer, el rastro de lágrimas secas en sus mejillas, la resignación que le encorvaba los hombros. La compasión que la invadió fue una chispa fugaz. Sabía que la monja, aquel

bastión de piedad inquebrantable, aguardaba en su capilla: su refugio de oración, su coartada perfecta. Sagrario debía derribar esa fachada, ladrillo a ladrillo, antes de que el verdadero asesino, o la asesina, intuyera que sus pasos habían sido seguidos hasta allí.

La capilla. Si Sor Ángela había salido de aquel cuarto con algo oculto, su santuario era el destino más probable. ¿O quizás había sido más que un simple refugio? El viejo rumor sobre un pasaje secreto, los muros reforzados por don Gonzalo, cobraban ahora una resonancia siniestra. No había tiempo para dilaciones. La verdad no se desvelaría por sí sola, ni por la simple confesión de un ama de llaves aterrorizada.

Debía actuar. Pisaría los mismos lugares que el culpable, seguiría la sombra. Cada movimiento de Sor Ángela, cada palabra evadida, cada rincón de su santuario personal, ahora clamaba por ser una pista.

El granito helado de los pasillos, bañado por la luz mortecina de los candiles, ofrecía un breve respiro del ahogo. Doña Sagrario avanzó, sus pasos cortos y resueltos, el pequeño matraz casi vacío que llevaba en su portafolios de cuero tintineando apenas con el movimiento. El aroma a cera y humedad, tan característico del pazo, se intensificó a medida que se acercaba a la capilla privada. La monja no se había movido de su reclusión, lo que aumentaba la cautela que le recorría la nuca.

Al llegar, se detuvo en el umbral, dejando que sus ojos ámbar se habituaran a la penumbra. El incienso rancio aún se aferraba al aire, mezclado con el olor a piedra antigua y el musgo húmedo que crecía en las paredes. El pazo, una criatura de granito y tiempo, parecía exhalar un aliento frío, y la capilla era su corazón más sombrío.

Sor Ángela, arrodillada sobre el reclinatorio de madera desgastada, entrelazaba las manos en un rosario de cuentas opacas. Su velo cubría la mayor parte de su rostro, dejando a la vista solo el perfil pálido de su nariz recta y unos labios que murmuraban oraciones con una dedicación que a Sagrario le pareció forzada, casi rabiosa.

La monja no se volvió, no hizo ningún gesto de reconocimiento, como si la presencia de la archivista fuera tan etérea como el polvo suspendido en el aire. Aquel desaire, más que una falta de respeto, levantaba una barrera tácita, un blindaje de fe tras el que la monja intentaba ocultar algo.

Doña Sagrario, con movimientos imperceptibles, comenzó su inspección. Sus dedos finos y largos, manchados de tinta antigua, rozaron las telas brocadas que cubrían un altar lateral, el mármol frío de la pila de agua bendita, las páginas apergaminadas de un viejo misal. La mirada de la archivista, precisa como un cincel, buscaba cada detalle, cada anomalía en el orden ritualizado de la capilla. Recordó la rigidez de Sor Ángela cuando le había preguntado por el botón y el pasaje secreto.

Una tensión evidente se había apoderado de sus hombros, un temblor casi imperceptible en la voz que se había perdido entre las invocaciones. Los ojos grises de la monja, distantes y fríos, proyectaban una intensidad súbita que hablaba de terror, no de piedad.

La estatua de la Virgen, desajustada de su peana como si la hubieran movido con prisa, seguía siendo un punto de atención. Sagrario la rodeó, sus dedos palpando la fría piedra, los bordes astillados. Abajo, en la base, los ladrillos mostraban un mortero más fresco, como si hubieran sido reforzados. O reparados. La archivista se arrodilló, su vista aguda escudriñando las rendijas, el polvo acumulado, las telarañas que se aferraban a cada resquicio.

El suelo de la capilla, de losas toscas, no era uniforme. Había una grieta más profunda cerca del reclinatorio, un disimulado desnivel que apenas se notaba. El tiempo había disimulado la cicatriz.

Las manos de Sagrario se posaron en la madera pulida del reclinatorio donde Sor Ángela murmuraba sus oraciones. La madera, gastada por años de uso, ocultaba una leve aspereza en uno de sus laterales. Con cautela, la archivista pasó las yemas de sus dedos por la superficie. Era una pequeña hendidura, casi imperceptible al tacto,

cubierta por una capa de cera que intentaba sellarla. No era una imperfección natural de la madera, sino una especie de compartimento, oculto a plena vista.

Un tirón firme, y un pequeño resorte cedió. Allí, envuelto en un paño de lino descolorido, Sagrario encontró lo que buscaba: un diario de bolsillo, con tapas de cuero raído y un cierre de latón. El peso de la confesión no escrita era evidente antes incluso de abrirlo. Sor Ángela apenas se inmutó, sus labios seguían moviéndose en un mantra sordo. El reclinatorio había sido un confesionario silencioso para la monja, un confidente de madera para su alma en pena.

El cuaderno, pequeño y pesado, desprendía un tenue olor a tinta antigua y a pergamino guardado en la oscuridad. Con los dedos temblorosos, doña Sagrario desabrochó el cierre de latón. Las páginas amarillentas revelaron una caligrafía menuda y apretada, nerviosa en ocasiones, pero inequívocamente la de Sor Ángela. La primera entrada databa de hacía casi veinte años. «Mi vida en prisión», rezaban las primeras palabras, un eco amargo que resonó en el silencio solemne de la capilla. Una sacudida heló a Sagrario al leer aquello. La monja no había elegido los hábitos; le habían sido impuestos, una condena disfrazada de piedad.

Mientras sus ojos devoraban las líneas, la historia se desdoblaba, hoja tras hoja, revelando una verdad que superaba cualquier legajo. El diario no era un registro de la fe, sino de la desesperación. Sor Ángela, con una honestidad brutal que no permitía engaños, detallaba el «escándalo» de juventud: un amor prohibido con un hombre de baja alcurnia, un romance truncado por el honor de la familia Ulloa.

Don Gonzalo, su tío, había utilizado aquel desliz como un látigo, un chantaje constante que la había empujado al convento y la había mantenido allí, bajo la férrea disciplina de una obediencia impuesta, con la amenaza de la deshonra cerniéndose sobre su familia. «Mi tío, el verdugo de mi alma», había escrito la monja en una entrada fechada hacía un año, «nunca me dejará vivir».

El odio se destilaba de cada frase, un resentimiento tan corrosivo como la estricnina. Las quejas de Sor Ángela no eran meros desahogos; eran una crónica de su lenta agonía, de cómo el chantaje la había consumido, transformando su piedad en una cárcel. La obsesión de Don Gonzalo por el «honor» de la estirpe, su crueldad en el mantenimiento de los secretos, habían marcado el destino de su sobrina.

«Silenciarlo», leyó Sagrario en una entrada reciente, escrita con trazos firmes y nerviosos, «es la única manera de que mi nombre y el de los míos no se arrastren por el fango». Aquella frase era una declaración de intenciones, un grito de guerra ahogado por el silencio de su velo. La magnitud del sufrimiento de Sor Ángela no solo justificaba su odio: le otorgaba un móvil tan poderoso como el de la herencia. Un móvil de libertad. No solo para ella, sino para el honor de su linaje.

Doña Sagrario levantó la vista del diario, la fina piel de los guantes apenas mitigando la helada que subía del papel. La opresión en la capilla, ya densa, se espesó aún más con la comprensión. El chantaje de Don Gonzalo, un arma que había esgrimido con saña a lo largo de los años, había forjado una venganza silenciosa en el corazón de Sor Ángela. El botón, el olor a papel quemado en su chimenea, la leyenda del pasaje secreto...

todo empezaba a encajar, a tomar forma en un rompecabezas de sombras. Las cartas quemadas, ¿serían las pruebas del escándalo que Don Gonzalo guardaba como munición? La monja, esa mujer de fe férrea, era en realidad una presa acorralada. Y la desesperación, la necesidad de acallar a su verdugo, se había convertido en su motor más potente.

Sagrario pasó la página, y la caligrafía de Sor Ángela se hizo aún más apretada, casi ilegible, como si la mano que la empuñaba hubiese temblado con furia. En las últimas entradas, un nuevo elemento de su tormento se revelaba: la monja se sentía observada. «Mi tío, con sus ojos gélidos, ha notado algo», escribió Sor Ángela.

«Su paranoia crece, o quizás su intuición. Se acerca a mí con una mirada que busca, que husmea.

Sabe que hay un cambio en el aire, que mis oraciones ya no son solo por su alma, sino por su silencio. Temo que me descubra antes de que yo pueda actuar.» La inquietud de la monja no nacía solo del chantaje, sino de una vigilancia creciente, una sospecha que Don Gonzalo, con su olfato de viejo cazador, había detectado. El patriarca, al parecer, no era tan ajeno a lo que se tramaba en su contra. ¿Era esta la razón por la que había decidido desheredar a Sor Ángela, como un último golpe de su tiranía? ¿O simplemente un cruel castigo más a su sobrina?

Sagrario se frotó las sienes, el diario abierto sobre sus rodillas. La complejidad del alma humana se desplegaba ante ella, más enrevesada que cualquier manuscrito antiguo. El móvil de Sor Ángela era ahora tan potente como su resentimiento: un deseo implacable de liberar a su familia de la deshonra, de acallar para siempre la cruel voz de Don Gonzalo. La monja había sido una prisionera de por vida, y su libertad se cernía ahora sobre la estricnina, sobre la botella desatendida, sobre el misterioso objeto que había llevado consigo desde el cuarto de costura hasta la capilla.

La verdad se erigía ineludible, clara en su determinación. Pero, ¿cómo había conseguido el veneno? ¿Y el matraz? Las preguntas se multiplicaban, sombras nuevas en la oscuridad.

Un golpe seco. Sagrario se irguió, el diario resbalando de sus manos. El sonido no venía del exterior, de la tormenta amainada, sino de la biblioteca, distante pero inconfundible. Un crujido metálico, grave, seguido de un chirrido prolongado, como el de una bisagra arrancada de cuajo. No era un simple movimiento de la madera vieja, ni el gemido del viento. Era un ruido de fuerza, deliberado, violento.

Alguien estaba intentando forzar la cerradura. ¿El asesino, buscando el diario de Don Gonzalo que Sagrario había guardado allí? ¿O

buscándola a ella, a la intrusa, a la mujer que había desvelado la madeja de tantos secretos? El tiempo se había agotado.

CAPÍTULO 19: INTRUSO EN LA SOMBRA

Un golpe seco. Un crujido metálico. Habían rasgado la noche del pazo con una furia impropia del viento o la madera vencida. Doña Sagrario, con el diario de Sor Ángela aún tibio entre los guantes, se irguió de golpe. Sus ojos ámbar se clavaron en la puerta de la capilla. El corazón le martilleaba las costillas, un ritmo frenético que ahogaba el silencio repentino del Pazo de Alborada. El estruendo, proveniente de la biblioteca, no era un mero percance. Era un aldabonazo, un asalto. Sagrario había hurgado demasiado; el pazo, o quien lo habitaba en las sombras, había notado su presencia.

A pesar de las horas de lectura febril que le habían entumecido las piernas, estas respondieron con una punzada de adrenalina. Atravesó el estrecho pasillo que separaba la capilla de las zonas comunes; el aire gélido le mordía la piel bajo la chaquetilla. Cada paso resonaba en el mármol, un eco que la delataba. La penumbra de los candelabros. Sus llamas parpadeantes bailaban al compás de su aliento acelerado, proyectando sombras largas, distorsionadas.

El pazo, ya una criatura moribunda y viva en su imaginación, se convertía ahora en un cazador implacable. Un hedor a humedad rancia y a cera quemada la envolvía, pero bajo esas esencias se distinguía un regusto metálico y acre, el óxido de una cerradura violentada.

Alcanzó por fin la entrada de la biblioteca. La madera del marco estaba astillada; la cerradura de hierro, inútil, colgaba de un único tornillo. La puerta, de roble macizo, apenas entornada, era una boca abierta a la oscuridad. El viento, que había amainado momentáneamente, volvía a gemir, haciendo vibrar los cristales. Y un chirrido inconfundible provenía del interior, un movimiento pausado, como de bisagras vencidas.

Sagrario empujó la pesada puerta, que cedió con un gemido lúgubre, abriendo paso a la vasta estancia. El aire, denso y frío, golpeó su rostro. La débil luz de las velas que había encendido unas horas antes, ahora apenas débiles puntos anaranjados, dejaba zonas de absoluta oscuridad. El olor a papel viejo y a cuero se mezclaba con una brisa helada que atravesaba la habitación. Su mirada, acostumbrada a la penumbra de los archivos, captó la anomalía: una de las altas ventanas, las que daban al jardín trasero, estaba entreabierta. Los cortinajes de terciopelo verde musgo ondeaban, agitados por la corriente de aire. No era un descuido. Era una vía de escape.

Se acercó a la mesa central. Un pulso salvaje le golpeaba las sienes. Su meticuloso orden había desaparecido. El portafolios de cuero, donde guardaba el cuaderno con sus deducciones más recientes, yacía abierto, los folios dispersos. El frasco de tinta se había volcado, dejando una mancha oscura y pegajosa sobre un viejo atlas. Y, a un lado, el diario de Sor Ángela, que había dejado cubierto por unos legajos, ahora estaba expuesto, una de sus tapas doblada con un pliegue violento.

Alguien había estado allí. Había buscado. Y se había marchado con una celeridad apenas disimulada, dejando la ventana abierta como una rúbrica. Su biblioteca, ese refugio del intelecto, había sido ultrajada.

Un rastro de barro fresco, de un tono arcilloso, muy distinto al que sus zapatos habían depositado en la entrada, se dibujaba sobre la alfombra persa de intrincados diseños. La huella empezaba junto a

la ventana y se extendía en diagonal hacia la puerta por la que acababa de entrar, un camino desprolijo sobre la seda. Sagrario se agachó, encorvándose con dificultad, sus dedos finos rozando el lodo aún húmedo.

Las marcas eran alargadas y profundas, con el dibujo de una suela de bota basta y gastada, muy diferente al calzado refinado de Jacobo o a las sandalias eclesiásticas de Sor Ángela. Se trataba de un calzado de trabajo, o quizás de unas botas pensadas para el exterior. Un par que no había visto en ninguno de los presentes. La archivista recordó los rastros similares que había encontrado en el pasillo lateral y en el jardín, aquellos que vinculaban al ladrón del maletín con un acceso oculto del pazo.

Aquello no era una coincidencia, ni un accidente. El intruso había entrado y salido por el mismo punto, con la misma precaución de un animal salvaje que conoce su madriguera. O de alguien que conocía las entrañas del pazo como la palma de su mano. La ventana forzada no era una improvisación de última hora, sino parte de una ruta preestablecida. El patrón se repetía, una firma en el lodo.

Sagrario se incorporó. Una presión le oprimía el estómago. La imagen de las huellas de barro se incrustó en su mente: un patrón inconfundible. El asesino no solo había intentado robar el maletín de Don Gonzalo; ahora estaba, con una ferocidad renovada, borrando cualquier rastro que pudiera conducirla a la verdad. Su intelecto, habituado a la lógica fría, chocó de pronto con la cruda realidad del peligro físico.

Sus dedos repasaron cada uno de sus papeles, sus anotaciones meticulosas, el pequeño matraz de cristal casi vacío que había guardado. Nada parecía faltar de sus objetos personales. El ladrón había revuelto sus papeles, pero había ignorado el contenido del portafolios, buscando algo más específico. No quería el matraz. No quería sus lentes. Quería su progreso, sus conclusiones.

Luego, sus dedos buscaron el diario de Sor Ángela, que había dejado bajo un montón de viejos mapas. La tapa doblada, el cierre

desenganchado. La búsqueda había sido rápida, pero la intención, clara. Alguien quería el diario. Alguien sabía lo que contenía ese diario y la desesperación de Sor Ángela por mantener su secreto a salvo. Lo había dejado ahí, pensando que sería el lugar más seguro. Pero el asesino conocía sus pasos, sus escondites.

La monja, en sus últimas entradas, había escrito que se sentía «observada». Ahora Sagrario sentía también el peso de esa mirada furtiva, la certeza de un acecho. Aquello no era un simple robo de objetos, era un ataque a la verdad que ella desenterraba. Un mensaje, rotundo.

Un frío interno le recorrió la espalda. El objetivo no había sido un robo al uso, sino la destrucción de información. Si el intruso no se había llevado el diario o su cuaderno, era porque el ruido lo había espantado. ¿O porque lo había encontrado ya? ¿Era posible que el diario hubiera sido el botín buscado? ¿Y que el intruso hubiera logrado llevarse unas cuantas hojas? Sagrario lo abrió con manos temblorosas.

Las páginas estaban intactas, al menos en apariencia. Respiró hondo, un alivio efímero que se desvaneció con la siguiente deducción. El diario de Sor Ángela, con sus revelaciones sobre el chantaje de Don Gonzalo y el «escándalo» de juventud, era una prueba devastadora. Un móvil de libertad y desesperación que el asesino no podía permitirse que se conociera. Y su cuaderno de notas, reflejo de sus propias pesquisas, era una hoja de ruta para la verdad. No, el pazo no era ya un mero escenario de crímenes pasados; se había transformado en la arena de un pulso mortal.

Una punzada gélida, ajena al viento que entraba por la ventana, atravesó a doña Sagrario. Las palabras de su abuela resonaron en su cabeza con una nitidez escalofriante: «El pecado, como la humedad, siempre deja marca». Pero ahora añadió para sí misma, con una lucidez amarga: «Y el temor, también». El asesino, acorralado, había revelado una nueva capa de su ser: la temeridad de la

desesperación. No solo era cruel, sino que era temerario, dispuesto a arriesgarlo todo para proteger su secreto.

Había subestimado la inteligencia del criminal, su destreza para moverse en la oscuridad, para usar la penumbra del pazo como un cómplice más. La vida de todos los presentes en el pazo estaba en juego. La suya, en particular. No era una mera paleógrafa; era un blanco. Un objetivo. La realización se abatió sobre ella, densa como un sudario. El asesino no solo buscaba silenciar a Don Gonzalo, sino a cualquiera que se acercara a la verdad.

Y ella, con su afán por desenterrar los legajos de la mentira, se había colocado en la línea de fuego. Los nervios que antes la habían contenido, ahora se trocaron en una determinación inquebrantable. Si el asesino jugaba a la desesperada, ella también lo haría.

El ruido del portazo que había alertado a Sagrario había sido lo suficientemente fuerte como para despertar a Jacobo. El primogénito, que yacía en un sillón cubierto con una manta, se agitó. Un gemido ronco escapó de su garganta antes de que abriera los ojos, empañados por el alcohol y la aflicción. Sus ojos toparon con la puerta forzada y la ventana abierta. Un espasmo de puro terror le contrajo el rostro.

—¡Por la Cruz de Santiago! —jadeó, incorporándose con un brusco movimiento que le hizo perder el equilibrio—. ¿Qué ha pasado aquí? ¿Quién…?

Casi al mismo tiempo, las luces de la biblioteca cobraron vida. La silueta alta del Capitán Montero se perfiló en el umbral, una linterna de queroseno en la mano. Su rostro, sombrío y adusto. Sus ojos, de un castaño profundo, escrutaron la estancia, deteniéndose en la ventana abierta, luego en el desorden de la mesa. Detrás de él, con un silencio casi imperceptible, apareció Valentina.

La joven viuda, su cabello rojo cobrizo desparramándose por los hombros como brasas, observaba la escena. Su frialdad, antinatural, caló a Sagrario hasta los huesos. Sus ojos, de un verde esmeralda

inescrutable, no revelaban alarma ni sorpresa alguna. Una calma antinatural la envolvía. Jacobo, ya de pie, tropezaba con las palabras. El miedo le había anudado la voz.

—¡Han entrado, Sagrario! ¡El asesino, seguramente! ¡Buscarían pruebas! —dijo Jacobo, frotándose la barbilla con manos inquietas. Su desasosiego era palpable, tanto como el tufo a alcohol que desprendía.

—Parece que alguien ha sido más osado de lo esperado —comentó Montero, su voz grave, un dique ante la emergencia. Se acercó a la ventana, examinando los goznes—. Han forzado el cierre. Y las huellas…

Sagrario observó a Valentina. La joven viuda no había articulado una sola palabra. Sus labios carnosos estaban sellados, y una ceja ligeramente arqueada era la única señal de su atención. No preguntó qué había sido robado, ni si Sagrario estaba a salvo. Simplemente observaba, como si la escena fuera un cuadro distante en un museo.

—¿No te inquieta, Valentina? —preguntó Sagrario, la voz baja, casi un susurro apenas disimulado en su intención.

Valentina se encogió de hombros con una levedad casi imperceptible. Indiferencia.

—En este pazo, ya nada me inquieta, Sagrario. Después de lo de Don Gonzalo… ¿qué podría sorprenderme? Que busquen algo, que revuelvan… Era de esperar. Aunque lo único que tiene valor aquí ya está bajo tierra. —Su mirada se desvió un instante hacia Jacobo, un relámpago de desdén antes de volverse a Sagrario—. ¿Has perdido algo de valor?

La frialdad de su reacción era rotunda, calculada. Sagrario sintió una punzada de desconfianza, más afilada incluso que el miedo que le había provocado el intruso. Jacobo y Montero, a pesar de sus propias agendas ocultas, exhibían una preocupación genuina. El Capitán incluso se había ofrecido a revisar el jardín y los alrededores

con la linterna. Pero Valentina… su impasibilidad era un arma. O una armadura demasiado pulcra.

Doña Sagrario ajustó las gafas de carey sobre la nariz. El tiempo se había agotado. El intruso, uno de ellos, estaba desesperado y dispuesto a ir más allá del asesinato. Ahora que Sagrario había sido marcada como objetivo, el juego se volvía mortal. Aquella noche, en la penumbra de la biblioteca forzada, la archivista supo que debía acelerar el ritmo. Pero antes, antes de enfrentarse directamente al asesino, debía confirmar su teoría más osada: la del «cómo» del crimen. Solo así podría desenmascarar al espectro que se ocultaba entre los muros del pazo.

CAPÍTULO 20: LA FALSA ORACIÓN

La bruma del amanecer se arrastraba por los cristales de la biblioteca, diluyendo los colores de los libros y llenando el aire de una frialdad pegajosa. El rastro de barro, una evidencia muda sobre la madera noble, aún marcaba la trayectoria del intruso. Doña Sagrario, con las gafas de carey empañadas por el desvelo, apretaba el diario de Sor Ángela contra el pecho, la piel tensa bajo la amenaza.

Cada crujido del pazo, cada susurro del viento filtrándose por la ventana forzada, era una advertencia. Ya no era una paleógrafa, inmersa en verdades lejanas; se había convertido en un blanco, una ficha importante en un juego donde el asesino no temía mover las suyas. La certeza de ser un objetivo agudizó su mente, encendiendo en sus ojos ámbar una determinación acerada. El miedo era un lujo que no podía permitirse.

El tiempo, ahora más que nunca, corría en su contra como un veneno sutil. Permitir que el asesino golpease de nuevo, sin desentrañar su método, sería la mayor de las imprudencias. Debía acelerar. Y el primer paso, la clave que enlazaría el móvil con la oportunidad, estaba en las manos temblorosas de Lola.

El pasillo que conducía al cuarto de costura, estrecho y serpenteante, parecía más opresivo de lo habitual, como un túnel oscuro hacia una verdad ineludible. Cada pisada de Doña Sagrario

sobre el granito, apenas amortiguada por una alfombra deshilachada, resonaba con una inquietud creciente. La puerta del cuarto de costura, entornada, dejaba escapar un tenue hilo de luz amarilla de una lámpara de queroseno y un aroma a tela vieja y jabón de Marsella, un contraste engañoso con la oscuridad que envolvía el resto del pazo.

Lola, encogida sobre un taburete junto a la máquina de coser, parecía una sombra más en la penumbra. Su pañuelo de cuadros cubría el cabello, pero el rostro, marcado por la vigilia y el rictus de culpa, estaba pálido y sudoroso. Los ojos de la ama de llaves, grandes y redondos, se abrieron con una quietud premonitoria al ver a Sagrario. Su cuerpo entero se tensó, como una cuerda estirada hasta el límite.

—Sagrario… —musitó Lola, la voz apenas un soplido, sus manos grandes y fuertes, ahora débiles, frotándose la tela basta del pañuelo sobre el regazo. Su mirada, llena de una pesada aflicción, apenas podía sostener la de la archivista.

Doña Sagrario cerró la puerta con suavidad, aislando el pasillo. La sensación de encierro creció, pero también la de una intimidad necesaria para la confesión que se avecinaba. Se acercó a la mesa de trabajo, donde rollos de hilo desordenados y botones sueltos de diversas formas y colores se desparramaban sobre un hule manchado. Sacó el diario de Sor Ángela y el frasco vacío de estricnina, los objetos que el intruso había buscado con furia, y los colocó con cuidado sobre la mesa, entre las herramientas de costura. Los dedos finos y largos de Sagrario, manchados de tinta antigua, no temblaban; la determinación los guiaba con firmeza.

—He encontrado esto, Lola —dijo Sagrario, señalando el pequeño diario de tapas oscuras—. En la capilla. Y el frasco… Este frasco estaba aquí. —Su voz era mesurada, desprovista de juicio, buscando el camino a la verdad, no una condena gratuita—. Sor Ángela no ha dicho toda la verdad sobre el cuarto de costura. Ni sobre la noche del brindis.

Lola tragó saliva, el sonido áspero en el silencio. Sus ojos se clavaron en el diario, en una mezcla turbia de horror y fascinación. Un temblor incontrolable recorrió su cuerpo. La ama de llaves sabía. Sabía mucho más de lo que había declarado. La mirada de Sagrario, aunque amable, era inquebrantable, como la de una presa que espera el desbordamiento. Lola, la guardiana silenciosa de tantos años, se desmoronó. Las lágrimas, antes contenidas, se precipitaron por sus mejillas surcadas.

—Yo… yo la vi, Sagrario —confesó Lola, las palabras atropellándose, cargadas de una culpa ancestral—. Aquella noche, antes del brindis. Antes de que usted bajara con el notario y Don Gonzalo desprecintara la botella…

Lola hizo una pausa, sus ojos buscando en la memoria la imagen precisa, como si intentara reconstruir un fragmento de cristal roto. Sus nudillos blanquearon al aferrar el pañuelo.

—Estaba sola en la cocina, ¿sabe? Preparando el licor de café. La botella, ya lo sabe, sobre la encimera. Tuve que ir a llevarle hielo al capitán Montero, que estaba en el salón. Solo fueron unos minutos, Sagrario, ¡se lo juro! Pero cuando regresé, antes de entrar de nuevo a la cocina… —Lola desvió la mirada hacia la ventana que daba a los jardines laterales del pazo, hacia la parte trasera de la capilla. Su voz se hizo un susurro—: La vi.

Los ojos ámbar de Sagrario se estrecharon. Un escalofrío seco, sin humedad, se extendió por su nuca. Una pieza fundamental empezaba a encajar en el complejo engranaje.

—¿A quién, Lola? ¿A quién vio? ¿Y de dónde venía?

—A Sor Ángela —dijo Lola, su voz casi inaudible—. Salía de los jardines que están junto a la capilla. Llevaba el hábito… un poco manchado de barro, ¿sabe? En la parte de abajo. Y no parecía ir a rezar. Estaba… agitada. Como si hubiese corrido. Llevaba algo escondido bajo el brazo, pero no pude ver qué era. Iba hacia la capilla. Sí, hacia la capilla. Pero no venía de allí. Venía de fuera, de

los jardines. Justo antes de que entrara yo en la cocina para llevar el licor…

Un aliento helado atravesó el cuarto. El aire se hizo denso, cargado con el peso de la revelación. La coartada principal de Sor Ángela, su refugio en la oración, se desmoronaba en astillas. La imagen que Lola describía se superponía con la información del diario y el hallazgo del frasco de estricnina. Sor Ángela, la beata, la mujer de fe inquebrantable, había mentido. Sus movimientos, en aquel instante crucial, ya no eran los de una devota. El cuarto de costura, el frasco de veneno y, ahora, el testimonio de Lola: la verdad se abría paso, implacable.

La archivista no necesitó más. La confesión de Lola, vertida con el desgarro de quien ha guardado un peso insoportable, era el hilo que descosía la madeja. La madrugada del crimen, Sor Ángela no había estado en la capilla, sumida en oraciones. Su itinerario, su aspecto agitado, las manchas de barro en el hábito, todo apuntaba a un movimiento deliberado, no a la piedad. Sagrario imaginó a la monja, el rostro contraído por la desesperación que el diario tan bien describía, deslizándose por los jardines laterales de la capilla.

Aquel lugar, según las viejas leyendas del pazo, se conectaba a un pasaje secreto. Un pasaje que Don Gonzalo, con su paranoia, había ordenado reforzar años atrás, como si quisiera sellar un fantasma que lo acosaba. La estricnina, hallada en este mismo cuarto de costura, adquiría un significado siniestro. No era una casualidad.

Sagrario unió los cabos con una celeridad asombrosa. El botón de hueso, encontrado en el Salón de los Blasones, junto al cuerpo de Don Gonzalo, era una prueba. El diario, que clamaba el chantaje y el deseo desesperado de la monja de «silenciar» a su tío, otra. Y el frasco de estricnina vacío, abandonado en el cuarto de costura, un espacio que la propia Sor Ángela utilizaba, un tercer indicio. A todo ello se sumaba el testimonio de Lola, que la situaba fuera de la capilla, en los jardines, con el hábito manchado de barro, justo en el

momento preciso en que la botella de licor de café estaba desatendida en la cocina.

La coartada de Sor Ángela se había pulverizado. No solo tenía un móvil poderoso, un corazón destrozado por la deshonra de su familia, sino también la oportunidad. Una oportunidad que había fabricado con la meticulosidad de una santa y la astucia de un demonio.

La archivista sintió una extraña mezcla de triunfo y horror. El rompecabezas se armaba, pieza a pieza, con una precisión matemática que la complacía, pero también con una crueldad que le helaba la sangre. «El pecado, como la humedad, siempre deja mancha», pensó Sagrario, el aforismo de su abuela resonando con una verdad ahora tangible. Y en este caso, la mancha no era solo de culpa y deshonor; era de barro fresco, de estricnina letal y de una mentira mortal.

La mujer que había parecido la más piadosa, la más alejada de la vileza mundana, se alzaba ahora como la principal sospechosa. La certeza, sin embargo, venía acompañada de un escalofrío: el asesino estaba acorralado, y su desesperación era una espada afilada que podía caer sobre cualquiera.

Los ojos de Lola, aún humedecidos, seguían fijos en Sagrario, esperando. La ama de llaves había entregado su parte de la verdad, y ahora la responsabilidad recaía en los hombros de la pequeña archivista. Sagrario, con una punzada de compasión por el tormento de Lola, desvió la mirada hacia la cesta de costura, un capazo de mimbre rebosante de retales, hilos y viejos botones. Una idea, límpida como un relámpago, la iluminó.

Si Sor Ángela era la asesina, si su desesperación la había llevado a un acto tan extremo, debía existir un rastro más. Una confirmación silenciosa, tangible, de que aquel botón pertenecía a su hábito. Sagrario no dudó.

—Lola —dijo Sagrario, su voz, aunque baja, infundida con una nueva autoridad—. Necesito su ayuda una vez más.

Se inclinó sobre el capazo, sus dedos finos y largos removiendo entre la madeja de telas. Retales de lino, lana burda, trozos de seda descolorida. Buscó entre los hábitos viejos que Lola guardaba para remendar, aquellos que, según la ama de llaves, Sor Ángela y Valentina utilizaban con frecuencia. El olor a naftalina se mezclaba con el de tela añeja. Los ojos ámbar de Sagrario escudriñaban cada pieza, buscando la prueba que sellaría el caso de la monja.

Lola, con el aliento contenido, observaba, sus hombros tensos. Unos instantes después, Sagrario sacó del fondo de la cesta un hábito oscuro, de lana rústica, con las rodillas desgastadas por el uso. En la parte delantera, faltaba un botón.

Sagrario tomó el botón de hueso que había encontrado junto al cuerpo de Don Gonzalo y lo acercó al hábito. Encajaba. El tamaño, la textura, el sutil desgaste de los bordes. Era el mismo. El círculo se estrechaba de forma implacable sobre Sor Ángela. La confirmación, tan esperada como temida, se reveló con la sencillez de una pieza que encuentra su lugar en el intrincado rompecabezas. No cabía duda.

Con todas las piezas en la mano, Doña Sagrario regresó a la biblioteca. El matraz casi vacío, el frasco de estricnina, el botón de hueso y el diario de Sor Ángela yacían desplegados sobre la mesa de ébano. La luz del día, ahora más clara, bañaba los objetos con una crudeza que revelaba cada detalle. Los demás, Jacobo, Valentina, Montero, aún dormían, ajenos al entramado de deducciones que se había tejido en su ausencia.

Sabía que tenía el «quién» del crimen, o al menos, la principal sospechosa, con un motivo y una coartada hecha añicos. El «dónde» del veneno y el «cuándo» de la manipulación también empezaban a aclararse. Pero le faltaba el método exacto, la mecánica del envenenamiento, la forma en que el veneno había llegado al licor de

café sin que nadie lo notara, sin romper el sello de la botella antes del brindis.

Aquel era el enigma final. Y el asesino, el que había intentado robar su diario, el que la había convertido en objetivo, no dudaría en actuar de nuevo. Lo sentía en la fría quietud del pazo.

CAPÍTULO 21: EL TRUCO DE LA JERINGUILLA

La botella de licor, oscura, se alzaba en la mesa de ébano, un mudo eco de la muerte. Su sello, inmaculado, se erguía como una afrenta al intelecto de Sagrario. Cada minuto que pasaba, la pregunta del «cómo» le roía las entrañas, un gusano persistente en la manzana de su lógica. Los goznes de la puerta forzada, desgarrados, exhibían la brutal intrusión de la noche; una promesa tácita del peligro aún al acecho. Pero Sagrario apenas reparaba en ello. Sus dedos se aferraban a la botella, la mente enclaustrada en el enigma que tenía delante.

Una lámpara de aceite proyectaba un círculo de luz sobre el cristal, un pequeño faro en la vasta oscuridad del Pazo de Alborada. Las gafas de carey, habitualmente posadas con una dignidad casi clerical, ahora reposaban sobre un pañuelo de lino, pulido con el nerviosismo de sus dedos. Ante ella, cual ofrendas sacrílegas sobre un altar, se extendían las piezas de su rompecabezas: el matraz de cristal, el frasco de estricnina vacío y, en el epicentro de aquel improvisado despliegue, el licor de Don Gonzalo.

La cera, oscura y lustrosa, que sellaba la boca de la botella, se erigía como una esfinge. Sagrario, curtida en manuscritos ancestrales y documentos sellados, intuía la pertinacia de la verdad. Su intelecto, avezado a desentrañar falsificaciones históricas y a leer los silencios entre líneas de sellos reales, se volcó ahora sobre un problema

contemporáneo, pero con la misma agudeza forense. La estricnina era un veneno de acción rápida, su amargor indisimulable en grandes cantidades.

Don Gonzalo había apurado su copa —la primera de la botella recién desprecintada— sin la menor cautela, sin un atisbo de duda. El sello de cera, en apariencia impoluto, intacto, gritaba una imposibilidad. Contradecía la muerte. Una paradoja que solo la pericia de una mente criminal excepcional podría haber orquestado. La archivista se inclinó, su aliento empañando ligeramente el vidrio, para escudriñar cada curva, cada diminuta protuberancia del sello.

En la cera misma, esperaba leer la intención criminal. El olor a humedad y a madera vieja de la biblioteca se mezclaba con el dulzor residual del licor, una combinación que, en otras circunstancias, habría encontrado reconfortante. Ahora, cada aroma era una pista. Cada sombra, un presagio. La frialdad constante de la estancia, una punzada glacial que calaba hasta los huesos, no hacía más que agudizar su concentración.

Sus dedos, manchados de tinta antigua y habituados a la textura rugosa de los pergaminos, trazaban círculos invisibles sobre la superficie de la botella, intentando palpar la grieta en la perfección, más allá de la vista.

Una imagen se le grabó en la memoria: aquel legajo polvoriento, de un caso antiguo, olvidado en algún recodo de su dilatada carrera. Documentos del siglo dieciocho, sellos de lacre que autentificaban testamentos y permutas de tierras, algunos de ellos falsificados con una habilidad casi artística. La clave de aquella superchería residía en una sutil manipulación de la cera, no en su ausencia, sino en la engañosa reintegración. Una microfisura, un punto de calor mínimo, un color idéntico.

Un escalofrío le recorrió la espalda. No era la primera vez que se topaba con la malicia disfrazada de inocencia. Aquel caso, un viejo pleito de herencias en la provincia de Ourense, la había obsesionado durante meses en su juventud. El falsificador había empleado una

aguja tan fina como una hebra de seda, calentada al rojo vivo, para horadar el lacre sin quebrarlo. Luego, inyectaba una sustancia que alteraba la tinta del interior, antes de sellar de nuevo la minúscula perforación con una gota de cera idéntica.

Aquella imagen de fraude, un espectro de papel, cobró ante ella una nitidez sobrecogedora. En aquel instante, su mirada se detuvo en una minúscula imperfección en el sello de la botella del licor. No era una grieta, ni una raspadura. Era una especie de burbuja diminuta, casi una protuberancia, del tamaño de una cabeza de alfiler, que rompía la superficie uniforme de la cera. Parecía una impureza, un defecto menor de la fabricación o del proceso de sellado, el tipo de cosa que cualquier ojo inexperto habría descartado sin dudar.

Pero la mente de Sagrario, avezada en la desconfianza de las apariencias y en la búsqueda de la discordancia en la perfección, la clasificó al instante como una anomalía. Los segundos se estiraron, cada uno preñado de una expectación glacial. No era aleatorio. No era un error. Era deliberado. El aire de la biblioteca, antes quieto y pesado, pareció vibrar con una energía contenida, como si los propios estantes de libros antiguos contuvieran el aliento, a la espera de su descubrimiento.

La archivista tomó la lupa de su portafolios de cuero, el cristal frío y pulido contra la palma de su mano. Aquel instrumento, mudo testigo de siglos de tinta desvanecida, se volvió ahora su ojo implacable sobre la cera, amplificando la diminuta burbuja hasta revelar su verdadera naturaleza. No era una simple imperfección. En el centro de la protuberancia, casi invisible, apenas perceptible a la vista desnuda, se abría un orificio.

Un agujero limpio, minúsculo, tan fino como un cabello, que atravesaba la capa de cera, como la perforación de un insecto diminuto. El sellado a su alrededor había sido rehecho con una obsesiva minuciosidad para disimular la intrusión. Parecía que una gota de cera fresca, del mismo tono oscuro, o quizás alguna sustancia capaz de replicar la consistencia, había cubierto la cicatriz.

Se mimetizaba con el original, borrando cualquier evidencia a simple vista.

La luz de la lámpara de aceite se reflejaba en el cristal de la lupa, iluminando el pequeño cráter con una intensidad casi dolorosa. Sagrario acercó su nariz, aspirando el aroma dulzón del licor, intentando percibir cualquier discordancia, cualquier rastro de una sustancia ajena, pero solo encontró la fragancia familiar. Un escalofrío helado le recorrió la espalda. No era el frío de la sala, sino la repulsión ante la retorcida inventiva que había concebido semejante argucia lo que le erizó la piel.

El silencio de la biblioteca se hizo más profundo, casi ensordecedor, roto solo por el leve crujido de la madera vieja y el latido acelerado de su propio corazón.

La paleógrafa dejó la lupa sobre la mesa, sus dedos finos y largos, apenas contenidos por la revelación. Sus ojos ámbar se posaron en el matraz de cristal que había encontrado en el cuarto de costura. El matraz tenía una aguja, también fina, y su tamaño era el ideal para una perforación así. La imagen se grabó en su mente con una claridad cruel: el asesino había inyectado la estricnina a través de aquel minúsculo orificio en la cera del sello.

Con precisión quirúrgica, había deslizado la aguja a través de la cera, depositando el veneno en el interior de la botella. La estricnina, más densa que el licor, se habría asentado en el fondo, esperando su momento. Y la primera copa, la de Don Gonzalo, habría sido la más cargada, la que contenía la dosis mortal, entregada con una falsa inocencia en el brindis de medianoche. Era un truco diabólico, de una concepción exquisita y una ejecución despiadada.

Una astucia macabra que combinaba el conocimiento químico con la habilidad manual y una sangre fría desprovista de cualquier escrúpulo. La frialdad de su deducción se estrellaba contra el horror de la imagen, una verdad cruda que la obligaba a reconocer la habilidad del mal para esconderse tras la fachada más inocente. El pazo, con sus muros de granito y sus siglos de historia, parecía

guardar no solo secretos, sino también una profunda complicidad con la maldad humana.

La revelación descorrió un velo, y la densa penumbra que había cubierto el crimen se disipó, revelando una verdad tan precisa como desoladora. Ya no se enfrentaba a un crimen impulsivo, fruto de la desesperación o un arrebato de cólera. Aquello era obra de una mente metódica, inteligente, una que había planificado cada paso con una anticipación implacable. El asesino poseía no solo acceso a un veneno letal y una pericia similar a la de un paleógrafo en la manipulación de sellos, sino también un conocimiento exacto sobre la densidad de la estricnina y el tiempo de sedimentación.

Era una mente que había considerado cada variable, cada posibilidad de error, sellando la «herida» con una pulcritud que desafiaba la lógica del azar. Los demás sospechosos —Jacobo, el Capitán Montero, incluso Valentina con su pasado de enfermera— eran ahora peones en un tablero mucho más complejo de lo que había imaginado. El asesino era un estratega, un arquitecto del horror, y sus planes se extendían más allá de la mera venganza.

Aquella deducción, aunque triunfal, dejó en la archivista el amargo regusto de la fragilidad. Se había asomado al abismo del corazón de la bestia. El aire, denso con el olor a libros viejos y la cera que había ardido en la lámpara, parecía susurrar advertencias, y la sombra de los estantes se alargaba como dedos acusadores.

La archivista tomó su cuaderno de notas, el mismo donde había registrado cada coartada, cada contradicción, cada rasgo del alma. Con una caligrafía que, a pesar del temblor interno, se mantuvo firme y precisa, escribió sobre una página limpia, junto a un dibujo esquemático de la botella y la jeringuilla: «Método: Inyección con matraz a través del sello de cera. Agente: Estricnina, de rápida sedimentación.

Disimulo de orificio con cera o alcohol de café.» Levantó la vista, sus ojos ámbar perdiéndose en los lomos de los libros antiguos, en las sombras que danzaban sobre los retratos de los Ulloa. El pazo

parecía contener el aliento, susurrando el nombre del asesino en cada crujido de madera. La pregunta apremiante ya no era el «cómo» del crimen, sino «quién» de entre los moradores de Alborada poseía la oportunidad precisa, la astucia y el conocimiento para ejecutar un plan tan maquiavélico.

La respuesta, sabía Sagrario, no solo desvelaría el rostro del asesino, sino que la pondría cara a cara con la mente más oscura que el Pazo de Alborada había conocido. Y la noche aún se extendía, plena de promesas y de verdades por desenterrar.

CAPÍTULO 22: LA MANO INVISIBLE

El silencio de la biblioteca, antes cámara de resonancia para las deducciones de doña Sagrario, se había vuelto una carga palpable. La archivista cerró el cuaderno de notas, los dedos finos y largos aferrados aún a la caligrafía precisa que desvelaba el método del envenenamiento. Fuera, el pazo dormía; sus crujidos, ecos de piedra vieja, parecían suspiros de secretos. Pero aquel reposo era una ficción.

Un intruso, quizá el mismo que había forzado la biblioteca horas antes, deambulaba ahora por los pasillos, un fantasma de carne y hueso. La mente de Sagrario, habitualmente un archivo de exactitud, se sentía como un fajo de papeles revueltos, cada hoja una sospecha, cada pliegue una amenaza. Se irguió, el pequeño matraz de cristal en la palma de la mano, su peso una mudez elocuente. El asesino no era un mero criminal, sino un estratega, y su último movimiento había dictado una verdad ineludible: la investigación se había transformado en una caza.

Una desazón, tan fina como la hebra de una araña, se anudó en el pecho de Sagrario al notar el mutismo persistente de Lola. Desde la última conversación en el cuarto de costura, la ama de llaves había prometido aguardar allí nuevas instrucciones. El sol, aunque aún débil, ya se filtraba por los altos ventanales de la biblioteca, tiñendo el polvo en suspensión de un oro desvaído. Lola solía ser la primera

en encender los fuegos de la cocina, en despertar el pazo con el repiqueteo de tazas y el aroma a café recién hecho.

Pero hoy no había sonido alguno, solo el arrullo del viento entre los árboles y el lejano goteo de la lluvia amainada. Un frío, inexplicable, se alojó bajo la piel de Sagrario; aquel silencio le desagradaba profundamente. La certeza de que el asesino se sentía acorralado se había enquistado en su pensamiento. Era una criatura herida, y la fiera acorralada ataca con fiereza. El recuerdo de los ojos desorbitados de Lola, su temor visible al hablar del barro en el hábito de Sor Ángela y su confesión sobre Jacobo, le provocó una sequedad repentina en la garganta.

La había expuesto, a ella, doña Sagrario, la había convertido en un blanco. El pazo, su antiguo santuario de silencio, se erigía ahora como un laberinto de asechanzas, cada pasillo una emboscada, cada sombra un escondite. La piel se le erizó, no por el frío, sino por la ominosa antesala de una tragedia.

Sin vacilar, Sagrario recogió el matraz y el diario de Sor Ángela, ocultándolos bajo la chaquetilla de tweed. La prioridad no era ya ordenar sus pensamientos, sino actuar. Abandonó la biblioteca, dejando la puerta abierta tras de sí: una señal inequívoca de que el intruso no hallaría ya nada de valor que robar; o quizá, una invitación, una trampa para una mente astuta. El pasillo, cubierto por una alfombra gruesa que amortiguaba sus pasos, se extendía como un túnel de sombras hacia el ala del servicio.

La penumbra se aferraba a los candelabros de bronce, aún sin sus velas encendidas. Un olor acre, a humedad y a madera vieja, inundaba el aire, mezclado con el dulzor rancio de la cera. La archivista aceleró el paso, la inquietud creciendo con cada zancada; el golpe de sus zapatos contra la alfombra se hacía eco en el latido desbocado de su corazón. Al llegar al pasillo de los cuartos de los sirvientes, la ausencia de luz era casi total, solo rota por una rendija luminosa bajo la puerta de la habitación de Lola.

Un hilo tenue, como un aviso. La sangre le martilleaba con una fuerza que le hacía vibrar las sienes. Empujó la puerta con suavidad. El chirrido de las bisagras venció al silencio.

La escena ante sus ojos le cortó el aliento; una constricción glacial le oprimió el pecho. Lola yacía en el suelo, una figura inerte acurrucada junto a la modesta cama, el pañuelo de cuadros que siempre cubría su cabeza desprendido y enroscado en su cuello. Un jarrón de barro cocido, roto en mil pedazos, esparcía su contenido —tierra y los restos de unas camelias marchitas— sobre el parqué lustroso.

Un hilo de sangre, oscuro y pegajoso, brotaba de una herida en la sien de la ama de llaves, tiñendo de carmesí su cabello gris ceniza. El espanto, una certeza gélida, le subió por la espina dorsal, arrastrando consigo un sabor metálico a bilis. No había sido un accidente. Aquello era un ataque, un intento de silenciarla. La culpa, hiriente y punzante, se alojó en las entrañas de doña Sagrario, un ardor insoportable que superaba el susto.

Había desvelado secretos, había confiado en Lola, la había expuesto; ahora, el precio se cobraba de la manera más brutal. Los ojos ámbar de la archivista se posaron en la ventana entreabierta, por la que se colaba una ráfaga de aire helado. El asaltante había entrado y huido. La mano invisible del asesino se había manifestado. Y no tendría piedad.

La voz de doña Sagrario, rasposa y apremiante, atravesó los muros del pazo como un eco de alarma. No podía perder un instante. Necesitaba ayuda. La archivista no era médico, y la vida de Lola se escurría como arena. Con una urgencia que no recordaba haber sentido jamás, Sagrario se apresuró al salón, donde sabía que Jacobo y Valentina solían pasar la noche, abatidos por el vino y la tensión. No había tiempo para sutilezas. Entró sin llamar, la imagen de Lola inconsciente aún vívida en sus pupilas; su corazón, un tambor enloquecido, golpeaba en su pecho.

—¡Valentina! —la llamó, la voz rompiendo el tenue hilo de luz del alba que se colaba por los ventanales del salón—. ¡Lola! ¡Está…

herida!

Valentina, recostada en un diván con una manta de viaje sobre las piernas, se incorporó con una agilidad sorprendente, los ojos verdes esmeralda abiertos de par en par. La joven viuda, a pesar de su reciente duelo y el aislamiento del pazo, mantenía una compostura inquietante. Fue la primera en reaccionar, su mente ya en la tarea, ajena a la conmoción. Su pasado como enfermera se revelaba ahora como un rasgo decisivo, más allá de la sospecha inicial que Sagrario había concebido.

Jacobo, que roncaba ruidosamente en un sillón cercano, apenas se agitó con el alboroto, sumido en un sueño etílico y pesado. El Capitán Montero, que solía rondar la biblioteca o la sala de armas, tampoco se hizo presente; su ausencia, un silencio más en la cacofonía de la mañana. Valentina, con un movimiento grácil y resuelto, siguió a Sagrario sin hacer preguntas, el rostro una tabla de fría concentración, los labios carnosos apretados en una línea fina.

Cuando llegaron a la habitación de Lola, Valentina evaluó la escena con una mirada profesional, las manos expertas posándose sobre la sien sangrante de la ama de llaves. No hubo vacilación, ni un gesto de repulsión. La viuda, con una calma que asombraba a Sagrario, ordenó con voz baja y firme: —Un paño limpio y agua fría. Necesitamos limpiar la herida. Está respirando, pero el golpe es considerable. El pulso, débil.

Sagrario, oprimida por una ansiedad que le impedía articular palabra, se movió como un autómata, trayendo lo solicitado. Mientras Valentina trabajaba con una dedicación metódica, los dedos largos y esbeltos limpiando la herida con precisión, Lola emitió un gemido; sus párpados se agitaron con esfuerzo y, por un instante, los ojos marrones se abrieron, velados por el dolor y la confusión. La ama de llaves intentó levantarse, un temblor le recorrió el cuerpo, y un leve susurro escapó de sus labios agrietados, apenas inteligible,

pero que quedó impreso en la mente de Sagrario: —… la verdad… de Jacobo…

Luego, un estertor, y la cabeza de Lola volvió a desplomarse sobre la almohada, su cuerpo inerte de nuevo. La verdad de Jacobo. La confesión sobre su verdadera paternidad, sobre el chantaje de Don Gonzalo, sobre la ruina del padre biológico. El asesino había buscado silenciarla, no por lo que Lola sabía del método del envenenamiento, sino por los lazos invisibles que la unían al patriarca y a su hijo, lazos que ahora se revelaban mortales. Valentina se irguió, las manos manchadas de sangre, el rostro aún impasible, como cincelado en mármol.

—Debemos trasladarla a un lugar más cómodo —dijo Valentina, su voz sin apenas una fisura—. Y vigilarla de cerca. El pazo está aislado, no hay un médico. No sabemos la extensión del daño.

Sagrario asintió, las palabras de Lola resonando en su mente. Aquello no era solo un ataque, era la confirmación de un eslabón crucial entre la herencia de Jacobo y el móvil del crimen. La archivista sintió el peso de la culpa, una opresión fría sobre su pecho. Había sido ella quien, con su insistencia, había desvelado aquel secreto, y ahora Lola yacía entre la vida y la muerte por su causa. La urgencia se había convertido en una punzada constante, un aguijón en su conciencia.

Mientras Valentina, con una sorprendente fortaleza que desmentía su apariencia frágil, ayudaba a Sagrario a trasladar a Lola a una de las habitaciones de invitados más cercanas a la biblioteca, la archivista se permitió una breve inspección del modesto cuarto de la ama de llaves. El hallazgo confirmó sus sospechas. Los cajones de la cómoda estaban abiertos de par en par, sus modestas pertenencias revueltas sin miramientos.

Un rosario de cuentas de madera yacía desprendido de un crucifijo en la pared, su cadena rota. Los papeles de los estantes —fotografías antiguas y cartas amarillentas— se habían esparcido por el suelo como hojas secas en un vendaval. No había objetos de valor

robados, ni indicios de un hurto común. El agresor había buscado algo específico, algo que Lola custodiaba con celo, algo que el asesino no quería que Sagrario descubriera.

La verdad de Jacobo. La paternidad oculta. Los lazos de sangre. La archivista recogió una de las fotografías, un retrato en blanco y negro de un hombre joven con ojos amables: la imagen de Antonio, el padre biológico de Jacobo, que Lola había atesorado durante décadas. Aquello era lo que el asesino buscaba. La conexión entre Lola y Jacobo no era solo un secreto familiar, sino la pieza clave que desvelaría el verdadero móvil tras el asesinato de Don Gonzalo. El corazón de Sagrario se apretó.

La meticulosidad del agresor contrastaba con la violencia del ataque. No había dejado rastro palpable más allá del desorden y la sangre. La ventana, única vía de escape, no revelaba huellas frescas; la lluvia de la noche anterior había borrado cualquier evidencia. La mano invisible del asesino era experta en desaparecer, en desvanecerse como la niebla al sol. Sagrario dejó la fotografía de nuevo en el suelo, su mirada de ámbar fija en el caos, una mueca de rabia y desesperación marcando su semblante.

Aquella violencia, calculada y fría, era un aviso directo, no solo para Lola, sino también para ella. Era una advertencia inequívoca: quienquiera que estuviera al acecho en el pazo no dudaría en usar la fuerza para proteger sus secretos, para sofocar la verdad. El agresor no era un improvisador, sino un depredador que actuaba con conocimiento del terreno y una determinación brutal, un estratega que no temía mancharse las manos de sangre.

Una punzada de remordimiento, amarga y pesada, se asentó en el estómago de doña Sagrario mientras observaba el rostro pálido de Lola. Su decisión de presionar a la ama de llaves, de hurgar en sus confidencias más dolorosas, había precipitado el ataque. El asaltante no había intentado matar a Lola, sino silenciarla, buscar algo que la relacionara con Jacobo y la verdad de su origen. El asesino se sentía

acorralado, era manifiesto, y estaba dispuesto a todo por proteger su identidad.

Este hecho, sobrecogedor por su implicación, añadió un peso inmenso sobre los hombros de la archivista. Ya no era solo una cuestión de lógica y deducción; era una carrera contra la muerte. La urgencia por desvelar la identidad del criminal antes de que otra vida fuera segada se convirtió en su única prioridad. El pazo, con sus muros de piedra y sus sombras interminables, se había transformado en una prisión, un escenario donde la violencia era una presencia implacable y el aire mismo parecía cargar con el hedor del peligro.

Sagrario sabía, con una certeza que le erizó la piel, que el agresor no había abandonado el pazo. Se ocultaba entre ellos, observando cada movimiento, cada palabra, cada sospecha. La mano invisible estaba allí, respirando el mismo aire, compartiendo el mismo techo. Su intuición, forjada en años de desvelar verdades de viejos legajos, le gritaba que el peligro era inminente, real. El golpe a Lola era solo un preludio, una macabra advertencia.

La archivista ajustó sus gafas de carey; la mente, de nuevo clara, el corazón latiendo con una determinación acerada que combatía la culpa. Debía actuar, y rápido. La lógica, ahora más que nunca, era su única arma contra la oscuridad que acechaba. La búsqueda del «quién» del crimen no era ya una tarea intelectual, sino un imperativo de supervivencia.

La noticia del ataque a Lola provocó un torbellino de reacciones al ser comunicada. Jacobo, recién despertado de su estupor etílico, palideció al ver la sangre seca en el rostro de Sagrario y la urgencia en sus ojos. Un temblor nervioso le recorrió el cuerpo, las manos inquietas buscando un apoyo en el marco de la puerta. Murmuró algo ininteligible sobre «la pobre Lola» y «los peligros de la vejez», pero sus ojos verdes, antes huidizos, se fijaron en Sagrario con una mezcla de miedo y una culpa que la archivista no pudo desentrañar del todo.

Valentina, por el contrario, mantuvo una compostura asombrosa. Tras atender a Lola y asegurarse de que respiraba con regularidad, se lavó las manos con una frialdad casi mecánica, como si se librara de una mancha molesta. Su mirada esmeralda, penetrante y serena, no mostraba el menor atisbo de miedo, sino una curiosidad analítica, como si el ataque fuera un problema médico a resolver, no una amenaza personal. Su control era desarmante, casi inhumano.

Pero fue la reacción de Sor Ángela la que resonó con particular fuerza en Sagrario, como un golpe de gong en el silencio tenso. Al oír la noticia, la monja, que acababa de salir de la capilla con su rosario de madera entre las manos, se detuvo en seco. Su piedad habitual, su fachada de fe inquebrantable, se quebró. Los ojos grises, antes distantes y fríos, se abrieron con un temor manifiesto, una chispa de pánico que no pudo contener.

La mano que sostenía el rosario temblaba violentamente, y las cuentas de madera repiquetearon con una cadencia febril contra su hábito, como si su propia alma estuviera en peligro. Un gemido ahogado escapó de sus labios, y sus ojos se posaron en Valentina, no con la habitual indiferencia, sino con una mezcla de miedo, desconfianza y una velada acusación que no se atrevió a pronunciar. Aquella mirada, tan cargada de insinuaciones, no pasó desapercibida para Sagrario.

La monja parecía sugerir que la joven viuda, con su conocimiento de venenos y su pasado de enfermera, era la culpable. O quizás, con ese temor en los ojos, señalaba a Valentina como su cómplice, una verdad más oscura aún. La tensión en el aire se hizo casi cortante, como una presencia helada entre las dos mujeres.

Sagrario observó el intercambio; la mente, de nuevo un archivo, catalogando cada gesto, cada silencio. La monja, que había negado con tanta vehemencia su conocimiento del frasco de estricnina, ahora parecía apuntar directamente a Valentina. ¿Era una maniobra de distracción, un intento desesperado por desviar las sospechas de sí misma, ahora que su coartada estaba rota y su diario en manos

de Sagrario? ¿O era, en verdad, una acusación sincera, nacida del pánico que le había invadido? La archivista sintió un escalofrío al comprender el alcance de la manipulación del asesino.

El ataque a Lola no era un mero acto de violencia, sino una advertencia sangrienta, un recordatorio escalofriante de la proximidad del peligro. El asesino, inteligente, metódico y despiadado, no se detendría ante nada para proteger su secreto, para asegurar su impunidad. Con el «cómo» del crimen resuelto en su mente, Sagrario supo que la búsqueda del «quién» se había convertido en una carrera contrarreloj, una danza macabra donde la próxima víctima podría ser cualquiera.

Lola, la memoria viva del pazo, yacía inconsciente, su frágil vida pendiendo de un hilo. La archivista miró los rostros de los presentes: Jacobo, pálido y tembloroso; Valentina, impasible y circunspecta; Sor Ángela, con sus ojos llenos de miedo y desconfianza. El asesino estaba entre ellos, acechando en las sombras, dispuesto a golpear de nuevo. ¿Qué secreto tan valioso sabía Lola que el asesino intentó silenciarla?

¿Y la atacaron por su confesión sobre Jacobo, o por su testimonio sobre Sor Ángela? La respuesta se ocultaba en las sombras del pazo, y el tiempo se agotaba.

CAPÍTULO 23: LA SOMBRA DE ÁFRICA

El pazo se extendía bajo una tarde plomiza, el aire todavía pesado con la memoria del ataque a Lola, y con la culpa que mordía las entrañas de doña Sagrario. La archivista no había conciliado el sueño; el rostro de la ama de llaves, tendida en la habitación de invitados, la delgada línea de sangre en su sien y el susurro roto de «la verdad de Jacobo» se habían incrustado en su mente como esquirlas de obsidiana. La botella de licor de café, testigo mudo de una muerte tan ingeniosa como cruel, seguía sobre el escritorio de la biblioteca, un punto oscuro en la penumbra.

Sus ojos ámbar, enrojecidos por la vigilia, repasaban las notas de su cuaderno; cada palabra la acercaba un paso más al abismo. Necesitaba unir las últimas piezas del rompecabezas, desentrañar el entramado de enigmas antes de que el asesino, el que acechaba en los pasillos, atacara de nuevo. Unos golpes discretos, pero con una cadencia férrea, interrumpieron la quietud. No era el ritmo vacilante de una criada, sino el de un hombre habituado a la disciplina, a la orden.

—Adelante —dijo Sagrario, la voz apenas un hilo rasgado por la fatiga.

El Capitán Montero entró. Su silueta era erguida, los hombros rectos a pesar del peso visible que cargaba. La faz, surcada por las arrugas de la edad y la tensión de las últimas horas, parecía tallada en

granito. No obstante, sus ojos marrón oscuro, habitualmente firmes y distantes, destilaban una turbación inusual, una inquietud que iba más allá de la preocupación por la violencia que asolaba el pazo.

Sus manos, toscas y curtidas por los años de servicio militar, sostenían un sobre amarillento, frágil como la pátina de la memoria. Lo dejó sobre el ébano pulido de la mesa, no con la delicadeza que un documento antiguo merecería, sino con el gesto de quien se desprende de una carga insoportable, un fardo que le quemaba las palmas. El olor a papel viejo y a un tabaco rancio que se adhería a su uniforme de faena llenó el espacio, mezclándose con el aroma a cera y humedad de la estancia.

—Doña Sagrario —dijo el Capitán, su voz grave, un eco ronco que hizo vibrar el aire en la vasta estancia—. El ataque a Lola… No puedo permitir que el infierno de Gonzalo siga cobrando vidas inocentes. Esto… esto le explicará muchas cosas.

La mirada de la archivista se posó en el sobre. No había sellos, ni remitente externo. Lo intuyó al instante: era una copia, por la factura tosca del papel y la tinta que se había expandido levemente en algunos puntos, delatando una transcripción manual, cuidadosa pero sin la precisión de una oficina notarial. El aliento se le suspendió en la garganta, la expectación tensando cada músculo de su cuerpo.

La sombra de África, el secreto que Montero había susurrado entre la bruma, cobraba ahora una forma tangible, peligrosa. La urgencia, que ya le punzaba los sentidos, se agudizó hasta transformarse en una impaciencia casi febril. El Capitán, que hasta entonces había parecido el guardián de una verdad silente, se convertía ahora en un portador de pruebas y, quizás, en un eslabón vital con el asesino.

El pazo, pensó Sagrario, no era solo una prisión de piedra y niebla, sino un archivo viviente donde cada muro guardaba una verdad por descubrir, y cada habitante, un pergamino oculto en el alma.

Sagrario, con dedos finos y largos que la tinta antigua había vuelto casi transparentes, desdobló el papel. El pergamino, amarillento por el tiempo, exhaló un olor a olvido y humedad que se mezclaba con la cera de las velas y el aroma a incienso rancio del pazo. La letra, enjuta y precisa, era la de Don Gonzalo, inconfundible, pero la frialdad de su contenido heló el aire más que el desvelo de Sagrario.

No era una confesión, sino un informe, un recuento meticuloso de una traición. La carta detallaba, con una prosa impasible y desprovista de cualquier atisbo de remordimiento, cómo en el corazón de la selva africana, en una misión de exploración a principios de los años setenta, Don Gonzalo de Ulloa había abandonado a un grupo de sus hombres en medio de una emboscada. La misiva describía cómo, con una estrategia cruelmente calculada, había desviado la atención del enemigo, usando a sus propios soldados como escudo humano, para apoderarse de un cargamento de oro nativo.

Cada vocablo, cada punto y coma, era una puñalada al honor, a la lealtad, a la humanidad misma. No había un solo rastro de arrepentimiento en el documento, solo la calculada eficiencia de un hombre de negocios que priorizaba la ganancia por encima de la vida.

La traición, descrita con una crudeza que laceraba el sentido de la ética y la camaradería, no era solo militar, sino humana. Se leían los nombres de los hombres sacrificados, escritos con caligrafía fría, convertidos en meros objetos de un inventario mortal, su lealtad transmutada en moneda de cambio para la fortuna que, con el tiempo, forjaría el poder de los Ulloa. Montero, un joven oficial entonces, fue el único testigo, el brazo ejecutor de aquella ignominia, forzado a encubrir el crimen bajo la amenaza de la ruina y la deshonra total para su familia.

Su silencio, una carga que le carcomió el alma durante décadas, aseguró el ascenso de Gonzalo y la edificación de la opulencia del pazo. Cada línea era un golpe seco en el granito pulido de su

conciencia, una piedra más en el mausoleo de su honor. Aquel era el origen real, la raíz infectada de la herencia de los Ulloa. La riqueza no venía de tierras labradas ni de industrias nobles, sino de la sangre vertida en una tierra lejana.

La verdad de la carta era un veneno que el tiempo había macerado, y ahora Sagrario lo bebía a sorbos, sintiendo el amargor de la injusticia. Sus ojos ámbar se desviaron hacia el Capitán, quien observaba el rostro de ella como buscando un eco de su propio horror, de la corrupción que había cargado en su espíritu.

Montero, de pie junto a la chimenea apagada, observaba a Sagrario con la fijeza de una roca. La mirada de él, una mezcla de alivio por la confesión y vergüenza por el secreto que había guardado, se encontró con la de la archivista. Un suspiro áspero escapó de su pecho, un lamento ahogado por años de callar.

—Lola también lo sabía, doña Sagrario —confesó, su voz apenas un hilo, como si pronunciar aquellas palabras le costara un esfuerzo físico considerable, como si cada sílaba rasgara un nudo en su garganta—. Lo sabía todo. Don Gonzalo, en sus últimos años, se volvió más cauto, más paranoico. No confiaba en nadie. Solo en ella, en Lola.

Sagrario levantó una ceja, la mandíbula tensa, un ceño fruncido surcando su frente. La revelación no la sorprendió tanto como la confirmó.

—¿Lola? ¿El ama de llaves? ¿La mujer que ha sido un pilar en esta casa durante décadas?

—Sí. Lola era la sombra del finado, su confidente en los asuntos más oscuros del pazo. Se ocupaba de todo, de las cartas, de los documentos más sensibles. Era la única persona en la que Gonzalo depositaba su confianza para manejar esos asuntos… delicados. Él mismo se lo dijo una vez, con esa crueldad que usted conoció bien. «Lola —le dijo, según me contó ella—, usted es la única que sabe dónde está enterrado mi oro, y de dónde viene». Se lo confió a ella

para humillarla, para mostrarle el verdadero alcance de su poder sobre el mutismo de la mujer, sobre su vida. Para asegurarse de que nadie más supiera el origen de lo que él llamaba su 'legado'.

El pazo pareció encogerse, asfixiado por el peso de aquella revelación. La «verdad de Jacobo» y el secreto de África, dos hilos de una misma madeja, se anudaban con una lógica aterradora. Lola, la memoria viva de la casa, la guardiana silenciosa de todos los secretos de Don Gonzalo, había recibido el golpe no solo por su confesión sobre la paternidad, sino porque era un archivo andante, una biblioteca humana de la ignominia de los Ulloa. El Capitán se frotó la frente con una mano callosa, como si quisiera borrar las imágenes que se agolpaban en su mente.

—Sé que suena… imposible. Pero Lola, a pesar de su posición humilde, siempre fue la más discreta, la más leal. Y la única que podía acceder a los cajones privados de su patrón sin levantar sospechas. Recuerdo que Gonzalo le daba cartas a ella para que las guardase en un cofre que tenía en su habitación. Decía que «nadie buscaría allí», que «nadie vería en la oscuridad». Era el cofre más íntimo del patrón, el escondite para las verdades más viles.

Sagrario observó el documento, los detalles grabados con la precisión de un notario de la muerte. La historia se revelaba, no como un relato de héroes, sino como un catálogo de infamias. El ataque a Lola, entonces, no era un acto impulsivo, sino una ejecución calculada para silenciar una boca que sabía demasiado, una testigo incómoda que unía los hilos del pasado con los del presente. El ama de llaves había sido atacada por conocer la verdadera, la nauseabunda, fuente del poder de los Ulloa.

Una fuente que el asesino no quería que viese la luz del día. La archivista cerró los ojos un instante, asimilando el golpe, sintiendo un nudo de bilis en el estómago. La casa de Ulloa, pensó, estaba construida sobre huesos.

La archivista fue abrumada por el peso de aquella historia, una losa de inmundicia que se sumaba a la ya corrompida estirpe de los

Ulloa. «El pecado, como la humedad, siempre deja mancha», la frase de su abuela resonó en su mente con una claridad aterradora. Aquella mancha, sin embargo, era más antigua y profunda de lo que jamás había imaginado, nacida en la lejana tierra de África y extendida por los viñedos y las fortunas del Sil.

El Capitán Montero, hombre de honor, guardián de una traición ancestral, ahora era un sospechoso con un móvil tan poderoso como el de cualquiera de los herederos: no el dinero, sino la justicia, la venganza, el honor largamente negado a los caídos. Su mirada, fija en las sombras, en las llamas vacilantes que se reflejaban en los cristales de las ventanas, era la de un hombre que había cargado con una pesada cruz durante toda su vida, y cuyo rostro ahora mostraba el rastro de un alivio tardío.

—Mi honor… —murmuró Montero, casi para sí mismo, con la voz quebrada, un temblor que le recorría el cuerpo entero—. Mis hombres. Gonzalo los sacrificó a todos para el oro de su avaricia. Y yo… yo tuve que callar para salvar lo poco que me quedaba: la vida de mi familia. Él lo tenía todo. Todo. Y ahora, este… este ataque a Lola. Ella, que siempre fue un alma noble, a pesar de todo. Es como si el veneno de Gonzalo siguiera corroyéndolo todo, incluso después de su muerte.

Sagrario asintió, su rostro una máscara de concentración. La posibilidad de que Montero hubiera actuado por justicia moral, por la liberación de su conciencia, era ahora abrumadora. Un móvil de venganza que lo absolvía de la avaricia, pero lo culpaba del asesinato. Sin embargo, la mirada de la archivista no se detuvo en el Capitán. Su mente volaba, buscando las piezas que aún no encajaban. Un hombre como Montero, con un código de honor tan rígido, ¿sería capaz de atacar a Lola, la ama de llaves, la mujer que también era víctima del chantaje y del mutismo?

Había algo que no encajaba en aquel entramado. El Capitán, inmerso en su dolor, parecía incapaz de una violencia tan indiscriminada, tan cobarde. La archivista tenía que ir más allá.

Jacobo, al ser confrontado con la carta, no reaccionó con la explosión de ira que Sagrario había previsto, sino con una negación furiosa, una cascada de adjetivos despectivos que apenas lograron ocultar el pánico. Sagrario lo encontró en el salón, bebiendo brandy con una mano temblorosa, la mirada vacía sobre el busto de su padre que presidía la estancia, como si buscara en el mármol una confirmación que no llegaría.

—¿África? ¿Oro? ¿Traición? —repitió Jacobo, sus ojos verdes, ya turbios por el licor, se dilataron con incredulidad, un brillo febril que delataba su miedo—. Doña Sagrario, no sé de qué me habla. Mi padre… mi padre era un hombre de negocios, sí, pero honrado. Un Ulloa no… no haría algo así. Esto es una infamia. Una calumnia barata.

Su voz se quebró, no por dolor, sino por la vergüenza insoportable, por la amenaza que aquella historia suponía para su propia identidad, para el apellido que tanto había codiciado. La herencia que esperaba, el lujo que lo rodeaba, el mismo linaje que lo definía, todo se cimentaba en la sangre de inocentes, en la vileza de un padre que él creía todopoderoso y justo, intachable. El brandy, pensó Sagrario, era su escudo, pero la verdad era una flecha que lo atravesaba.

—Los documentos hablan por sí solos, Jacobo —replicó Sagrario, sin elevar la voz, su mirada fija en la del joven, implacable, una luz fría en sus ojos ámbar—. Tu padre no solo te desheredó, sino que la fortuna de la que esperabas vivir siempre ha estado manchada. Manos manchadas de sangre, Jacobo. Las tuyas, también, lo están, por el mero hecho de beneficiarte de ella.

El joven Ulloa se levantó de golpe, la silla raspando el suelo con un grito estridente que se perdió en la alta bóveda del salón. El rostro, antes pálido, se tiñó de un rojo furioso, sus mejillas se encendieron.

—¡Es mentira! ¡Una calumnia de Montero! ¡Él odiaba a mi padre! ¡No le crean! ¡Son papeles viejos, sin valor! ¡Pura invención!

Pero la negación de Jacobo era una cáscara vacía, una fachada que se desmoronaba ante la corrupción. El temblor en sus manos se acentuó, el cristal del vaso repiqueteó contra sus dientes, un sonido agudo y desesperado. Aquella revelación no era solo un ataque a la memoria de su padre, sino a la base de su propia existencia, a la legitimidad de su apellido y a su derecho a ser un Ulloa. Era la deshonra más profunda, el eco de un pecado que lo arrastraba al abismo.

Sagrario lo observó con una piedad fría. No era el culpable de esa traición, pero se había beneficiado de ella. Y ahora, tenía que vivir con la verdad, con la vileza de su linaje. El peso de un legado corrompido era, a veces, peor que el castigo.

La archivista observó al Capitán Montero, un hombre de honor roto, y a Jacobo, el heredero con un linaje manchado. La carta de África se erguía como un monumento a la vileza, un testimonio mudo de los cimientos oscuros de la fortuna Ulloa. La traición de Don Gonzalo en la selva, la sangre derramada, el oro mal habido… todo se conectaba en una red de iniquidad. La justicia, pensó Sagrario, podía tardar décadas, pero al final siempre encontraba su camino, arrastrando a su paso a todos los implicados.

El Capitán, incapaz de soportar más el lastre de su conciencia, había revelado una verdad largamente sepultada que ahora lo convertía en un sospechoso muy creíble. Su móvil era de una pureza que helaba la sangre: venganza por el honor mancillado, justicia para los caídos. Pero un hombre así, ¿se rebajaría a golpear a una anciana, a Lola, la ama de llaves, una mujer que también había sido víctima de los Ulloa?

El método del envenenamiento en la botella sellada, la astucia de la jeringuilla… no cuadraba con la rectitud militar, con la franqueza, aunque brutal, de Montero. Su código de honor, aún herido, ¿le permitiría un acto tan cobarde? La sombra de África se cernía sobre el pazo, un manto oscuro que ocultaba más verdades, más

traiciones. Sagrario apretó los labios, su mente ya dibujando nuevas rutas de investigación.

El asesino, el verdadero asesino, aún seguía oculto, respirando el mismo aire viciado de los secretos de los Ulloa. La archivista sabía que debía buscar más allá de la confesión, más allá del dolor evidente de Montero, para desvelar el núcleo de la oscuridad que había consumido a Alborada. La clave no solo residía en quién había matado a Gonzalo, sino en quién se beneficiaba de la persistencia de aquella ignominia ancestral.

CAPÍTULO 24: EL ERROR DE LA FE

El Pazo de Alborada, a pesar de que las ráfagas del vendaval habían cedido su furia contra los muros de granito, seguía siendo una fortaleza de silencio. En la biblioteca, la luz amarillenta de la lámpara de aceite dibujaba círculos temblorosos sobre las pilas de pergaminos y legajos que Sagrario había arrastrado hasta la gran mesa de lectura. La archivista, con sus gafas de carey apoyadas sobre la punta de la nariz, se sentía una exploradora perdida en un yermo de papel, cada hoja una posibilidad remota, cada sello un testimonio mudo de vidas olvidadas.

El peso del pequeño matraz vacío, aún escondido en un bolsillo interior de su chaquetilla de tweed, y el diario de Sor Ángela, envuelto en un paño en la gaveta más profunda, le recordaban la urgencia que la impulsaba. Lola, en la habitación de invitados, aún se debatía en un sueño opaco, la respiración superficial, un hilo frágil que la unía a la vida. Su estado reverberaba en la mente de Sagrario, un tañido constante que le recordaba que el asesino no descansaba. La memoria de la ama de llaves, último reducto de su cordura, pendía de una verdad que ahora parecía imposible de arrancar de la piedra y del tiempo.

Sagrario sentía el tiempo agotarse, un latido sordo en sus sienes. El atacante de Lola, seguramente el mismo que había irrumpido en su

biblioteca, estaba entre ellos, acechaba, dispuesto a silenciar cualquier voz que se alzara contra los secretos del pazo. Sabía que cada segundo de inactividad era un resquicio abierto, una concesión al mal que se enrarecía en aquellos muros vetustos. Sus dedos, largos y finos, manchados de tinta antigua, recorrían con una prisa febril los lomos de los volúmenes, buscando no la historia oficial, sino los susurros, las interrupciones, los espacios en blanco que la familia Ulloa había querido borrar.

El rastro de África, la confesión del Capitán Montero y la furia de Jacobo eran piezas que habían fracturado el velo. Aun así, Sagrario sentía una raíz más profunda, un nudo que conectaba todas las miserias de la estirpe Ulloa. La reacción de Sor Ángela al ver a Lola herida, esa mirada cargada de un miedo cerval y una desconfianza palpable hacia Valentina, se negaba a abandonar su memoria. Había un urdimbre oculta en la historia de la monja, algo que el diario no revelaba por completo, pero insinuaba con vehemencia.

La archivista se sumergió en las cajas más antiguas, aquellas que contenían registros parroquiales, actas de nacimiento y de defunción de los últimos cien años. Eran documentos que la propia familia, con su orgullo ciego, había considerado insignificantes. No buscaba grandes revelaciones, sino las pequeñas imperfecciones, las enmiendas, los borrones de la historia, las huellas dactilares del pecado que, como la humedad, siempre dejaban una marca, por diminuta que fuera.

Sus dedos, habituados a la textura del papel añejo, pasaban con delicadeza por cada margen, cada rúbrica, cada línea escrita con la tinta que el tiempo había vuelto sepia. El silencio del pazo se rompía solo por el roce de las páginas, un murmullo constante que, para Sagrario, era la voz de los ancestros, susurrando sus verdades a través de las décadas. La fatiga le pesaba en los hombros, un sudor frío le perlaba la frente, pero sus ojos ámbar, incansables, persistían en su tarea.

La verdad, lo sabía, no se escondía en los lugares obvios, sino en los rincones más oscuros de lo olvidado, en las pequeñas traiciones que con el tiempo se convertían en cimientos de grandes fortunas y mayores desgracias. La bruma que se colaba por las rendijas de los ventanales no era más densa que la que cubría los viejos secretos de Alborada.

El descubrimiento llegó cuando las primeras luces grises de la mañana se filtraban por los ventanales enrejados, tiñendo de azul la atmósfera polvorienta de la biblioteca. Un legajo raído, con la encuadernación de piel roída por los años y una etiqueta apenas legible que rezaba «Actas Parroquiales de Santa María de Alborada, 1940-1950», crujió en sus manos. En la página cincuenta y siete, entre una caligrafía elaborada y florituras que apenas disimulaban la prisa del notario, Sagrario encontró un acta de bautismo fechada en 1945.

Sus ojos se clavaron en ella. Era el acta de una niña, registrada con el nombre de Ángela de Ulloa y Alborada, la misma Sor Ángela que ahora vivía entre ellos, enjaulada en su propia piedad. Pero no fue eso lo que le cortó el aliento. En el margen inferior, casi invisible si no se buscaba con un ojo experto, una pequeña enmienda, hecha con tinta de diferente tonalidad y una caligrafía menos segura, había sido añadida con posterioridad. Un nombre había sido tachado y reemplazado. El documento original hablaba de un niño, no de una niña.

Las palabras se le atascaron en la garganta. Sintió un nudo frío. En lugar del nombre inicial, apenas legible bajo el raspado de la pluma, se leía ahora «Manuel», hijo de «campesinos de la parroquia de Codosero». La fecha de nacimiento del infante, sin embargo, era idéntica a la fecha de bautismo de la joven Ángela de Ulloa, registrada como la «padrina» del tal Manuel. El corazón de Sagrario se disparó, un tambor desbocado en sus costillas.

El rastro del original, apenas perceptible, la llevó a una palabra cubierta con destreza: «ilegítimo». Un hijo. Ángela, la monja de ojos

grises y mirada distante, había tenido un hijo en su juventud, un «escándalo» que Don Gonzalo había manipulado hasta el punto de borrarlo de los registros. El niño había sido entregado, ocultado entre la humildad de los labradores de Codosero, a apenas unos kilómetros del pazo.

El rastro era casi perfecto, una obra maestra de la manipulación familiar, pero el tiempo y la curiosidad de Sagrario habían desvelado la herida. La luz de la lámpara parpadeó y, por un instante, el pasado pareció cobrar vida en el pergamino, un grito silencioso que se había mantenido cautivo durante décadas.

Los dedos de Sagrario temblaron y, por un instante, la hoja amarillenta pareció encogerse, una piel quemada por el fuego de la verdad. Allí estaba la evidencia, el nudo gordiano que anudaba el pasado de Sor Ángela con la crueldad de Don Gonzalo. El hombre, el patriarca, no solo la había chantajeado con un "escándalo" difuso, sino con la existencia de su propio hijo, la vergüenza más íntima de su juventud.

Las palabras fluyeron en la mente de Sagrario, formando un mosaico de opresión y sufrimiento. Don Gonzalo había utilizado la existencia de aquel vástago ilegítimo, la posibilidad de su exposición pública y la deshonra eterna, para forzar a la joven Ángela a tomar los hábitos, a enterrarse en un convento y a renunciar a una vida que ella no había elegido. La piedad que Sor Ángela había exhibido durante décadas, su rigidez, su silencio, no eran fruto de una vocación divina, sino de una prisión impuesta; una herida del alma que Don Gonzalo había mantenido abierta con un veneno constante.

Su vida personal había sido aniquilada, su amor prohibido, su hijo arrancado de sus brazos; todo por preservar el falso honor de un apellido ya corrompido. La comprensión de esta ignominia se asentó en Sagrario con la pesadez del plomo. El aire de la biblioteca se volvió denso, cargado con el lamento silencioso de una vida truncada, un sacrificio impuesto en el altar de la reputación Ulloa.

La conexión era diáfana en su brutalidad. La monja, más que una simple sobrina resentida, era una víctima, un alma atormentada por la tiranía de su tío. El deseo de «silenciar» a Don Gonzalo no era una mera venganza por un testamento desfavorable, sino la liberación de una cadena que la había mantenido cautiva durante toda su existencia adulta. La coartada hecha añicos, el botón de su hábito, las cenizas en su chimenea; todo cobraba un sentido nuevo, más profundo, más humano.

Si Sor Ángela había sido capaz de ocultar un hijo y manipular los registros con la ayuda de su tío —o quizás en contra de su voluntad, pero bajo su influencia—, entonces poseía la astucia y la frialdad necesarias para planear un asesinato tan metódico como el del licor de café. La piedad de la monja era una fina tela de araña que ocultaba una voluntad de hierro, una desesperación forjada en años de sufrimiento. La tristeza por su tragedia se mezclaba con una sombra helada de alerta.

Aquel móvil, tan visceral, tan enraizado en el desgarro materno, convertía a Sor Ángela en una fuerza silenciosa y brutal. Sagrario sintió un escalofrío que le erizó el vello de la nuca. La compasión que había sentido por la joven Ángela, sometida a tal crueldad, se tiñó de un matiz gélido. La monja, pensó, era un abismo de secretos y su silencio, un escudo tras el cual se había forjado una venganza implacable.

Mientras Sagrario procesaba esta revelación, un leve crujido la hizo girar. Lola, la ama de llaves, estaba de pie en el umbral de la biblioteca, apoyada en el marco de la puerta. Su rostro, surcado por arrugas de dolor y tiempo, estaba más pálido de lo habitual, y sus ojos, aún algo velados por el golpe, reflejaban una lucidez tenue. Con su mano izquierda, se aferraba con fuerza a un pañuelo de cuadros, como si fuera un ancla en un mar de incertidumbre.

Su pierna derecha se arrastraba ligeramente, un signo mudo de su fragilidad reciente. Había despertado o, al menos, había recobrado la suficiente conciencia para levantarse y buscar a Sagrario. La

archivista notó la determinación en la mirada de Lola, una chispa que antes había estado ausente, reemplazada por el estupor de la agresión. El miedo, aunque presente, cedía paso a una necesidad imperiosa de hablar, de desahogarse de la carga que llevaba décadas oprimiéndola.

—Doña Sagrario… —su voz era un susurro ronco, apenas un hilo de aire que se quebraba con cada palabra—. La encontré… el acta…

Los ojos ámbar de la archivista se posaron sobre ella, una mezcla de alivio y una apremiante expectación. La anciana se acercó, ofreciéndole un brazo para que se apoyara, sintiendo la delgadez temblorosa de la mujer. Lola había venido a buscarla. Sagrario sabía que la anciana guardaba las memorias más profundas del pazo, aquellas que los papeles, incluso los manipulados, no podían revelar por completo.

—Lola, siéntese. ¿Qué sabe usted de esto? —preguntó Sagrario, señalando el acta de bautismo con un dedo. El miedo en los ojos de Lola se había transformado ya en una necesidad desesperada de confesar.

La anciana ama de llaves se dejó caer en el sillón de cuero, su mirada perdida en la página amarillenta. Un temblor incontrolable recorrió su cuerpo.

—Fue… fue lo más cruel que Don Gonzalo hizo —comenzó Lola, su voz apenas audible, como un murmullo arrancado de las profundidades de un pozo—. La pobre Ángela… Era una chiquilla. Se enamoró. De un peón, Antonio era su nombre. Un buen mozo, trabajador. Pero Don Gonzalo… no podía tolerar la mancha en su sangre. El escándalo. Cuando el niño nació, ella intentó esconderlo, pero él… él se enteró.

Lola se llevó la mano a la boca, una lágrima solitaria abriéndose paso por una mejilla surcada. El rostro de la monja, en aquel entonces, había estado lleno de miedo, de vergüenza, de

desesperación. Un amor prohibido, una vida que no cabía en los estrictos cánones de los Ulloa.

—La obligó —continuó Lola, con un esfuerzo visible, la garganta reseca—. La obligó a entregar al niño a los campesinos de Codosero. Y a tomar los hábitos. Ella… ella lo suplicó, se arrastró, pero él fue inflexible. Dijo que un Ulloa no podía permitirse tal deshonra. Y que si se negaba, él mismo la expondría a ella y al niño, la arruinaría para siempre. La hundiría en el fango.

Un estremecimiento recorrió el cuerpo de Lola. La monja, la joven Ángela, había intentado borrarlo todo: su amor, su hijo, su vida. El peso de ese secreto había sido una condena perpetua, una herida que Don Gonzalo había sabido cómo mantener supurante. Lola, entrecortada, confirmó cada detalle del «escándalo»: la juventud de Sor Ángela truncada, el amor prohibido convertido en un arma. Un hijo entregado, una vida dedicada a una fe que no había elegido.

El velo no era solo un símbolo de piedad, sino una mortaja para sus deseos más profundos. El relato de Lola fue un zarpazo más, la confirmación de la crueldad que Don Gonzalo había ejercido sobre todos los que le rodeaban, tejiendo una red de dolor y humillación que ahora, con su muerte, comenzaba a deshilacharse, pero dejando al descubierto heridas aún sangrantes.

La archivista había desvelado la telaraña de chantajes de Don Gonzalo, una intrincada urdimbre de vileza que se extendía por generaciones. La monja no solo albergaba un móvil de venganza, sino una sed de liberación total, de limpiar la mácula de un pasado que no la había dejado respirar. Pero si Sor Ángela era, en efecto, la asesina, ¿cómo encajaban en este tapiz de crueldad el pequeño matraz de cristal vacío y la estricnina, hallados en el cuarto de costura?

Sagrario necesitaba conectar su coartada rota con este conocimiento químico, con la astucia del método del veneno. ¿Y qué papel, en este enmarañado juego de secretos y venganzas, desempeñaba Valentina, la mujer de ojos esmeralda y temple de acero, cuya calma

seguía siendo un misterio insondable? La noche transcurría, y la verdad, un laberinto con demasiados vericuetos. No obstante, ahora, el rostro de Sor Ángela se alzaba, terrible y humano, al frente de sus sospechas.

¿Quién fue el hijo de Sor Ángela y por qué Don Gonzalo lo usó para chantajearla? ¿Llevó la desesperación de la monja por esta verdad a la muerte de su tío?

CAPÍTULO 25: EL RETRATO OLVIDADO

El pazo, bajo el manto denso de la madrugada del sexto día, era un organismo de sombras. Doña Sagrario avanzó por los pasillos, el haz de su linterna bailando sobre los retratos ancestrales que parecían contener la respiración. El aire olía a moho, a cera antigua y a la persistente humedad que se filtraba en las entrañas de la piedra. Llevaba consigo la carga de una noche sin descanso, de revelaciones amargas y la certeza de un asesino aún a la caza.

Su mente, un archivo incansable, había repasado una y otra vez la confesión entrecortada de Lola, el acta de bautismo manipulada de Sor Ángela y la verdad de un hijo arrebatado, el corazón destrozado de una monja condenada a la piedad. Pero el matraz vacío de estricnina, la carta de África del Capitán Montero, el fraude de Jacobo; todos eran eslabones de una cadena que aún no cerraba. Necesitaba más.

Más que la venganza evidente de Sor Ángela, más que la codicia de Jacobo o el honor herido de Montero. Los Ulloa no eran un simple nido de víboras; eran una ciénaga con corrientes subterráneas más profundas, más antiguas. La intuición, esa fiel compañera que la había guiado a través de siglos de manuscritos, le decía que las respuestas no estaban solo en los dramas recientes, sino en los ecos lejanos, en las grietas del tiempo que se acumulaban en el desván.

El desván era un universo aparte, una cápsula del tiempo donde los objetos de la estirpe de Ulloa, arrumbados y polvorientos, aguardaban su redescubrimiento. La escalera de caracol, de madera gastada y con peldaños que gemían bajo su peso, se alzaba como un pasaje a otro siglo. Cada crujido era un lamento del pasado. Arriba, el aire era más frío, más rancio, estancado entre los muebles cubiertos con sábanas blancas, espectros silenciosos que aguardaban su resurrección.

Los hilos de telaraña se prendían en su moño plateado, y el olor a naftalina se mezclaba con el de la madera vieja y el óxido. La archivista avanzó, iluminando con su linterna los contornos borrosos de baúles de viaje, sillas cojas y armarios huérfanos. Su búsqueda no tenía un objetivo definido, más allá de la pura curiosidad que empujaba al paleógrafo a hojear un códice sin título. Las respuestas, a menudo, se escondían en los rincones más inesperados, en los objetos despreciados por la historia oficial.

Sus ojos ámbar, incansables, escudriñaban cada sombra, cada montículo bajo las sábanas, cada repisa cargada de olvido. Unas cajas de cartón, apiladas en un rincón apartado y sin etiqueta alguna, llamaron su atención. Parecían haber sido colocadas allí con prisa, sin el orden que los criados solían imponer al abandono. Al abrirlas, una bocanada de polvo y un olor a papel amarillento la envolvieron.

Entre un cúmulo de periódicos viejos, ropa de cuna apolillada y juguetes rotos, halló un álbum de tapas de terciopelo verde, gastado en las esquinas. Sus dedos finos se deslizaron por la superficie rugosa, abriéndolo con el pulso ligeramente acelerado. Páginas de cartulina negra, repletas de fotografías en blanco y negro, contaban una historia muda de bailes, meriendas campestres y rostros de una Galicia ya extinguida. Y entonces, la vio.

En medio de una página, una fotografía destacaba, su blancura oxidada casi cegadora bajo el rayo de la linterna. La imagen mostraba a una mujer joven, de una belleza que superaba la

imperfección del tiempo y el blanco y negro. Sus ojos, profundos y oscuros, miraban directamente al objetivo, con una chispa de desafío que trascendía el papel. Su cabello, un torbellino de rizos salvajes, enmarcaba un rostro de facciones delicadas, un mentón decidido y unos labios carnosos que parecían a punto de esbozar una sonrisa irónica.

La sorpresa golpeó a Sagrario con la fuerza de un resorte. No podía ser. La mujer de la foto era la viva imagen de Valentina. Cada rasgo, cada curva, cada matiz del gesto era idéntico. Un escalofrío seco le erizó la nuca. ¿Un simple parecido? Imposible. Era Valentina, la viuda de Don Gonzalo, pero veinte, quizá treinta años más joven. Sus dedos, manchados de tinta antigua, temblaron ligeramente al pasar a la fotografía contigua, donde la misma mujer aparecía sonriente, esta vez del brazo de un joven Don Gonzalo de Ulloa, con su imponente presencia, pero despojado de la dureza que el tiempo y la avaricia le habían cincelado.

Él le sonreía, una expresión genuina que Sagrario nunca le habría atribuido. Eran amantes. La evidencia era innegable, grabada en el papel de la memoria. La archivista no pudo evitar que un gemido quedase atrapado en su garganta. El pecado, pensó, siempre encontraba la forma de regresar.

La imagen era inquietante, una réplica fantasmal que se alzaba desde el pasado. Sagrario cerró los ojos, intentando encajar la pieza en el puzle macabro que Don Gonzalo había dejado. Sabía, por los murmullos de los viejos criados y las entradas dispersas en los libros de registro del pazo que había consultado en su juventud, que Don Gonzalo había tenido una amante en su juventud. Una mujer de una belleza arrebatadora, sí, pero de origen humilde, a la que la familia Ulloa había apartado de su lado con crueldad.

Y recordaba, con una punzada en la memoria, los rumores que habían circulado años más tarde, cuando la joven murió en lo que se calificó de "accidente" en las cercanías del río Sil. Demasiado conveniente, demasiado silencioso para la implacable justicia de la

naturaleza. Los Ulloa siempre habían tenido una forma particular de silenciar lo que no les convenía. Una historia turbia, apenas un eco en los viejos papeles, que había quedado enterrada bajo la pátina del tiempo y el orgullo familiar.

Doña Sagrario levantó la foto, observando los ojos en blanco y negro de la mujer, esa mirada tan idéntica a la de Valentina. Si aquella mujer era la madre de Valentina, si la viuda era en realidad la hija de una amante despechada y asesinada, entonces el móvil del crimen de Don Gonzalo de Ulloa tomaba una dimensión completamente distinta, más profunda que el mero dinero o el chantaje. No era solo la herencia lo que estaba en juego, sino una venganza ancestral, un acto de justicia poética que se había gestado en el silencio de las décadas.

La idea le produjo un cosquilleo en el cerebelo. ¿Podría ser Valentina la hija de aquella mujer, buscando vengar la vida y la muerte de su madre, suplantando su identidad, o al menos, usando su parecido para infiltrarse en la vida del hombre que destruyó a su progenitora? La frialdad de Valentina, su calma en medio del caos, su presencia misma en el pazo, se presentaban ahora bajo una luz más sombría, cargada de un propósito secreto.

Sagrario guardó la fotografía entre las páginas de su cuaderno de notas, el pulso acelerado. Necesitaba confirmar esa intuición. Necesitaba un testigo del pasado.

El desván, frío y húmedo, ahora se sentía cargado de una expectativa eléctrica. Sagrario bajó las escaleras con una lentitud que disimulaba la urgencia de su mente. Encontró a Jacobo y Valentina en el salón, donde aún humeaban las cenizas de la chimenea. Jacobo, pálido y con los ojos verdes enrojecidos por el alcohol y la falta de sueño, se encogía en un sillón, mientras Valentina, imperturbable, repasaba un viejo ejemplar de botánica medicinal. La archivista se acercó, la fotografía aún guardada, un as bajo la manga.

—Jacobo —dijo Sagrario, su voz baja, casi inaudible—. Necesito su ayuda con algo.

Jacobo levantó la vista, su rostro surcado por la desconfianza. Valentina, sin levantar la cabeza del libro, escuchaba con un oído aguzado, lo sabía Sagrario. La archivista extrajo con lentitud la fotografía del álbum, observando la reacción de Jacobo antes de siquiera enseñársela por completo. El hombre tragó saliva, sus manos inquietas que a menudo se frotaban la barbilla, se detuvieron en seco.

—¿Qué es eso, Sagrario? —preguntó, con un tono irritado.

Sagrario le tendió la foto. Jacobo la tomó con dedos temblorosos. Sus ojos verdes se posaron en el rostro de la mujer. Al principio, una expresión de confusión, luego, un reconocimiento. Y finalmente, un estupor que le blanqueó el rostro. La sangre pareció abandonar su piel.

—No… —murmuró Jacobo, su voz apenas un suspiro de asombro—. No puede ser…

La sorpresa en sus facciones era genuina, una bofetada de realidad que lo dejó sin aliento. Valentina, que había levantado la vista y había seguido el intercambio con una curiosidad profesional, giró la cabeza para mirar la fotografía entre las manos de Jacobo. Un músculo apenas perceptible se contrajo en la mandíbula del joven Ulloa. La imagen que le tendía Sagrario era de su padre, joven, sonriendo con una felicidad que el Jacobo adulto no había conocido, del brazo de la mujer de la fotografía.

—¿Quién es ella, Jacobo? —preguntó Sagrario, la mirada fija en el rostro del joven.

Jacobo desvió los ojos de la imagen, con un esfuerzo visible, como si la foto quemara sus retinas.

—Es… era Eva. La… la amante de mi padre —respondió, su voz áspera, cargada de una mezcla de vergüenza y resentimiento—.

Murió hace muchos años. Un accidente, dijeron. Pero… pero siempre se rumoreó…

Su mirada se cruzó con la de Valentina, un destello de una extraña sospecha en sus ojos. Eva. La mujer de la foto. La imagen que el tiempo había borrado de la memoria oficial de los Ulloa. Los rumores, siempre presentes en las grietas del pazo, ahora cobraban una forma definida, inquietante. La verdad de los Ulloa, como el desprendimiento, seguía liberando su peso oculto. La conexión entre Valentina y el pasado de Don Gonzalo se alzaba, terrible y convincente.

Sagrario observó a Jacobo, el cambio en sus ojos era manifiesto. La rabia inicial, la negación de su propio linaje corrompido, se había transformado ahora en un temor primordial, un escalofrío que no provenía de las corrientes del desván, sino de la revelación de un vínculo que superaba el mero parecido físico. Los dedos finos y largos de la archivista volvieron a acariciar la superficie de la fotografía, el rostro impasible de Eva, tan similar al de Valentina, se había convertido en un interrogante latente, en una advertencia.

El pasado no moría, solo se ocultaba bajo capas de olvido y se acumulaba como el polvo en los desvanes. Y a veces, como ahora, regresaba con un rostro familiar para reclamar su deuda. La posibilidad de que Valentina fuera en realidad la hija de Eva, la amante muerta de Don Gonzalo, era una hipótesis que alteraba por completo la balanza de los móviles. No se trataba solo de la exclusión del testamento o de la avaricia, sino de una venganza urdida con la paciencia de las arañas, una justicia clandestina que había tardado décadas en materializarse.

La mente de Sagrario, un laberinto de deducciones, comenzó a trazar nuevas rutas, a conectar hilos invisibles que se extendían desde el siglo pasado hasta el momento del brindis mortal. Si Valentina era hija de Eva, entonces su matrimonio con Don Gonzalo no había sido un capricho de la fortuna, ni una mera conveniencia, sino un acto deliberado, una intrusión calculada en el corazón mismo

del Pazo de Alborada. Y su calma, su aparente desapego, eran entonces la máscara de una voluntad de acero, forjada en el dolor y la injusticia de su progenitora.

La verdad era un río subterráneo que fluía bajo la casa, arrastrando consigo los huesos de secretos inconfesables, y la imagen de Eva era la boca de ese río.

La aparición de la fotografía había sido un golpe de mazo en el silencio tenso del salón. Jacobo, aún con la palidez instalada en su rostro, mantenía la mirada clavada en Valentina. La viuda, ajena a los susurros de Eva, o al menos así parecía, cerró su libro de botánica con un chasquido. Un sonido seco que resonó en el aire cargado. Sagrario, con el pulso firme, le tendió la fotografía. Valentina la tomó, sus ojos verdes esmeralda examinando la imagen con una frialdad casi clínica.

No hubo sobresalto, no hubo un cambio brusco en sus facciones perfectas. Solo una ligera elevación de una ceja, un gesto que Sagrario notó con precisión de cirujano.

—¿Y esto qué es? —su voz era serena, controlada, pero Sagrario detectó un matiz de hierro bajo la seda, una tensión apenas perceptible en la garganta.

—Es una antigua amante de Don Gonzalo —explicó Sagrario, sin rodeos, observando cada micromovimiento del rostro de Valentina—. Una mujer llamada Eva. Su parecido con usted es… llamativo.

Valentina alzó la vista de la foto, sus ojos fijos en los ámbar de la archivista.

—Muchas mujeres se parecen, doña Sagrario —respondió, y por primera vez en toda su investigación, Sagrario sintió una punzada de falsedad en su tono. Era sutil, casi imperceptible, pero estaba ahí, un desajuste en la melodía de su aparente indiferencia—. Es una casualidad. Yo nunca conocí a esa persona. ¿Por qué iba a interesarme el pasado amoroso de un hombre que ya no está?

Su sonrisa fue una línea fina, casi inexistente. Pero la forma en que sus dedos apretaron los bordes de la foto, con una fuerza que Sagrario juzgó excesiva para un simple parecido, no pasó desapercibida. Jacobo se irguió en su sillón, la mirada entrecerrada. La acusación estaba implícita en sus ojos.

—Mi padre no habló de Eva en años —dijo Jacobo, su voz áspera, recuperando algo de su habitual arrogancia, pero con un temblor nuevo—. Después de su… accidente.

Valentina se encogió de hombros, devolviendo la fotografía a Sagrario.

—El pasado es solo eso, Jacobo. Pasado. Debería usted concentrarse en el presente —su mirada se detuvo en el joven, una flecha envenenada—, y en su futuro, que no parece muy prometedor.

La tensión en el salón era ahora una entidad palpable, casi física. La calma de Valentina era la de un lago helado, bajo cuya superficie se agitaban corrientes oscuras. El parecido, el silencio de Don Gonzalo, los rumores de un "accidente", la inexplicable calma de la viuda… todo se unía en una nueva y potente red de sospecha que se enredaba en la mente de Sagrario, un desvío hacia una posible venganza atávica. ¿Era Valentina la sombra de Eva, regresada para cobrar una deuda ancestral?

El silencio se cernía sobre el pazo, pesado y cargado de las nuevas sombras que la madrugada había traído. Doña Sagrario guardó la fotografía de Eva, la que revelaba un rostro idéntico al de Valentina, la amante de juventud de Don Gonzalo, la mujer que había muerto en el misterio. Esta nueva pista, brillante y perturbadora, se había incrustado en su mente como una astilla de obsidiana. Era un *red herring*, una pista falsa diseñada para desviar el camino, o la revelación definitiva que cambiaba el curso de todo.

La archivista sabía que no podía descartar a Sor Ángela, con su dolorosa historia de chantaje y su fe rota. Ni al Capitán Montero, con su código de honor traicionado y su secreto africano. La niebla de la

intriga se espesaba, envolviendo el pazo en un manto de sospechas donde la verdad, un punto diminuto en el horizonte, parecía cada vez más cerca, pero a la vez, más oculta bajo las capas de mentiras. El tiempo se agotaba, y con cada revelación, la pregunta de quién era realmente el asesino se volvía más urgente, más aterradora.

CAPÍTULO 26: EL ÚLTIMO SECRETO

El crujido de la silla de Don Gonzalo en su despacho, un lamento de roble, se unía al quejido del viento que se colaba por las rendijas de las ventanas del Pazo de Alborada. La tarde del sexto día había traído una luz cobriza y débil, apenas un vestigio del sol, que se extinguía sobre los lomos de los viejos volúmenes apilados en el escritorio. Doña Sagrario, con sus gafas de carey suspendidas en la punta de la nariz, se inclinaba sobre los papeles personales del patriarca, una maraña de facturas, correspondencia comercial y recortes de prensa amarillentos.

Sus dedos, largos y finos, habituados a la caligrafía de siglos pasados, separaban con meticulosidad cada documento, buscando la hebra que conectase el hilo del crimen con la madeja de las mentiras familiares. El aire, denso y cargado con el olor a papel antiguo y a cera rancia, se le pegaba a la piel, un recordatorio constante de que cada objeto en esta casa era un testigo silencioso de una verdad que pugnaba por salir.

Sagrario repasaba mentalmente los hilos que se anudaban alrededor de Sor Ángela: el chantaje que la mantuvo prisionera en el convento, el hijo ilegítimo, el error en el acta de bautismo, el botón de sotana hallado en el salón, el olor a papel quemado en la chimenea de la monja y su nerviosismo al hablar del pasadizo. Algo no encajaba del

todo. El chantaje de Don Gonzalo, si bien cruel, siempre había sido un medio para controlar, no para aniquilar.

Sin embargo, la reacción de Sor Ángela al ser presionada sobre el pasadizo, su pánico, su mirada de desconfianza hacia Valentina, sugería una desesperación más profunda. La archivista recordó un murmullo que Lola había dejado escapar días atrás, mientras hablaban de Don Gonzalo: "Se deleitaba con las sorpresas". Aquella frase, tan trivial en su momento, ahora resonaba con una luz lúgubre. ¿Qué clase de sorpresa prepararía un hombre como Don Gonzalo para una víctima como Sor Ángela, a la que había atormentado durante décadas?

La respuesta heló su sangre. Sagrario se concentró en la correspondencia de Don Gonzalo. Entre una pila de cartas sin abrir y recibos bancarios, sus ojos ámbar se detuvieron en una pequeña libreta de tapas de cuero, apenas más grande que la palma de su mano. Era el dietario personal del patriarca, donde anotaba citas, gastos y, ocasionalmente, comentarios mordaces. En una página, con la letra inconfundible de Don Gonzalo, Sagrario encontró una serie de anotaciones crípticas: "Contacto impresor menor, Pontevedra.

Fecha de entrega: fin de mes. Título provisional: La Verdadera Devoción. Comentario: La beata conocerá su verdadera penitencia." Un escalofrío seco, sin precedentes, le subió por la espalda. No era el artículo en sí lo que había encontrado, sino la *intención* de su existencia, la huella de un plan metódico. Aquel hombre no solo chantajeaba; se deleitaba en la aniquilación de almas.

La archivista deslizó el dietario entre los legajos, un documento que pesaba más que cualquier testamento. El aire en el despacho se había enrarecido, como si el miasma de la crueldad de Don Gonzalo aún flotara entre los libros. Sagrario se dio cuenta de la magnitud del horror. No era un simple chantaje para mantener a Sor Ángela bajo su yugo; era una ejecución. Don Gonzalo no solo pretendía

retener el secreto, sino airearlo con saña, arrastrando a su sobrina a la ignominia pública.

Una humillación que, para una mujer de la férrea fe de Sor Ángela, con su obsesión por la rectitud moral y la opinión ajena, habría sido más devastadora que la propia muerte. La monja, supo Sagrario con una certeza que le clavó las sienes, no solo perdería su reputación, sino también su identidad, la única que había construido desde su ingreso al convento. La vida en el pazo, con su rutina monacal y su apariencia de piedad, era su única vía de escape de un pasado que la perseguía.

Si aquel artículo veía la luz, todo se derrumbaría. Su existencia se volvería un infierno terrenal, un juicio constante a manos de una sociedad implacable, sin el amparo del velo o la protección del convento. La penitencia de Don Gonzalo no era el purgatorio, sino la plaza pública.

En ese instante, la imagen de Sor Ángela, tan rígida y silenciosa, se transformó ante los ojos de Sagrario. Su piedad, antes una convicción, se revelaba ahora como una prisión construida con los ladrillos del miedo. El deseo de 'silenciar' a Don Gonzalo, que hasta entonces había sido un móvil de venganza fría, se convertía en una necesidad vital, una cuestión de supervivencia. La monja no podía permitirse que ese documento se publicara.

No podía permitirse que su tío viviera para llevar a cabo su última, y más cruel, treta. La lógica de Sagrario, afilada como un bisturí, cortó el velo de incertidumbre. Este no era un crimen de avaricia, ni de resentimiento por un desaire. Era un crimen de desesperación, urdido en la más profunda de las angustias, en el umbral de la aniquilación personal. La monja, que se había aferrado a su fe como a un clavo ardiendo, habría visto en el asesinato la única vía para extinguir el fuego purificador que Don Gonzalo había encendido.

El móvil estaba claro, rotundo, como una campana sonando a medianoche. No había margen para la duda, no quedaban sombras que empañaran la claridad de aquel descubrimiento. Los retratos de

los ancestros Ulloa, con sus miradas graves, parecían asentir desde las paredes. El pecado dejaba su huella, sí, pero la vergüenza, el miedo a la vergüenza pública, dejaba una cicatriz más profunda, una que llevaba a los hombres y mujeres a actos impensables.

Con el dietario aún caliente en sus manos, doña Sagrario buscó a Lola. Aunque su pierna aún se arrastraba ligeramente, la ama de llaves se había empeñado en volver a la cocina, buscando en la rutina una tregua para el dolor y el miedo. La encontró sentada en un taburete de madera, pelando patatas con una lentitud que delataba sus heridas. La venda en su cabeza, aunque limpia, recordaba la violencia sufrida.

Los ojos marrón oscuro de Lola, habitualmente llenos de una resignación silenciosa, ahora brillaban con una inquietud manifiesta. El aroma a patatas crudas y aceite de oliva llenaba el ambiente, un contraste extraño con la amargura del descubrimiento de Sagrario.

—Lola —comenzó la archivista, su voz apenas un susurro, pero con una firmeza que hizo que la ama de llaves levantara la vista—, dígame, ¿cómo era el ánimo de Don Gonzalo los días previos a su muerte? ¿Mencionó alguna vez alguna… sorpresa para Sor Ángela?

Los hombros de Lola se contrajeron, y un temblor, apenas perceptible, recorrió sus brazos. Sus manos, grandes y fuertes, detuvieron el movimiento de la cuchilla sobre la patata. Una gota de sudor frío se deslizó por su sien.

—¿Una sorpresa, dice, doña Sagrario? —murmuró, la voz ronca, una advertencia de su miedo. Sus ojos se fijaron en la archivista, escrutándola con una intensidad que casi traspasaba sus gafas. Era evidente que sabía más de lo que quería decir.

Sagrario no apartó la mirada.

—Sí. Algo que él planeaba, algo que la monja no iba a olvidar.

El pañuelo de cuadros de Lola, anudado bajo su barbilla, se movió con su deglución. Sus labios se apretaron en una línea fina, casi

invisible.

—Don Gonzalo… —empezó, luego se detuvo, como si las palabras se le atascaran en la garganta—. Él solía reír a solas en su despacho, sí. Y la noche antes del brindis… la noche de su muerte… lo escuché decir que Sor Ángela iba a tener una sorpresa. Una sorpresa que no iba a olvidar. Se relamía, sí. Disfrutaba con la idea. Decía que el mundo entero iba a saber la verdad de la beata. Que ya no habría velo que ocultara su... vergüenza.

Las últimas palabras de Lola, pronunciadas con una mezcla de horror y piedad, fueron un puñal en el corazón de Sagrario. La confirmación, tan cruda y brutal, zanjaba cualquier duda. Don Gonzalo se deleitaba con la humillación inminente de su sobrina. La "sorpresa" era el artículo anónimo, la aniquilación pública que Sor Ángela había evitado por un solo acto, uno decisivo: el asesinato. Los nudillos de Lola estaban blancos por la fuerza con la que aferraba el cuchillo.

Su mirada, una vez más, huyó de la de Sagrario, posándose en las sombras de la cocina, como si el fantasma de Don Gonzalo aún pudiera aparecerse para castigarla por su revelación. La conexión era innegable.

La tarde se estiraba, y la luz cobriza se desvanecía en un gris pálido. Sagrario regresó al despacho de Don Gonzalo. La archivista cerró el dietario, el roce del cuero un susurro macabro en el silencio de la estancia. Conectó la inminente destrucción de Sor Ángela con el hallazgo del frasco vacío de estricnina y el matraz de cristal en el cuarto de costura. Todo cobraba sentido, con una lógica implacable.

La monja, desesperada por evitar la humillación pública, habría buscado el veneno que Don Gonzalo, un hombre con vastos conocimientos de botánica y sustancias raras, seguro poseía o había adquirido. El cuarto de costura, un lugar apartado y de poco tránsito, se presentaba como el escenario perfecto para preparar el arma. Su coartada de la capilla, rota por el botón, el olor a papel quemado en su chimenea, su nerviosismo al hablar del pasadizo…

cada pieza encajaba en un rompecabezas de desesperación. La mente de Sagrario, un archivo viviente de la depravación humana, había ordenado los hechos con una claridad meridiana.

Los ojos ámbar de Sagrario, pequeños y penetrantes, recorrieron los rostros de los ancestros en los retratos de la biblioteca. Las figuras inmóviles parecían juzgarla, escudriñando su propia moralidad. 'El pecado deja marca', pensó la archivista, un eco de la sabiduría de su abuela, 'y el miedo a la vergüenza, una más profunda, una que lleva al alma a romper los muros más sagrados'. La monja había estado al borde del abismo, y Don Gonzalo la había empujado sin piedad.

Aquella acción era la clave final, el último eslabón de la cadena de eventos que habían llevado al brindis mortal. La sed de venganza del patriarca, la humillación planeada con saña, había encendido la chispa. El miedo atávico a la condena social, a la pérdida total de su dignidad y su refugio en la fe, había provocado el estallido. Sagrario cerró los ojos un instante, el peso de la verdad abrumándola.

La mente humana, con sus vericuetos y sus oscuros rincones, era un archivo mucho más complejo que cualquier manuscrito medieval. Allí se escondían los verdaderos venenos, aquellos que no se medían en miligramos, sino en el dolor de una vida truncada y la amenaza de una exposición pública. La archivista apretó el diario de Sor Ángela, que aún guardaba en su portafolios de cuero. Era el testimonio mudo de una vida de tormento y resignación. Y ahora, de la elección que la había convertido en asesina.

La tensión se había vuelto un nudo corredizo en la garganta de Doña Sagrario. Con el dietario de Don Gonzalo oculto en el portafolios, se dirigió al salón, donde la penumbra de la tarde ya había ganado la batalla a la escasa luz. Jacobo, Valentina, Sor Ángela y el Capitán Montero se encontraban dispersos, cada uno en su propio islote de silencio. Jacobo, con el rostro hundido en la exasperación, se frotaba las manos inquietas.

Valentina, serena en apariencia, repasaba las páginas de un libro de botánica con una curiosidad analítica, sus ojos verdes esmeralda un

velo para cualquier emoción. El Capitán Montero, erguido como un centinela, contemplaba el paisaje desdibujado más allá de los ventanales, su mandíbula cuadrada, fuerte, tensa. Pero fue Sor Ángela quien acaparó la atención de Sagrario. La monja, con el rosario entrelazado en sus dedos nudosos, se retorcía en su asiento, como si su hábito le quemara la piel.

Su rostro, habitualmente marmóreo, estaba pálido, y una fina capa de sudor perlaba su frente. Sus ojos grises, fijos en algún punto indefinido del suelo, delataban una lucha interna.

Sagrario tomó aire, llenando los pulmones con el aroma a madera vieja y a humedad.

—Les he reunido porque creo que ha llegado el momento de que expongan sus… últimas verdades —su voz, clara y serena, cortó el espeso silencio como una daga. La mirada de la archivista se posó en Sor Ángela, una flecha directa al corazón de su secreto—. O quizás, de que afronten las que aún no han sido reveladas.

La monja levantó la cabeza, sus ojos grises, antes huidizos, se encontraron con los ámbar de Sagrario. Un ligero temblor sacudió sus labios, y el rosario se apretó con tal fuerza que los nudillos de sus manos se pusieron blancos. Su aliento se aceleró, como el de un animal acorralado. Jacobo y Valentina intercambiaron una mirada de aprensión. Montero, inmutable, no pestañeó, pero Sagrario percibió un cambio sutil en la tensión de sus hombros.

La presión en la estancia era casi física, un monstruo invisible que apretaba sus gargantas. El aire se volvió irrespirable. La inminencia de la revelación, el saber que su secreto más oscuro, su vergüenza más íntima, estaba a punto de ser expuesto ante todos, era una tortura para Sor Ángela. Se levantó de golpe, el crujido de la madera una detonación en el silencio. Su boca se abrió, como si quisiera gritar, confesar, implorar...

En ese instante, las luces del pazo parpadearon con un espasmo agónico. Un zumbido mecánico, que venía del sótano donde residía

el generador, se cortó abruptamente. La penumbra se tragó los últimos vestigios de luz cobriza, y la estancia se sumió en una oscuridad total, densa, impenetrable, como una mortaja. Los gritos ahogados de Jacobo y Valentina resonaron en el salón. Un olor agrio, a cables quemados, empezó a extenderse.

El silencio que siguió fue más aterrador que cualquier ruido, un silencio cargado de la certeza de un peligro inminente, de la presencia palpable de un cazador entre ellos.

CAPÍTULO 27: SOMBRAS SIN LUZ

El zumbido del generador expiró con un gemido metálico, y la penumbra cobriza del atardecer se desgarró, engullida por una negrura voraz, densa y absoluta. Un velo de ébano se abatió sobre el Salón de los Blasones, sofocando los últimos ecos de la voz de doña Sagrario, justo cuando Sor Ángela se disponía a confesar. Los alaridos de Jacobo y Valentina, estridentes y descompuestos, rasgaron el silencio que siguió al apagón, un mutismo más sobrecogedor que cualquier estruendo.

El aire, antes cargado con el aroma a madera añeja y a humedad, se impregnó ahora de un tufo acre a cables quemados, una promesa de catástrofe que se anudaba en la garganta. El miedo, crudo y primitivo, se extendió como una mancha, tiñendo el ambiente de una paranoia gélida.

Doña Sagrario sintió la punzada del pánico ajeno, una vibración que se propagaba como una onda telúrica por la estancia. Sus ojos ámbar, dilatados en la tiniebla, buscaron un punto de referencia, cualquier cosa que anclara la realidad que se desdibujaba. El corazón le golpeaba con un ritmo pesado contra las costillas, un tamborileo que resonaba en sus sienes, pero la mente, disciplinada por años de descifrar enigmas en pergaminos polvorientos, se aferró a la lógica.

La interrupción había sido demasiado precisa, demasiado oportuna para ser fruto del azar. Una pequeña linterna de mano, que siempre llevaba consigo como una extensión de su curiosidad infatigable, se deslizó desde su bolsillo. Los dedos finos y largos, manchados de tinta antigua, encontraron el botón con una facilidad casi instintiva. El haz de luz, tenue pero constante, cortó la negrura como una hoja, revelando por un instante los rostros de los presentes.

Jacobo, con los ojos desorbitados y la boca abierta en un rictus de espanto silencioso, las manos trémulas aferrándose al vacío. Valentina, pálida, con los labios apretados en una línea fina, su belleza ahora una máscara de tensión que apenas lograba ocultar la aprensión. Sor Ángela, inmóvil, sus manos aferradas al rosario, los nudillos blanquecinos, la frente perlada de sudor frío que resbalaba por sus sienes.

Y el Capitán Montero, una silueta corpulenta, con la mandíbula cuadrada, firme y contraída, sus ojos marrón oscuro intentando penetrar el velo de oscuridad con una determinación inquebrantable. A un lado, arrastrando una pierna con un esfuerzo visible, con un pañuelo de cuadros cubriendo la sien herida, Lola había logrado llegar al salón, buscando refugio en la compañía. Su rostro era una mueca de dolor y temor que se acentuaba con cada relámpago que iluminaba la estancia.

El ama de llaves se había apoyado contra la pared, su cuerpo temblaba ligeramente, sus ojos marrones, grandes y expresivos, fijos en la nada, el aliento entrecortado, como si cada bocanada de aire le costara un esfuerzo sobrehumano. El aire, denso y frío, se sentía pesado en los pulmones, una capa invisible que se adhería a la piel.

—¡Silencio! —la voz de mando del Capitán Montero, grave y autoritaria, se impuso al caos, resonando con la fuerza de un trueno en la bóveda del salón, haciendo vibrar los viejos blasones—. ¡Que nadie se mueva!

El haz de luz de Sagrario danzó sobre los blasones tallados en la madera, sobre los retratos ancestrales que parecían observar la

escena con una indiferencia milenaria, sus ojos pintados, vacíos, pero extrañamente acusadores. Los alaridos se ahogaron en gemidos y jadeos. El temor se había vuelto un depredador invisible, acechando en cada rincón, en cada sombra que se extendía y se contraía con los destellos de los relámpagos.

La humedad del pazo, que antes era una mera molestia, se sentía ahora como un sudor frío que empapaba la piel, y el tufo acre a cables quemados se mezclaba con el rancio aroma a cera y a moho, una combinación nauseabunda que irritaba las fosas nasales. Jacobo, sin embargo, no pudo contenerse. Su voz, un hilillo tembloroso, se elevó de nuevo, cargada de una histeria creciente que arañaba el silencio. Se movió con brusquedad, tropezando con una silla invisible, el sonido de la madera resonando con un eco hueco.

—¡Ha sido ella! —chilló, señalando con un dedo trémulo en dirección a Valentina, a quien la linterna de Sagrario acababa de iluminar fugazmente, revelando la furia contenida en sus ojos verdes esmeralda—. ¡Ella nos quiere muertos a todos! ¡Conoce los venenos, sabe cómo manipularlo todo! ¡Es la hija de Eva, la amante de mi padre, y ha venido a vengarse!

Las palabras de Jacobo, precipitadas y cargadas de resentimiento, golpearon el aire como un látigo. Su cuerpo se sacudía con temblores incontrolables, y el mechón rebelde de su cabello castaño oscuro caía sobre su frente, empapado de sudor. Valentina lo miró con una expresión que Sagrario no pudo descifrar del todo, pero que contenía una mezcla de desprecio y una determinación férrea. Sus ojos verdes esmeralda, ahora dos pozos de una intensidad penetrante, no parpadearon ante la acusación.

Su calma, antes perturbadora, se había transformado en una furia contenida, apenas perceptible en el temblor de sus labios carnosos, que se fruncieron ligeramente.

—¡Calla, Jacobo! —replicó, su voz un susurro sibilante que silbaba en la oscuridad, pero cargado de un veneno propio, más sutil que la

estricnina—. ¡Nadie está a salvo con *vosotros*! Con los Ulloa, la podredumbre se extiende por cada viga, por cada piedra de este pazo. Siempre lo ha hecho. Y tú, con tu debilidad, eres tan cómplice como él. No me acuses a mí de venganza cuando tu padre era un abismo de crueldad. La verdadera naturaleza de esta familia… eso es lo que debería asustarles.

El comentario velado de Valentina resonó en la oscuridad, una punzada que atravesó el aire viciado, dejando una estela de desconfianza. Sagrario, con el pequeño matraz de cristal casi vacío aún en el bolsillo, sintió el frío del objeto contra su piel, una advertencia. La sospecha de que Valentina pudiera ser la hija de Eva, buscando venganza, se había cernido sobre ella como una sombra desde el desván, y ahora, las palabras de la viuda, llenas de resentimiento y conocimiento íntimo de los secretos Ulloa, alimentaban esa llama con un combustible oscuro.

Jacobo retrocedió, sus pies arrastrándose sobre las baldosas pulidas, su rostro contraído por la vergüenza y el estupor. La pulla de Valentina sobre su futuro incierto, su debilidad, lo había golpeado en lo más profundo de su ya frágil autoestima. Un gemido se escapó de sus labios, y se llevó las manos a la cabeza, como si quisiera contener la vorágine de acusaciones y verdades a medias que lo asediaban.

Doña Sagrario, inmóvil en el centro del caos, parpadeó. La oscuridad no era solo una ausencia de luz; era un arma, pensó, el lienzo perfecto para el criminal. Escondía el rostro, confundía los movimientos, desataba el miedo primario que residía en el corazón de los hombres, el temor a lo ignoto, a lo que acecha sin ser visto. Este acto, el corte de energía, no podía ser casual. El tufo a cables quemados, débil pero persistente, era una prueba irrefutable de la manipulación.

No había sido una simple avería provocada por la tormenta, sino una intervención deliberada. Alguien había intervenido en el generador, alguien con la suficiente sangre fría para planear el caos, para

utilizar la noche como un manto y el terror como un aliado. Era una jugada calculada para sembrar el pánico, para desorientar a todos los presentes y, quizás, para preparar un nuevo ataque o, lo que era más probable, para crear una distracción que permitiera escapar al culpable o a un cómplice.

«El miedo es un velo», reflexionó la archivista, su mente trabajando con la precisión de un reloj antiguo, cada engranaje girando en su sitio, «pero también una lupa. En la oscuridad, las verdaderas intenciones se revelan con una claridad brutal, los instintos más primarios afloran, y las máscaras se caen, desvelando la podredumbre que se esconde debajo». La paranoia se extendía, perceptible, como una niebla densa que se colaba por debajo de las puertas, envolviendo a cada uno en su propia burbuja de terror, un silencio ensordecedor que solo era roto por los gemidos ocasionales de la tormenta.

Sagrario, con su linterna, continuó iluminando los rostros, buscando una fisura, un gesto delator, una microexpresión que la oscuridad no pudiera engullir por completo. El aire se había vuelto irrespirable, cargado con la tensión de lo que no se veía, de lo que podía estar acechando más allá del alcance de su pequeña luz. El frío de las paredes de granito se colaba hasta los huesos, y el pazo entero parecía contener la respiración, a la espera de un nuevo golpe.

En medio del desorden, mientras el Capitán Montero, con la voz aún ronca de autoridad, intentaba encontrar alguna vela o lámpara de aceite, palpando las paredes y los muebles con manos firmes, y Jacobo se hundía en un sollozo ahogado, su cuerpo encorvado por la desesperación, doña Sagrario percibió un murmullo, apenas un susurro, que se filtraba entre el crepitar lejano del fuego y el repiqueteo incesante de la lluvia contra los cristales. El haz de su linterna, que en ese momento se había desviado hacia el suelo, explorando las baldosas, no los iluminó directamente, pero reconoció las voces: Sor Ángela y Jacobo. La monja, con su voz quebrada, pero con una urgencia que Sagrario no le había escuchado antes, le

decía a su sobrino, sus palabras apenas inteligibles por el temblor que la sacudía:

—No debemos ser como él, Jacobo. No podemos… —su voz se perdió en un temblor que le cortaba el aliento, pero Sagrario, con la agudeza de un cazador, captó la siguiente frase, más clara, casi una súplica desesperada, un ruego que se anclaba en la oscuridad—. Debemos proteger a la familia.

Jacobo respondió con un sollozo, más cerca de un quejido infantil que de una réplica coherente, su voz ahogada por las lágrimas. Sagrario, con una punzada de sorpresa, apuntó mentalmente la conversación. ¿Proteger a la familia? ¿De qué? ¿O de quién? Aquellas palabras, dichas en la oscuridad, con la tensión de la confesión interrumpida aún flotando en el aire, sugerían una complicidad, un secreto compartido entre ellos, quizás una alianza forzada por el miedo o por la sangre que los unía.

La archivista recordó la carta de África que Montero le había entregado, los secretos de la fortuna Ulloa, la traición que había cimentado su riqueza. Recordó el diario de Sor Ángela y el chantaje de Don Gonzalo, la humillación pública que había planeado con saña. ¿Se refería Sor Ángela a la sombra del patriarca, a su legado de crueldad, o a algo más tangible, más inmediato, que se movía entre ellos en la penumbra?

El pazo, pensó Sagrario, era un nido de víboras, y ahora, en la oscuridad, las serpientes se enroscaban, buscando el calor de la conspiración, la protección mutua en el peligro inminente. La monja y el heredero, tan dispares en apariencia, tan enfrentados en el pasado, ¿estaban unidos por un lazo más fuerte de lo que ella había imaginado? Un vínculo de sangre y de secretos compartidos, de una lealtad retorcida que podía llevarlos a cualquier extremo.

Lola, que hasta entonces había permanecido acurrucada contra la pared, su pierna herida impidiéndole moverse con facilidad, su cuerpo tembloroso por el frío y el miedo, extendió una mano trémula y se aferró al brazo de Sagrario. La piel de la ama de llaves estaba

fría y húmeda, un tacto gélido en la oscuridad. Sus ojos marrones, grandes y expresivos, buscaban los de la archivista en la oscuridad, llenos de un miedo que iba más allá del apagón, un pavor ancestral a lo desconocido. Su aliento era un hilo de aire viciado que le rozaba la oreja.

—Doña Sagrario… —su voz era un hilo apenas audible, un susurro que se perdía en el murmullo incesante de la tormenta, en el crujido lejano de la madera vieja—. He oído… ruidos extraños en el pasillo. Durante el apagón, antes de que llegara aquí. Como si alguien se moviera con sigilo. Pisadas… muy suaves, doña Sagrario.

La archivista sintió un escalofrío que no tenía que ver con el frío del pazo ni con la tormenta. Las palabras de Lola, la confirmación de una presencia furtiva en las sombras, la golpearon con la fuerza de una revelación. El asesino no solo había cortado la luz, no solo había sembrado el pánico. El asesino estaba muy cerca, quizás observándolos en la oscuridad. Un fantasma de carne y hueso, con la respiración contenida, acechando, esperando.

La verdad estaba a punto de desvelarse, antes de que amaneciera, o antes de que una nueva víctima cayera. El tiempo se agotaba, y el cazador se había convertido en el acechador, moviéndose entre las sombras del pazo, esperando su momento para actuar de nuevo. Sagrario apretó la mandíbula, su mente ya en una carrera frenética, intentando unir los hilos invisibles de la conspiración que se tejían a su alrededor, mientras la pequeña luz de su linterna bailaba sobre los rostros expectantes, buscando la próxima pista, el próximo movimiento del enemigo invisible que los rodeaba.

CAPÍTULO 28: EL PUZZLE RESUELTO

El generador gimió por última vez. La oscuridad se tragó los gritos en el salón y Doña Sagrario, impelida por la soledad y la urgencia de la luz, buscó refugio en la biblioteca. La luz temblorosa de su linterna danzó sobre el desorden de la intrusión nocturna: legajos desparramados como hojas muertas; libros arrancados de los estantes; una capa de polvo removida por manos ajenas. En medio de aquella desolación, revelada apenas por el haz, se dejó caer en el sillón de respaldo alto. Una centinela silenciosa, sí, pero su mente ya latía con la verdad inminente.

Permaneció allí, a solas con sus pensamientos, los músculos entumecidos y los párpados pesados. El cuerpo, exhausto, clamaba por descanso, pero la mente se negaba, una máquina de intuición y lógica que seguía funcionando con admirable precisión. Un olor acre a metal quemado, rancio y persistente, se filtraba desde el sótano, mezclándose con la fragancia añeja del papel, con el vaho que se aferraba a cada rincón de Alborada.

La primera luz del amanecer, un gris azulado que apenas se filtraba por las celosías de madera, se unió al tenue círculo de la linterna, desdibujando largas sombras sobre el suelo de roble.

Sobre la gran mesa de lectura, ante ella, se extendían las piezas de su rompecabezas. Una simetría peculiar, un orden dentro del caos que solo su mirada entrenada era capaz de percibir. Allí yacía el

cuaderno de notas, ya abultado por las caligrafías diminutas que apenas dejaban espacio en cada página. A su lado, el diario íntimo de Sor Ángela, con hojas amarillentas y anotaciones obsesivas, revelaba una vida de tormento y represión.

Más allá, la copia de la carta de África, que el Capitán Montero le había entregado, testificaba una traición ignominiosa, semilla de la fortuna Ulloa sembrada en terreno de sangre. No lejos, el pequeño matraz de cristal, vacío ya, sin el menor rastro de estricnina, clamaba mudo. Finalmente, la botella de licor de café, a medio terminar, con el lacre roto por la violencia de un descubrimiento terrible. Su contenido, inofensivo ahora, había sido mudo testigo de un veneno mortal.

La archivista se quitó las gafas de carey, frotándose el puente de la nariz con dedos manchados de tinta antigua. Un gesto habitual que ahora, sin embargo, denotaba una profunda meditación. En quietud, permaneció, escuchando el rugido incesante de la tormenta que aún golpeaba las ventanas con ráfagas de viento y lluvia. El crujido constante de la madera vieja, que se quejaba bajo la presión del temporal, le pareció el murmullo del pazo conteniendo la respiración, un organismo vivo que aguardaba el desenlace.

Percibió las pisadas furtivas en el pasillo, un eco casi imperceptible que Lola había captado con sus oídos de ama de llaves. La confesión aterrorizada de Lola, quien, a pesar de sus heridas, halló fuerzas para revelar el pavor que la asediaba en la oscuridad. El murmullo de complicidad entre Jacobo y Sor Ángela, palabras susurradas en la tiniebla que desvelaban una alianza inesperada. Y en cada sonido, cada silencio, cada microgesto oculto por la ausencia de luz, la verdad comenzaba a perfilarse con nitidez creciente, como un mosaico que encajaba pieza a pieza en la penumbra, revelando un rostro.

La archivista repasó pistas, coartadas y móviles con la metódica precisión de quien cataloga manuscritos milenarios. Era consciente de que cada detalle, por ínfimo que pareciera, podía desentrañar la

madeja. Las deudas de Jacobo, un pozo sin fondo de desesperación y vicio, constituían un motor poderoso, sí, un acicate para cualquier hombre acorralado. Pero su debilidad de carácter, la tendencia a la explosión impulsiva, no encajaba con la meticulosidad del crimen, con la frialdad de la ejecución.

El resentimiento hacia Don Gonzalo resultaba evidente, una cadena de humillaciones que lo arrastraban, un lastre de desprecio que el patriarca le había impuesto. ¿Poseía, sin embargo, la habilidad para tramar un asesinato tan ingenioso, tan sutilmente cruel? No. Jacobo era impulsivo, nunca calculador; un hombre de pasiones desordenadas, no de planes elaborados. La ambición de Valentina, en cambio, era una vorágine de deseos insatisfechos, un fuego que ardía bajo una aparente calma.

Su conocimiento de venenos, la inusual templanza ante el peligro, el sorprendente parecido con Eva, la amante olvidada del patriarca, la convertían en sospechosa principal, una figura misteriosa que parecía guardar más secretos de los que revelaba. Había negado conocer la estricnina, pero la quietud en sus ojos esmeralda, esa serenidad que bordeaba la frialdad, sugería ocultación, no ignorancia. Su móvil, sin embargo, era puramente monetario: la necesidad de asegurar su futuro, de romper las cadenas de un origen humilde.

El testamento la desheredaba, la dejaba en la indigencia. Pero el plan para impugnarlo, la ferocidad verbal contra Jacobo, indicaban una estrategia más directa, menos velada, más acorde con una batalla legal que con un asesinato. La traición de Montero, el secreto de África que cimentó la fortuna de los Ulloa, resonaba con una justicia poética que clamaba desde el pasado. El capitán, hombre de honor herido, había cargado con el peso de la ignominia durante décadas; un mutismo que lo había consumido lentamente.

Pero la confesión a Sagrario, la entrega de la carta, sus intentos por restaurar el orden en el caos del apagón, lo alejaban del perfil del

asesino que Sagrario buscaba. Un hombre que buscaba la verdad, no la encubría; que ansiaba la redención, no la venganza silenciosa.

Fue la historia de Sor Ángela la que anudaba los cabos de forma irrefutable, tejiendo una red de culpabilidad que se extendía desde la juventud de la monja hasta la noche del crimen. El chantaje de Don Gonzalo, la revelación del hijo ilegítimo arrancado de sus brazos, la humillación pública planeada con saña para ser expuesta en un artículo anónimo, no eran solo un móvil. Eran un ultimátum, una sentencia de muerte social que la monja no podía ignorar.

Sagrario desdobló el diario. Sus ojos ámbar repasaron las líneas de caligrafía temblorosa, el eco de un dolor antiguo que se prolongaba hasta el presente, un lamento silente que había encontrado voz en el veneno. Cada palabra, cada pensamiento de Sor Ángela, cada confesión escrita en la oscuridad de su celda, la acercaban a la verdad. La falsa coartada de la capilla, desmentida por la leyenda del pasaje secreto y la inquietud de la monja al ser interrogada.

El botón de sotana encontrado en el cuarto de costura —un lugar que, según Lola, la monja y Valentina compartían—, pero que Sor Ángela había visitado con un propósito específico. El matraz de cristal vacío en el mismo cuarto: la prueba material de su acceso al veneno. Y la estricnina. Sagrario recordó las palabras de Lola, pronunciadas con voz débil pero cargada de terror:

—Sor Ángela regresó de los jardines adyacentes a la capilla, agitada y con el hábito manchado de barro, justo antes del brindis. Agitada —dijo.

El frío de la madrugada en los jardines: un lugar donde el matraz vacío podría haberse llenado o vaciado, un sitio para la preparación final. El truco del sello: cómo el veneno pudo introducirse en la botella cerrada sin que nadie lo notara, una manipulación tan sutil como ingeniosa. La monja, con la fe quebrada, la mente atormentada por culpa y resentimiento, había encontrado en la piedad una máscara.

Y en el silencio del pazo, la oportunidad idónea para la venganza. El apagón, provocado deliberadamente para crear el caos necesario, para que nadie pudiera ver el rostro de la ejecución, para que la oscuridad fuese su cómplice. Las pisadas sigilosas en el pasillo, percibidas por Lola en la oscuridad, eran el espectro de su presencia, la sombra que acudió a asegurarse de que nadie interfiriese.

Sagrario cerró los ojos, no por cansancio, sino porque la imagen se había formado con brutal claridad en su mente. La penumbra de la biblioteca parecía disiparse, dejando al descubierto la verdad. Ahora comprendía no solo la identidad, sino la psicología, la compleja trama de emociones que impulsó un acto tan desesperado. La motivación trascendía el dinero. Era una mezcla de resentimiento acumulado —una amargura cocinada a fuego lento durante años— y una profunda injusticia moral que clamaba venganza.

Don Gonzalo no solo había desheredado a Jacobo y humillado a Valentina. También había destrozado la vida de Sor Ángela con un chantaje cruel, había condenado a una madre a la vergüenza y al silencio, arrancado un hijo de sus brazos. Exhibió su pecado como un trofeo, una burla constante a la fe y la dignidad de la monja. La monja, mujer de fe convertida en instrumento de piedad pervertida, vio en el asesinato de su tío la única forma de purgar el alma, de redimir un pasado que la ahogaba, de silenciar los ecos de su culpa.

La tormenta, el testamento y el aislamiento del pazo no fueron meras coincidencias. Más bien, fueron los elementos que le ofrecieron la oportunidad idónea para corregir lo que, a sus ojos, era una afrenta divina, un pecado que solo podía expiarse con sangre. La perspicacia de una mente habituada a la liturgia, a los ritos, a la manipulación de símbolos, se había aplicado a la manipulación de una botella de licor.

«El pecado, como la humedad, siempre deja mancha», pensó Sagrario. «Y esta mancha era profunda, dolorosa, nacida de la más íntima desesperación, de un corazón roto que halló en la venganza una forma distorsionada de justicia.» Había desenmascarado al

culpable: una figura que se escondía tras el velo de la piedad y la aparente fragilidad, una monja cuyo hábito era una celda para su alma torturada.

Pero la verdad, una vez pronunciada, podía ser tan letal como la estricnina. Sagrario sintió el peso de su propia vulnerabilidad, una sensación gélida que le recorrió la espina dorsal. Su vida, ahora, pendía de un hilo tan fino como el que unía el matraz a la botella. Un hilo que el asesino podría cortar en cualquier momento.

Con una calma férrea que desmentía la vorágine en su interior, Sagrario se levantó del sillón. Los músculos entumecidos protestaron; cada articulación se quejó con un crujido sordo. Pero la urgencia de la verdad la impulsaba, un motor silencioso que consumía el cansancio. Sus ojos ámbar se posaron una vez más en la botella de licor, luego en el matraz, y finalmente en el diario de Sor Ángela. El conocimiento del veneno: Sagrario lo había adquirido en su juventud como enfermera, antes de su vocación religiosa, antes de que el convento se convirtiera en refugio y prisión.

La oportunidad, creada por el caos del apagón y el breve instante en que el licor quedó desatendido, fue un lapso minúsculo pero suficiente para un plan meticuloso. Y la habilidad para manipular el sello de la botella, para verter el contenido del matraz en el líquido antes de que nadie sospechara: un truco tan antiguo como la propia perfidia. Todo encajaba. La personalidad de Sor Ángela —rigidez, obsesión con la moralidad, profundo resentimiento— y la necesidad de una venganza que consideraría justa, la impulsaron a planear y ejecutar el crimen con frialdad y determinación implacables.

Sagrario no solo sabía quién era el asesino; comprendía el porqué, la profunda herida que había conducido a tal acto de desesperación, la lógica retorcida que justificó el acto mortal. El miedo no la paralizó. Una certeza glacial se ancló en su espíritu, fría y contundente como el granito del pazo. No había vuelta atrás. La verdad, una vez desvelada, se había convertido en un torrente imparable.

La archivista cogió el cuaderno de notas. Sus dedos largos y finos ya no temblaban; se movían con una resolución inquebrantable. La pluma se deslizó sobre el papel, dejando una marca oscura en la página final. Escribió la palabra: «Conclusión». La noche, cargada de sombras y misterios, había terminado. Con ella, la confusión que había envuelto el pazo se disipaba como la niebla al sol. Pero el peligro no había menguado.

Al contrario, había mutado, volviéndose más agudo, más personal, más inminente. Sagrario sintió una mirada clavada en la espalda, una punzada de tensión que la recorrió, un presentimiento helado. El asesino, con aguda percepción, también habría notado el cambio en la calma de Sagrario. Habría percibido la determinación en su porte, la luz de la comprensión en sus ojos, el final de la búsqueda en el rostro de la archivista.

La confrontación final se cernía sobre ellos, inevitable. Sagrario, con el peso de la verdad, se preparaba para desvelar el rostro oculto tras el velo de la piedad.

CAPÍTULO 29: LA MESA DE LA VERDAD

El amanecer del séptimo día apenas quebraba el gris y la plata sobre el Pazo de Alborada. La niebla, en lugar de levantarse, se había aferrado a los muros de granito como un sudario, sellando el mundo exterior con un manto denso e impenetrable. Doña Sagrario, con el cuaderno de notas bajo el brazo y las gafas de carey reposando en su pecho, había abandonado la biblioteca mucho antes de que el primer rayo de sol asomara sobre los viñedos.

Llevaba consigo el peso de una convicción fraguada en la oscuridad. Se había movido con la precisión de un notario y la astucia de un cazador, reuniendo los últimos cabos sueltos de un crimen que, alimentado por viejas rencillas, ahora clamaba por ser expuesto.

El Salón de los Blasones, donde aún yacía el cuerpo cubierto de Don Gonzalo, se convirtió en su siguiente y sombrío escenario. Con una determinación fría, Sagrario había encendido todas las lámparas de aceite y las velas que encontró, forzando a las sombras más tenaces a retroceder. Luego, con esos dedos delgados que conservaban manchas de tinta antigua, había arrastrado una pequeña mesa auxiliar hasta el centro de la estancia, posicionándola con una deliberación casi ceremonial.

Sobre ella, como piezas de un macabro rompecabezas, fue depositando, una a una, las pruebas reunidas. El pequeño matraz de cristal, casi vacío, con su cuello estrecho, parecía contener aún el

eco de un secreto; la botella de licor de café, ahora inerte, cuyo precinto había sido una argucia; el botón de hueso, trivial en su sencillez, elocuente en su origen; el diario de Sor Ángela, su cubierta de cuero desgastado conteniendo años de amargura; y, por último, la copia de la carta de África del Capitán Montero, papiro amarillento de una traición ancestral. La archivista había dispuesto la estancia con la pulcritud de quien prepara un altar para un sacrificio, no un juicio.

Era la disección de una verdad dolorosa, y el espacio debía reflejar la gravedad de la confrontación inminente. El aire, antes denso con el olor a cables quemados y humedad, se cargó ahora de un aroma acre a cera, premonitorio de la tensión contenida, una que no venía del exterior, sino del corazón mismo de la familia.

Con la «mesa de la verdad» así dispuesta, Sagrario había ordenado llamar a todos los presentes. Uno a uno, los ocupantes del pazo fueron apareciendo en la entrada del salón, sus rostros marcados por una noche de insomnio y el agudo filo de la sospecha. El silencio que se instaló era más denso que la propia niebla que se adhería a los cristales. Cada respiración parecía un estruendo. Valentina fue la primera en cruzar el umbral.

Sus ojos verdes esmeralda, que solían cultivar una calma calculada, ahora revelaban una palidez evidente, un matiz de temor que se esforzaba por ocultar. Su cabello rojo cobrizo, a pesar de su peinado impoluto, no lograba disipar la ansiedad que le tensaba la mandíbula. Le siguió Jacobo, con los puños apretados a los lados del cuerpo, los nudillos blancos bajo la piel. Su mirada, antaño huidiza, ahora se clavaba en Valentina con una mezcla de acusación y pavor, como si el fantasma de Eva bailara entre ellos. Había una sombra de sudor en su frente, un brillo nervioso en sus ojos verdes, aún enrojecidos.

Sor Ángela entró después, su hábito gris oscuro arrastrándose sobre el parqué lustroso. Sus ojos, grises y gélidos, evitaban a todos, fijándose en el suelo con una devoción súbita, casi exagerada. Su

rosario, apretado entre sus dedos nudosos, era un ancla visible en su intento por mantener la compostura, aunque el rictus amargo de su boca revelaba el agobio que sentía. El Capitán Montero, imponente en su uniforme, mantuvo su semblante pétreo, casi marmóreo.

Sus ojos marrón oscuro, que habían visto demasiado en la vida, barrían la estancia con una autoridad fatigada, intentando infundir un orden que ya se había quebrado. Su mandíbula cuadrada, tensa, delataba el peso de la lealtad y el honor que ahora se enfrentaban. Finalmente, Lola, frágil y encorvada, se apoyaba en el marco de la puerta, su pañuelo de cuadros aferrado en una mano temblorosa. Su pierna derecha se arrastraba ligeramente al moverse, un recordatorio físico del ataque de la noche anterior.

Sus ojos, grandes y expresivos, observaban a todos con una mezcla de miedo y una sabiduría ancestral. Ninguno se atrevía a hablar, solo el tic nervioso de Jacobo al frotarse la barbilla, o el leve tintineo del rosario de Sor Ángela, rompían la atmósfera cargada. La sala se había transformado en un confesionario improvisado, un purgatorio de expectación donde cada mirada cruzada era una acusación, cada silencio un grito ahogado.

Sagrario avanzó con una parsimonia que solo ella podía permitirse, deteniéndose junto a la mesa que sostenía las pruebas. Su voz, pausada, se extendió por el salón, cargada con la autoridad de una verdad que ahora parecía innegable.

—La verdad, al fin, ha emergido —declaró, sus ojos ámbar recorriendo cada rostro, sin detenerse en ninguno, pero posándose un instante en el cuerpo cubierto de Don Gonzalo—. He reconstruido el crimen que ha enlutado este pazo. No solo cómo Don Gonzalo fue asesinado, sino también el porqué.

Un escalofrío seco recorrió las espaldas de los presentes. Jacobo se irguió de golpe, la sangre subiéndole al rostro, mientras Valentina contenía una respiración que parecía un suspiro ahogado. Sor Ángela, inmóvil, hundió aún más la mirada en el suelo, como si este

pudiese absorber el miedo que la embargaba. Montero apretó los labios, sus ojos oscuros estrechándose. Lola, desde el umbral, dejó escapar un gemido ahogado, aferrándose al marco de la puerta como a un salvavidas.

El silencio que siguió a las palabras de Sagrario fue absoluto, solo interrumpido por el eco distante del viento silbando en las chimeneas. La archivista no necesitaba gritar para ser escuchada; su calma era más cortante que cualquier grito.

—El asesino de Don Gonzalo —continuó, su voz, aunque baja, resonaba en cada rincón del salón—, está aquí, entre nosotros.

Las miradas, hasta ese momento furtivas, se clavaron en ella con una intensidad dolorosa, para luego desviarse, esquivas, buscando cualquier grieta en la fachada del vecino. Valentina lanzó una mirada de reproche a Jacobo, quien le devolvió una de desprecio, cargada de la acritud que su reciente confrontación les había dejado. Sor Ángela se envolvió más en su hábito, como si este fuese a protegerla de las palabras de Sagrario, o de su propia conciencia.

El capitán, en un gesto instintivo de disciplina, se llevó una mano a la sien, como si tratara de despejar una idea funesta. La luz que se filtraba por los ventanales, recién limpios de la lluvia, parecía ahora demasiado brillante, demasiado cruda, exponiendo cada sombra, cada nervio tenso.

Sagrario notó el gélido peso de la responsabilidad posarse sobre sus hombros. Cada palabra que pronunciaría a partir de ese instante debía ser precisa, cada deducción irrefutable. La verdad, pensó, no era una ráfaga que derriba, sino un bisturí afilado. Estaba a punto de realizar una disección del alma de los presentes. Su mente, habituada a clasificar y ordenar, repasaba las complejas hebras que había hilvanado: el chantaje, la venganza, el engaño, el dolor.

Recordó Sagrario un viejo adagio de su abuela: el pecado siempre deja marca; la verdad, una vez revelada, una cicatriz imborrable. Era archivista, acostumbrada a desentrañar enigmas en pergaminos

centenarios, a reconstruir linajes olvidados, a tejer la trama de vidas pasadas a partir de hebras dispersas. Pero ahora, se encontraba frente a una obra incompleta, un mural de intrigas y pasiones que había culminado en la muerte.

No podía permitirse la duda, ni una piedad mal entendida. La piedad, en su forma más pura, exigía la verdad; era el bisturí que arrancaba la máscara a la hipocresía, quizás permitiendo que un alma encontrara, al fin, la redención. Pensó en la soledad que había sentido al atar cada cabo, al ver la imagen clara del crimen formándose en su mente, como si un velo se hubiese rasgado. La identidad del asesino no era solo una silueta; era el nudo ciego de desesperación, resentimiento y una moralidad pervertida.

Don Gonzalo, en su arrogancia, había jugado con vidas ajenas como si fueran piezas de un ajedrez. Un juego que, tarde o temprano, siempre exige su cuenta final. Sagrario percibió los pequeños gestos que traicionaban la fachada de cada uno de los presentes: la palidez de Valentina, el brillo febril en los ojos de Jacobo, la inmovilidad gélida de Sor Ángela, la mandíbula tensa de Montero. Todos, sin excepción, eran portadores de secretos que ahora se sentían como anclas, arrastrándolos hacia la revelación inevitable.

Se aferró a su propia convicción, a la certeza que le había quitado el sueño, pero que ahora, a la luz del día, se erguía tan inamovible como el pazo mismo. Solo la verdad, por amarga que fuese, podía arrancar las manchas que empañaban el alma. Solo la verdad podía quebrar el círculo vicioso de mentiras y conspiraciones que había consumido a los Ulloa. Era su deber, su única y más apremiante misión, desvelarla.

Con un gesto deliberado, Sagrario extendió una de sus manos, de dedos largos, hacia la mesa, tocando primero la botella de licor de café, luego el pequeño matraz de cristal. Los objetos, inertes, se sentían fríos bajo sus dedos.

—Recuerden la noche del brindis —su voz, un murmullo que exigía atención, carecía de toda agresividad—. Don Gonzalo desprecintó la

botella con sus propias manos, ante todos ustedes. Sirvió el licor. Bebió. La botella, en apariencia, intacta. El veneno, invisible a simple vista. Parecía imposible que alguien hubiera introducido la estricnina en el licor sin que nadie lo notara, ¿verdad?

Las palabras de Sagrario flotaron en el aire como ecos, desatando una inquietante circulación de miradas entre ellos. Los ojos de Jacobo se encontraron con los de Sor Ángela por un instante, un intercambio veloz cargado de una complicidad tensa. La monja, al percibir la mirada, la desvió con una celeridad antinatural, casi violenta, volviendo a fijar su vista en el suelo, como si este fuera el único refugio posible.

Valentina, por su parte, observaba el matraz con una curiosidad analítica, sus labios carnosos apretados en una línea fina, intentando discernir el truco. Había algo en su postura, una tensión en los hombros, que desmentía la calma que había cultivado hasta el momento.

Montero, ajeno a los pequeños dramas familiares, observaba a Sagrario, sus ojos oscuros intentando leer el desenlace en el semblante de la archivista. Lola, temblorosa, se arrastró un poco más adentro del salón, sus ojos grandes y expresivos, llenos de un pavor creciente, se clavaron en los objetos sobre la mesa, como si fueran espectros de la noche fatídica. La archivista dejó que el peso de sus palabras se asentara, que la imposibilidad aparente del crimen se anudara en sus gargantas. El truco del asesino residía precisamente ahí, en la incredulidad, en la aparente inocencia del acto.

—Sin embargo —prosiguió Sagrario, su mano levantando el matraz vacío de la mesa—, la estricnina se encontraba dentro de esta pequeña botella. Y de aquí, fue transferida al licor.

Las palabras resonaron como un eco sordo en el silencio. Jacobo dejó escapar un resoplido incrédulo. Valentina frunció el ceño, una arruga apenas perceptible apareciendo entre sus cejas. Sor Ángela, rígida, seguía con la mirada perdida en el suelo, pero su rosario

tintineó con una violencia inusual, sus nudillos blancos apretando las cuentas con una fuerza que amenazaba con quebrarlas. Las miradas se cruzaron de nuevo, esta vez con una desconfianza más cruda, más abierta, buscando al artífice de una perfidia tan metódica.

Sagrario cogió el matraz con una mano y la botella de licor con la otra, sus movimientos lentos, ceremoniales. El aire se suspendió en el salón, denso y cargado de expectación, de un miedo primario que se anudaba en los estómagos. Antes de explicar el minucioso «cómo» del crimen, de desvelar la trampa invisible que había sellado el destino de Don Gonzalo, sus ojos ámbar se detuvieron un instante, una fracción de segundo apenas perceptible, en uno de los sospechosos.

Fue una mirada que solo ella y el culpable podrían entender, una chispa fría de reconocimiento que atravesó la máscara de la piedad y la pretensión. El aliento se suspendió en el salón. La cuenta atrás para la verdad había comenzado.

CAPÍTULO 30: EL HILO DEL VENENO

El aliento se suspendió en el salón. Doña Sagrario, con el pequeño matraz de cristal aún entre sus dedos largos y finos, apartó su mirada ámbar del culpable anónimo, fijándola en los objetos dispuestos con precisión quirúrgica en el centro de la mesa: la botella de licor de café, el botón de hueso, el diario de Sor Ángela y la copia de la carta de África. La niebla, que se adhería con tozudez a los cristales del pazo, no era más densa que la que parecía cuajar en los semblantes de los presentes.

El aire, pesado y frío, vibraba con la promesa de una explicación, una que desenredaría el enigma de una muerte que, hasta ese instante, había flotado como obra de un fantasma. La archivista, ajena al temblor contenido que recorría la estancia, se irguió apenas, su postura, de pronto, más erguida, más concentrada.

—Don Gonzalo —su voz, un hilo firme que tejía la verdad en el denso silencio, atravesó el vaho de miedo de los allí reunidos—, brindó con ustedes la noche de su muerte. Desprecintó la botella con sus propias manos, la sirvió, bebió. Todos lo vieron. Una trampa perfecta, ¿verdad? Un crimen que parecía desafiar toda lógica. ¿Cómo se introduce un veneno en un recipiente sellado, sin que nadie lo note y sin alterar la apariencia del sello?

Doña Sagrario giró el matraz entre sus dedos, sus movimientos lentos y ceremoniales, como los de una sacerdotisa ante un rito

olvidado. Los ojos, diminutos y penetrantes, escudriñaban cada rostro, buscando la fisura, el tic nervioso que revelaría la comprensión, el terror. La monja, Sor Ángela, con los nudillos blanquecinos sobre el rosario, mantenía la vista en sus manos, una imagen de contrición que, para Sagrario, se había vuelto una farsa transparente.

Jacobo, pálido y con los hombros contraídos, tragó saliva; sus ojos verdes, antes huidizos, ahora se fijaban en el matraz como un condenado en su sentencia. Valentina, por su parte, seguía el movimiento del pequeño frasco con una concentración que traicionaba su supuesta inocencia, un ligero temblor apenas perceptible en las comisuras de sus labios carnosos. Montero, pétreo, observaba con la gravedad de un centinela, su mirada prendida en aquella pequeña botella de cristal que contenía la clave de todo.

Lola, herida, se mantenía en la periferia, su pierna derecha arrastrándose con un roce seco contra el suelo cada vez que intentaba cambiar de postura. Los ojos castaños de la ama de llaves, grandes y expresivos, alternaban entre el matraz y la botella de licor con el pavor dibujado. La archivista dejó que la quietud se extendiera por el salón, que la pregunta se incrustara en las mentes de todos, un gancho afilado que arrastraría sus secretos a la superficie.

—La clave reside en la sutileza, en el detalle más insignificante —prosiguió Sagrario, su voz apenas un susurro que, sin embargo, se proyectaba con una autoridad inquebrantable—. El sello de cera de esta botella, un detalle tan común, tan inocuo, se convirtió en el cómplice perfecto. El asesino no rompió el sello, no lo alteró. Simplemente lo utilizó.

Con una precisión casi quirúrgica, la anciana archivista levantó la botella de licor y la giró lentamente, exponiendo la cera rojiza que aseguraba el corcho. Sus dedos finos recorrieron la superficie, y

luego se detuvieron en un punto casi imperceptible, una minúscula anomalía que el ojo inexperto jamás habría detectado.

—Aquí. Aquí reside el ingenio y la perfidia —su dedo se posó sobre la cera, señalando una marca oscura apenas del tamaño de la cabeza de un alfiler—. Un orificio diminuto, practicado con una aguja de jeringuilla de calibre finísimo, lo bastante pequeño para no deformar el sello. Una vez inyectado el veneno, la misma cera derretida se utilizó para disimular la entrada, un toque de calor, un pulido rápido... Y la ilusión de una botella intacta quedaba perfectamente recreada. Quien lo hizo, lo hizo con sangre fría, con una mano firme y un conocimiento preciso del material y del método.

El silencio que siguió a sus palabras fue más absoluto que antes. Los ojos de los presentes se ensancharon, fijándose en la botella, en el lugar señalado, como si la cera, de pronto, cobrara vida, revelando su oscuro secreto. Un escalofrío de horror perceptible recorrió el salón. Jacobo, los puños apretados contra los muslos, dejó escapar un sonido ahogado, una mezcla de asombro y repulsión.

Sor Ángela se llevó una mano a la boca, sus ojos grises clavados en la botella con una intensidad que vibraba de un espanto genuino. Valentina, sin embargo, no apartó la mirada de Sagrario, una extraña mezcla de reconocimiento y ansiedad surcando su rostro. El capitán Montero, por su parte, asintió levemente, como si la explicación validara una sospecha que, oculta en su fuero interno, apenas ahora se atrevía a formular.

Lola, sus pupilas dilatadas, se santiguó con un gesto trémulo, la verdad del método del crimen filtrándose en su mente como una grieta en un muro. Era un truco perverso, ingenioso, digno de la mente más metódica y cruel. La archivista observó la reacción, la forma en que el horror se escurría por sus rostros, despojándolos de sus defensas.

—Este método —Sagrario depositó la botella sobre la mesa con un chasquido suave—, este acto de precisión, requiere habilidades muy

específicas. Un manejo de instrumentos que va más allá de lo meramente doméstico. Exige una destreza, una paciencia, un conocimiento que pocos poseen.

La anciana se detuvo; su mirada, antes fija en la botella, ahora se posó sobre Jacobo. El primogénito, que había estado a punto de exhalar un suspiro, contuvo la respiración de pronto.

—Jacobo —dijo Sagrario, su voz, en lugar de acusatoria, era de una frialdad puramente deductiva—, usted, con sus conocidos hábitos de juego, carece de la inclinación o la disciplina para un acto de tal meticulosidad. Su nerviosismo, sus impulsos, lo delatarían mucho antes de poder ejecutar una obra tan fina.

El rostro de Jacobo se distendió de golpe, una exhalación audible escapando de su garganta. Sus hombros, antes tensos, cayeron ahora en un gesto de alivio que no pudo disimular. Una punzada de vergüenza tiñó sus mejillas, consciente de lo evidente de su falta de aptitudes para la delicadeza. Aquello fue una liberación de la tensión acumulada, una pequeña gracia inesperada.

Sagrario giró su atención hacia Lola. La ama de llaves, encogida en su silla, arrastró ligeramente su pierna herida, el pañuelo de cuadros aferrado en sus manos callosas.

—Y usted, Lola —continuó la archivista, con una compasión que no empañaba su lógica inquebrantable—, su vida de servicio, su devoción a esta casa... Su conocimiento de los entresijos del pazo es innegable, sí. Pero la habilidad para manipular una jeringuilla con la precisión necesaria para no dejar rastro, para inyectar una sustancia letal con tal finura en un sello de cera, no se corresponde con su experiencia.

Lola, que había esperado el veredicto con la cabeza gacha, levantó sus ojos marrones, llenos de gratitud y una sorpresa genuina. La exhalación de alivio que soltó fue casi inaudible, pero la tensión en su cuerpo, en sus hombros encorvados, disminuyó visiblemente. Se sintió despojada de una amenaza que había pesado sobre ella desde

la muerte del patrón. Era un alivio amargo, pues el asesino seguía entre ellos, pero la acusación directa, el peso de la culpa por la ejecución del crimen, se había apartado de su puerta. La certeza de no ser considerada capaz de tal perfidia era un bálsamo para su atribulada alma.

Doña Sagrario observó a Jacobo y Lola. Ambos, aunque seguían prisioneros de sus propios secretos y culpas, respiraban ahora con un alivio perceptible, una diminuta grieta de esperanza en el muro de su pavor. La verdad, como un espejo implacable, reflejaba la inocencia de sus manos en la ejecución técnica del crimen, aunque no en la intrincada madeja de los móviles. Era un alivio temporal, pues la sombra del asesinato aún los cubría a todos, pero para ellos, la carga específica del *cómo* había sido levantada.

—La verdad es un espejo —pensó Sagrario, permitiéndose un breve monólogo interno, un eco de su propia sabiduría que la acompañaba en su solitaria búsqueda—, y no todos pueden soportar su reflejo. Algunos lo evitan con mentiras, otros lo afrontan con espanto. Pero la realidad, una vez expuesta, no perdona las fachadas. Ahora, la niebla se ha disipado para algunos, pero se ha condensado para otros, transformándose en una nube de tormento que amenaza con descargarse en cualquier instante.

La presión en la sala se intensificaba, concentrándose como un rayo en los rostros de quienes no habían sido eximidos. Sor Ángela, con su rostro demacrado bajo el velo, apretaba el rosario con una violencia silenciosa. Su mirada se alzó un instante hacia Valentina, una fracción de segundo, un destello de desconfianza, una punzada de sospecha. La monja, que hasta el momento había logrado mantener una compostura pétrea, empezaba a mostrar las primeras fisuras en su armadura.

Un leve temblor recorrió su barbilla, casi imperceptible, pero evidente para la aguda observación de Sagrario. Su piedad, forzada durante años, parecía a punto de quebrarse bajo el peso de la nueva verdad.

Valentina, siempre observadora, notó la mirada de Sor Ángela y, en un acto reflejo, se llevó una mano al cuello, como si un nudo invisible le apretara la garganta. La frialdad calculadora que había mantenido hasta el momento comenzó a resquebrajarse, revelando una capa de ansiedad que la archivista detectó con precisión. Su aparente calma había sido, en realidad, una tensión contenida, una fortaleza construida sobre arena movediza.

Montero, ajeno a los pequeños dramas de miradas, se mantenía impasible, pero Sagrario percibió una ligera contracción en su mandíbula, un signo de su concentración, de su intento por atar sus propios cabos.

Doña Sagrario dejó que la tensión se macerara en el ambiente, que el miedo se incrustara en el corazón de los aún señalados. Era el momento de afinar el bisturí de la lógica, de separar la habilidad de la oportunidad, el conocimiento de la acción.

—Este método de envenenamiento, tan pulcro y metódico —la voz de Sagrario, ahora más incisiva, perforó el silencio—, no solo exige destreza manual, sino también un conocimiento preciso de la anatomía, de la farmacología, de la capacidad de disimular la intervención sin alterar la sustancia. Me refiero, claro está, a una experiencia en el campo de la medicina o la ciencia.

Los ojos ámbar de Sagrario se posaron con una frialdad deliberada en Valentina.

—Valentina —su nombre, pronunciado con una lentitud glacial, resonó en el salón, atrapando la atención de todos—. Usted fue enfermera en el Hospital de Compostela, ¿verdad? Y, si mis informaciones son correctas, su especialidad se centraba en el quirófano y en la manipulación de sustancias delicadas. El manejo de jeringuillas, de agujas finísimas, de venenos, era parte de su día a día.

Valentina apretó los labios, sus ojos verdes esmeralda fijos en Sagrario. El color había huido de su rostro, dejando una palidez

tensa, casi cerúlea. Un rubor intenso le subió por el cuello, traicionando su intento de mantener la compostura. Sus manos, que hasta entonces había mantenido cruzadas en su regazo, se separaron, los dedos jugaban nerviosamente con el borde de su falda. Un temblor sutil recorrió su figura esbelta. Era una pregunta directa, una acusación apenas velada que la obligaba a un examen público de su pasado, de sus habilidades.

—Mi trabajo era asistir —su voz, apenas un hilo áspero, sonó más débil de lo que habría deseado—. Preparar los instrumentos. Sí, se utilizaban jeringuillas, agujas... pero yo no soy médica. Nunca... nunca fui responsable de administrar nada. Solo seguía órdenes.

Sus palabras sonaron evasivas; su mirada evitaba la de Sagrario, buscando refugio en los blasones ancestrales pintados en el techo. Había una fisura en su respuesta, una verdad que intentaba ocultar bajo la pátina de la obediencia. El nerviosismo no era el de una culpable, sino el de alguien acorralada, obligada a desvelar una parte de sí misma que prefería mantener oculta, quizás por vergüenza, quizás por precaución. Jacobo y Sor Ángela la miraban con renovada atención, sus propios miedos opacados por la nueva dirección de la investigación.

Doña Sagrario no se inmutó por la negación. Con una lentitud que exasperaba el silencio, cogió el frasco de estricnina vacío del cuarto de costura. Lo levantó, permitiendo que la tenue luz de la mañana lo atravesara, revelando su vacío.

—Este frasco —su voz grave y pausada, resonó como una condena —, encontrado en el cuarto de costura, un lugar que usted, Valentina, utilizaba con asiduidad, como la propia Lola nos ha confirmado. Contenía la sustancia letal.

La archivista colocó el frasco vacío junto al matraz de cristal sobre la mesa, formando un tándem de la muerte. Los dos objetos, pequeños, inofensivos en apariencia, concentraban ahora la esencia del crimen. La atención de todos se centró en ellos, en la macabra conexión entre el «cómo» y el «con qué». La bruma que se aferraba

a los cristales parecía haberse materializado en la estancia, densa y asfixiante.

Ahora que el mecanismo del envenenamiento estaba expuesto, y que la coartada de la ignorancia había sido denegada a Jacobo y Lola, la lupa de la sospecha se había reducido a un círculo mucho más estrecho. La enfermera, con su conocimiento preciso, con su historial profesional, se erigía como la figura más plausible, la mano más capaz de ejecutar un acto tan técnico. Pero la sombra de Sor Ángela, con su resentimiento y la desesperación que había demostrado en las últimas horas, no se disipaba por completo.

El aliento se cortó de nuevo en el salón, una expectativa tensa, insoportable. Los ojos de los presentes oscilaron entre Valentina y Sor Ángela, dos mujeres unidas por la sospecha, la una por su habilidad, la otra por su móvil. La interrogante que flotaba en el aire era tan nítida como el filo de una navaja. ¿Quién de ellas, con su conocimiento médico o su acceso al veneno a través del convento, había sido capaz de ejecutar un crimen tan preciso, tan disimulado?

CAPÍTULO 31: MOTIVOS QUEBRADOS

La bruma envolvía por completo el Salón de los Blasones, espesa, casi tangible, como un sudario gris tendido sobre el aire. Las lámparas de petróleo y las velas, que doña Sagrario había dispuesto en la mesa central, luchaban con desigual fortuna contra aquella densa cortina, proyectando sombras alargadas y danzarinas que hacían vibrar los blasones ancestrales de las paredes. El cuerpo yacía aún bajo su mortaja, un bulto inerte, silenciosa acusación de la violencia perpetrada, de la intrusión de la muerte en el corazón de la opulencia decadente.

Los objetos que la archivista había ordenado sobre el paño —el matraz de cristal, el frasco vacío de estricnina, la botella de licor con su sello ultrajado— brillaban con una luz lúgubre, revelando la fría meticulosidad del crimen.

Doña Sagrario, con la mirada ámbar fija en el Capitán Montero, dejó que un denso silencio se adueñara del espacio, un mutismo tenso, preñado de una expectativa inconfesable. Había ya explicado el ingenioso método del envenenamiento, diseccionando la coreografía macabra del matraz y el sello de cera. Después de exonerar a Jacobo y Lola de la capacidad técnica para ejecutar tal acto, la mirada de todos convergía ahora en el veterano, en el hombre de rostro pétreo que había sido, para don Gonzalo, tanto un confidente como un esclavo.

La archivera se irguió ligeramente. Sus finos dedos acariciaron el dietario del difunto patriarca, un ademán que revelaba la inmensa verdad que se disponía a exponer.

—Capitán Montero —la voz de Sagrario, grave, se mantuvo serena, cortando el velo de la niebla—, hemos leído la carta de África. También hemos revelado el turbio origen de la fortuna de los Ulloa. Esa misiva, celosamente guardada por don Gonzalo, no era solo una prueba de la traición a sus hombres en Guinea, sino también el grillete que lo unía a usted. Un secreto que debió de carcomerle el alma, un deshonor que solo usted, con su estricto código militar, podía comprender en toda su magnitud.

El Capitán Montero no parpadeó. La mandíbula cuadrada del militar se tensó, y los ojos, antes distantes, adquirieron una intensidad dolorosa, un brillo oculto bajo un velo de años de contención. Él había aceptado el papel en aquella farsa, una lealtad forzada por el peso de un juramento y un chantaje moral que don Gonzalo había sabido explotar con maestría. La verdad de África, que la minuciosa investigación de Sagrario acababa de desvelar, no aligeraba su carga, sino que la hacía más evidente, más lacerante.

Lola, sentada al fondo, observaba al Capitán con una pena mal disimulada. La vieja criada, a pesar del propio alivio al ser descartada, no pudo evitar un suspiro apenas audible. La confesión del Capitán la noche anterior, desgarradora y llena de culpa, se había anudado en la garganta de todos los presentes. Jacobo, pálido y tenso, evitaba la mirada del veterano, incapaz de reconciliar la imagen de su progenitor con la de un traidor, y la del Capitán con la de un cómplice silencioso.

Una parte de la tensión en la sala se desinfló; la ira del Capitán era comprensible, humana, poderosa. Aquel móvil, el de vengar la traición, el de restaurar un honor pisoteado, era el más puro de todos los que habían flotado en el aire. Pero, ¿era suficiente?

—El deseo de justicia, de redención por la memoria de aquellos hombres, es el móvil más contundente que hemos descubierto en

esta sombría maraña de rencores y ambiciones —prosiguió Sagrario, con una voz que era un bisturí preciso. Una verdad innegable latía en sus palabras, un reconocimiento del dolor del Capitán. —La carta que usted me entregó era, sin duda, un arma poderosa, un justificante para poner fin a la vida de quien mancilló el honor de sus camaradas. Un hombre de su estirpe, Capitán, no se habría contentado con la mera venganza económica. Usted buscaba la purificación, la expiación de una culpa compartida.

Montero asintió una vez, un movimiento apenas perceptible que confirmaba la dolorosa carga de aquellas palabras. El silencio se prolongó, solo roto por el golpeteo insistente de la lluvia contra los cristales y el gemido del viento que se colaba por las rendijas del pazo, un lamento antiguo que parecía acompañar la revelación. La atención del Capitán, sin embargo, permanecía fija en la archivista, la mirada oscura, buscando la sentencia final.

—Sin embargo, Capitán —Sagrario hizo una pausa, la mirada ámbar barrenando el rostro del militar—, el honor y el deseo de purificación no le otorgan el conocimiento necesario para ejecutar un envenenamiento de esta naturaleza. Usted es un hombre de armas, un estratega, no un boticario ni un cirujano. El método empleado, la precisión en la introducción de la estricnina, la habilidad para ocultar cualquier rastro en el sello de cera… son gestos que exigen una mano experta, una mente familiarizada con la anatomía y la farmacología; habilidades que, por su trayectoria, no posee.

El Capitán Montero cerró los ojos por un instante, un fugaz tic que cruzó su rostro de piedra. Una tensión, tan prolongada, se liberó de sus hombros. Un suspiro quedo, casi inaudible, escapó de sus labios. Había sido juzgado por el móvil que lo impulsaba, el más noble y, a la vez, el más peligroso de todos. Y ahora, era absuelto por una cuestión de técnica, de pericia. Abrió de nuevo los ojos, fijando la mirada en Sagrario, con una mezcla de alivio y una extraña gratitud. Una justicia, al menos para él, había sido hecha en aquella sala improvisada.

—Además —continuó la archivista, girándose ligeramente para abarcar con la mirada la ventana empañada que daba a los jardines —, su coartada. Afirmó usted haber estado vigilando las inmediaciones del pazo la noche del crimen, atento a la tormenta y a cualquier posible intrusión, preocupado por la seguridad del lugar, como era su estricto deber. No me cuesta creerle; un militar de su talante no abandonaría su puesto. Y si bien esa coartada no es irrefutable en cuanto a la localización precisa de su persona cada segundo, sí le impide haber estado manipulando la botella en el salón de forma prolongada, con la meticulosidad que el crimen requería. No hay fisuras en el honor del Capitán, solo en su verdadera capacidad para cometer un crimen de esta índole.

El Capitán Montero asintió una vez más, un gesto lento y pesado, como el de un roble al ceder ante el viento. No había reproches en su mirada, solo la aceptación de una verdad que ahora, pronunciada en voz alta, resonaba con una lógica inquebrantable. El móvil del Capitán había sido potente, devastador, un grito silencioso de venganza por una traición ancestral. Pero el método, la fría precisión del crimen, lo eximía.

La archivista no solo había descartado a un sospechoso, sino que honraba su código y su ética inquebrantables. Jacobo se permitió un hondo suspiro, un alivio que no pudo contener. Lola observaba al Capitán, los ojos grandes y expresivos revelando una mezcla de pena y agradecimiento. Sor Ángela, sin embargo, continuaba con la mirada en el suelo, el rosario apretado entre sus dedos, como si el peso de la culpa que la carcomía se volviera ahora más denso. El círculo se estrechaba aún más.

La archivista se permitió una brevísima pausa, la mirada escrutando los rostros tensos de los presentes. La sala había sido testigo del descarte de dos sospechosos por falta de capacidad técnica. Ahora, el Capitán Montero, por idéntica razón, quedaba fuera de la ecuación, a pesar de su poderoso impulso de venganza. La ironía era casi palpable: el deseo más puro de justicia, el más noble de los

resentimientos, había sido ineficaz ante la necesidad de una habilidad específica.

El pecado, pensaba Sagrario, a veces se disfrazaba de justicia, y la verdad, de un ingenio que rozaba lo macabro. El asesino no había sido impulsado por una ira descontrolada, sino por una fría premeditación, por una inteligencia cruel, capaz de planificar cada detalle con una precisión casi científica. No bastaba el corazón desgarrado por la traición; era necesaria una mente calculadora, una mano familiarizada con la muerte administrada con pulcritud.

El aire se había vuelto irrespirable, cargado de una expectativa helada. Doña Sagrario giró sobre sus talones, la mirada ámbar posándose ahora en Valentina. La joven viuda, hasta ese momento, había mantenido una fachada de palidez y nerviosismo contenidos, pero la luz que ahora se proyectaba sobre ella era inclemente. La archivista sabía que Valentina poseía el «cómo», la habilidad técnica para ejecutar el envenenamiento, un conocimiento adquirido en los quirófanos de Compostela.

Ese era su eslabón, la impronta de su saber. Pero, ¿y el «por qué»? La exclusión del testamento de don Gonzalo, si bien era un golpe, ¿había sido suficiente para desatar una furia tan calculada?

—Valentina —la voz de Sagrario, ahora sin la menor sombra de piedad, resonó en el silencio—, usted posee el conocimiento. Sus años en el hospital, la especialización en quirófano, la familiaridad con sustancias delicadas y el manejo preciso de agujas... todo ello, como ya he dicho, es innegable y le otorga la capacidad de llevar a cabo un acto tan meticuloso.

Valentina se encogió ligeramente, una contracción en los hombros que la hizo parecer más pequeña, más vulnerable. Los ojos verdes esmeralda, que antes habían brillado con una mezcla de curiosidad y ansiedad, revelaban ahora un nerviosismo más profundo, una inquietud que iba más allá del rubor. Los labios carnosos y bien definidos se apretaron, formando una línea fina, casi invisible. La

respiración se aceleró, un ligero jadeo que traicionaba su intento de control.

—Pero debemos examinar el móvil —prosiguió la archivista, acercándose un paso a la joven viuda—. El testamento de don Gonzalo la desheredaba por completo. Un golpe amargo, sin duda, para quien esperaba seguridad y fortuna tras el matrimonio. Pero, ¿era esa exclusión, ese desaire económico, motivo suficiente para un asesinato tan frío, tan calculado? Otros aquí tenían deudas, rencores más profundos, años de humillación. Su unión, aunque por conveniencia, no parecía marcada por el odio que ha corroído a otros miembros de esta casa. La desesperación de Valentina no ha sido tan evidente como la de sor Ángela o el Capitán Montero.

Valentina negó con la cabeza, una vez, dos veces, con un movimiento lento y meditado, como si buscara las palabras adecuadas para expresar una verdad inefable. El rostro, antes pálido, se tiñó de un tenue rubor, pero no de vergüenza, sino de una indignación contenida, de un resentimiento que había permanecido oculto tras la fachada de viuda afligida. La frialdad calculadora regresó a los ojos esmeralda, reemplazando la ansiedad inicial. Ya no era la joven nerviosa acorralada; era la mujer astuta que había logrado sobrevivir en un mundo hostil.

—No soy una asesina —La voz de Valentina, ahora más firme, sin el hilo áspero de antes, se elevó ligeramente por encima del murmullo del viento—. No mataría por dinero, ni por un papel. Don Gonzalo me despreció, sí, pero había más que eso. Mucho más.

La última frase, pronunciada con una intensidad inquietante, resonó en el Salón de los Blasones, cargada de un significado oculto, de una amenaza velada. Los ojos de Valentina, verdes como esmeraldas, se desviaron de Sagrario para clavarse con una punzante frialdad en Sor Ángela. La monja, que hasta entonces había mantenido la mirada fija en el suelo, apretando el rosario con los nudillos blancos, levantó el rostro de pronto.

Un brillo de sorpresa, una chispa de miedo y un resentimiento antiguo se cruzaron en los ojos grises de la monja. La archivista observó el intercambio, un silencio pesado que prometía una tormenta aún mayor. El asesino, Sagrario lo sabía con certeza, no buscaba una simple herencia, sino una justicia más retorcida, una venganza con raíces más profundas que el oro. Y ahora, con el Capitán descartado, la confrontación final entre la fe y la ambición, entre la piedad y la verdadera naturaleza, era inminente, brutal, inevitable.

CAPÍTULO 32: LA TRAMPA OCULTA

El rocío aún goteaba de los blasones tallados en las maderas oscuras de las paredes, pero el Salón de los Blasones ya se ahogaba bajo el peso de la tensión. Doña Sagrario sostenía entre sus dedos huesudos y finos un pliego de papel amarillento, la copia del borrador del artículo que Don Gonzalo planeaba publicar. Sus ojos ámbar, pequeños tras los lentes de carey, se posaron en Sor Ángela, cuyo rostro, pálido hasta la cera, parecía esculpido en alabastro bajo el velo.

Era la calma de la cazadora que, tras una larga espera, ya tiene a su presa a merced de su mirada. La archivista no elevó la voz; dejó que cada palabra cayera en el silencio denso, como piedras en un pozo sin fondo.

—Aquí lo tienen —comenzó Sagrario, la sequedad de su tono un contraste lacerante con la carga de lo que revelaba—. La última obra de don Gonzalo. No era un testamento, tampoco un secreto susurrado al oído, sino una declaración pública. Una crónica de familia, sí, pero tejida con la burla más cruel. Un relato detallado sobre su sobrina, Sor Ángela, y el escándalo de su juventud: la historia de un amor prohibido, de un hijo ilegítimo, entregado y ocultado bajo el manto de la caridad. Una obra que Don Gonzalo, en la retorcida tela de su venganza, pensaba publicar en el periódico local.

El papel crujió con un sonido insignificante en sus manos, pero su significado resonó con un eco sordo. Sor Ángela, hasta ese instante una esfinge de contención, se estremeció. Sus nudillos, antes blancos al apretar el rosario, se volvieron lívidos. La respiración se le cortó en un jadeo ahogado, un sonido rasposo que no logró contener. La vida pareció abandonarle el rostro, que se desplomó como una careta de cera al fuego.

Sus ojos grises, normalmente distantes, se clavaron en Sagrario con una mezcla de horror y desolación, un pozo de vergüenza que se abría a sus pies. El velo, que siempre había parecido una extensión de su propia rigidez, tembló, incapaz de ocultar la fisura que se abría en su alma. Una lágrima solitaria se desprendió de su ojo derecho, resbalando por la mejilla demacrada y dejando una estela brillante sobre la piel cetrina.

Era una confesión muda, la rendición de una vida entera al escarnio. Valentina, observando, deslizó una mirada entre la monja y Sagrario, sus labios carnosos curvados en un gesto casi imperceptible de frialdad y de una compasión algo perversa. Jacobo, por su parte, se cubrió la boca con una mano, su rostro un lienzo de la conmoción que sacudía el salón.

Doña Sagrario ignoró los gestos, su atención fija en la monja, en la desintegración de su férrea compostura. La archivista sabía que había dado en el corazón mismo del crimen. Aquella revelación inminente, aquel martirio público planeado por el patriarca, había superado cualquier humillación económica. No había herencia, ni deuda, ni traición de un viejo camarada que pudiera compararse a la aniquilación de una vida de rectitud forzada, de una fe que era la única armadura y prisión de Sor Ángela.

El borrador era el arma final de Don Gonzalo, un proyectil lanzado desde su tumba, diseñado para destruir lo poco que le quedaba a su sobrina. La monja, sin voz, con la mirada perdida en un punto invisible más allá de los muros del pazo, se aferró al rosario con tal fuerza que la madera de las cuentas debió incrustársele en la palma.

La mano le temblaba sin cesar, sus músculos rígidos. Lola, discreta testigo, dejó caer su pañuelo, que resbaló por su pierna herida hasta el suelo, sin que nadie se percatara. El aire del salón se encogía, denso de un cataclismo íntimo.

—Este —prosiguió la archivista, elevando el pliego para que todos pudieran verlo, aunque sus ojos ya no necesitaban de la evidencia tangible para sentir la verdad— es la verdad que lo precipitó. Este ultraje, mucho más allá de las mezquinas deudas de Jacobo, de la legítima decepción de Valentina por el testamento, o incluso de la justa ira del Capitán Montero por la traición en África, fue la chispa fatal. Don Gonzalo no solo humillaba; destruía. No buscaba solo infligir dolor, sino borrar la existencia moral de su sobrina. Su plan era dinamitar lo único que a Sor Ángela le quedaba: su reputación, su refugio, su piedad.

La voz de Sagrario, firme como el granito mojado de un mausoleo, resonó en el salón. Cada sílaba caía con el peso de una losa. No era la avaricia lo que había impulsado al asesino, no era el rencor por un legado material. Había una motivación más sutil, más perversa, oculta bajo la superficie de la moralina y el decoro. El pazo se había convertido en un santuario de la doble moral, y Don Gonzalo, su sumo sacerdote, estaba a punto de oficiar la última ceremonia de sacrificio.

La boca de Sagrario se curvó apenas, una mueca gélida. Entendía la mecánica de la venganza, pero la de la justicia, cuando se la tomaba por propia mano, le helaba la sangre. Aquel artículo era la última trampa del patriarca, pero también la justificación perfecta para un acto desesperado, para liberar a una víctima y, quizás, a la familia entera de su yugo, un ultimátum definitivo.

La tensión en la estancia se había vuelto casi insoportable, como una hebra tensa, a punto de romperse. Sagrario giró su cuerpo menudo hacia Valentina. Los ojos verdes esmeralda de la viuda, que minutos antes habían revelado un atisbo de compasión, recuperaron

su brillo frío, su astucia. La archivista la observó con una fijeza que desarmaba, analizando cada milímetro de su expresión.

—Usted, Valentina —declaró Sagrario, su voz ahora un bisturí, hendiendo el aire con precisión—, posee los conocimientos técnicos. Su experiencia como enfermera, su familiaridad con sustancias delicadas y el manejo de instrumentos para inyecciones, ya los hemos establecido. Sin embargo, su móvil, aunque fuerte en apariencia, no se alinea con la íntima complejidad emocional que ha impulsado este crimen.

Valentina se mantuvo erguida, la figura esbelta tensa, pero sin encogerse. Su rostro, antes pálido, mostró un ligero rubor que no era de vergüenza, sino de desafío. El cabello rojo cobrizo, encendido por la luz tenue que se colaba por los ventanales, parecía una corona de fuego. Sus labios carnosos, que antes habían insinuado un resentimiento profundo hacia Don Gonzalo, ahora se apretaron en una línea severa, casi imperceptible. La archivista la estudió con la misma atención que dedicaría a un códice antiguo, buscando la tinta oculta, el anacronismo.

—Su ambición era por la fortuna, ¿no es así? —continuó Sagrario, su voz un murmullo que, paradójicamente, llenaba el salón—. Quería la seguridad, el estatus, el poder que los Ulloa representaban. Y Don Gonzalo, al desheredarla, le negó todo eso. Pero, ¿hasta qué punto un golpe meramente económico puede justificar un acto de «justicia» tan retorcido, tan personal, como el que se perfila aquí? Usted quería el dinero; el asesino quería borrar la humillación. Dos fuerzas poderosas, sin duda, pero de una naturaleza muy distinta.

Valentina, bajo la mirada penetrante de Sagrario, respiró hondo. Sus ojos esmeralda, que rara vez traicionaban sus pensamientos, destellaron con una furia contenida, pero también con una extraña calma. No había en ella la clase de desesperación que lleva a un acto extremo de aniquilación. La frialdad calculadora que a menudo la envolvía era un escudo, sí, pero su propósito no era proteger un honor, sino una ambición.

Su móvil era tangible, medible. La «justicia» que Don Gonzalo había buscado impartir, y la que el asesino había buscado tomar, era de otra índole, más etérea, más cargada de dolor y resentimiento.

—He conocido a mucha gente como usted, Valentina —sentenció Sagrario, bajando ligeramente las gafas por la nariz para observar a la viuda por encima de los cristales—. Gente que lucha por sobrevivir, que escala posiciones, que busca su lugar en el mundo con uñas y dientes. No la juzgo por ello. Pero el tipo de crimen que Don Gonzalo planeaba contra Sor Ángela no es de su dominio. La aniquilación de una vida entera por una ofensa moral no es su estilo. Su frialdad es una máscara, sí, pero no la de un alma desgarrada por una injusticia tan profunda. Usted quería heredar; el asesino buscaba purgar. Los motivos son diferentes, y el arma que se empuña también lo es. Su exclusión del testamento fue un desaire, no una declaración de guerra moral.

La última palabra de Sagrario, un eco definitivo, sentenció la inocencia de Valentina en el acto. El hilo que la unía al crimen, el de su conocimiento técnico, se había quebrado ante la evidencia de un móvil que no le pertenecía. La tensión se desvió de ella, buscando un nuevo blanco, el verdadero. La viuda, un ligero temblor en el labio inferior, soltó el aire de sus pulmones, un suspiro apenas audible de alivio.

Su mirada, ahora libre de la presión, se dirigió por un instante a Sor Ángela, un destello de algo que no era piedad, sino una comprensión sombría. La archivista, en su meticulosa disección, una verdad cristalina se había desvelado.

La archivista desvió la mirada de Valentina, el sonido del roce de su zapato contra la alfombra apagando el eco de sus palabras. Se volvió lentamente, sus ojos ámbar observando a Sor Ángela, quien se retorcía ahora en su asiento, el rosario apretado contra su pecho con una fuerza que desdibujaba los nudillos. El rostro de la monja era una máscara de terror y resignación, una tierra baldía donde la piedad y la fe parecían haber sido calcinadas por el peso de la

verdad. Su velo, un sudario grisáceo, no lograba contener el temblor que recorría su cuerpo.

Sagrario observó con la distancia clínica de un naturalista estudiando un espécimen. Pensó en la complejidad intrincada de los motivos humanos, en cómo la devoción, el amor o el honor podían mutar y retorcerse hasta convertirse en una fuerza tan destructiva como la furia ciega, tan perversa como la ambición más descarnada. El pecado, como una maleza resistente, siempre hallaba su manera de brotar, de enredarse en las raíces de lo más noble.

Y el más peligroso de todos, el que llevaba la perdición en su mismo corazón, era aquel que se disfrazaba de justicia, que se envuelve en el manto de la pulcritud que exigía la época. Aquella era la trampa más sutil y siniestra: la autojustificación de un acto de crueldad.

—Y aquí —dijo Sagrario, su voz recuperando la autoridad, su mirada clavada en la monja, en el rostro contraído de Sor Ángela—, tenemos las pruebas materiales. Pruebas que, con desesperación, intentó destruir.

La archivista, con un movimiento deliberado, tomó de la mesa el botón de sotana de hueso, el mismo que había encontrado en la biblioteca, el hilo descosido colgando como una acusación muda. Luego, con la otra mano, alzó el diario de Sor Ángela, el pequeño volumen de tapas gastadas y páginas amarillentas. El mismo diario en el que Sor Ángela, en su juventud, había vertido sus amores prohibidos y sus miedos más profundos. Los objetos en sus manos eran eslabones de una cadena implacable.

—Este botón —explicó Sagrario, mostrando la pieza de hueso— lo encontré en la biblioteca, cerca de la ventana por la que el ladrón había entrado la noche del apagón. Un ladrón que buscaba un documento. ¿Casualidad? No. Un rastro de su presencia, de su prisa por obtener lo que anhelaba.

La archivista fijó sus ojos en Sor Ángela, esperando una reacción que no llegó. La monja se había encogido en su silla, los ojos

velados por una capa de lágrimas no derramadas, el cuerpo tensado como un arco a punto de disparar. Su respiración se había vuelto superficial y rápida.

—Y este diario —prosiguió Sagrario, su voz un susurro cargado de verdad—, usted intentó recuperarlo. Lo dejó en su chimenea, Sor Ángela, para quemarlo junto con el resto de sus secretos. Pero el olor del papel quemado la delató. Lola la vio, ¿no es así, Lola? La vio salir del cuarto de costura, llevando algo bajo el brazo, justo antes de que ella fuera a descorchar el licor. En ese cuarto de costura, Sor Ángela, es donde guardaban las medicinas del pazo, la estricnina. La vio regresar, agitada, con el hábito manchado de barro. ¿Qué hacía usted en los jardines adyacentes a la capilla, Sor Ángela, con esa prisa y ese nerviosismo?

Lola, que hasta entonces había permanecido silenciosa, su rostro marcado por la pena, asintió levemente con la cabeza, una confirmación dolorosa que fue otra punzada en el pecho de la monja. La pequeña mujer, con su pierna herida ligeramente arrastrada, apenas si se atrevió a levantar la mirada, pero su asentimiento era inquebrantable. Era la voz tenue, pero inquebrantable de la verdad que se negaba a ser silenciada.

El botón, el diario, la coartada desmoronada, el cuarto de costura donde se guardaba la estricnina. Las piezas encajaban con una precisión desoladora. El aire se hizo pesado, cargado de una verdad inminente y asfixiante.

El Salón de los Blasones guardó un silencio tan profundo que el tenue siseo del viento contra los cristales se escuchó como un lamento. Doña Sagrario, con el botón y el diario como testigos mudos, dio un paso al frente, su pequeña figura creciendo con la autoridad de quien detenta la verdad. Su voz, ahora un río de certeza, llenó cada rincón del pazo.

—El asesino no buscaba la fortuna, ni el poder, ni la simple venganza material. El asesino buscaba proteger un secreto familiar y su propia reputación. Buscaba evitar la destrucción pública, el oprobio que

Don Gonzalo, en su perversidad, había planeado. No era dinero lo que estaba en juego, sino el alma misma.

Los ojos ámbar de Sagrario, fríos y penetrantes, se desviaron de Valentina, de Jacobo, del Capitán Montero y de Lola. La monja, con la respiración entrecortada y los ojos fijos en un punto distante, era ya un espectro de su antiguo ser. La archivista, en un movimiento lento y cargado de intención, dirigió su mirada hacia la única persona que quedaba en la sala con el móvil de «justicia» personal, el conocimiento técnico para la administración del veneno y la oportunidad de ejecutar el acto. Una mirada que prometía el desenlace.

Sor Ángela, rígida como una estatua, comenzó a revolverse inquietamente en su asiento. Sus manos, que hasta entonces habían permanecido entrelazadas con una pétrea calma, se movieron sin sosiego, frotándose el rosario con una fricción apenas audible. Su mirada, antes impasible, ahora oscilaba entre el cuerpo de Don Gonzalo, cubierto aún en el centro del salón, y el rostro inmutable de Doña Sagrario. Un sudor frío perlaba su frente, visible bajo el escaso cabello gris asomando bajo el velo. La trampa se había cerrado.

CAPÍTULO 33: LA MÁSCARA CAÍDA

El silencio cuajó en el Salón de los Blasones. Se volvió una presencia física, tan densa que oprimía el pecho de los presentes, más que la niebla aferrada todavía a los cristales emplomados. Doña Sagrario no necesitó alzar la voz. Su sola presencia parecía resonar, una vibración contenida que anunciaba el inminente desenlace de una pesquisa tortuosa. El sol, venciendo la neblina, empezaba a disipar las nubes.

Una luz cruda se derramó entonces sobre el cuerpo inerte de Don Gonzalo, todavía cubierto en el suelo, y sobre los rostros crispados de quienes aguardaban. A la archivista, con las gafas de carey reposando en la punta de la nariz, le subió a la garganta un sabor metálico y amargo; la verdad, ya cercana, se le antojaba una pastilla de hiel. Notó el aliento contenido de los que la rodeaban, la expectativa que les desdibujaba los rasgos. Esas máscaras, tan cuidadosamente construidas durante días, pendían ahora de un hilo finísimo.

Los pequeños y penetrantes ojos ámbar de Sagrario recorrieron el semicírculo de expectación. Jacobo, pálido como la cera, con las manos crispadas en el asiento, se aferraba a la madera, como si solo así pudiera evitar su propio naufragio. Cada segundo le arrebataba un fragmento más de esperanza. Valentina, con su habitual frialdad observadora, mantenía una pose calculada, pero un temblor casi

imperceptible en la comisura de sus labios la delataba, esa tensión que le roía las entrañas.

El Capitán Montero, impasible, vigilaba, sus ojos oscuros como pozos sin fondo. Parecía un monolito, aguardando con estoicismo el derrumbe que se sentía inminente. Lola, en el umbral, se encogía. Apretó el pañuelo de cuadros entre sus manos callosas; la pierna derecha la arrastraba ligeramente mientras buscaba consuelo en las sombras. Sus ojos, grandes y marrones, estaban fijos en Sagrario, como si de la archivista dependiera toda la luz del mundo.

Por fin, la mirada de Sagrario se posó en Sor Ángela. La monja, inmóvil, tenía las manos entrelazadas alrededor del rosario, los nudillos blanquísimos. Bajo el velo, que enmarcaba su rostro, la pátina de la piedad se resquebrajaba, mostrando las primeras grietas del pánico. El aire se hizo casi irrespirable; cada aliento, una osadía en aquella sala. Una electricidad latente, preámbulo de la tormenta, tensaba el ambiente hasta el punto de la rotura. Aspiró Sagrario el tenue olor a cera de vela y a madera vieja, una fragancia que ya se le antojaba el alma misma de los secretos del pazo.

—Usted, Sor Ángela —articuló Sagrario, la acusación tejiéndose con una lentitud deliberada, cada sílaba un martillo contra el silencio—, envenenó a Don Gonzalo.

Un leve jadeo colectivo se escuchó en la sala, un murmullo de estupefacción. La monja, sin embargo, apenas se movió, como si la conmoción la hubiese enraizado al suelo. El rostro de Sor Ángela, antes moldeado por la resignación y el terror, se transformó. Una máscara de incredulidad y negación desesperada lo invadió, peleando por salir a flote desde sus entrañas. Sus ojos grises, antes fríos y distantes, se abrieron ahora en un pozo de espanto, fijos en Sagrario, reflejo exacto de su tormento interior.

Sus labios, pálidos y finos, se separaron, temblorosos, pero ningún sonido escapó. Un espasmo nervioso le recorrió el cuello, tensando los tendones bajo la piel. Las defensas, férreas hasta hacía un instante, comenzaban a desmoronarse. La fragilidad que había

ocultado tras años de severidad afloraba sin remedio. Su mirada, pese a la afirmación verbal, huyó por un instante, un tic involuntario que la delató con más elocuencia que cualquier palabra.

Buscó refugio en la pared, en los blasones ancestrales que lo habían presenciado todo. Pero su mirada regresó, como atraída por un imán, a los objetos dispuestos con precisión quirúrgica sobre la mesa central: el diario de tapas gastadas que había intentado quemar, el botón de hueso —silente testigo de su incursión nocturna — y, más ominoso aún, el frasco vacío de estricnina. La etiqueta amarillenta, con la calavera grabada, era la prueba innegable de su pecado.

Sus manos, que aún se aferraban al rosario con una tenacidad desesperada, temblaron. Un par de cuentas de madera escaparon a su control, rodando por el suelo de granito con un tintineo que perforó el silencio como una punzada. Era el sonido de la verdad que se imponía, el eco de un orden que se restablecía con violencia.

—¡No! —La voz de Sor Ángela surgió por fin, áspera, rota, apenas un hilo de aire que se desgarraba en la garganta, un lamento ahogado que flotó desvalido por el salón—. ¡No es posible! ¡Yo no he hecho nada! ¡Soy una sierva de Dios! ¡Una mujer de fe!

La negación se estrelló contra la quietud del salón, una ola débil contra un acantilado de granito. Sagrario no parpadeó. Su mirada, inmisericorde, seguía clavada en la monja, quien se revolvía en el asiento, los pliegues del hábito retorciéndose como un sudario, como si las propias vestiduras intentaran sofocarla. La archivista recogió con calma el frasco de estricnina vacío, sosteniéndolo a la altura de los ojos de Sor Ángela, permitiendo que la etiqueta de la calavera se reflejara en las pupilas dilatadas de la monja.

—¿Una sierva de Dios que guarda celosamente sus secretos más oscuros? —La voz de Sagrario, desprovista de emoción, era la de una escribana dictando un veredicto, la de una ley inquebrantable que no admitía réplicas. La frialdad de sus palabras, más cortante

que cualquier grito, caló hondo—. Aquel frasco no pertenecía al botiquín del pazo. Lo trajo usted del convento.

Un espanto gélido congeló el rostro de Sor Ángela, un miedo ancestral que borró de golpe cualquier atisbo de la piedad que había cultivado durante años. Sus pupilas se dilataron, buscando un punto de fuga en la amplitud del salón, pero no lo hallaron; las paredes de piedra y los retratos ancestrales se alzaban como jueces silenciosos. Sagrario, implacable, avanzó, acortando la distancia entre ambas. Su pequeña figura irradiaba una autoridad silenciosa e inquebrantable.

—Conozco la rutina de su convento, Sor Ángela —prosiguió la archivista, con un tono tan frío como la lápida de una cripta, cada palabra una losa sobre la monja—. Sé que, en ocasiones, las monjas son llamadas a asistir a enfermas en los pueblos cercanos, a administrar cuidados, a preparar remedios. Usted, con su inteligencia y su celo, aprendió más de lo que su hábito permitía ver a simple vista. Mucho más de lo que nadie, fuera de los muros del convento, jamás sospecharía de una religiosa dedicada a la oración. Aprendió sobre hierbas, sobre dosis precisas, sobre los pequeños matices de la vida y la muerte que se ocultan en la farmacopea más sencilla. Y sobre venenos, hermana. Aprendió a usarlos.

Un temblor incontrolable recorrió el cuerpo de la monja. Sus dedos, aún aferrados al rosario, se retorcieron, como si la madera del crucifijo pudiera quemarle la piel. La verdad, expuesta con tal precisión, la atravesaba como una estocada, sin dejarle espacio para la evasión. La fachada de piedad, construida con años de abnegación forzada y silencio, se desmoronaba. Dejaba al descubierto la astucia y la desesperación que ardían bajo ella.

Sagrario, observando el derrumbe, pensó en la paradoja: cómo la búsqueda de una falsa redención había conducido a la más abyecta de las perdiciones. Era un eco amargo de su propia máxima: «El pecado, como la humedad, lo corroe todo». Y en este caso, había corroído no solo el alma de Don Gonzalo, sino la de una mujer que

creyó hallar la justicia en la muerte. Una verdad fría y sin consuelo: la archivista sintió el desgarro de aquella comprensión.

La impostura de la monja se deshacía, revelando una desesperación tan profunda como el resentimiento que había alimentado su crimen. El aire del salón, antes denso por la expectación general, se llenó de un silencio espeso y vergonzoso, mudo testigo de una maldad que se creyó oculta bajo el velo.

La archivista desvió la mirada un instante. Los ojos de todos los presentes, ahora fijados en la monja, absorbían cada detalle de su caída: cada temblor, cada tic nervioso. Regresó a la mesa, donde la botella de licor de café yacía. Su precinto de cera, violado con una precisión casi artística, mostraba una fisura apenas perceptible en la superficie. Tomó el pequeño matraz de cristal, un objeto en apariencia inofensivo, apenas visible entre el conjunto de pruebas, que sin embargo encerraba la clave del deceso.

—Usted se llevó la botella del licor de café del comedor, Sor Ángela —la voz de Sagrario era ahora una pincelada de hielo sobre el aire denso, una quirúrgica disección de los hechos—. No directamente, no a la vista de todos. Aprovechó el caos del apagón, la oscuridad reinante, para deslizarla de la mesa de servicio. Fue un acto furtivo, casi imperceptible entre la confusión de los gritos y la ceguera impuesta a los sentidos. Nadie podía verla. Nadie podía sospechar.

Sor Ángela, con los ojos vidriosos y la boca seca, ni siquiera intentó replicar. Su mirada se había vuelto una fijeza lejana, como si reviviera el instante, cada movimiento de su oscuro propósito bajo el manto de la noche. Los músculos de su mandíbula se tensaron, un tic repetitivo que rompía la quietud marmórea de su rostro, mientras el sudor frío le perlaba la frente bajo el escaso cabello gris que se escapaba del velo.

—En el cuarto de costura del convento, al que usted tiene acceso privilegiado, esperaba la estricnina —afirmó Sagrario con certeza inquebrantable, señalando el frasco vacío—. Sabía dónde estaba, cómo obtenerla, cómo emplearla. Y el matraz —Sagrario lo alzó, una

minúscula ampolla de cristal transparente, dejándolo girar entre sus dedos— le sirvió para la segunda fase. Un sello de cera, fácilmente replicable, moldeado con la misma cera de las velas del convento, y una jeringuilla fina y diminuta que guardaba entre sus útiles de costura. Nadie notaría la perforación en la cera recién sellada si se hacía con la destreza precisa, y usted la poseía. La estricnina, inyectada con la dosis exacta, se diluyó en el licor, esperando su momento, mezclándose con la dulzura para enmascarar su amargura mortal.

La archivista describió el proceso con la frialdad de quien detalla un expediente, ajena al jadeo sofocado de Lola, al ceño fruncido de Jacobo, al temblor de Valentina, quien, a pesar de su alivio por haber sido descartada, se sentía aún más expuesta a la perversidad de la condición humana. El Capitán Montero, en cambio, mantenía una expresión de grave solemnidad, como si el horror del descubrimiento no le sorprendiera, sino que confirmara la latente maldad que había anidado en las entrañas del pazo desde hacía mucho tiempo.

—Una vez preparada la botella mortal, volvió al comedor —continuó Sagrario, su voz un hilo tenso que no se rompía—. Justo antes del brindis de medianoche. De nuevo, aprovechó el barullo, la distracción general, la algazara de la celebración forzada. Con la misma discreción con la que la tomó, la devolvió a su lugar. Nadie la vio. Nadie sospechó. Después, simuló su retirada a la capilla, invocando sus votos, esa falsa piedad, buscando un refugio que era, en realidad, una coartada perfecta. Una coartada perfecta, de no ser por un botón descosido. Y por el olor del papel quemado en su chimenea. Y, claro, por Lola, que la vio salir del cuarto de costura con el hábito embarrado y el alma en pena.

La luz del sol se abrió paso con ímpetu repentino, bañando el Salón de los Blasones con una claridad cegadora que, paradójicamente, desnudó la oscuridad del alma de Sor Ángela. Todas las pruebas, cada pieza del intrincado mecanismo, encajaban ahora con una lógica desoladora, irrefutable. El rostro de la monja, que se

desfiguraba con cada palabra de Sagrario, pareció finalmente rendirse. Su rigidez se hizo añicos, una grieta dolorosa que se extendió por todo su ser, desde los hombros tensos hasta las manos temblorosas.

Un grito ahogado, un gemido desgarrado que contenía la desesperación acumulada de una vida, escapó de su garganta; fue un sonido animal que quebró la compostura de todos. Se llevó las manos al rostro, cubriéndolo como si la luz o las miradas de los demás fueran una tortura insoportable. Su cuerpo se derrumbó en la silla, ya no una mujer de fe, sino un ovillo de terror y culpa. La verdad, cruda e ineludible, impregnó el salón, dejándolos a todos sin aliento. Sagrario lo sabía: la confesión era inminente.

CAPÍTULO 34: UNA JUSTICIA AMARGA

El grito desgarrado de Sor Ángela, un sonido gutural que rasgó las profundidades de su alma, se deshizo en los ecos del Salón de los Blasones. Su cuerpo, encogido en el sillón de roble, se agitaba bajo el hábito, una contradicción brutal a la rigidez que la había definido durante años. La luz cegadora del día, antes una promesa de claridad, ahora caía como un foco implacable sobre la bajeza de cuanto les rodeaba.

Doña Sagrario, imperturbable, sostenía su mirada ámbar en la monja, esperando. El aire seguía cargado de cera quemada, de la humedad del pazo y, ahora, del regusto amargo de una verdad que se adhería a la boca. Jacobo se recostó contra la pared, el rostro pálido, la respiración apenas un suspiro. Valentina, liberada pero no menos consternada, se cubría la boca, sus ojos, de un verde intenso, fijos en la monja, en la devastación de aquel derrumbe.

El Capitán Montero permanecía pétreo, su expresión grave; la confirmación de la maldad ancestral solo parecía añadir un nuevo blasón a un escudo ya lleno de cicatrices. Lola, sentada, arrastraba la pierna levemente herida. Su mirada, llena de una pena honda, apenas parpadeaba. Todos, mudos, esperaban.

Sor Ángela levantó la cabeza. Sus ojos grises, enrojecidos e hinchados, vagaron por los rostros de sus parientes, deteniéndose un instante en el bulto inerte que aún cubría a Don Gonzalo. La

culpabilidad la roía hasta los huesos. Aun así, una extraña determinación le endurecía la mirada, una última gota de fortaleza extraída del fondo de su desesperación. Cuando su voz por fin llegó, era un susurro ronco, casi inaudible, pero cada palabra resonó en el silencio como un martillo sobre metal frío.

—Sí —dijo, la palabra una exhalación agónica—. Fui yo. Fui yo quien… le puso fin.

Una lágrima solitaria se deslizó por su mejilla, marcando un camino brillante sobre la palidez de su piel. No, jamás había querido un acto de venganza desatada. Fue la humillación, la perspectiva de la vergüenza pública, lo que impulsó su mano. La vergüenza que arrastraría a su hijo, a su propia sangre, al escarnio del mundo.

—No saben… —Su voz se quebró de nuevo, un sollozo ahogado sacudiendo su cuerpo—. No saben lo que es vivir bajo el yugo de un hombre así; ver la vida despojada, la dignidad pisoteada, los seres queridos convertidos en peones de su tablero de crueldad. Él… él iba a publicar el artículo. Iba a… iba a aniquilarnos. A mí. A mi hijo.

Las últimas palabras se disolvieron en una cadena de sollozos. El cuarto de costura, el frasco de estricnina, el matraz, la aguja fina que sellaría su destino: todo había sido una danza macabra dictada por la desesperación. El miedo a que el mundo supiera su secreto, su pecado original: el hijo que había dado a luz antes de encerrarse en la jaula de su fe. El chantaje de Don Gonzalo, una cadena invisible que se había prolongado durante décadas, era más fuerte que el acero, erosionando su alma hasta dejarla hueca.

Aquella mañana, al ver el borrador del artículo en el despacho de su tío, la decisión se cuajó en su interior, fría y lúcida. Era él o la ruina de todo lo que aún le quedaba por proteger. Era una justicia retorcida, pero creyó que sería la única que Don Gonzalo merecía, la forma postrera de cortar los hilos del títere.

El salón entero se sumió en un silencio tenso, donde incluso las respiraciones de todos resultaban audibles. Nadie, ni siquiera

Sagrario, había anticipado la profundidad de su motivación.

Sor Ángela, la garganta reseca y la voz raspada por el llanto, levantó la mirada, ahora fija en Jacobo, cuyo rostro era un lienzo en blanco de asombro y confusión. Una nueva capa de sombra velaba sus ojos grises, un secreto aún más denso que el veneno que había vertido.

—Y no es todo —dijo la monja, la fragilidad de su voz añadiendo un peso inusitado a sus palabras—. Él… Don Gonzalo era un demonio. Nunca se conformó con controlar mi vida. Quiso reescribir la sangre, el linaje, la memoria de todos.

Jacobo, que hasta entonces solo había podido procesar la confesión de la monja como una humillación más, sintió un escalofrío erizarle la nuca. Aquella mirada de Sor Ángela, clavada en él con una mezcla de remordimiento y una verdad liberada al fin, auguraba algo aún más devastador.

—Jacobo —continuó Sor Ángela, la palabra escapando de sus labios con una dificultad evidente, como si le quemara la lengua—. Tú no eres su hijo. No eres el hijo de Lola. Eres… eres el mío.

Un silencio aterrador, más profundo que el anterior, cayó sobre el salón. Jacobo parpadeó, incapaz de procesar las palabras que acababan de golpearle con la fuerza de un rayo. La sangre se le heló en las venas. La risa de Don Gonzalo, cruel y burlona, pareció resonar en las paredes del Salón de los Blasones.

—No… no puede ser —murmuró Jacobo, la voz apenas un hilo—. Lola… ella es mi madre. Siempre lo ha sido.

Los ojos del joven se giraron hacia Lola, inmóvil, el pañuelo de cuadros aferrado a sus manos callosas. La anciana no asintió. La tristeza en sus ojos marrones, la pena que oscurecía su rostro curtido, era una confirmación tan elocuente como cualquier palabra. Ella ya lo sabía. Siempre lo había sabido. Aquel cariño materno, aquella lealtad inquebrantable, no era sino la consecuencia de una mentira impuesta, un manto de piedad bajo el que se había ocultado la verdad más hiriente.

—No, Jacobo —intervino Sor Ángela, su voz, débil aún, pero teñida de una extraña firmeza—. Eras mi hijo. Fruto de un error de juventud con un estudiante, un capricho que mi padre y Don Gonzalo, tu tío, no pudieron tolerar. Él… él manipuló el acta de tu bautismo, cambió los nombres. Hizo que pareciera su hijo biológico, el de Don Gonzalo y una institutriz, una mujer a la que había deshonrado años antes. Ya tenía un motivo para desheredar a esa rama de la familia. Así, te convirtió en un Ulloa ilegítimo, un hijo adulterino de otro, para que nunca pudieras reclamar la herencia con la autoridad de un Ulloa de sangre directa. Y si Lola te criaba como si fueras su hijo… nadie sospecharía de la verdad. Fue una venganza doble, Jacobo. Una humillación para la madre, una maldición para el hijo. Y una trampa legal para privarte de todo.

Las palabras de la monja cayeron sobre Jacobo como rocas, desmoronando cada cimiento de su identidad. Su mente, habituada a la ligereza y a la autocomplacencia, era incapaz de asimilar la magnitud de aquella traición, de una manipulación que se extendía hasta el origen mismo de su existencia. No era hijo de su padre. Ni de su madre. Era el fruto prohibido de una monja y un estudiante, reescrito y despojado de su linaje por la mano implacable de Don Gonzalo.

Un grito de rabia y desgarro, un rugido primario, brotó de la garganta de Jacobo. Sus ojos, de un verde furioso, se inyectaron en sangre, sus manos temblaron incontrolablemente. La sangre le hervía en las sienes, la mandíbula se le trabó con un chasquido.

—¡Mentira! —vociferó, aunque la convicción en su voz era débil, apenas un eco de su incredulidad—. ¡No es verdad! ¡Lola es mi madre! ¡Él… él no podría haber hecho algo tan vil!

Pero la duda ya se había sembrado, una semilla amarga en su corazón. Su mirada, llena de una confusión lacerante, se dirigió a Lola, buscando una refutación, un atisbo de consuelo. La anciana, los ojos vidriosos, negó con la cabeza lentamente, las lágrimas

rodando por sus mejillas. Su silencio fue la última confirmación que necesitaba Jacobo, la estocada final.

—Él lo planeó todo —musitó Lola, su voz quebrada por el dolor, apenas perceptible—. Lo planeó para que nunca tuvieras derecho a nada, hijo. Para que siempre fueras su juguete, el esclavo de sus caprichos.

El eco de la confesión se dispersó por el salón, dejando un vacío inmenso. Doña Sagrario observó a Jacobo, el rostro demudado por el impacto de aquella verdad atroz. El joven, que hasta hacía unos instantes se había aferrado a la idea de su herencia y su apellido como a un salvavidas, ahora se veía despojado de ambos, arrojado a la sima de la incertidumbre. La archivista sintió el peso brutal de aquella última revelación de Don Gonzalo.

El patriarca no había sido solo un tirano obsesionado con el control; había resultado un demiurgo de la crueldad, un tejedor de destinos capaz de urdir mentiras tan profundas que se enredaban con la mismísima sangre, alterando la identidad de cuantos le rodeaban.

«El pecado, como la humedad, siempre deja marca», resonó la máxima en su mente, más vívida que nunca. Las marcas de Don Gonzalo no eran meras manchas superficiales, sino heridas profundas, cicatrices invisibles que habían desfigurado el alma de toda la estirpe Ulloa. Una red de engaños que se extendía a lo largo de generaciones, una telaraña donde todos, desde la monja hasta el joven heredero que ahora descubría no serlo, habían quedado atrapados. La justicia, pensó Sagrario con un escalofrío, era amarga. Le dejó el regusto del frío metal en la boca, una verdad que no redimía, sino que revelaba capas aún más oscuras de la existencia humana.

Valentina, liberada de la acusación, observaba aquella devastación con una mezcla de horror y una comprensión sombría. La complejidad del espíritu humano, la malevolencia que podía anidar en los corazones, superaba cualquier cálculo. El Capitán Montero, que había vivido lo suficiente para ver la depravación en sus

múltiples formas, asintió levemente; una expresión de lúgubre confirmación marcaba su rostro. La ambición, el honor, el amor, todo se había podrido bajo el sol de la crueldad de Don Gonzalo.

Sor Ángela, agotada, su voz ahora apenas un suspiro, continuó, un hilo frágil de palabras que apenas intentaban justificar lo injustificable.

—Él… se regodeaba. Disfrutaba viéndonos sufrir. El testamento era solo el último golpe a nuestra dignidad. Se deleitaba con cada humillación. El brindis de medianoche… era su momento. Su triunfo. Su último acto de poder. Y yo… no podía permitirlo. No podía permitir que nos destruyera a todos con su veneno de la verdad, no después de lo que hizo con Jacobo, con mi hijo.

La monja, los ojos anegados en lágrimas, extendió una mano temblorosa hacia Jacobo, un gesto de arrepentimiento, de una tardía súplica por perdón. Pero el joven, el rostro contraído en una mueca de dolor y repulsión, retrocedió un paso. El terror a la identidad recién revelada era más fuerte que cualquier lazo de sangre que pudiera unirle a aquella mujer. Se llevó las manos a la cabeza, como si intentara detener el torrente de verdades que amenazaba con ahogarle.

En ese instante preciso, cuando el silencio del salón pesaba más que el plomo, una distorsión rasgó la quietud de la mañana. Un sonido tenue, apenas perceptible al principio, un zumbido grave que crecía en la distancia, abriéndose paso entre los últimos coletazos de la niebla matinal. Era un ulular intermitente, lejano, que se acercaba. Un lamento metálico que rasgaba el aire y hacía vibrar los viejos cristales de las ventanas. El sonido se intensificó, volviéndose más nítido, más urgente.

Las sirenas de la Guardia Civil.

La ley, una ausencia fantasmal durante los días de encierro, había encontrado al fin su camino a través del barro y la lluvia amainada. Su llegada marcó un punto final a la reclusión forzada, al enigma de

habitación cerrada que había envuelto el pazo en su manto de intriga. Pero Sagrario, observando los rostros de los presentes: los ojos vacíos de Jacobo, la culpa desnudada de Sor Ángela, la resignación de Lola, sabía que el caos emocional apenas comenzaba. La verdad, amarga y cruel, ya había salido a la luz. Y el pazo nunca volvería a ser el mismo, su memoria manchada por la sangre y las mentiras.

CAPÍTULO 35: CICATRICES EN EL SIL

Poco antes había sido testigo de una confesión que aún resonaba en el aire denso de la niebla matinal. Ahora, el Salón de los Blasones fue invadido por una claridad cruda, una luz de media mañana que se abría paso entre los nubarrones. Lejos de disipar la pesadez, aquella incipiente luminosidad revelaba con cruel nitidez los estragos de la noche y las marcas imborrables en los rostros. El ulular de las sirenas, que había prometido un corte, se había transmutado en un rumor constante de voces uniformadas, en el arrastre marcial de botas pesadas sobre el granito milenario.

Los viejos maderos y los tapices ancestrales devolvían un eco extraño, disonante con la solemnidad del lugar. La Guardia Civil, una fuerza externa que había rasgado el aislamiento del pazo, se había adueñado del lugar. Sus uniformes oscuros, los tricornios impolutos y las armas enfundadas, se erigían como una frontera visible entre el caos de ayer y el orden que se anunciaba.

Sor Ángela, flanqueada por dos agentes que mantenían una distancia respetuosa pero férrea, ya no mostraba la tensión que le había agrietado el rostro durante su confesión. Una quietud inusitada se había posado en su rostro, una calma que, más que compasión, inspiraba un asombro gélido. Sus ojos grises, antes velados por la culpa y el temor, ahora reflejaban una resignación serena, casi de alivio.

La archivista, con las gafas de carey en la punta de la nariz, observó los dedos de la monja, ya liberados del rosario que le sirviera de ancla, entrelazarse con una lentitud casi ritual, inusual en su fragilidad. Un sargento de rostro curtido, con el semblante grave, leyó con voz monótona las acusaciones, los artículos del código penal, mientras el brillo acerado de unas esposas emergía de la sombra. El clic seco resonó por la estancia, un sonido definitivo que marcaba el final de una espera.

Sagrario notó un ligero temblor en las muñecas de Sor Ángela al ser esposada. Pero el resto de su cuerpo permaneció erguido, la postura de quien carga con un peso y, a la vez, con la certeza de un deber cumplido, por macabro que fuera. Una mano se posó en el hombro de la monja, un gesto de los agentes que, sin mediar palabra, la instaron a abandonar el salón. Sor Ángela, con una última mirada, se detuvo apenas un instante en el bulto inerte que cubría a Don Gonzalo.

Sus ojos se perdieron entonces en el rostro descompuesto de Jacobo antes de asentir levemente. Se dejó conducir hacia la puerta, desdibujándose en la penumbra del pasillo. El pazo, que la había acogido como una prisionera de su propio pasado, ahora la devolvía al mundo, envuelta en una libertad más dolorosa que su encierro. El orden legal comenzaba, implacable, a suturar las primeras heridas visibles, aunque las más profundas, las que habitaban el alma, aún supuraran.

Mientras el eco de los pasos de Sor Ángela se perdía en la distancia, Jacobo no pudo evitar un movimiento brusco. Su cuerpo, hasta entonces rígido, se negó a permanecer inmóvil. El mundo se le había quebrado en un instante. El apellido Ulloa, la sangre que creía suya, la herencia que apenas lo sostenía a flote en su abismo de deudas y frivolidades: todo era una ficción cruel, un teatro grotesco urdido por la voluntad retorcida de Don Gonzalo.

La revelación de su verdadera paternidad, la verdad de que aquella monja de ojos fríos era su madre biológica, y la macabra burla de su

padre legal, habían destrozado los cimientos de su existencia. Sus ojos verdes, hinchados y enrojecidos, vagaban por las paredes, por los blasones que ya no le pertenecían, por los retratos de ancestros de los que ahora era un intruso. Una burbuja de bilis le subió por la garganta, un desagradable gusto a la falsedad.

Se llevó las manos al cabello castaño, despeinándose con un gesto brusco, como si quisiera arrancarse la identidad impuesta. Sus hombros se encorvaron aún más, su postura habitual de indolencia trocada ahora en un peso insoportable de derrota. De pronto, la rigidez que lo oprimía se quebró. Comenzó a caminar sin rumbo fijo por el salón, como un alma extraviada. Sus pasos eran lentos, arrastrados, como si cada movimiento le costara un esfuerzo titánico.

Rozaba los muebles antiguos, pasaba las manos por las paredes frías, sus ojos vacíos sin fijarse en nada, solo la inercia de un cuerpo que no sabía hacia dónde dirigirse. Era un fantasma en su propia casa, un eco de lo que había sido, ahora despojado de todo, incluso de sí mismo.

Fue Lola quien, con su cojera acentuada por el cansancio y la pierna que arrastraba ligeramente, se acercó a él. Sus pasos, aunque lentos, no dejaban duda de su determinación. Había una firmeza en ellos. En la mano, apretaba el pañuelo de cuadros que siempre la acompañaba, ahora húmedo por las lágrimas que había derramado en silencio. Sus ojos, antes llenos de resignación, contenían una ternura que Jacobo nunca había visto dirigida a él con tanta franqueza.

Por primera vez, Lola no se acercaba como el ama de llaves, la sirvienta fiel de los Ulloa, sino como una verdadera madre, como el único refugio genuino que le quedaba en aquel naufragio de identidades. Le tendió la mano, no para tocarlo, sino como una ofrenda, un puente hacia un consuelo silencioso que no requería palabras. Los dedos de Jacobo, que hasta ese instante habían

estado crispados, temblaron al notar la cercanía de aquella mano, fuerte y arrugada.

La miró. La furia aún se aferraba a su rostro, el espanto a su alma, pero ahora una marea de agotamiento lo arrastraba. Un tenue asentimiento, apenas perceptible, fue su respuesta. Una rendición a la única verdad innegable que le quedaba: el afecto incondicional de quien lo había criado, su verdadera madre, Lola. Ella, con un gesto suave, le acarició el antebrazo. Era un inicio, un paso frágil, pero necesario, hacia la reconstrucción de algo que, Sagrario percibía, sería más auténtico y verdadero que cualquier legado de sangre o apellido.

Valentina, apartada en un rincón del salón, observaba la escena con una frialdad que helaba la sangre. Su cabellera cobriza, que antes fulguraba con una promesa de vida, ahora se antojaba un velo de fuego bajo la luz de la media mañana. Los ojos verdes, amplios y expresivos, no mostraban ni una pizca de la compasión que embargaba a Lola. En su mirada danzaba una mezcla compleja de desprecio y, extrañamente, de liberación.

Los Ulloa se desmoronaban: sus secretos expuestos, su linaje hecho añicos. Y ella, la «cazafortunas», la intrusa de origen humilde, permanecía extrañamente indemne. El testamento de Don Gonzalo la había excluido, sí, un último golpe de su astucia, pero ahora el imperio de mentiras que la había rechazado se caía a pedazos. No había dolor en su rostro, solo una calculada observación de la debacle ajena. Una victoria pírrica, quizás, pero victoria al fin.

El futuro en aquel pazo se alzaba incierto para ella, un lienzo en blanco sin la tiranía de Don Gonzalo o la pretensión de Jacobo. No obstante, la astucia que la había definido, aquella cualidad de supervivencia aprendida a golpe de necesidad, permanecía intacta, afilada como una hoja. Se movió ligeramente, un desplazamiento sutil que apenas quebró su pose de estatua. Sus labios carnosos se curvaron en una media sonrisa casi imperceptible, un gesto privado

que delataba una mente que ya calculaba nuevas estrategias, nuevas rutas de escape o de conquista.

El pazo la había engullido en su turbio torbellino de secretos, pero ella emergía, si no indemne, sí con la conciencia intacta de sus propias capacidades. Miró hacia la puerta por donde se había marchado Sor Ángela y luego hacia Jacobo y Lola, que permanecían en su abrazo silencioso. Aquel acto de violencia, aquella confesión que había destrozado una identidad, le había abierto, irónicamente, un camino.

Un camino incierto, sí, pero desprovisto de las cadenas invisibles que ataban a los Ulloa a su propio pasado. La archivista sintió un vago presentimiento. Valentina, era una pieza que, a pesar de todo, no estaba dispuesta a abandonar el tablero.

Doña Sagrario, apoyada en el umbral de la biblioteca, su presencia discreta apenas notada entre la agitación de los guardias y el desconcierto de los habitantes del pazo, observaba el escenario. La imagen de Sor Ángela marchándose, la confesión de Jacobo como hijo biológico de la monja, la manipulación del acta de bautismo por Don Gonzalo para desheredarle... todo se agolpaba en su mente, un archivo viviente de crueldad y desesperación.

La verdad, pensó, era un cirujano implacable. Había cortado la podredumbre, había extirpado el tumor de la mentira que corroía a la familia Ulloa, pero la operación había dejado cicatrices profundas, supurantes. El concepto de «pecado» que tanto la había guiado, resonaba ahora con una complejidad que superaba sus expectativas iniciales. No era una simple transgresión, sino una telaraña de decisiones, de miedos, de orgullos heridos que se tejían a lo largo de las generaciones.

Sus pequeños ojos ámbar recorrieron los rostros, ahora vulnerables, de Jacobo y Lola, la pétrea soledad de Valentina, el silencio grave del Capitán Montero. Eran, en su mayoría, víctimas de un hombre que se deleitó en controlar, en humillar, en destruir la identidad de quienes le rodeaban. La resolución del crimen no traía euforia, sino

una tristeza lúcida, de esas que duelen en el pecho. La justicia legal se llevaría a Sor Ángela, pero ¿y la justicia moral?

¿Quién repararía los daños en el alma de Jacobo? ¿Quién borraría la mancha de los Ulloa? «El pecado deja marca», pensó con una desazón en la boca del estómago, «pero la verdad también puede ser una medicina que duele al tragar». Una medicina necesaria, sin duda, para sanar una enfermedad tan antigua. Sin embargo, dejaba un sabor acre, una confirmación de la malevolencia humana que, ni siquiera su amor por la historia y los documentos muertos, había podido prever en toda su magnitud.

El sol declinaba lentamente, tiñiendo el cielo de añil y oro, y con él, se cerraba un capítulo de una historia que, ella sabía, resonaría en las paredes de aquel pazo por muchos años.

El Capitán Montero, hasta entonces sumido en un silencio grave y distante, con la mirada fija en el cuerpo cubierto de Don Gonzalo, giró su corpulenta figura. Sus ojos marrón oscuro, que habían visto los horrores de la guerra y la mezquindad humana, se posaron en Doña Sagrario con una expresión que era una mezcla de respeto y una profunda melancolía. Su mandíbula cuadrada, normalmente tensa, se relajó un ápice.

El pazo, sus secretos, la fortuna de los Ulloa, todo había estado ligado a aquel secreto inconfesable de África, a una traición olvidada que ahora, gracias a la perspicacia de la archivista, había salido a la luz. Su honor, mancillado por una complicidad impuesta, encontraba por fin un atisbo de redención. —Ha hecho usted lo que pocos se atreven —dijo el Capitán, su voz grave, con un matiz de cansancio que Sagrario no había percibido antes—.

Ha sacado a la luz la verdad, por hiriente que fuera. Sagrario asintió, las manos juntas, consciente del peso de esas palabras. El Capitán, pensó, era un hombre atado por el honor, una virtud antigua en un mundo donde parecía desvanecerse. Él había cargado con el conocimiento del secreto de la fortuna, con la conciencia de la vileza

de Don Gonzalo, y ahora, al revelarse todo, una carga invisible parecía desprenderse de sus hombros.

La justicia, para él, era un asunto personal, una balanza que ahora, aunque tarde, se inclinaba. Se acercó a Lola, que aún permanecía cerca de Jacobo, y le posó una mano en el hombro con una ternura inesperada. —Ustedes no están solos —le dijo, la mirada de acero ahora velada por la compasión—. Me quedaré. Hasta que todo se asiente. Por los viejos tiempos, y por lo que es justo. Era un voto, una promesa de apoyo que se extendía a Jacobo, el hijo que Montero había conocido de niño, el joven que ahora precisaba una guía.

Un acto de lealtad, no a un código militar, sino a los últimos vestigios de una familia rota. Una punzada de esperanza recorrió a Sagrario. Quizás, después de todo, las cicatrices empezarían a curarse.

Sagrario, con la fatiga acumulada de días sin sueño y una mente exhausta por la intriga, reconoció que su misión había llegado a su fin. Los hilos del crimen se habían desenredado, la verdad había sido expuesta, y la ley había tomado el control. Cerró su cuaderno de notas con un chasquido suave, las hojas repletas de una caligrafía precisa que guardaba el relato de la podredumbre de una estirpe. Guardó sus gafas de carey, su linterna, el frasco vacío de estricnina, el diario de Sor Ángela, cada objeto una reliquia de un misterio resuelto, en su portafolios de cuero.

Se despidió de Lola y de Jacobo con un gesto apenas perceptible, una inclinación de cabeza. Les dejó el espacio, el tiempo necesario para comenzar a tejer los nuevos lazos de su relación, lejos de la mirada curiosa de la archivista. A Valentina, que aún mantenía su distancia, le dedicó una mirada de respeto velado, una tácita comprensión de su fortaleza inquebrantable. Con el Capitán Montero, intercambió un saludo sobrio, una promesa de silencio y de comprensión mutua.

Abandonó el Salón de los Blasones y, sin detenerse, atravesó los pasillos del pazo. Cada crujido de la madera, cada soplo de aire frío

que se colaba por las rendijas, cada sombra alargada por la luz crepuscular, le recordaba una verdad implacable. Aquel edificio, antaño mero objeto de estudio genealógico, ahora vibraba con la memoria de la vida, de la muerte y de los secretos desvelados. La humedad aún impregnaba el aire, pero ya no era la humedad del misterio, sino la de la lluvia amainada, la de la vida que continuaba.

Al salir al exterior, el aire fresco le golpeó el rostro, arrastrando el olor a tierra mojada y musgo. El sol se estaba poniendo, tiñiendo el cielo de naranja y morado sobre las lomas de la Ribeira Sacra. Caminó por el sendero de gravilla que serpenteaba entre los viñedos, rumbo a la ribera del río Sil, sin una dirección consciente, solo impulsada por el aire fresco. Las aguas, que días atrás bramaban furiosas, ahora fluían con una calma melancólica, reflejando el fulgor menguante del día.

El pazo se alzaba a sus espaldas, una silueta oscura contra el cielo, un testigo silencioso de las cicatrices que Don Gonzalo había dejado en su gente. Sagrario no sabía qué le depararía el mañana, qué nuevos archivos o qué antiguas historias esperarían su escrutinio. Solo sabía que el Pazo de Alborada, con sus verdades desnudadas y sus almas fracturadas, se quedaba atrás. Transformado para siempre, con cicatrices que el tiempo podría desdibujar, pero nunca borrar.

La niebla, que había sido su compañera en la investigación, se alzaba perezosa de la superficie del río, anunciando la noche. Un nuevo ciclo se iniciaba, y con él, la promesa incierta de un futuro por construir para los Ulloa, y para ella misma.

EPÍLOGO: LA MEMORIA DEL PAZO

El aire que se colaba por la celosía del monasterio olía a incienso rancio y a cera de abeja, una fragancia de quietud que Doña Sagrario, semanas después, empezaba a asimilar como propia, aunque con una nueva y perturbadora conciencia. Había regresado a su retiro, a la paciente labor de desenrollar pergaminos y cotejar vidas ajenas escritas en tinta desvaída, una ocupación que antes le había parecido el culmen de la paz, la culminación de una existencia dedicada al orden y al conocimiento. Ahora, sin embargo, el sosiego del lugar se sentía diferente, como un lienzo impoluto que hubiera sido salpicado con gotas de lluvia sucia, donde la luz del mediodía ya no caía con la misma pureza sobre los patios enclaustrados.

La brisa que se filtraba por las estrechas ventanas de su celda era fresca, con un dejo a humedad y piedra milenaria, pero ya no lograba limpiar por completo la persistente impronta de otros olores, de otros recuerdos.

Desde su ventana enrejada, la Ribeira Sacra se extendía bajo una paleta de verdes profundos y ocres terrosos, una postal de calma imperturbable que desmentía cualquier agitación interior. El río Sil, serpenteando indolente a la distancia, reflejaba un cielo sin tormentas, su corriente plácida y sombría, como una cinta de seda oscura sobre el paisaje. El rumor lejano de sus aguas, apenas un murmullo entre el canto de los pájaros y el tañido espaciado de las

campanas, parecía ahora un lamento contenido, una melodía discreta para las tragedias no contadas.

Y allí, en el horizonte, casi invisible, una mancha grisácea se dibujaba contra las lomas, una silueta que, para cualquier otro ojo, sería solo una construcción más en el vasto paisaje. Pero para Sagrario, aquel punto era el Pazo de Alborada. Un recuerdo aún fresco, una cicatriz profunda y reciente en el paisaje de su propia memoria que ella misma había contribuido a abrir. El edificio, antaño mera referencia genealógica, un punto en un árbol familiar desdibujado por el tiempo, ahora llevaba pegado a sus muros el eco de un grito, el regusto metálico de un veneno, y el peso de verdades desveladas con una brutalidad inusitada.

Ya no era un simple pazo; era el escenario de un drama, un teatro de almas quebradas, un lugar que ella había desnudado con su lupa y su lógica implacable, y cuya memoria vibraba, no con la solemnidad del pasado, sino con una historia nueva, más amarga y profunda, que se negaba a ser archivada. La quietud del monasterio, que antes la había envuelto, ahora se sentía como una delgada capa de hielo sobre un torrente de pensamiento.

Doña Sagrario extendió sobre la mesa de madera pulida un legajo de testamentos de otro siglo, de otra familia noble, con sus sellos de lacre intactos y su caligrafía minuciosa, pero sus ojos ámbar, que habían escrutado cada rincón del alma humana en Alborada, se negaban a fijarse en la perfección de las letras góticas. Sus dedos finos, con las yemas aún ligeramente manchadas de la tinta antigua de su propia pluma, se posaron sobre el papel, sintiendo la textura áspera y seca de la historia, una historia muerta. Sus pensamientos, caprichosos como el viento que antaño azotó el pazo, se desviaban una y otra vez hacia los Ulloa, hacia los rostros que había conocido, las voces que había escuchado, las verdades que había desenterrado.

Jacobo. El joven heredero, despojado de su apellido paterno y de la ceguera cómoda de su identidad, ahora un hombre sin raíces claras,

con el peso de una verdad biológica que lo había redefinido por completo.

Le imaginaba ahora, en algún lugar lejos del pazo, lejos de las sombras de su padre y de la mirada de su madre biológica, intentando reconstruir un mapa de su existencia sin los pilares que siempre había creído suyos. El golpe de la verdad, la revelación de la paternidad de Sor Ángela y la manipulación cruel de Don Gonzalo, había sido devastador, una sima abierta bajo sus pies que había engullido su pasado. Sagrario había sido testigo de su colapso, de la negación y el dolor que lo habían abrumado.

Pero la archivista también había percibido un destello de luz, un anhelo de honradez, una frágil pero genuina determinación en la forma en que el joven había aceptado el consuelo de Lola, una mano tendida en medio de la desolación. Aquel gesto, el de Jacobo apoyando la cabeza en el hombro de la ama de llaves, había sido, para Sagrario, la única imagen de ternura auténtica en todo el pazo.

Lola, precisamente. La fiel ama de llaves, con su pañuelo de cuadros que siempre cubría sus cabellos grises, con sus manos grandes y fuertes que ahora podían acariciar el rostro de su hijo sin miedo a la condena, sin la carga de un secreto que le había robado décadas de maternidad. Ella, la verdadera madre, liberada del peso que la había oprimido por décadas, una liberación que había llegado con el dolor de la confesión pública, pero que había traído consigo una nueva esperanza.

Su amor, siempre discreto, siempre al servicio, había florecido en la tragedia, un brote tierno y resiliente en la tierra quemada de los Ulloa. Sagrario cerró los ojos un instante, el silencio del monasterio un suave bálsamo sobre el recuerdo de gritos y reproches, de verdades lanzadas como piedras. La vida, a veces, tenía sus propias formas de justicia, sus propias maneras de tejer redención en los hilos rotos del engaño, incluso cuando la ley actuaba con su frialdad implacable.

La archivista sintió una punzada de melancolía al pensar en la felicidad que Lola y Jacobo podrían encontrar, una felicidad que, aunque tardía y manchada por la tragedia, era real.

Su mente derivó entonces hacia Valentina, la viuda, la 'cazafortunas' que había resultado ser mucho más astuta de lo que su belleza superficial y su elegancia estudiada dejaban entrever. Sagrario no dudaba de que, a pesar de haber sido desheredada y de que los secretos de la familia Ulloa habían sido expuestos con una crudeza desoladora, Valentina encontraría la manera de resurgir de las cenizas de aquel matrimonio. Su instinto de supervivencia era feroz, un fuego indomable que ardía bajo sus ojos verdes esmeralda, una chispa que la había impulsado desde la humildad hasta las cumbres de la aristocracia gallega.

Probablemente se mantendría en el pazo el tiempo suficiente para reclamar lo que pudiera, para negociar su futuro con la fría calculación que la caracterizaba, sin un ápice de sentimentalismo. Su ambición, pensó Sagrario, no se atenuaría; solo se adaptaría, buscaría nuevas vías, más discretas, más subterráneas, como las raíces de un árbol que se abren paso bajo la piedra. La archivista sintió un respeto tácito por aquella mujer, por su tenacidad y su voluntad inquebrantable, cualidades que, en otras circunstancias, podrían haberla llevado a la grandeza.

El Capitán Montero, en cambio, era de otra estirpe. El viejo militar había optado por quedarse, por enraizarse en la tierra que había visto nacer la fortuna Ulloa, ahora manchada por la traición y la sangre. Su decisión de apoyar a Lola y a Jacobo era una forma de honrar a su propia conciencia, de lavar la mácula de un secreto compartido y de una complicidad impuesta por la lealtad. Su mirada de acero, que había intimidado a Sagrario al principio de la investigación, se había ablandado al final, revelando un corazón que, tras años de disciplina y de honores militares, había optado por la humanidad, por la compasión hacia los desvalidos.

En el pazo, pensó Sagrario, se habían tejido nuevas alianzas, lazos inesperados que, quizás, serían más fuertes que la sangre, más duraderos que los viejos blasones. La archivista se permitió una pequeña sonrisa, un gesto casi imperceptible. La esperanza, aunque frágil, parecía haber encontrado un hueco para brotar entre las ruinas de la tragedia.

«El pecado, como la humedad, siempre deja mancha», murmuró Sagrario en voz alta, y el aforismo de su abuela resonó en el silencio monacal, no como una sentencia, sino como una observación lúcida. Cerró con un suave chasquido el viejo volumen de *Genealogías de la Casa de Ulloa* que acababa de tocar, su contenido ahora menos relevante que las historias no escritas. En Alborada, la verdad había sido desvelada, el verdugo había sido identificado y castigado. Sor Ángela languidecía ahora en una celda, donde su fe se enfrentaba a una reclusión muy diferente a la de su convento, a una expiación impuesta por la ley de los hombres, no por la divina. Pero la 'mancha' de Don Gonzalo, de su crueldad y sus manipulaciones, era una tinta indeleble que se había extendido por cada piedra del pazo, por cada alma que habitaba o había habitado sus muros. No era solo la humedad del musgo que cubría las viejas paredes, sino una pátina invisible de resentimiento y dolor, de injusticia arraigada que se negaba a desaparecer con la detención de la asesina. La justicia de los hombres, con sus leyes y sus castigos, era una cosa. La paz, pensaba Sagrario, era otra bien distinta. Podía haber una resolución legal, un culpable confeso, pero la paz genuina, aquella que el alma anhelaba, a menudo escapaba a las sentencias de los tribunales, a la lógica fría de los hechos. El Pazo de Alborada, aunque el crimen hubiera sido resuelto, nunca volvería a ser el mismo; siempre cargaría con el eco de los susurros de Don Gonzalo, de las vidas que había aplastado bajo el peso de su arrogancia y su fortuna. Aquella casa, tan imponente, tan llena de historia, se había convertido en un monumento a la podredumbre.

Un escalofrío seco le recorrió la espalda, no por el frío del monasterio, sino por el recuerdo de la frialdad de Sor Ángela al

confesar su crimen. Aquella serenidad inquebrantable, la justificación de su acto, había sido la revelación más perturbadora de todas, un abismo en la comprensión de la archivista. No había remordimiento visible en los ojos grises de la monja, sino una convicción férrea de que su mano había ejecutado una justicia superior, una venganza divina contra un hombre que había destruido tantas vidas, incluida la suya, y que había mancillado el honor de su linaje.

La humanidad, comprendió Sagrario, era un mosaico de contradicciones, capaz de la mayor crueldad en nombre de la rectitud, y de la mayor desesperación bajo el disfraz de la piedad. Su propia visión del mundo, forjada entre legajos polvorientos y genealogías inertes, había cambiado para siempre. Había pasado de la historia escrita en papel a la historia vivida con la brutalidad de la carne, de la vida y de la muerte.

La teoría del pecado y la mancha se había encarnado en los Ulloa, en las miradas vacías, en los gestos contenidos, en los secretos enterrados bajo décadas de fachada. Ahora, sus ojos no solo veían la tinta desvaída de los manuscritos, sino las vetas de la maldad, las líneas del sufrimiento, las huellas imborrables que dejaba la vida real en el alma de los hombres. La vida de archivista, tan ordenada, tan predecible, había sido sacudida hasta sus cimientos por la verdad del pazo.

Sagrario tomó su cuaderno de notas de Alborada, el mismo en el que había registrado cada pista, cada deducción, cada fragmento de la verdad, desde el botón descosido hasta la confesión final. Sus dedos finos y largos, aún manchados de tinta antigua y de la impronta imborrable de un misterio resuelto, recorrieron las tapas de cuero. Lo cerró con un gesto definitivo y lo guardó en un cajón de su escritorio, bajo otros volúmenes que nunca hablarían de sangre ni de engaños, sino de linajes extintos y viejas batallas.

El sol se sumergió en el horizonte, tiñendo el cielo de naranja, púrpura y el azul profundo de la noche que se cernía sobre la Ribeira Sacra. El Pazo de Alborada, a la distancia, se perdió por completo en

la penumbra, una silueta borrosa que se fundía con la memoria, un eco silencioso de un tiempo ya pasado. Sagrario sonrió levemente, una expresión que apenas alteró los pliegues de su rostro, un gesto de satisfacción teñido de un presagio sutil que le hizo cosquillas en la nuca.

Su instinto, pulido por la intriga y agudizado por la experiencia, le susurraba que su vida de tranquila archivista podría no durar mucho, pues el mundo, como los viejos manuscritos, siempre guardaba un nuevo misterio por descifrar.
